
SOMBRAS SOBRE EL TÍBER
Mármol y ceniza
Lorenzo Malipiero
Atreyu

MÁRMOL Y CENIZA

Lorenzo Malipiero

Atreyu Servicios Digitales

Atreyu

Derechos de autor © 2026 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
mármol y ceniza
Prólogo
Capítulo 1: Las Primeras Grietas
Capítulo 2: Lo que No Encaja
Capítulo 3: Los Dueños del Suelo
Capítulo 4: Entre Planos y Sombras
Capítulo 5: Bajo la Colina
Capítulo 6: El Guardián del Pasado
Capítulo 7: Órdenes desde Arriba
Capítulo 8: El Primer Testigo
Capítulo 9: La Cámara Vacía
Capítulo 10: Huellas en la Tierra Sagrada
Capítulo 11: La Sombra del Contable
Capítulo 12: El Rastro Frío
Capítulo 13: El Eco de una Deuda
Capítulo 14: El Flujo del Dinero Sucio
Capítulo 15: La Trampa del Garaje
Capítulo 16: Persecución entre Sombras
Capítulo 17: Identificando a los Sabuesos

Capítulo 18: El Precio del Silencio
Capítulo 19: La Línea Roja
Capítulo 20: Los Hilos del Poder
Capítulo 21: El Ataque desde Dentro
Capítulo 22: La Última Aliada
Capítulo 23: La Cuenta en las Sombras
Capítulo 24: La Confesión del Cómplice
Capítulo 25: El Plan de la Redada
Capítulo 26: La Emboscada en el Puerto
Capítulo 27: Suspensión Definitiva
Capítulo 28: Sin Placa, Sin Ley
Capítulo 29: El Mercader de Hombres
Capítulo 30: Persecución Fluvial
Capítulo 31: Confesión entre las Olas
Capítulo 32: El Desenlace en la Torre de Cristal
Capítulo 33: El Juicio Privado
Capítulo 34: La Caída del Titán
Capítulo 35: Sombras que Permanecen
Epílogo

MÁRMOL Y CENIZA

Lorenzo Malipiero

PRÓLOGO

El teléfono móvil, tumbado sobre un plano, vibró con un zumbido sordo. La pantalla iluminó la madera de la mesa: número privado. Un nudo frío se formó en su estómago. Contempló el aparato durante tres vibraciones completas antes de deslizar el dedo con una lentitud deliberada.

—¿Sí?

La voz al otro lado era un susurro metálico, distorsionado por algún filtro digital. —Sabemos lo que tienes. No es seguro.

El aire se le escapó de los pulmones. La habitación, un momento antes familiar, se volvió hostil. Las sombras en los rincones parecieron espesarse.

—¿Quién es? —logró articular, su propia voz sonando extraña y lejana.

—El lugar donde estás. Lo que guardas. No es seguro —repitió la voz, monótona, impersonal. Luego, un clic. La línea muerta.

Valli dejó caer el teléfono sobre la mesa con un golpe seco. Su corazón martillaba contra sus costillas, un ritmo acelerado y desordenado que resonaba en sus oídos. Sus ojos escudriñaron la habitación: la puerta cerrada, las persianas bajadas, las pilas de documentos. El miedo, agudo y químico, le recorrió las venas.

Con movimientos bruscos, metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una llave USB pequeña, metálica, azul,

insignificante. La sostuvo en su palma sudorosa. Contenía copias de los correos, los informes preliminares, las coordenadas exactas. La prueba.

Su mirada se posó en el rodillo de cartón donde guardaba los planos enrollados. Una docena de tubos idénticos, apilados en un rincón. Se levantó, la silla chirriando contra el suelo de madera. Cruzó los tres pasos que lo separaban, las rodillas débiles. Con dedos que apenas obedecían, desenrolló ligeramente el plano superior de un tubo cualquiera, deslizó el pendrive en su interior hueco y volvió a enrollar el papel sobre él, apretando. Luego lo mezcló con los demás, dándole un giro para desordenar el orden. Un gesto desesperado, torpe.

En ese instante, sonaron los golpes.

No eran llamadas. Eran impactos secos, contundentes, contra la puerta de entrada de la calle, dos pisos más abajo. *Tonk. Tonk. Tonk.* Resonaron en el silencio del edificio dormido, más fuertes que la lluvia.

Valli se quedó inmóvil, la espalda contra la estantería. La sangre le latía en las sienes. Los golpes cesaron. Un silencio cargado, peor que el ruido. Luego comenzaron de nuevo, más insistentes. *TONK. TONK. TONK.*

Miró fijamente el montón de tubos de planos, su secreto ahora invisible, enterrado entre líneas de proyectos inocentes. Luego, su mirada se dirigió a la puerta de su estudio, cerrada pero no trancada. Respiró hondo, el aire rozándole la garganta como serrín. La determinación, fría y clara, se abrió paso a través del pánico. No podía huir. No debía parecer que había algo que esconder.

Con paso lento, forzadamente calmado, salió del estudio y comenzó a bajar la estrecha escalera hacia la entrada. Cada escalón crujió bajo su peso, anunciando su descenso. Los golpes habían cesado de nuevo. En el rellano, la luz de una farola callejera se filtraba por el ventanuco, iluminando el polvo en suspensión.

Se detuvo frente a la puerta maciza de madera. Puso la mano en el pomo, frío al tacto. Al otro lado, solo el rumor de la lluvia.

El pomo giró con un clic suave. Valli abrió apenas unos centímetros, la cadena de seguridad tensándose con un ruido metálico. El resquicio le mostró un rostro recortado contra la penumbra del portal, iluminado desde abajo por la luz anaranjada de la farola.

Su cerebro tardó un instante en procesar la imagen, en reconciliar la familiaridad con el contexto imposible. El aire frío de la calle le golpeó la cara, cargado del olor a asfalto mojado y tierra húmeda.

—¿Tú? —la voz le salió ronca, un hilo de sonido—. ¿Qué…?

No hubo respuesta. Solo un movimiento rápido, una mano enguantada que se aferró al borde de la puerta. Valli reaccionó tarde, intentando empujar para cerrar. La cadena de metal se tensó hasta el límite con un gemido agudo.

El visitante empujó. No con rabia, sino con una fuerza calculada, eficiente. La madera crujió. El tornillo que sujetaba la cadena a la jamba saltó de la pared con un estallido seco de yeso y madera astillada. La puerta se abrió de golpe, arrojando a Valli hacia atrás.

Tropezó con el borde de la consola del recibidor. Un dolor agudo, familiar, le atravesó la rodilla izquierda, la antigua lesión despertando con una protesta eléctrica. Su equilibrio se quebró. Cayó contra la pared, las manos buscando un apoyo que no encontraron.

La figura entró y cerró la puerta a su espalda con el mismo cuidado con el que se cierra un cajón. No tenía prisa. En la semioscuridad, Valli distinguió la línea de sus hombros, la postura erguida, la silueta que conocía demasiado bien. La traición le quemó la garganta, más dolorosa que el golpe.

—¿Por qué? —logró articular.

El visitante no habló. Avanzó un paso. La luz del ventanuco brilló en un objeto que llevaba en la mano derecha, algo pesado y metálico.

Una llave inglesa, la herramienta de un fontanero, de un obrero. Algo común, anónimo.

Valli intentó levantarse, empujándose de la pared. La rodilla cedió, enviándole otra sacudida de dolor que le nubló la visión. Alzó un brazo, un gesto defensivo, inútil.

El brazo del visitante se elevó y descendió en un arco corto y preciso. No hubo furia en el movimiento. Era técnico. Funcional.

El metal encontró la sien derecha de Valli con un chasquido seco, un sonido parecido al de una rama gruesa partiéndose bajo el pie. Su cuerpo perdió toda tensión de inmediato. Los ojos, abiertos y llenos de incredulidad, perdieron el foco. Se desplomó sobre el suelo de baldosas sin un sonido, la cabeza golpeando la fría superficie con un ruido sordo.

El asesino permaneció inmóvil un momento, escuchando. Solo el rumor lejano de la lluvia en el canalón. Luego, con el mismo cuidado, cerró el pestillo de la puerta. Su mirada recorrió el cuerpo tendido, la mancha oscura que comenzaba a extenderse bajo el cabello castaño y rizado. No había emoción en su examen. Era un chequeo.

Después, sus ojos se alzaron hacia la escalera que conducía al estudio. Eso era lo que había venido a buscar. Algo específico. Respiró hondo, el aire cargado aún del ozono de la tormenta, y comenzó a subir los peldaños, evitando con precisión los que sabía que crujían.

La habitación del piso superior olía a tinta de impresora, polvo de papel y, bajo todo, a esa dulzura metálica que empezaba a impregnar el aire de abajo. El hombre respiró por la boca, un hábito profesional. Colocó la herramienta sobre el escritorio, al lado de un monitor apagado. Sus manos, enguantadas de cuero fino y negro, empezaron a trabajar.

Fue metódico. Primero, los cajones del mueble de archivo. Los abrió de uno en uno, sacando carpetas, hojas sueltas, facturas. Las revisó

con una mirada rápida, experta, antes de dejarlas caer al suelo. El susurro del papel al caer se mezclaba con el leve crujido de las tablas del piso bajo sus pies. Nada. Pasó al escritorio. Bolígrafos, clips, un bloc de notas con garabatos arquitectónicos. Una cartera de cuero desgastada. La abrió: unos cuarenta euros, el carnet de identidad, una tarjeta de la biblioteca. La dejó a un lado, en la pila de lo que se llevaría.

El ordenador portátil estaba cerrado. Lo abrió y pulsó el botón de encendido. La pantalla parpadeó y mostró un campo de contraseña. Intentó dos combinaciones obvias: el nombre del arquitecto, la fecha de nacimiento. Un pequeño cuadro rojo de error tembló en la pantalla. Frunció el ceño. No era su especialidad. Lo cerró con un chasquido seco y lo añadió a la pila.

La frustración, una tensión sorda, empezó a crecer en sus mandíbulas. Apretó los dientes. Le habían descrito el objeto con precisión: un pendrive metálico, azul, con una etiqueta adhesiva blanca. O, en su defecto, una carpeta manila con ciertos sellos. Había registrado los bolsos colgados en el perchero, vaciado el contenido de una mochila de senderismo. Solo encontró ropa, una botella de agua vacía, mapas topográficos.

Con un movimiento brusco, barrió una hilera de libros de un estante. Cayeron al suelo con un estruendo sordo que resonó en el espacio silencioso. Polvo flotó en el haz de luz grisácea que ahora entraba por el ventanuco. El amanecer teñía el cielo de un color plomizo, lavando las sombras de la estancia. Iluminó el desastre que estaba creando: un campo de batalla de papel y objetos personales.

Respiró hondo, contando hasta cinco. El plan B. Simular un robo común. Revisó la pila: el portátil, la cartera, un reloj de pulsera de acero económico que había en la mesilla de noche. No era gran cosa, pero un ladrón de poca monta no sería exigente. Su mirada, ágil y sistemática, recorrió la habitación una última vez. Pasó por encima del cilindro de plástico azul junto a la pata del escritorio,

lleno de planos enrollados. Un contenedor de dibujos de arquitecto. Nada de valor.

Recogió los objetos con una mano, la llave inglesa con la otra. Bajó la escalera, sus pasos ahora más pesados. En el recibidor, el cuerpo yacía en la misma posición. La mancha en el suelo se había oscurecido, expandido ligeramente. La miró sin expresión, calculando el tiempo transcurrido. Luego, con el pie, empujó un jarrón barato de un pequeño aparador. Se hizo añicos contra las baldosas. Un toque de caos creíble.

Abrió la puerta de entrada solo lo necesario para deslizarse fuera. La cerró con cuidado hasta oír el clic del pestillo. No la bloqueó. Un ladrón no lo haría.

Dentro, la primera luz del día ganaba terreno, bañando lentamente el cuerpo inmóvil de Edoardo Valli, los papeles esparcidos como hojas muertas, los libros derribados. Iluminó, con indiferencia, el tubo de planos azul junto al escritorio. En su interior, entre los rollos de papel de calco y los proyectos de restauración, un pequeño dispositivo metálico de color azul permanecía en silencio, esperando.

Fuera, el perfil de Roma emergía del gris. El Tíber serpenteaba, una cinta oscura y lenta bajo los puentes. En las colinas, las cúpulas y los campanarios empezaban a recortarse contra el cielo que clareaba. En un apartamento del Aventino, una cafetera se ponía en marcha automáticamente. En otro, un bebé lloró. La ciudad despertaba, ajena al secreto que ahora yacía frío en un suelo de baldosas y al que, enrollado entre planos, aguardaba su turno.

CAPÍTULO 1: LAS PRIMERAS GRIETAS

El aire en el recibidor olía a café recalentado y a la cera de abejas que alguien había usado para lustrar el suelo de mármol. Lorenzo Valenti se detuvo en el umbral, dejando que el frío de la piedra ascendiera por su pierna izquierda hasta clavarse, agudo y familiar, en la antigua cicatriz de la rodilla. Los flashes de las cámaras de los técnicos iluminaban el cuerpo en breves estallidos de luz blanca, congelando la escena en fotogramas discontinuos.

Valli yacía de costado junto a una consola barroca, un charco oscuro y espeso bajo su cabeza. Un pisapapeles de mármol, manchado de lo mismo, descansaba a medio metro. Dos agentes con monos blancos trabajaban en silencio, el roce de sus bolsas de plástico para evidencias sonando como hojas secas.

—¿Primeras impresiones? —preguntó Valenti, sin acercarse aún.

Un técnico de pelo ralo levantó la vista desde su cuaderno. —Robo violento. Forzó la entrada, la víctima se resistió. Se llevó el portátil, la cartera, algunas cosas. Lo de siempre.

Valenti asintió, pero sus ojos grises ya habían registrado las piezas que no encajaban. La puerta, de madera maciza, tenía la cerradura intacta. La cadena de seguridad, en cambio, colgaba rota, los eslabones de metal retorcidos hacia el interior del apartamento. No

la habían forzado desde fuera. Alguien había empujado con fuerza desde dentro, después de que Valli la hubiera echada.

—La cadena estaba puesta cuando llegó —murmuró, más para sí mismo. —Dejó entrar a alguien solo un poco. Lo suficiente para reconocerlo.

Un movimiento en la escalera que conducía al piso superior. Una mujer bajaba, el pelo castaño rojizo recogido en una cola de caballo que le rozaba el cuello del uniforme. Sus ojos verdes escanearon la estancia antes de posarse en él.

—Ispettore Claudia Rossi —se presentó, con un tono que era profesional sin ser frío. —Me asignaron al caso.

Valenti apenas desvió la mirada del pisapapeles. Señaló el objeto con un leve gesto de barbilla.

—Dicen que fue eso.

—¿Y usted no lo cree?

—No hay restos de tejido. Ni de pelo. Está limpio. —Finalmente, se volvió hacia ella. El cansancio de la mañana pesaba en sus hombros, pero detrás de sus ojos había una chispa de irritación, la de un mecánico que ve un motor montado mal a propósito. —Un golpe con esa fuerza, con un borde irregular… deja algo. Siempre. Esto ha sido limpiado. O no fue el arma.

Claudia Rossi observó el pisapapeles, luego el cuerpo, luego la puerta con la cadena rota. No asintió, pero su expresión se volvió más concentrada, como si estuviera recalculando una suma.

—¿Entonces qué buscamos? —preguntó.

—Lo que no se llevaron —respondió Valenti, y por primera vez, su mirada se dirigió hacia la escalera, hacia el estudio donde los tubos de planos azules seguían, silenciosos, en su estante.

Los escalones de madera crujieron bajo sus zapatos. Valenti ascendió primero, dejando que el olor a papel antiguo y polvo de tiza lo envolviera. La claridad del amanecer entraba por una ventana alta, cortando el espacio en diagonal e iluminando una danza de motas suspendidas.

El estudio era un caos calculado. Libros yacían esparcidos como hojas secas, sus páginas abiertas en ángulos forzados. Los cajones del escritorio habían sido extraídos, sus contenidos —lápices, clips, gomas de borrar— regados sobre la moqueta desgastada. Valenti se detuvo en el umbral, sus guantes de látex produciendo un roce tenue al frotarse los dedos.

Claudia se situó a su lado, su mirada recorriendo el desorden.

—Un robo violento —dijo, más constatando que afirmando.

Valenti no respondió de inmediato. Avanzó hacia el escritorio, evitando los objetos en el suelo. Se inclinó sobre uno de los cajones volcados. Su superficie interior de madera contrachapada estaba limpia, sin arañazos profundos. La agarró por los bordes y la levantó. En el reverso, en la esquina inferior izquierda, una mancha grisácea, como de polvo acumulado, había sido alterada. Alguien había pasado un dedo, dejando un surco limpio.

—¿Revisas la parte de atrás de un cajón buscando dinero? —su voz era baja, casi para sí mismo.

Se enderezó. Su mirada viajó hacia un rincón, donde una serie de tubos de cartón, de un azul desvaído, descansaban en un estante de madera. Estaban ordenados por tamaño, intactos. El polvo sobre ellos era uniforme, sin interrupciones.

—El ordenador portátil —mencionó Claudia, consultando una pequeña libreta que había sacado de su bolsillo. —Según el informe preliminar del primer agente en la escena, no está. Lo anotaron como sustraído.

—¿Y una carpeta? —preguntó Valenti, sin apartar los ojos de una sección del estante principal, cerca del escritorio. Allí, entre carpetas de proyectos con lomos abultados, había un vacío. El polvo formaba un rectángulo pálido y perfecto, del tamaño de un archivador estándar.

La joven ispettore siguió su mirada. Se acercó, midiendo el espacio con la vista.

—Podría ser. Un hueco.

—No 'podría'. Es. —Valenti se acercó, señalando los bordes del rectángulo polvoriento. —El polvo se acumula durante semanas. Lo que estaba aquí lo protegía. Ahora falta. Y no fue tirado al suelo como el resto.

Se volvió, abarcando la habitación con una lentitud deliberada. El desorden tenía un patrón: concentrado alrededor del escritorio y los archivos bajos. Las estanterías altas, llenas de tratados de arquitectura romana, apenas habían sido tocadas. Un ladrón en busca de objetos de valor habría desvalijado los estantes superiores, donde a menudo se guardan figurillas o recuerdos. Este no lo hizo.

—Buscaba algo plano. Algo delgado —murmuró Valenti. —Papel. Un documento específico. O…

Su mirada se posó de nuevo en los tubos azules.

Claudia respiró hondo, el aire cargado de polvo le hizo fruncir levemente la nariz.

—Era el arquitecto del proyecto 'Residenze del Aventino' —señaló hacia una serie de planos grandes clavados en un tablero de corcho en la pared. Las líneas precisas delineaban un complejo de apartamentos de lujo. —Las obras de esa envergadura generan disputas. Contratos, subcontratas… quizá tenía enemigos por ahí.

Valenti contempló los planos. Luego, lentamente, giró hacia el espacio vacío en el estante. La luz del amanecer había avanzado,

iluminando ahora el rectángulo de polvo como si fuera una evidencia en una vitrina.

—O tenía algo —dijo, las palabras saliendo con el peso de una conclusión no deseada— que alguien más quería desesperadamente. Algo por lo que vale la pena montar este… espectáculo.

En el aire quieto, el polvo seguía danzando, indiferente al vacío que ahora revelaba.

Un rumor bajo, constante, subía desde la calle: los generadores de la policía científica. La luz del sol naciente se reflejaba ahora en la pantalla de la tablet que Claudia sostenía, proyectando un rectángulo luminoso sobre el suelo polvoriento. Un olor a café recién hecho se colaba desde la escalera, un aroma mundano que chocaba con el aire viciado de la estancia.

Claudia deslizó un dedo por la pantalla de su tablet, sus cejas se juntaron en una leve arruga de concentración. —El registro de llamadas del teléfono fijo —dijo, sin levantar la vista—. Hay una entrada de número oculto. A las 21:47 de anoche. Duración: cuarenta y tres segundos.

Valenti no se movió. Seguía frente al estante, contemplando el hueco. El contraste entre el olor a café y el polvo le recordaba a las salas de espera de los hospitales: vida normal, bullendo justo al otro lado de una puerta tras la cual todo se había detenido.

—¿Y los objetos sustraídos? —preguntó, su voz un poco ronca.

Claudia consultó otra pantalla.

—Cartera. Reloj de pulsera de acero, marca de bajo coste. Ordenador portátil. Eso es lo que figura en el inventario preliminar de la científica.

—¿Solo eso?

—Sí, comandante.

Valenti por fin se volvió. Su mirada gris barrió el estudio, deteniéndose en un estante cercano a la puerta. Allí, apoyada contra una pila de libros, había una tableta gráfica de última generación, su carcasa negra brillando bajo el polvo. A su lado, una cámara digital réflex con un objetivo largo.

—Esa tableta vale más que tres portátiles como el que se llevaron —señaló con un leve movimiento de barbilla—. La cámara, otro tanto. Estaban a la vista. ¿Un ladrón que forcejea, que mata, que tiene tiempo de registrar… y deja el botín más caro?

Claudia siguió su mirada. Un músculo en su mandíbula se tensó. La tablet emitió un suave pitido en sus manos.

—Es mi superior —murmuró, leyendo el mensaje—. Pide un informe preliminar para esta tarde. Sugiere… —hizo una pausa, tragó saliva — sugiere la línea del robo con resistencia fatal. Forcejeo, golpe fortuito con un objeto contundente de la escena.

—¿El pisapapeles de mármol? —la interrumpió Valenti. Se acercó, sus pasos apenas levantaban el polvo del suelo de madera. Por primera vez, la miró directamente, con una intensidad que hizo que la joven agente contuviera la respiración—. No. El golpe fue lateral. En la sien derecha. Valli estaba de frente a su atacante. ¿Forcejeó y luego, mágicamente, recogió un pisapapeles para golpearse a sí mismo en un ángulo imposible?

Claudia abrió la boca para responder, pero no salió sonido alguno. El zumbido de los generadores pareció aumentar de volumen, llenando el vacío.

—Rossi —continuó él, bajando la voz hasta convertirla en algo áspero, confidencial—, esto no fue un robo. Esto fue una ejecución. Alguien vino a buscar algo concreto. Algo que Valli tenía. Y cuando no lo encontró de inmediato, o cuando Valli se dio cuenta de por qué estaba realmente aquí… lo eliminó. Luego montó este teatro para nosotros.

El teléfono en el bolsillo de la chaqueta de Valenti vibró, un runrún sordo contra el tejido. Lo sacó. La pantalla mostraba un número interno de la jefatura. Lo contempló durante dos vibraciones completas antes de llevárselo al oído.

—Diga.

La voz al otro lado era seca, profesional, sin tiempo para preámbulos. Claudia solo podía oír el murmullo metálico, pero veía cómo la espalda de Valenti se ponía rígida, cómo los nudillos de su mano libre palidecían al apretarse.

—Sí, capitán. Lo entiendo —dijo él, su tono plano, impasible—. Un robo trágico. Resistencia. Sí.

Su mirada se encontró con la de Claudia. En sus ojos grises no había cinismo ahora, sino algo más peligroso: una determinación fría, cristalizada.

—Prepararé el informe —finalizó, y cortó la comunicación sin añadir nada más.

Dejó el teléfono en el bolsillo con un movimiento deliberado. El aire entre ellos parecía haberse espesado.

—Pide la orden de registro ampliada —ordenó, las palabras claras como cortantes—. Todo lo relacionado con el proyecto 'Residenze del Aventino'. Contratos, correspondencia, subcontratas. Y quiero el informe completo de esa llamada anónima. No el resumen, el técnico.

Claudia lo observó. La presión de su superior era una cosa tangible, un peso sobre sus hombros jóvenes. Pero la evidencia del estante vacío, de la tableta abandonada, de la lógica implacable en la voz de Valenti, era otra.

Asintió. Un movimiento lento, casi imperceptible al principio, que luego se afirmó.

—Sí, comandante.

Al decirlo, supo que acababa de elegir un bando. La línea, invisible hasta ese momento, quedaba atrás. El zumbido de la calle seguía subiendo, mezclándose con el olor a café y al polvo de siglos que ahora parecía contener la verdad de todo.

CAPÍTULO 2: LO QUE NO ENCAJA

El despacho del Dottor Massimo Conti era exactamente como Valenti se lo había imaginado: ordenado, luminoso y con ese aire de autoridad académica que emana de las estanterías repletas de libros antiguos. El hombre que se levantó para recibirlo desde detrás de un imponente escritorio de roble, sin embargo, era más joven de lo que Valenti esperaba, un hombre de sesenta años que conservaba una complexión envidiable y una energía contenida en sus movimientos precisos. Su cabello, entrecano pero aún espeso, estaba peinado con pulcritud, y sus ojos, de un azul desvaído tras las gafas de carey, examinaron a Valenti con una curiosidad inmediata y penetrante.

—Comisario —dijo con una voz sorprendentemente cálida, tendiendo una mano firme—. Es un honor. He leído sobre su trabajo en el caso de los canales. Un razonamiento deductivo brillante.

Valenti, algo sorprendido por el recibimiento y el cumplido, aceptó el apretón. —El honor es mío, dottore. Y le agradezco que me recibiera con tan poca antelación.

—Cuando la policía llama, especialmente un nombre como el suyo, uno hace espacio —Conti hizo un gesto amplio, invitándolo a sentarse en una butaca de cuero—. Además, su asistente mencionó que se trataba del Archivo Strozzi. Un tema que, le confieso, me quita el sueño desde hace años.

Mientras tomaba asiento, Valenti aprovechó para estudiar al profesor. A pesar de sus sesenta años, había una vitalidad juvenil en su gesto, una pasión que parecía a punto de desbordarse al mencionar el archivo. No era el académico polvoriento y distante que había anticipado.

—Me alegra oír eso —respondió Valenti, sacando su cuaderno—. Porque necesito esa pasión. Necesito entender qué hay en esos documentos que vale una vida.

La expresión de Conti se ensombreció al instante. —Una vida. La del pobre Sandro. Sí. —Suspiró, quitándose las gafas para frotarse el puente de la nariz—. Para entenderlo, Comisario, debe entender primero que el Archivo Strozzi no es solo un montón de papeles viejos. Es una memoria enterrada. La memoria de una de las familias más poderosas de Florencia en un momento crucial, no solo para la ciudad, sino para toda Europa. Y como toda memoria poderosa, hay quienes prefieren que permanezca oculta.

—¿Qué tipo de secretos? ¿Financieros? ¿Políticos?

—Todos los que pueda imaginar, y algunos que quizá no —Conti se inclinó hacia adelante, entrelazando los dedos sobre el escritorio—. Hablamos de los años en que los Médici consolidaban su poder, de alianzas con el papado, de préstamos a reinos, de tratos con artistas… y de traiciones. Muchas traiciones. La leyenda negra de la familia, la que sugiere que acumularon su fortuna a través de la usura, el chantaje e incluso el asesinato, encuentra su posible verificación en esas cartas y ledgers. Sandro creía haber encontrado una pista concreta, un hilo que, si tirábamos de él, podría desentrañar no solo un secreto histórico, sino una red de influencias que llega hasta nuestros días.

—¿Una red? ¿Quiere decir que hay personas contemporáneas, hoy, que se verían afectadas por lo que hay en ese archivo?

Conti lo miró fijamente, y en sus ojos azules Valenti creyó ver un destello de cautela, o tal vez de miedo. —Florencia es una ciudad de

capas, Comisario. Como las cebollas, o como un pastel de hojaldre. Lo que fue hace cinco siglos a menudo no está tan lejos de lo que es. Los apellidos perduran. Las influencias, también. Y ciertas… verdades, sobre el origen del poder y la riqueza, pueden ser tremendamente incómodas para ciertos linajes. Sandro no era un chico imprudente. Era meticuloso. Pero llamó a mi teléfono personal hace tres días, muy alterado. Dijo que había "encontrado la llave". Y que temía que "los guardianes" lo supieran.

—¿Guardianes? —Su término, no el mío —aclaró Conti, encogiéndose ligeramente de hombros—. No tuve tiempo de sonsacarle más. Quedamos en vernos al día siguiente aquí, en mi despacho. Pero él nunca llegó.

Valenti anotó la palabra "guardianes" y la rodeó con un círculo. —¿Y usted qué cree que quiso decir? ¿Alguien que custodia el archivo? ¿O alguien que custodia el secreto?

—Ambas cosas son lo mismo, ¿no le parece? —respondió Conti, y por primera vez su voz sonó cansada, la voz de un hombre de sesenta años que ha luchado demasiado tiempo contra molinos de viento—. Alguien para quien la historia no es algo muerto y estudiado, sino algo vivo y peligroso, que debe ser vigilado. Controlado. O eliminado.

El despacho, tan luminoso minutos antes, pareció llenarse de sombras alargadas. Valenti guardó su cuaderno. Tenía suficiente para empezar, y una certeza que se consolidaba en su interior: la muerte de Sandro Vanni no había sido un robo fortuito. Había sido un mensaje. Y para descifrarlo, tendría que adentrarse en las capas de la ciudad, empezando por el hombre que tenía frente a él, cuyo conocimiento era tan valioso como potencialmente letal.

—Dottor Conti —dijo Valenti, poniéndose de pie—. Voy a necesitar acceso a todo lo que Sandro estaba consultando. Y a su correspondencia, notas, cualquier cosa que pueda darnos una pista sobre esa "llave" que mencionó.

Conti asintió, grave. —Por supuesto. Todo está a su disposición. Pero le ruego una cosa, Comisario.

—Dígame.

—Tenga cuidado. Los guardianes, si existen, ya han mostrado que no dudan en matar para proteger su secreto. Y ahora, usted está a punto de tocar la misma puerta.

Valenti sostuvo su mirada. —Es mi trabajo tocar puertas, dottore. Incluso las que otros prefieren mantener cerradas.

Al salir del edificio neoclásico que albergaba el Departamento de Historia, la brisa de la tarde le pareció a Valenti repentinamente fría. Llevaba consigo el peso de una historia de siglos y la sensación incómoda de que los ojos del profesor Conti, llenos de advertencia, lo seguían desde la ventana de su despacho.

Capítulo 2: Lo que No Encaja

El aire en la sala de autopsias olía a cloro mezclado con una dulzura metálica que se pegaba al paladar. Lorenzo Valenti apoyó el peso sobre la pierna buena, un una molestia antigua y persistente martillándole la rótula izquierda a través de la suela del zapato. La luz fluorescente, blanca y sin piedad, le daba a la piel del hombre sobre la mesa un tono de cera derretida.

El doctor Fazio, un hombre menudo con gafas de montura fina que le daban aspecto de lechuza, señalaba la pantalla de un monitor con un puntero láser. La imagen mostraba un cráneo fracturado en alta definición.

—El traumatismo es singular —explicó el forense, su voz un murmullo profesional contra el zumbido de los extractores—. El punto de impacto es preciso: sien derecha, justo sobre la arteria temporal. Los bordes de la fractura son lineales y limpios, con una pequeña hendidura rectangular en el centro. No hay astillamiento radial extenso, como se esperaría de un golpe con un objeto

irregular, digamos… una piedra o un pisapapeles de mármol con bordes irregulares.

Claudia, de pie al otro lado de la mesa, observaba la pantalla con sus ojos verdes entrecerrados. Valenti notó cómo sus dedos, apoyados en el borde de acero inoxidable, se habían puesto blancos por la presión.

—¿Qué causó esa hendidura? —preguntó el inspector.

—Algo con una arista definida, de metal, y con suficiente peso detrás —Fazio cambió la imagen a una recreación en 3D—. Una llave inglesa ajustable, por ejemplo. La cabeza del perno, al golpear, dejaría exactamente esta marca. La fuerza requerida… no es la de un forcejeo. Es la de un golpe deliberado, asestado con intención y conocimiento de dónde causar el mayor daño. Un movimiento de arriba hacia abajo, como un hachazo.

El teléfono en el bolsillo de Valenti vibró, una vibración amortiguada contra el muslo. Lo ignoró. Su respiración formaba pequeños jirones de vaho en el aire gélido.

—Entonces, el pisapapeles…

—Un señuelo —concluyó Fazio, apartándose las gafas para frotarse el puente de la nariz—. No hay restos de tejido o sangre en él, y la forma no coincide con la lesión. Alguien lo dejó allí para que lo encontráramos.

El teléfono volvió a vibrar, esta vez más insistente. Valenti lo sacó. La pantalla mostraba “COM. IODICE”. Respiró hondo, el aire frío quemándole los pulmones, y deslizó el dedo para aceptar la llamada.

—Comisario.

—Lorenzo —la voz de Iodice sonaba cansada, casi paternal—. He visto el informe preliminar de la científica. Un desastre, ese apartamento. Un robo violento, claramente. El pobre diablo se interpuso.

Valenti guardó silencio. Al otro lado del teléfono, se oía el leve clic de un bolígrafo.

—Mira —continuó Iodice—, estos casos… cuando hay un móvil claro, un escenario reconstruible, es mejor cerrarlos con celeridad. Para la familia, para las estadísticas. "Robo con resultado de muerte" es una categoría limpia. Evita preguntas incómodas, investigaciones largas que no llevan a nada. Tú lo sabes.

El inspector miró el cuerpo de Valli sobre la mesa, la herida violenta expuesta bajo la luz clínica. La rodilla le dolía como si el frío del lugar se le hubiera colado dentro del hueso.

—Hay inconsistencias, comisario —dijo, manteniendo el tono plano.

—Siempre las hay —la voz de Iodice perdió un ápice de calidez—. Pero a veces una inconsistencia es solo el caos de un crimen, no una conspiración. Te lo digo como colega, Lorenzo. Archiva esto. Tienes otros casos esperando.

La línea se quedó en silencio, cargada de una expectativa que era, en sí misma, una orden. Valenti observó a Claudia. Ella lo observaba a él, inmóvil, esperando.

—Recibiré el informe completo del doctor Fazio —respondió Valenti, sin comprometerse—. Gracias por la llamada, comisario.

Colgó antes de que Iodice pudiera añadir algo más. Dejó el teléfono sobre una bandeja metálica, donde el sonido del impacto resonó como un campanillazo ahogado. El forense miraba al techo, fingiendo no haber oído.

—Claudia —dijo Valenti, y su voz sonó extrañamente serena en aquel espacio blanco y frío—. Vamos a necesitar todo el historial profesional de Valli. Cada proyecto, cada evaluación. Y quiero ese informe arqueológico preliminar que presentó antes de morir. El que nadie parece querer encontrar.

La inspectora asintió, una sola vez. No hizo preguntas. En sus ojos verdes, Valenti vio el reflejo de la luz blanca, y algo más: una determinación que ya no era solo profesional.

El aire en la oficina olía a café recalentado y papel polvoriento. La luz de la tarde se colaba por las persianas venecianas, dibujando franjas diagonales sobre el escritorio de Valenti, donde una torre de carpetas amenazaba con derrumbarse. Claudia cerró la puerta con un golpe seco. Llevaba una tablet bajo el brazo y la expresión concentrada de quien ha encontrado algo.

—Tuve que llamar a un excompañero de la universidad —explicó, dejando el dispositivo sobre el único espacio libre de la mesa—. Trabaja en el registro de licencias municipales. El expediente del proyecto ‘Residenze del Aventino’ tiene trescientas páginas. Pero lo importante está en las últimas veinte.

Valenti dejó a un lado el informe forense preliminar. El dolor en su rodilla había remitido a un latido sordo, persistente como el zumbido de los ordenadores.

La inspectora deslizó un dedo por la pantalla. —Edoardo Valli no solo era el arquitecto principal. También figura como evaluador arqueológico de campo, por contrato con la promotora. Una cláusula estándar para proyectos en zonas sensibles.

—¿Cuándo presentó su evaluación? —Hace treinta y siete días. Un informe preliminar a la Superintendencia Arqueológica. Clasificó el hallazgo en el subsuelo, cito, como ‘significativo y potencialmente disruptivo para la viabilidad del proyecto en su configuración actual’. —Claudia alzó la vista—. Usó esas palabras exactas. ‘Disruptivo’.

Valenti se inclinó hacia delante, los codos sobre la madera. Las franjas de luz le cruzaban las manos. —¿Y la Superintendencia? —Recibieron el informe. Lo firmó un tal Massimo Conti, jefe de sección. No hay respuesta oficial registrada. El trámite quedó estancado.

—¿Estancado? —Sin movimiento en el expediente desde entonces. Nada de inspecciones programadas, ninguna solicitud de estudios complementarios. Como si el documento se hubiera perdido en un cajón.

El silencio se instaló, lleno del murmullo lejano del pasillo. Valenti observó el polvo flotando en los rayos de sol. Treinta y siete días. Tiempo suficiente para que alguien leyera ese informe y calculara el coste. Un mithraeum intacto significaba paralización automática, excavaciones de años, millones evaporados. Un arquitecto con escrúpulos era un problema. Uno con pruebas era una catástrofe.

—La carpeta que faltaba en el estante —murmuró Valenti, más para sí mismo—. Podría ser la copia física de ese informe. O los anexos. Las fotos del yacimiento.

Claudia asintió. —El asesino no quería el portátil. Quería eso. Algo tangible que vinculara el hallazgo con el proyecto, antes de que Valli pudiera hacerlo público.

Se pasó una mano por el cabello castaño rojizo, deshaciendo un poco la cola. En sus ojos verdes, Valenti reconoció la misma certeza ácida que le corroía por dentro: tenían razón, y eso los ponía en el punto de mira.

—Conti firmó la recepción —dijo el inspector, levantándose. Un pinchazo agudo le recorrió la pierna desde la rodilla; apretó los dientes, apoyándose un instante en el borde del escritorio—. Vamos a pagarle una visita. Ahora.

La oficina de Conti olía a tabaco caro y a polvo de libros antiguos. Estanterías de roble oscuro se inclinaban bajo el peso de tomos encuadernados en piel y fragmentos de cerámica etiquetados. Un reloj de péndulo marcaba el tiempo con un tictac metódico. El hombre tras el escritorio de caoba era más joven de lo que Valenti esperaba, quizás cincuenta, con el pelo entrecano peinado hacia atrás y una corbata de seda que parecía demasiado ajustada.

—Dottor Conti —dijo el inspector, mostrando su placa—. Lorenzo Valenti. Y la ispettore Esposito. Hablamos del arquitecto Edoardo Valli.

Conti se levantó con un movimiento brusco, casi derribando un pisapapeles de bronce. Su sonrisa fue un músculo tenso.

—Ah, sí. Una tragedia. Por favor, tomen asiento. ¿Un café? —Su mirada saltó de uno a otro, sin posarse.

—No, gracias —Valenti se sentó, notando el crujido sordo de su rodilla al doblarse. Observó cómo Conti retorcía un bolígrafo entre los dedos—. Venimos por el informe que Valli les envió hace treinta y siete días. El que mencionaba un hallazgo arqueológico en las colinas del Aventino.

El arqueólogo parpadeó. Un sudor fino brillaba en su frente bajo la luz tenue de la lámpara de escritorio.

—El informe… sí, un documento preliminar. Rutinario. Nada concluyente, se lo aseguro. Nuestra oficina está saturada de esos avisos. La mayoría son falsas alarmas.

—¿Falsa alarma? —Claudia inclinó la cabeza, sus ojos verdes fijos en él—. El arquitecto describía estructuras de toba, un posible mithraeum. Incluso adjuntó coordenadas.

—Coordenadas aproximadas —rectificó Conti, abriendo las manos en un gesto de impotencia—. Sin una inspección ocular, sin pruebas materiales… Es solo papel. La Superintendencia debe priorizar. Los recursos son limitados.

—¿Y las presiones para acelerar la aprobación del proyecto ‘Residenze del Aventino’? —preguntó Valenti, manteniendo la voz plana—. ¿Recibió alguna llamada, algún memo sugiriendo que ese informe particular… era inconveniente?

El bolígrafo en las manos de Conti se quebró con un chasquido seco. Un hilo de tinta azul manchó su dedo índice.

—Inspector, no sé qué insinúa. Nosotros seguimos procedimientos. Hay canales, jerarquías… a veces las cosas se demoran. Es la administración.

—Treinta y siete días —repitió Valenti—. Tiempo suficiente para que alguien con intereses en ese terreno calculase el coste de un hallazgo confirmado. Paralización automática. Millones perdidos.

El teléfono fijo sobre el escritorio vibró con un zumbido apagado. Conti miró la pantalla. Todo el color abandonó su rostro, como si le hubieran drenado la sangre de un golpe. La mandíbula se le tensó.

—Disculpen —murmuró, levantándose de nuevo, torpe—. Es una llamada… interna. Urgente. Les ruego que…

Agarró el auricular con una mano temblorosa. No dijo "hola". Solo escuchó. Sus ojos, vidriosos, se clavaron en la pared frente a él. Asintió una vez, mecánicamente.

—Sí —susurró—. Entiendo.

Colgó. Se pasó una mano por la boca. Cuando miró a Valenti, había algo nuevo en su expresión: un miedo crudo, animal.

—Lo siento. La reunión ha terminado. Debo… debo atender un asunto.

Los condujo hacia la puerta con una premura que rozaba el pánico. En el umbral, Valenti se detuvo, obligando al otro a enfrentar su mirada.

—¿Quién le llamó, dottore?

Conti tragó saliva. El olor a miedo, agrio y metálico, se mezcló con el perfume del tabaco.

—Por su propio bien, inspector… déjelo estar. Por favor.

La puerta de roble se cerró tras ellos con un golpe sordo y definitivo.

Bajaron las escaleras de mármol en silencio. La luz del atardecer entraba a rachas por los altos ventanales del vestíbulo. Al salir a la calle, el aire fresco de la tarde trajo el rumor del tráfico de la Via dei Fori Imperiali.

Valenti se detuvo en la acera, fingiendo buscar algo en el bolsillo. Su mirada barrió la calle. Un Fiat negro, modelo reciente, estaba aparcado cincuenta metros más allá, motor al ralentí. Tras el parabrisas, la silueta de un hombre. Gafas de sol a pesar de la luz declinante. No leía un periódico. No hablaba por teléfono. Solo observaba la entrada de la Superintendencia.

El inspector tomó a Claudia suavemente del codo, girándola hacia su coche.

—No mires directamente —murmuró, manteniendo la sonrisa falsa de quien comenta el tiempo—. Camina. Ya tenemos compañía.

CAPÍTULO 3: LOS DUEÑOS DEL SUELO

El motor del Fiat Stilo ronroneaba con un sonido ahogado. Lorenzo observaba el retrovisor, la luz dorada de la tarde convirtiendo el parabrisas en una lámina de miel líquida.

—Dobla a la derecha —indicó, sin apartar la vista del espejo—. Via Ludovisi.

Claudia giró el volante. El tráfico de Via Veneto fluía a sus espaldas. Sus dedos se tensaron sobre el cuero.

—¿Sigue ahí?

—No lo veo. Pero eso no significa nada.

La inspectora aceleró un poco. La sombra del edificio de la Superintendencia ya se había perdido.

—Conti estaba aterrorizado —murmuró Claudia—. No era solo nervios. Era pánico puro.

Valenti asintió, frotándose la cicatriz de la rodilla a través del pantalón. Un dolor sordo, familiar. Observó el perfil de su compañera: la mandíbula apretada.

—No nos dieron tiempo —dijo—. La llamada fue una advertencia para él, y una señal para nosotros. Saben que estamos preguntando.

Ahora tenemos dos opciones: volver a la comisaría y llenar papeles, o adelantarnos.

Claudia le lanzó una mirada rápida. Sus ojos verdes captaron la luz oblicua.

—¿Adelantarnos cómo?

—'Edilizia Romana'. La sede central está en Via Veneto. A cinco minutos.

—¿Sin avisar? Costa tendrá abogados como setas.

—Exactamente. Por eso hay que ir ahora. Si avisamos, tendrá tiempo de preparar una fachada.

El coche atravesó una mancha de sol entre los edificios. Valenti buscó de nuevo en el retrovisor. Nada.

—Gira a la izquierda —ordenó—. Luego sigue recto.

Claudia obedeció. Las ruedas chirriaron ligeramente.

—Si ya nos están vigilando, ir allí es señalarlos directamente.

—Ya nos señalaron —replicó él, y su voz sonó más cansada de lo que pretendía—. El Fiat negro frente a la Superintendencia no era una coincidencia. Valli murió por un templo subterráneo que podría detener un proyecto de millones. No lo mató un ladrón. Lo mató una decisión corporativa.

Via Veneto se abrió ante ellos, con sus terrazas y edificios señoriales. La sede de 'Edilizia Romana' se alzaba a medio camino, una estructura de cristal y travertino. Claudia redujo la velocidad.

Fue entonces cuando el inspector vio el reflejo en el espejo lateral.

Un Fiat negro, modelo reciente, había doblado tras ellos manteniendo tres coches de distancia. El parabrisas, teñido, ocultaba al conductor.

—No nos perdieron —dijo Valenti, y una sonrisa sin humor le tocó los labios—. Buena.

Claudia siguió su mirada.

—Significa que le importamos.

—Significa que tenemos su atención. Aparca justo frente a la entrada principal.

El aire acondicionado zumbaba con una frialdad quirúrgica en el despacho de Alessandro Costa. El olor a cuero nuevo y a limpiacristales impregnaba el espacio. Las ventanas ofrecían una vista perfecta de la calle. Valenti permaneció de pie, dejando que el silencio se extendiera.

Costa se levantó de detrás de un escritorio de caoba maciza, impecable en un traje azul marino. Su pelo entrecano estaba peinado con precisión.

—Ispettore Capo Valenti, Ispettore Rossi. Un honor, aunque las circunstancias sean tan tristes. —Su voz era suave, medida. Extendió una mano que Valenti estrechó; el apretón fue firme, seco—. Por favor, siéntense. ¿Un café?

—No, gracias —declinó Valenti, bajándose al sillón. La tela era fría. Claudia tomó asiento a su lado, colocando la tablet sobre sus rodillas.

—Como prefieran. —Costa retomó su posición tras el escritorio. Sus dedos, libres de alianzas, se posaron sobre la superficie pulida—. He leído sobre el terrible suceso de Edoardo Valli. Un talento desperdiciado. La empresa está consternada.

—¿Lo conocía bien? —preguntó Valenti, sin preámbulos.

Un destello, rápido, cruzó la mirada de Costa. Desprecio, rápidamente sepultado bajo una máscara de pesar profesional.

—Era nuestro arquitecto principal para 'Residenze del Aventino'. Un profesional competente. Un poco… idealista. —La palabra salió con una ligera inflexión—. A veces los técnicos ven problemas donde solo hay procedimientos.

—Problemas como un informe arqueológico clasificado como 'significativo y potencialmente disruptivo'.

Costa no parpadeó. Sonrió, una curva fina de los labios.

—Ah, eso. Un trámite burocrático. Edoardo era meticuloso. Presentó una evaluación preliminar. La Superintendencia la tiene.

—Hace treinta y siete días —apuntó Claudia, su voz clara cortando el aire frío—. Y sigue sin respuesta oficial. ¿No le parece un retraso significativo?

El CEO inclinó la cabeza, concediendo el punto con una gracia estudiada.

—La administración pública tiene sus ritmos, ispettore. Nosotros simplemente esperamos las directrices.

—¿Y si el experto, Valli, determinaba que el hallazgo —un *mithraeum* — paralizaba legalmente las obras? —Valenti dejó caer el término.

El silencio que siguió fue más denso. El zumbido del aire acondicionado se volvió estridente.

—Edoardo —dijo Costa, limpiando una mota invisible de su manga— tenía una imaginación vívida. Interpretaba sombras. Un templo subterráneo… es una noción romántica. El progreso, ispettore, a veces requiere mirar hacia adelante. —Alzó la vista, y por primera vez, la cortesía se desvaneció—. 'Residenze del Aventino' es vital. Empleos, inversión. Un informe de un solo hombre no puede detener el futuro.

—Parece que alguien decidió asegurarse de que no lo intentara — replicó Valenti, manteniendo la voz plana.

Costa se reclinó en su silla, entrelazando los dedos.

—Está insinuando algo muy grave. Nosotros cooperamos con la ley. Lo que le pasó a Edoardo es una tragedia criminal, un robo que salió mal. Nada más. —Hizo una pausa, midiendo a Valenti—. Ispettore, permítame ser franco. Usted tiene una carrera. ¿Realmente vale la pena hundirla por los sueños de un hombre muerto?

El teléfono fijo sobre el escritorio trinó.

Costa miró el aparato, luego a Valenti. Una sombra, rápida, pasó por su rostro. Descolgó.

—Sí —dijo, sin apartar los ojos del inspector.

Escuchó. Sus nudillos blanquearon levemente.

—Sí. Están aquí conmigo ahora.

Colgó con suavidad. La sonrisa que intentó fue un gesto tenso.

—Parece que tiene admiradores —dijo. Su voz había perdido parte de su fluidez—. Mis socios están muy interesados en el desarrollo de su investigación.

El ascensor descendió en silencio. El zumbido de los fluorescentes perforaba el aire viciado. Las puertas se abrieron.

Valenti salió primero, su mirada barriendo el aparcamiento subterráneo. Columnas de cemento repetidas como un bosque gris. El eco de sus pasos resonó.

—Confirmó el móvil —dijo Claudia a su espalda, su voz baja pero nítida—. El informe de Valli paralizaba el proyecto. Costa lo sabía.

—Y sabe que lo sabemos —el inspector no aminoró la marcha, dirigiéndose hacia el Fiat—. Ese teléfono. Alguien le avisó de que estábamos aquí.

—¿Los mismos que vigilaron la Superintendencia?

—Probablemente. No vigilan a Conti. Nos vigilan a nosotros.

Un crujido. Lejano, a la derecha.

Valenti se detuvo en seco. La mano derecha descendió hacia la funda de la Beretta. Claudia se inmovilizó a su lado.

Entre las columnas, a unos cincuenta metros, una figura encapuchada permanecía inmóvil. No intentaba esconderse. Solo observaba. La luz de un fluorescente defectuoso parpadeaba sobre ella.

—No es el del coche —murmuró Claudia, sin mover los labios—. Es más delgado.

El inspector evaluó el espacio. Su rodilla izquierda emitía un dolor sordo. Perseguir en un entorno cerrado, siendo dos, con su movilidad comprometida, era una invitación a una emboscada.

—No corremos —decidió en voz baja—. Seguimos al coche. Despacio. Tú a mi izquierda.

Reanudaron la marcha. Los pasos resonaban. Valenti mantenía la periferia de su visión fija en la figura. No se acercaba.

—¿Qué quiere? —preguntó Claudia, la voz tensa.

—Que sepamos que nos ven. Que no hay privacidad.

Al pasar junto a una columna ancha, el inspector desvió la mirada por un instante. Cuando volvió a buscar la figura, ya no estaba. Solo el espacio vacío.

Se giró, la Beretta ahora libre en su funda. Nada. El eco de un motor arrancando llegó desde algún nivel superior.

—Se fue —dijo Claudia, exhalando.

—O nos rodea.

Aceleraron el paso los últimos metros. El Stilo estaba intacto. Valenti abrió con el mando. Subieron.

El motor arrancó. Las luces cortas iluminaron la rampa de salida.

Al girar hacia la calle, los faros barrieron la acera. Allí, estacionado en doble fila, estaba el Fiat negro. Lunas tintadas. El mismo hombre al volante, las gafas de sol aún en su rostro.

Claudia contuvo la respiración.

Valenti no frenó. Apretó suavemente el acelerador, dirigiendo el morro de su coche directamente hacia el espacio estrecho que quedaba entre el Fiat y la pared. El hombre del vehículo negro no se movió. A treinta centímetros, Valenti detuvo el Stilo. Bajó su ventanilla.

Durante tres segundos, los dos conductores se miraron a través del cristal. Luego, con una lentitud deliberada, el hombre del Fiat negro arrancó y se alejó.

Valenti salió a la calle. No miró atrás. En el asiento del copiloto, Claudia se volvió hacia él.

—¿Ahora?

El inspector cambió de marcha.

—Ya no tenemos días —afirmó, su voz un hilo de acero—. Esa carpeta que faltaba en el estudio de Valli… el asesino la buscaba y no la encontró. Tenemos que volver allí. Ahora. Antes de que alguien se dé cuenta de dónde está realmente el informe completo.

CAPÍTULO 4: ENTRE PLANOS Y SOMBRAS

El Fiat Stilo se detuvo frente al edificio de Valli con un chirrido suave de neumáticos sobre el adoquín. En el asiento del pasajero, Valenti apretaba contra su pecho el cuaderno Moleskine negro, la prueba que Valli había escondido en el tubo de planos azul bajo su escritorio. La luz de la tarde se desvanecía, tiñendo las fachadas ocre del Aventino de un tono melancólico. Lorenzo apagó el motor. El silencio que siguió fue denso, cargado de la tensión acumulada durante el trayecto desde Via Veneto.

—Mantente en la puerta —indicó, su voz un susurro ronco. Los ojos grises escudriñaban las ventanas oscuras del primer piso, luego recorrieron la calle desierta—. Vigila el acceso principal.

Claudia asintió, su cola de caballo rozando el cuero del asiento al girar. Los dedos ya rozaban la funda de su arma, un gesto instintivo y profesional.

El inspector salió del coche. El aire húmedo de la tarde, impregnado del aroma a tierra mojada y diesel lejano, le golpeó el rostro. Una punzada familiar le recorrió la rodilla izquierda al apoyar el peso; el frío que se avecinaba siempre despertaba el fantasma de la vieja lesión. Ignoró el dolor, avanzando con una cojera apenas perceptible hacia el callejón lateral que daba a la parte trasera del inmueble.

El pasaje era estrecho, un túnel de sombras entre muros altos. Una farola con el vidrio estrellado parpadeaba intermitentemente, proyectando sacudidas de resplandor ámbar sobre los contenedores de basura y las macetas vacías. El sonido del tráfico de Viale Aventino llegaba amortiguado, un rumor lejano.

La puerta de servicio, de metal pintado de verde, estaba semiescondida bajo una escalera de emergencia oxidada. Lorenzo se detuvo a un metro de distancia. Algo no encajaba. La luz titilante reveló una mancha oscura alrededor del pomo, una ruptura en la pátina de suciedad y óxido.

Se acercó, agachándose. El metal estaba frío bajo sus yemas. Al pasar el pulgar por la cerradura, sintió las marcas profundas y recientes, arañazos metálicos brillantes que contrastaban con el desgaste antiguo. Alguien había usado una palanca. Con fuerza. Recientemente.

Un nudo de frustración, agudo y punzante, se le formó en el estómago. No solo los seguían. Les llevaban ventaja.

Regresó al coche con pasos más rápidos, la rodilla protestando con cada zancada. Claudia leyó la expresión en su rostro antes de que hablara.

—¿Forzada? —preguntó, sus ojos ya estrechándose en un gesto de alerta.

—Recientemente. El pomo está rayado, el metal fresco. —Se inclinó hacia la ventanilla abierta, bajando la voz—. Alguien entró por atrás. Probablemente después de que la científica terminó.

—¿Refuerzos? —sugirió ella, pero la duda teñía su tono. Ambos conocían la respuesta.

Lorenzo negó con un movimiento seco de la cabeza. —Iodice nos tendría una semana en un escritorio haciendo papeleo. Y alertaría a quien sea que tenga un oído en la comisaría. —Sacó su Beretta, comprobó el cargador con un chasquido seco—. Entramos.

Asumimos que se ha ido. O que aún está dentro y no espera compañía.

Claudia salió del vehículo, desabrochando la pistolera. El crujido del cuero fue un sonido decisivo en el crepúsculo silencioso.

—Por la puerta principal está sellada. Iré por delante —dijo Lorenzo, señalando el callejón—. Tú cubre mi entrada, luego seguimos juntos. Silencio absoluto.

Ella asintió, una sombra determinada a su lado. Juntos se dirigieron hacia la boca oscura del pasaje, donde la farola seguía parpadeando, como un corazón nervioso en la penumbra. El metal frío y rayado del pomo forzado esperaba, una herida abierta en la quietud del edificio.

El pasadizo olía a tierra húmeda y a la humedad que rezumaba de los muros de toba. Lorenzo avanzaba primero, la Beretta en alto, la rodilla izquierda rígida pero ignorando el dolor sordo. Cada paso era una concesión calculada al silencio: el talón primero, luego el peso distribuido lentamente. Detrás, la respiración de Claudia, un susurro controlado que se perdía entre el latido de su propio pulso.

La escalera de servicio era estrecha, de cemento desnudo, iluminada solo por la luz grisácea que filtraba una rejilla oxidada en lo alto. Polvo flotaba en el aire, movido por su paso. En el rellano, la puerta que daba al vestíbulo del edificio estaba cerrada, pero no sellada. El pomo cedió sin ruido bajo su mano enguantada.

El recibidor del edificio estaba en penumbra. El mármol del suelo reflejaba débilmente la última luz del día que entraba por el ventanuco de la puerta principal. El aire era quieto, cargado. No había sonido más allá del zumbido lejano de la calle. Lorenzo señaló con dos dedos hacia la escalera principal que subía al piso de Valli. Claudia asintió, cubriendo el flanco, su mirada verde escrutando las sombras del descansillo.

Ascendieron. La madera de los escalones, antigua, guardaba un gemido contenido bajo sus pesos. En el rellano del tercer piso, la puerta del apartamento se recortaba contra el yeso de la pared. No

estaba cerrada. Un filo de oscuridad, del grosor de un dedo, separaba el marco del batiente.

Lorenzo se detuvo, escuchando. Nada. Solo el crujido térmico del edificio. Con un gesto, indicó a Claudia que se colocara al otro lado del marco. Luego, con el cañón de la pistola, empujó lentamente la puerta.

Se abrió con un suspiro apenas audible.

El olor los golpeó primero: no el aroma a papel y polvo de tiza que recordaban, sino algo más acre, a polvo levantado violentamente, mezclado con el cuero viejo de los planos y un tenue regusto metálico. El crepúsculo entraba por la ventana alta del estudio, al fondo del pasillo, tiñendo todo de un azul profundo y lleno de motas.

—Permanece aquí —murmuró Lorenzo, y entró.

El caos era palpable, casi físico. Donde antes había un desorden metódico, ahora reinaba la destrucción. Los libros que yacían en el suelo habían sido pateados, sus páginas arrancadas y esparcidas como hojas secas. Los cajones del escritorio, ya extraídos, yacían volcados, sus contenidos —lápices, clips, memorias USB— esparcidos como confeti. Pero el centro de la furia eran los tubos de planos.

Los cilindros de plástico azul, antes alineados intactos en su rincón, estaban ahora esparcidos por toda la habitación. Algunos rotos a golpes, partidos por la mitad. Otros, abiertos y vacíos, rodaban por el suelo de madera con el más mínimo movimiento de aire. Planos arrugados, algunos rasgados, cubrían la moqueta como una capa de piel descartada.

—No lo encontró —la voz de Claudia llegó desde la puerta, un susurro cargado de una extraña certeza.

Lorenzo se agachó, evitando una punzada en la rodilla, y recogió un fragmento de plástico. El borde era irregular, astillado. No un corte limpio, sino una ruptura por fuerza brusca.

—Esta vez no buscaba con método —observó, dejando caer el fragmento. El sonido, un *clic* seco, resonó en el silencio—. Buscaba con rabia. Algo pequeño. Algo plano.

Su mirada recorrió el desastre, reconstruyendo la escena. Manos enfundadas en guantes —los mismos guantes de cuero fino, tal vez — hurgando entre los planos, rompiendo los tubos al no hallar lo que anhelaban. Una frustración que se volvía violencia contra los objetos. No era el registro de un profesional seguro. Era el de alguien desesperado, con el tiempo en su contra.

Claudia avanzó con cuidado, sus botas pisando fragmentos de plástico que crujieron como huesos diminutos. Se detuvo junto al escritorio, su perfil recortado contra la luz morada de la ventana.

—Lorenzo.

Señalaba hacia el suelo, bajo la pesada mesa de roble. Semioculto por un plano arrugado que mostraba los cimientos de un edificio, un único tubo azul había rodado hasta allí. Estaba intacto. Su tapa negra seguía en su lugar.

El inspector se acercó, el corazón latiéndole ahora con un ritmo diferente. No de alerta, sino de anticipación aguda. Se arrodilló, el dolor en la articulación un recordatorio lejano, y extendió la mano. Sus dedos cerraron alrededor del cilindro de plástico.

Tenía peso. No el vacío ligero de los otros. Algo sólido y compacto reposaba en su interior.

Lo sacó con suavidad, alejándolo de la sombra del escritorio. El plástico azul estaba frío al tacto, y polvoriento. Pero intacto. Una isla de orden en el mar de destrucción furiosa.

Con cuidado, giró la tapa negra. El plástico cedió con un chasquido sordo. Un olor a papel antiguo y a la piel de un cuaderno bien usado escapó del interior.

Extrajo el contenido, enrollado dentro de un plano de cimentación. El papel del plano era grueso, técnico. Pero dentro, protegido por él, había un cuaderno Moleskine negro, su cubierta de tela ya desgastada en las esquinas. El inspector lo sostuvo en la palma de su mano, sintiendo su peso compacto, la promesa que contenía.

—Su diario —murmuró Claudia, acercándose. Su aliento formó una nube tenue en el aire que se enfriaba.

Valenti abrió el cuaderno. La caligrafía de Valli era apretada, nerviosa, llenando cada margen. Bocetos arquitectónicos se mezclaban con anotaciones frenéticas. Pasó las páginas, sus dedos encontrando la textura rugosa del papel de calidad. Los últimos folios estaban escritos con una urgencia palpable; la tinta azul parecía haber sido presionada con fuerza, casi perforando el papel.

Coordenadas GPS, aproximadas, garabateadas al borde de un dibujo detallado: un altar de piedra con relieves desgastados. La palabra 'MITHAEVM', en mayúsculas romanas, repetida como un mantra o una maldición.

—Aquí —indicó la inspectora, señalando una entrada fechada el día anterior a la muerte del arquitecto.

La voz de Valenti fue un susurro ronco al leer en voz baja los trazos angulosos: *'Lo saben. Conti no responde a mis llamadas. Hoy, en la reunión, Costa solo sonreía. Una sonrisa de hielo. Tengo la prueba aquí, conmigo. Si me pasa algo, está en el plano azul del sótano A-7. Por el amor de Dios, que no lo cubran de cemento.'*

Un escalofrío que no tenía que ver con la temperatura recorrió el espacio entre ellos. No era solo una prueba; era un testamento, un grito ahogado que les llegaba desde el otro lado de la tumba. Claudia extendió la mano, rozando con la yema del dedo la palabra 'cemento', como si pudiera sentir la desesperación impregnada en la fibra.

—El sótano A-7 —repitió ella, la mente trabajando a toda velocidad —. ¿Parte del proyecto? ¿Una ubicación específica del yacimiento?

—O la clave para encontrarlo —concluyó él, cerrando suavemente el cuaderno. Su cubierta negra pareció absorber los últimos rayos de luz anaranjada. El peso en su mano ya no era solo físico; era el de una vida, de una verdad que alguien había matado para ocultar—. Tenemos que copiar esto. Todo.

Asintió, sacando su teléfono móvil. El *clic* artificial de la cámara rompió el hechizo solemne del estudio. Iluminó las páginas con su flash frío, capturando coordenadas, bocetos, la confesión final de Valli. Cada destello era un clavo más en el ataúd de los que habían ordenado el silencio.

Mientras ella trabajaba, metódica, Valenti se acercó a la ventana alta. La calle del Aventino estaba sumida en la penumbra azulada del crepúsculo. Farolas comenzaban a encenderse, proyectando círculos de resplandor áureo sobre el adoquín.

Entonces, el haz de luz blanca de unos faros apareció al fondo de la calle, avanzando con lentitud deliberada. El vehículo, un compacto de color oscuro, redujo aún más la marcha al pasar frente al portal del edificio de Valli. Se detuvo.

No hubo claxon. Nadie bajó. Solo permaneció allí, con los motores al ralentí, una mancha negra inmóvil contra el gris de la calle.

Era el Fiat.

Los vigilantes habían llegado. Y ahora estaban atrapados en el piso, con el diario del muerto ardiendo en sus manos como una granada sin seguro.

CAPÍTULO 5: BAJO LA COLINA

La escalera de servicio olía a humedad y basura acumulada. Lorenzo descendió con cuidado, apoyando el peso en la barandilla de hierro oxidado. Cada peldaño enviaba un latido sordo desde la rodilla izquierda, una punzada familiar que ahora se agudizaba con la urgencia. Arriba, en el rellano, la silueta de Claudia se recortaba contra la ventana sucia, vigilando la calle.

—Sigue ahí —murmuró ella, sin apartar la vista—. Luces apagadas, pero el motor está encendido.

—Por la puerta trasera, entonces —jadeó Lorenzo, llegando al descansillo del sótano—. El callejón conecta con Vicolo del Cedro.

La puerta de servicio cedió con un chirrido metálico. Una bocanada de aire fresco, cargado del olor a tierra mojada y cena lejana, los recibió. El callejón era un corte estrecho entre los altos muros de toba, iluminado apenas por la luz morada del atardecer que se filtraba desde arriba. Grava crujió bajo sus zapatos.

Claudia cerró la puerta con suavidad y se unió a él, pegando la espalda a la pared. Sus ojos verdes, oscurecidos por la penumbra, escudriñaban la oscuridad creciente.

—¿Las coordenadas? —preguntó, su voz apenas un suspiro.

—En el diario. Un claro en las colinas, detrás de la iglesia de Santa Prisca. No está lejos.

—Pero el sótano A-7… Si la prueba está en la obra, necesitamos llegar antes de que la cubran.

Lorenzo asintió, un gesto seco. El dolor en la pierna era un recordatorio constante de su lentitud. Avanzaron por el callejón, sombras entre sombras. Al doblar la esquina, una rápida ojeada confirmó que el Fiat negro seguía inmóvil frente al portal principal, a cincuenta metros de distancia.

El coche de Claudia estaba aparcado dos calles más allá, junto a una fuente seca. Cada paso era una negociación con el cuerpo. Lorenzo notaba la rigidez subiendo por el muslo, la cadera que se resistía. La inspectora ajustó su ritmo al suyo sin comentarlo, pero su mirada, de reojo, era una pregunta silenciosa.

—Estoy bien —gruñó él, más para sí mismo.

Alcanzaron el vehículo. Claudia desbloqueó las puertas con un clic suave. Al arrancar, las luces se encendieron, bañando brevemente la fachada desconchada de un edificio.

En el espejo retrovisor, un par de óvalos rojos cobraron vida en la penumbra.

—Nos han visto —anunció Claudia, metiendo la marcha.

El Fiat negro se despegó de la acera.

El Fiat los siguió durante tres curvas, manteniendo una distancia prudente pero visible. Claudia aceleró por una callejuela empinada, las ruedas chirriando contra el adoquín, y lo perdió en el laberinto de callejones del Aventino. El aire que entraba por la ventanilla olía a jazmín y a polvo de piedra antigua.

Las coordenadas del cuaderno los llevaron a un callejón sin salida, frente a una verja de hierro negro de tres metros de altura. Más allá, entre la vegetación salvaje, se adivinaban los contornos de las ruinas

del Circus Maximus bañadas por el último resplandor violáceo del crepúsculo. Un cartel nuevo, de plástico blanco y azul, rezaba: «PROPIEDAD PRIVADA – PROYECTO RESIDENZE DEL AVENTINO – PROHIBIDO EL PASO».

—Aquí —masculló Lorenzo, apretando el diario contra el pecho. La rodilla le latía con un dolor sordo y constante.

Claudia evaluó la verja con una mirada rápida. Sin una palabra, se acercó, encontró apoyo en un barrote cruzado y se impulsó con una agilidad felina. En la cima, un instante de silueta contra el cielo morado, y luego desapareció al otro lado. Un clic metálico, y el portón se abrió hacia dentro con un chirrido sofocado.

Lorenzo pasó, arrastrando la pierna. El jardín era un caos de tierra removida, montones de ladrillo roto y maleza que trepaba por columnas caídas. El aire olía a hormigón fresco y a raíces húmedas. Avanzaron en silencio, escudriñando el suelo. Fue Claudia quien la encontró, apartando un manto de hiedra con la punta del zapato.

La trampilla era de acero, oxidada en los bordes pero con un cerrojo nuevo y brillante. Estaba encajada en lo que parecía la base de un antiguo muro de contención.

—Es moderna —observó ella, arrodillándose. Sacó la herramienta multiusos que siempre llevaba en un bolsillo de su chaqueta. Los dientes de la lima encontraron la ranura del cerrojo.

Lorenzo vigilaba la verja y la oscuridad que se espesaba entre los árboles. Un pájaro cantó, una nota lastimera y final. El chasquido del mecanismo al ceder sonó como un hueso quebrado.

Claudia agarró la anilla y tiró. La pesada tapa se levantó con un gemido de bisagras sedientas, revelando una boca cuadrada de oscuridad absoluta. De su interior ascendió una bocanada de aire frío, cargado con el olor mineral de la piedra húmeda y algo más: un leve rastro de cal y polvo de ladrillo.

—¿Bajamos? —preguntó, alzando la vista. Sus ojos verdes captaron el último destello de luz.

El comisario sintió un nudo de anticipación en el estómago, tan tenso que por un momento olvidó el dolor de la articulación. Aquí estaba. El escondite de Valli.

—Ahora o nunca —respondió, y se acercó al borde.

Al inclinarse, el haz de una linterna potente los golpeó desde atrás, lavando el mundo en un blanco cegador. Lorenzo se llevó la mano a los ojos, deslumbrado.

—¡Alto! —rugió una voz masculina, tensa y aguda—. ¡No se muevan! ¡Policía!

La luz bajó un poco, permitiendo distinguir la silueta de un hombre uniformado, con gorra de visera. No era un agente. Era un guardia de seguridad privado, y la linterna táctica que sostenía temblaba ligeramente en sus manos.

La luz se mantuvo fija en ellos, un ojo cegador que convertía el jardín en una fotografía sobreexpuesta. Lorenzo bajó la mano de los ojos, dejando que la pupila se ajustara al resplandor. La silueta del guardia se definió: un hombre joven, quizás veinticinco años, con la gorra demasiado ajustada. El uniforme de seguridad, azul marino con un logo corporativo en el pecho, le quedaba ancho en los hombros. La linterna táctica que sostenía con ambas manos dibujaba un temblor apenas perceptible en el círculo de luz sobre la hierba.

—Identificación —exigió la voz, pero el tono agudo delataba más miedo que autoridad.

El comisario sacó la cartera lentamente, sin movimientos bruscos, y extrajo la placa. La acercó al haz de luz.

—Comisario Lorenzo Valenti, Homicidios. Esta es la inspectora Claudia Rossi. Estamos investigando una muerte.

El guardia se inclinó un poco, escudriñando la insignia. Su mandíbula se tensó. Un sudor frío emanaba de él, mezclándose con el olor a tierra húmeda.

—Mis órdenes… —tragó saliva— son no dejar pasar a nadie sin autorización expresa de la sede. Debo reportar cualquier intrusión.

—Esta no es una intrusión —replicó Valenti, manteniendo la voz plana, profesional—. Es una investigación oficial. Impedirla constituye obstrucción a la justicia. Un delito.

Claudia se había mantenido inmóvil junto a la trampilla abierta. Ahora dio un paso al lado del comisario, su presencia silenciosa añadiendo peso a la afirmación.

El joven guardia parpadeó rápidamente. Su mirada se desplazó por un instante hacia la izquierda, más allá de los hombros de Valenti, hacia un poste de metal coronado por una pequeña cúpula negra. Fue un movimiento fugaz, instintivo. Luego volvió a mirarlos, y una palidez nueva cubrió sus facciones.

—No… no quiero problemas —masculló, bajando la linterna hasta apuntar al suelo. El círculo de luz iluminó sus botas pulidas—. Pueden pasar. Pero… debo acompañarlos. Son las normas.

—Acompañe —asintió Valenti.

Mientras el guardia se acercaba, su mirada volvió a desviarse hacia la cámara. Esta vez, hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza, un leve movimiento de negación o advertencia, los labios apretados en una línea fina.

El aire que subía del sótano era ahora más frío, cargado de humedad y ese polvo de obra reciente. Los grillos habían comenzado su coro estridente entre los arbustos, un sonido eléctrico que llenaba el silencio.

—Vengan conmigo —dijo el guardia, con una voz que de repente sonó monocorde, ensayada—. Les mostraré el sótano A-7.

Avanzó hacia la abertura cuadrada de oscuridad. Antes de posar el pie en el primer peldaño de la escalera de hierro que descendía a la negrura, se detuvo. Giró la cabeza una última vez. Sus ojos encontraron la lente negra de la cámara y se mantuvieron allí un segundo de más. Luego, bajó.

Valenti intercambió una mirada con Claudia. Los ojos verdes de ella reflejaban la misma certeza gélida que él sentía crecer en el pecho. No eran solo intrusos. Eran un espectáculo en directo para alguien que observaba desde la sombra. El nudo en su estómago se tensó hasta doler. Tomó aire, el olor a cal y tierra llenándole los pulmones, y siguió al guardia hacia la boca de la trampa.

CAPÍTULO 6: EL GUARDIÁN DEL PASADO

El chirrido de los peldaños oxidados resonó como un lamento en el espacio cerrado. El aire se espesaba a cada descenso, cargado de humedad y el olor acre de la cal viva y la piedra antigua sudando. La luz de las linternas bailaba sobre arcos de toba que emergían de la penumbra, curvaturas perfectas que hablaban de siglos enterrados.

El joven guardia iba delante, su uniforme oscuro tragándose el haz luminoso. Cada pocos pasos, su cabeza giraba hacia arriba, donde el rectángulo de luz diurna de la trampilla se encogía. Lorenzo sentía un pinchazo agudo en la articulación con cada peldaño desigual, una quemazón familiar que apretaba los dientes. Lo ignoró, concentrado en el vacío que se abría bajo ellos.

—Casi… casi llegamos —farfulló el guardia, su voz temblándole como la luz en su mano.

El sótano se abrió ante ellos. No era una simple bodega, sino una cámara abovedada, parcialmente despejada. Montones de tierra amontonada junto a las paredes, sacos de cemento vacíos apilados como cadáveres grises. El haz de Claudia barrió el espacio, metódico, deteniéndose en los rincones. Sus ojos, reflejando la linterna, eran dos puntos de concentración absoluta.

Allí, recostado contra el muro de toba más alejado, medio oculto bajo un fardo de sacos rasgados, estaba.

Un tubo de planos azul. Idéntico a los destrozados en el estudio de Valli.

El corazón de Lorenzo dio un golpe seco contra las costillas. Dio un paso adelante, la rodilla cediendo un instante antes de que el músculo se tensara para compensar. El guardia se quedó plantado, inmóvil.

—Espere —la voz del joven sonó estrangulada—. Los procedimientos… tengo que informar del hallazgo.

Claudia se interpuso con suavidad, colocándose entre el guardia y el cilindro de cartón. No dijo nada. Solo su presencia, firme y silenciosa, cortó el camino.

Lorenzo se acercó. El polvo levantado por sus pasos flotaba en los haces de luz. Se arrodilló, disimulando una mueca cuando la presión se trasladó a la cicatriz. Extendió la mano. El cartón del tubo estaba frío y húmedo al tacto.

En ese instante, un gemido metálico, distinto al de sus propios movimientos, tronó desde arriba.

El guardia lanzó un grito ahogado, un sonido animal de puro pánico. Su linterna se disparó hacia la escalera, iluminando la trampilla.

La plancha de acero se estaba abriendo.

Un cuchillo de luz solar brutal cortó la oscuridad del sótano, y en su centro, la silueta recortada de una figura comenzó a descender los peldaños de hierro. Los pasos no eran cautelosos. Eran rápidos, decididos, resonando con un eco de urgencia amenazante.

Claudia ya había girado sobre sus talones, su espalda contra la pared, una mano volando instintivamente hacia la cadera donde llevaba la pistolera. Lorenzo se quedó congelado en cuclillas, los

dedos a centímetros del tubo azul, el peso de la decisión aplastándole: agarrar la prueba o enfrentarse a quien viniera.

El guardia retrocedió tropezando, su linterna dibujando círculos locos en el techo abovedado.

—No… no deberían estar aquí —balbuceó, dirigiendo sus palabras al vacío, a los recién llegados, a nadie—. Me van a despedir.

Los pasos se aceleraban. Ya estaban a mitad de la escalera.

Una hora después, el aire en la oficina de Conti era denso, cargado con el aroma rancio de tabaco turco y el polvo seco de siglos atrapados en los tomos de las estanterías. El tictac de un reloj de péndulo marcaba el tiempo con una precisión que resultaba obscena. Massimo Conti, sentado tras su escritorio de caoba, parecía una figura encogida, más joven de lo que su actitud apagada sugeriría. Su pelo entrecano, peinado hacia atrás con demasiada fijación, brillaba bajo la el resplandor áureo de las farolas de la lámpara de mesa. Un sudor frío perlaba sus sienes.

Valenti colocó el tubo de cartón azul sobre el escritorio. El objeto aterrizó con un golpe sordo. Estaba vacío, pero las marcas de humedad en su interior y el fino surco en el borde hablaban de algo que había sido extraído con cuidado.

—Treinta y siete días —comenzó el inspector, sin sentarse—. Es el tiempo que el informe del arquitecto Valli lleva estancado en su departamento. Un hallazgo clasificado como ‘significativo y potencialmente disruptivo’. Me gustaría entender la naturaleza de esa disrupción.

Conti no tocó el tubo. Sus dedos, finos y con manchas de edad, jugueteaban con un pisapapeles de bronce.

—El término es técnico, inspector. Se refiere a la logística de una obra, no a… otras cosas. Valli era un joven entusiasta. Tal vez demasiado. Su informe era especulativo. Hablaba de un ‘posible

mithraeum’ basado en sondeos muy preliminares. Mi carga de trabajo…

—Su carga de trabajo incluyó una llamada telefónica amenazante hace dos días —cortó Claudia. Su voz era clara, un bisturí en la atmósfera cargada. Estaba de pie junto a la estantería, observando no el rostro de Conti, sino el temblor casi imperceptible de su mano derecha—. Mientras estábamos presentes. Alguien le recordó sus ‘responsabilidades’. ¿Eran responsabilidades profesionales o de otro tipo?

El superintendente tragó saliva. El sonido fue audible.

—No sé de qué habla. Recibo muchas llamadas. El proyecto ‘Residenze del Aventino’ es de alto perfil, hay muchos intereses…

—Incluyendo el de Alessandro Costa —avanzó Valenti, apoyando las palmas en el borde del escritorio e inclinándose ligeramente. La madera crujió—. CEO de Edilizia Romana. La promotora. ¿Con qué frecuencia se pone ‘al día’ con usted sobre los hallazgos arqueológicos que podrían paralizar su inversión de millones?

El miedo en los ojos de Conti se transformó, de repente, en una defensa agria y burocrática. Se irguió en su silla.

—¡Existe un protocolo! Una cadena de consultas perfectamente normal. Ustedes no entienden cómo funcionan estas cosas. No es cuestión de… de presiones, es de procedimiento. Evaluamos, contrastamos, deliberamos. Lo de Valli era, con toda probabilidad, una estructura menor, una cisterna quizás…

—¿Una cisterna que merecía que le rompieran el cráneo con una llave inglesa? —preguntó Valenti, su tono plano como el acero.

Conti palideció. El sudor frío se deslizó por su sien hasta la línea de la mandíbula. Su mirada escapó hacia el tubo vacío, luego hacia la puerta, como calculando la distancia.

—Yo… lamento profundamente lo de ese muchacho. Pero no hay conexión. Son esferas distintas. Mi trabajo es puramente técnico.

—Su trabajo —replicó Claudia, acercándose un paso— era proteger el patrimonio. Firmó la recepción del informe. Luego, nada. Eso no es una evaluación. Es una omisión. Y en nuestro ámbito, la omisión ante una amenaza conocida tiene otro nombre.

La agresión verbal fue demasiado. Conti se levantó de un salto, la silla chirriando contra el suelo de parqué. Su puño golpeó la mesa, haciendo saltar el pisapapeles.

—¡Está insinuando que soy cómplice de un asesinato! ¡Es indignante! Yo he cumplido con mi deber bajo una presión insoportable. ¿Sabe lo que es tener a Costa llamándole el día después de la… de la tragedia, para 'ponerse al día', como es normal entre profesionales que buscan claridad?

Las palabras estallaron en la habitación y luego se congelaron allí, colgando en el aire viciado.

Conti se dio cuenta. Su boca quedó abierta, un óvalo de horror. El color abandonó su rostro por completo, dejando una máscara de cera grisácea. Había trazado él mismo la línea que tanto intentaba borrar: la comunicación directa, inmediata, entre el beneficiario del silencio y el guardián del secreto, justo tras el crimen.

Valenti no se movió. Solo sus ojos grises se estrecharon, capturando el momento, fijándolo.

—¿Ayer? —repitió, su voz apenas un susurro cargado—. Costa lo llamó ayer.

El péndulo siguió marcando el tiempo. Tic. Tac. Tic. Tac. Cada golpe sonaba como el martilleo de un clavo en el ataúd de la credibilidad de Massimo Conti.

El aire de la tarde había enfriado, cargado ahora con el olor a gasolina y el rumor constante del tráfico de la hora punta. Lorenzo

cerró la puerta de la Superintendencia a sus espaldas con un golpe seco que resonó en sus huesos. La rodilla izquierda protestó, un una queja antigua y persistente que se extendía hacia el muslo. No miró atrás.

Claudia caminaba a su lado, su silueta tensa contra la luz anaranjada del atardecer que filtraba entre los edificios. Las sombras se alargaban como dedos sobre el pavimento.

—No fue una consulta profesional —dijo ella, las palabras saliendo entre dientes apretados, ahogadas por el rugido de un autobús que pasaba—. Fue un recordatorio. Un recordatorio de quién manda.

Valenti asintió, la mirada escudriñando la calle. El Fiat Stilo viejo estaba aparcado cincuenta metros más adelante. Pero antes, casi en la esquina, había otro vehículo estacionado. Un Fiat negro, modelo reciente. La luz del día moribunda se reflejaba en su parabrisas, impidiendo ver con claridad, pero la silueta de dos ocupantes era inconfundible.

—Allí —murmuró, sin señalar, solo un leve movimiento de cabeza.

Los ojos verdes de Claudia siguieron su dirección. Una línea fina apareció entre sus cejas.

—No se molestan en esconderse ya.

—Porque no necesitan hacerlo. —Lorenzo sintió un peso frío en el estómago, una certeza que solidificaba el aire que respiraba—. Conti se desmoronó. Costa actuó con la prisa de quien tiene algo que ocultar. La llamada lo confirma. No es presión corporativa rutinaria; es control de daños post-mortem.

Caminaron hacia su coche, sus pasos marcando un ritmo deliberado. Cada zancada de Lorenzo enviaba un pinchazo agudo desde la rodilla, pero lo ignoró, concentrándose en la sensación del frío metal de las llaves en su palma.

—Conti mintió por miedo, no por complicidad activa —analizó Claudia, su voz baja pero clara—. Es un eslabón débil. Pero un eslabón que nos señala directamente al siguiente: la prueba física. Lo que Valli escondió. Sin eso, todo son acusaciones contra la palabra de un muerto y el pánico de un burócrata.

—El plano azul del sótano A-7 —repitió Lorenzo. Las palabras del diario de Valli ardían en su memoria: *'Temen que lo cubra de cemento.'*—. Es lo único que puede convertir un rumor en una orden de paralización de obras. Y en un motivo de homicidio.

Llegaron junto al Stilo. Mientras Lorenzo introducía la llave en la cerradura, su mirada se desvió una última vez hacia el Fiat negro. Uno de los ocupantes, el del asiento del pasajero, parecía estar hablando por un teléfono. No hacia ellos. Hacia otro lugar.

La vibración en el bolsillo interior de su chaqueta fue tan súbita y violenta que por un instante pensó que era su propio corazón desbocado. Se detuvo, la mano en la manija de la puerta. Claudia lo miró, alerta.

Sacó el dispositivo. La pantalla mostraba un número conocido, pero no esperado. **COM. IODICE**.

El timbre sonó dos veces más, insistente, antes de que Lorenzo lo deslizara para contestar. No dijo «hola».

La voz al otro lado no sonaba cansada, sino plana. Una losa de hormigón.

—Lorenzo. Ven a la comisaría. Ahora.

No era una petición. No había espacio para preguntas.

—Estoy en medio de algo, Comisario. La entrevista con el superintendente arqueológico—

—Trae todo lo que tengas sobre el caso Valli —lo interrumpió Iodice, cortante—. Todo. Tenemos que hablar.

Un clic sordo. La línea muerta.

Lorenzo bajó el teléfono, la pantalla ya oscura. El reflejo de las primeras luces de los faros se movía en el cristal. Alzó la vista hacia Claudia. Ella había captado la esencia de la llamada en su expresión, en el nuevo ángulo de sus hombros.

—La presión —dijo ella, y no era una pregunta.

—Se ha vuelto explícita —confirmó él, abriendo por fin la puerta del coche. El interior olía a cuero viejo y café frío—. Y personal.

Antes de subir, su mirada buscó una última vez el Fiat negro. Ya no estaba. Se había fundido con el flujo de tráfico, invisible. Pero la sensación de estar en el punto de mira permaneció, más tangible que el dolor en su pierna, más fría que el aire de la noche que caía sobre Roma.

CAPÍTULO 7: ÓRDENES DESDE ARRIBA

El motor del Fiat gruñía con cada cambio brusco. Lorenzo apretaba el volante, los nudillos blanqueados bajo la luz intermitente de los faros que entraban por la ventanilla. Cada giro del volante hacia la izquierda le retorcía la rodilla, un molestia antigua y persistente que ahora se agudizaba con la urgencia.

—Sigue ahí —murmuró la mujer a su lado, sin girar la cabeza, observando por el espejo retrovisor lateral.

El Fiat negro era una mancha persistente dos coches atrás, pegada a ellos desde que abandonaron la Superintendencia. Las calles del Aventino, estrechas y empinadas, se deslizaban como un cañón de sombras. El olor a plástico calentado por el sistema de ventilación se mezclaba con el aroma amargo del café que Claudia sostenía entre sus manos, sin haber probado un sorbo.

—Iodice no hace llamadas así a menos que la presión venga de arriba —dijo Lorenzo, esquivando un contenedor de basura que sobresalía en una curva. El chirrido de los neumáticos fue un lamento breve—. Quiere el caso. Quiere que desaparezca.

—¿Y el diario? ¿El tubo?

—Se quedan fuera.

Claudia asintió, un movimiento seco. Sacó la libreta Moleskine negra de su bolso y la examinó bajo la resplandor intermitente de una farola que pasaron. La cubierta estaba desgastada en las esquinas, la huella tangible del miedo de un hombre muerto.

—No podemos entregarlo. Es la única prueba que vincula a Valli con el escondite, con su estado de ánimo.

—Exacto.

Lorenzo frenó de golpe para tomar una bocacalle a la derecha, hacia la Vía della Greca. El cinturón se clavó en su hombro. Por un instante, el parabrisas se llenó del resplandor cegador de los faros de un autobús que avanzaba en sentido contrario. Cuando la visión se despejó, el espejo retrovisor mostró un vacío momentáneo. El Fiat había dudado, bloqueado por el autobús.

—Ahora —dijo, y giró el volante hacia otra callejuela, esta más angosta, flanqueada por altos muros de piedra. El Stilo cabeceó sobre el adoquinado irregular. Un dolor agudo, como un clavo de hielo, le atravesó la articulación desde la rótula hasta el muslo. Contuvo una exhalación entre dientes.

—Tu pierna.

—Aguanta.

Aceleró, confiando en su conocimiento de este laberinto de callejones traseros. Pasaron bajo un arco, la oscuridad momentánea fue total antes de emerger en una pequeña plaza iluminada por la tenue luz de un bar cerrado. Lorenzo redujo la velocidad, casi al ralentí, y se deslizó hasta el borde de la plaza, apagando las luces. El motor siguió al ralentí, un temblor constante en el suelo del coche.

Silencio. Solo el leve zumbido del motor y su propia respiración, entrecortada. Claudia permaneció inmóvil, escuchando. Desde atrás no llegó ningún sonido de motor, ningún haz de luz que rebotara en las fachadas ocres.

—Creo que lo perdimos —susurró ella, aunque no había necesidad de susurrar.

Lorenzo dejó escapar el aire que no sabía que retenía. La tensión no se fue, solo cambió de forma, de aguda y punzante a una presión densa y pesada que se asentaba en el estómago. Miró el reloj. Quince minutos desde la llamada. Iodice estaría impaciente.

—Allí —señaló Claudia con la barbilla hacia el otro extremo de la plaza, donde una tenue luz cálida se filtraba por la puerta de cristal de una cafetería—. El «Antico Caffè». Está abierto hasta tarde. Me quedo allí. Con esto.

Levantó el diario y luego tocó el tubo de cartón azul vacío que yacía a sus pies. La evidencia física de algo que ya no estaba, de una prueba robada.

—Si no salgo en una hora —dijo Lorenzo, la voz más ronca de lo habitual—, llama a este número. —Sacó su libreta de notas, arrancó una página donde había garabateado un número, y se la pasó—. Es un contacto en la prensa. No en la policía.

Claudia tomó el papel, lo dobló con precisión y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Sus ojos verdes, atrapados por un momento en la luz del salpicadero, lo miraron con una claridad que no admitía dudas.

—Va a presionarte. A ofrecerte algo.

—Lo sé.

—¿Y tú?

Lorenzo miró hacia la boca de la callejuela por donde habían venido, hacia la oscuridad más allá de la plaza. Allí estaba la comisaría, a solo tres minutos a pie. Un edificio que conocía cada grieta, cada olor a desinfectante barato y café rancio. Por primera vez en años, la idea de entrar allí le produjo una repulsión física, un frío en la base de la espalda.

—Valli merecía más que un archivo —dijo, y era la única respuesta que necesitaba dar.

Claudia asintió una última vez. Abrió la puerta y salió, llevándose las pruebas consigo. La puerta se cerró con un clic suave. Lorenzo la vio cruzar la plaza con paso rápido, la silueta absorbiendo la luz del farol antes de fundirse con la penumbra del café. Desapareció dentro.

Quedó solo en el coche, con el runrún del motor y el dolor sordo que ahora latía al compás de su pulso. Arrancó y condujo los escasos doscientos metros que lo separaban de la comisaría. Al estacionar frente al edificio de fachada austera, apagó el motor. El silencio fue absoluto.

Desde el umbral iluminado, la puerta de la comisaría parecía más pesada que nunca.

El zumbido de los fluorescentes era un susurro constante, un sonido que había aprendido a ignorar hacía veinte años. Ahora, en el silencio del despacho, le perforaba los tímpanos. El comisario Iodice estaba sentado tras su escritorio, un hombre de sesenta años con el pelo gris cortado al ras y una chaqueta de tweed que olía a humo de pipa frío. No miraba los papeles frente a él. Miraba a Lorenzo.

—Siéntate —dijo. No era una invitación.

Lorenzo tomó la silla de madera, sintiendo cómo la rodilla izquierda protestaba con un dolor agudo y familiar al doblarse. El despacho era pequeño, ordenado hasta la obsesión. Un calendario de pared con los días tachados, una foto familiar descolorida, un cenicero de cristal limpio.

Iodice apoyó los codos en la mesa, entrelazando los dedos. Sus ojos, de un azul deslavado, no parpadeaban.

—El caso Valli —comenzó, y la palabra sonó a sentencia—. Llevas cuatro días. ¿Qué tienes?

—Un homicidio. No un robo.

—Tienes un arquitecto muerto en su casa, con la puerta forzada y objetos de valor a la vista. El forense dice que el golpe pudo ser durante un forcejeo.

—El golpe fue único, preciso y desde arriba. No hay signos de lucha defensiva. Alguien que él conocía entró, lo dejó pasar, y luego lo mató. Además, el estudio fue registrado de nuevo después, de forma violenta. Buscaban algo específico.

Iodice esbozó una sonrisa fina, sin calor.

—Teorías. Lo que tienes son teorías. Y un diario con anotaciones de un hombre asustado, que no es prueba de nada. Lo que no tienes es un arma. No tienes testigos. No tienes móvil claro más allá de una supuesta pelea por un robo que salió mal.

El aire olía a tabaco viejo, impregnado en la cortina de lino que cubría una ventana sucia. Lorenzo notó la presión en el pecho, un peso sordo.

—Tengo una conexión —dijo, manteniendo la voz plana—. El superintendente arqueológico Massimo Conti recibió una llamada de Alessandro Costa, el promotor del proyecto donde trabajaba Valli, el día después del asesinato. Costa quiso "ponerse al día". ¿Por qué?

—Porque son colegas. Porque un proyecto multimillonario tiene un problema. Eso no es un crimen, Valenti. Es negocio.

—Valli presentó un informe que paralizaría ese proyecto. Un hallazgo arqueológico significativo. Conti lo archivó. Luego Valli muere. Luego Costa llama. Eso no es una coincidencia. Es una cadena.

Iodice suspiró, un sonido largo y cansado. Se reclinó en la silla, que crujió.

—Escúchame. Te lo digo claro, como siempre lo he hecho. Hay presión. Presión presupuestaria. Prioridades. Este caso consume recursos que no tenemos para un resultado que, siendo realistas, será nulo. Incluso si tuvieras razón —y no digo que la tengas—,

¿contra quién irías? ¿Contra Costa? Su abogado nos enterraría en papeles antes de que pudieras pedir una orden de registro. Y Conti es un funcionario. Dirá que perdió el informe, que hubo un error administrativo. Se jubilará con una pensión y tú te habrás quemado.

Hizo una pausa, dejando que el zumbido de la luz llenara el vacío. Luego inclinó el cuerpo hacia adelante, la voz bajando a un tono casi confidencial, paternal.

—Hay una vacante en el departamento de análisis de la jefatura. Un trabajo de oficina. Nueve a cinco. Sin llamadas a media noche. Sin callejones. Podría recomendarte. Podrías cerrar este caso como robo con resultado de muerte, un cierre limpio, y pasar página. Con un ascenso.

Las palabras flotaron en el aire cargado. Una oferta. Un soborno limpio, envuelto en preocupación. Lorenzo sintió un sabor metálico en la boca, como si hubiera mordido una moneda.

—Valli tenía miedo —dijo, y su propia voz le sonó extraña, distante —. Escribió que iban a cubrir su hallazgo con cemento. Que alguien quería silenciarlo. Si lo archivamos, le daremos la razón. Habremos trabajado para ellos.

La expresión de Iodice se endureció. La paternal decepción se evaporó, dejando al descubierto la roca desnuda de su irritación.

—"Ellos". ¿Quiénes son "ellos", Lorenzo? ¿Una conspiración? Estás viendo fantasmas. Estás cansado. Lo sé. Llevas años cansado.

—Estoy despierto.

El comisario lo estudió por un momento más. Luego, con un movimiento lento, abrió un cajón, sacó una carpeta manila y la deslizó por la mesa.

—Son las directrices de la fiscalía. Priorización de casos con alta probabilidad de resolución. El tuyo no está en la lista.

—No he presentado mi informe final.

—Y no lo harás —dijo Iodice, y ahora era una orden, clara y fría como el acero—. Archívalo, Valenti. Esa es una orden. Si decides seguir escarbando, lo harás por tu cuenta y riesgo. No contarás con recursos. No tendrás cobertura. Y tu placa —hizo una pausa, cargando cada palabra— estará en juego. ¿Entendido?

Lorenzo miró la carpeta. No la tocó. El dolor en la rodilla había mutado en un ardor constante, un recordatorio físico de todas las veces que se había doblado. Esta vez, no.

Se levantó. La articulación crujió audiblemente. Iodice no movió un músculo.

—Entendido —murmuró Lorenzo.

No era un acuerdo. Era un reconocimiento. El comisario lo entendió. Un destello de algo que pudo ser resignación, o tal vez desprecio, pasó por sus ojos cansados.

—La puerta —dijo Iodice, volviendo la mirada hacia la ventana sucia —.

Lorenzo salió sin cerrarla. El pasillo, bañado en la misma luz blanca y mortecina, parecía extenderse infinitamente.

El vapor de los dos expresos se elevaba en espirales gemelas, encontrándose en el aire cargado de café tostado y pan dulce. Lorenzo apretó la taza entre sus manos, sintiendo el calor penetrar hasta los huesos. El ardor en la rodilla había bajado a un latido sordo, constante como un metrónomo.

—Me ha dado un ultimátum —dijo, sin preámbulos. Su voz sonaba rasposa, como si hubiera tragado polvo de ladrillo—. Archivar el caso o perder la placa. Sin recursos. Sin cobertura.

Claudia no se inmutó. Dio un sorbo pequeño a su café, sus ojos verdes fijos en él sobre el borde de la taza. Luego, con un movimiento fluido, deslizó su teléfono por la mesa de mármol. La pantalla mostraba una galería de imágenes nítidas: las páginas del

diario de Valli, los bocetos del altar, las coordenadas, la entrada crucial sobre el sótano A-7. Y las fotos del tubo azul vacío, con sus marcas de humedad.

—Ya están subidas —comentó, su tono era plano, profesional—. A un servicio en la nube con cifrado de extremo a extremo. Credenciales separadas. Incluso si te quitan todo, esto queda.

Lorenzo miró las imágenes. La caligrafía apretada de Valli, capturada en píxeles, parecía más real, más urgente, que en el papel. Un peso que no sabía que cargaba se le desprendió de los hombros. No era alivio. Era el reconocimiento de que ya no estaba solo.

—Iodice dijo que si sigo, será por mi cuenta y riesgo.

—Ya lo es —replicó ella. Dejó el teléfono sobre la mesa, pero mantuvo un dedo sobre la pantalla—. Lo ha sido desde que encontramos el diario. La pregunta no es si continuamos. Es cómo.

Un camarero pasó rozando su silla con una bandeja llena de tazas que tintineaban. El murmullo bajo de la cafetería los envolvía, una burbuja de normalidad precaria.

—Tus contactos en la universidad —murmuró Lorenzo, la idea tomando forma—. Los de criminología. ¿Alguien que pueda analizar patrones en el tráfico de antigüedades? Alguien discreto.

Claudia asintió, una sombra de algo que podía ser satisfacción cruzó su rostro.

—Tengo a una profesora, una antigua tutora. Es meticulosa y detesta a Costa. Dice que su fundación "filantrópica" es una farsa para blanquear reputación. Podría rastrear transacciones opacas, propiedades fantasmas.

—Bien. —Lorenzo miró por la ventana hacia la calle gris. Un autobús pasó con un rugido sordo—. Necesitamos reconstruir los últimos días de Valli. Sabemos que se reunió con Conti. ¿Y antes? ¿Amigos? Colegas. Alguien a quien pudiera confiarle su miedo.

—En el diario menciona a un “Luca” —recordó Claudia, desplazando una imagen en la pantalla—. Solo el nombre. Luca. Podría ser un compañero de la facultad. Arquitecto, como él.

Antes de que Lorenzo pudiera responder, el teléfono de Claudia vibró contra el mármol con un zumbido breve y seco. Ella lo miró, sus cejas se unieron en una línea fina. Deslizó el dedo para desbloquearlo, leyó en silencio.

Luego, giró la pantalla hacia él.

El mensaje era de un contacto etiquetado como “Elena – Uni”. Decía: ‘He localizado a ese compañero de Valli del que hablaste. Luca Ferri. Dice que quiere hablar, pero tiene miedo. Podemos vernos mañana a las 11 en el jardín botánico, cerca del estanque de los nenúfares. ¿Vienes?’

Claudia no dijo nada. Sus ojos verdes interrogaban a Lorenzo a través del vapor que se disipaba.

Él sostuvo esa mirada. El miedo estaba ahí, un nudo frío en el estómago. Pero por debajo, más profundo, fluía una corriente de claridad gélida. Era una trampa posible, una prueba obvia. También era el primer hilo tangible que salía de las sombras.

—Responde que sí —dijo, y su voz ya no sonaba rasposa—. Que iremos los dos.

CAPÍTULO 8: EL PRIMER TESTIGO

El aire de la mañana olía a café recién tostado y a masa de croissant, un aroma dulce que chocaba con la tensión que le apretaba el pecho a Lorenzo. Se apoyó en el ángulo de ladrillo de un portal, la rodilla izquierda rígida como un trozo de madera vieja. El frío húmedo de la noche anterior se le había instalado en la articulación, un dolor sordo y persistente que le recordaba cada límite de su cuerpo.

A diez metros, en la boca del callejón que daba a la pequeña plaza del Antico Caffè, Claudia fingía consultar su teléfono. El castaño rojizo de su pelo, recogido hoy con más severidad si cabía, captaba la luz grisácea de la mañana. Sus ojos verdes, sin embargo, no estaban en la pantalla. Barrian los edificios opuestos, las ventanas cerradas, los coches aparcados. Movía los labios levemente, como repasando una lista mental.

—Fiat gris —murmuró, el sonido apenas un susurro que la brisa matutina le llevó—. Modelo nuevo. Motor encendido. Dos calles abajo, en el cruce con Via di Santa Prisca.

Lorenzo asintió, sin mover la cabeza. Su propia mirada escrutó la dirección indicada. Entre el parpadeo de un scooter que pasaba y la sombra alargada de un balcón, lo distinguió: la carrocería baja, el vaho tenue saliendo del tubo de escape. Una silueta tras el volante.

—¿Solo? —preguntó, bajando la voz hasta convertirla en un roce áspero.

—Solo el conductor. No logro ver si hay alguien en el asiento trasero. Las lunas tintadas son oscuras.

Claudia se ajustó la solapa de la chaqueta de cuero, un gesto que para cualquiera habría sido casual. Para él, era la señal preestablecida: 'vigilancia confirmada'. Un nudo frío se le formó en la base del estómago. No era paranoia. Era la confirmación de que la orden de Iodice había venido con una advertencia tangible. Si seguían adelante, no solo perderían la cobertura institucional. Estarían expuestos.

—Protocolo delta —dijo él, las palabras sabiendo a hiel.

Ella asintió, casi imperceptiblemente. Delta significaba desvío en ruta, punto de encuentro secundario, y ninguna comunicación por teléfono hasta nuevo aviso. Significaba asumir que sus dispositivos podían estar comprometidos.

—El jardín botánico está a veinte minutos a pie desde aquí por las callejuelas —observó Claudia, volviendo a mirar su móvil como si leyera un mapa—. Podemos separarnos. Yo tomo la ruta sur, tú la norte. Nos encontramos dentro, junto al estanque de los nenúfares. Si alguno no llega en treinta minutos…

—El otro se va —terminó Lorenzo, la mandíbula apretada—. Y activa el plan con el contacto de prensa.

El peso de esa posibilidad se instaló entre ellos, más frío que el aire de la mañana. Claudia guardó el teléfono en un bolsillo interior, no sin antes echar un último vistazo a la pantalla. Sus dedos se movieron con rapidez, probablemente borrando el historial reciente.

—¿Crees que Ferri será una trampa? —preguntó, sin mirarlo directamente.

—No lo sé. Pero si Valli confiaba en él lo suficiente para contarle algo, y si ese hombre tiene miedo… —Lorenzo hizo una pausa, notando cómo el dolor de la rodilla se irradiaba hacia el muslo. Se enderezó con un esfuerzo, apartándose del apoyo del portal—. El miedo hace que la gente sea impredecible. A veces habla. A veces corre.

En ese instante, la silueta dentro del Fiat gris se movió. El brazo del conductor se alzó, llevándose algo a la oreja. Un teléfono. Luego, la cabeza giró lentamente, de manera deliberada, hasta quedar orientada directamente hacia la boca del callejón donde Claudia estaba. Se detuvo allí.

La inspectora no se inmutó. Siguió allí plantada, una mujer esperando a alguien, aburrida. Pero su mano izquierda, colgando a un lado, formó un puño rápido y luego extendió dos dedos. La señal era clara: 'Me ha visto. Sabe que estoy aquí'.

Lorenzo respiró hondo, el aire frío quemándole los pulmones. La línea estaba cruzada. No había vuelta atrás desde este callejón, con el olor a panadería y el zumbido lejano de la ciudad despertando. Solo quedaba avanzar, cojeando, hacia la trampa que podía estar esperando entre los helechos y las sombras del jardín botánico.

El vapor del espresso de Luca Ferri temblaba en la taza, un temblor que nacía de sus manos. El hombre, de unos treinta y cinco años, tenía los ojos hundidos y una barba de varios días que no lograba disimular su agotamiento. Su mirada saltaba de la mesa de hierro forjado a la barandilla, al río Tíber de color plomo, a las mesas vecinas. Siempre en movimiento.

—Edoardo me llamó hace dos semanas —comenzó, la voz apenas un susurro ahogado por el rumor constante del tráfico en el Lungotevere—. Su tono… no era el de siempre. Era como si hubiera bebido diez cafés y hubiera visto un fantasma a la vez. Exaltado y aterrorizado.

Claudia, sentada frente a él, mantenía las manos sobre la mesa, inmóviles. Lorenzo, a su derecha, notaba el frío húmedo de la mañana nublada filtrándose a través de la ropa y anclándose en su rodilla. Se apoyó en el respaldo de la silla, distribuyendo el peso.

—¿Qué le dijo exactamente? —preguntó la inspectora, sin prisa.

—Había encontrado algo. Algo grande. No me dio detalles, dijo que era peligroso. Pero repetía una frase: 'Esto pondrá patas arriba media Roma'. —Ferri tomó un sorbo rápido del café, quemándose quizás. Tragó—. Pensé que era la presión del proyecto, ya saben, los plazos, el presupuesto. Pero no. Era otra cosa.

Una brisa repentina levantó la esquina de la libreta abierta junto al codo de Lorenzo. La sujetó con los dedos, el papel áspero bajo la yema.

—¿Mencionó nombres? —indagó el comisario.

Ferri miró hacia el río. Un barco de turistas pasaba lentamente, las voces amortiguadas por la distancia.

—Sí. Una vez. Dijo que había hablado con el contable. Con el contable jefe de la promotora. —Bajó aún más la voz—. Marco Belli. Dijo que el hombre estaba asustado. No por el hallazgo arqueológico, sino por las cuentas. 'Las cuentas no cuadran, Luca', me dijo Edoardo. 'Y él tiene miedo de que lo descubran'.

Claudia intercambió una mirada fugaz con Lorenzo. Marco Belli. No Bellini, el CEO, sino el contable. Un nombre nuevo que resonaba en el vacío dejado por las cuentas que no cerraban.

—¿Se reunieron? Valli y Belli —preguntó Lorenzo.

—Una vez, que yo sepa. En un bar cerca de la estación de Trastevere. Edoardo me lo contó después. Dijo que Belli llegó con un maletín, mirando por encima del hombro cada dos minutos. Que le pasó unos papeles, fotocopias de algo. Libros de contabilidad,

supongo. Y le dijo que si aquello salía a la luz, no solo se hundía el proyecto, sino que 'caerían cabezas de mucho peso'.

Ferri se llevó las manos a la cara, frotándose los ojos con fuerza. Cuando las bajó, el miedo en ellos era un líquido palpable.

—Esa fue la última vez que hablé con él. Lo intenté llamar después, pero no respondía. Y luego… lo de la noticia.

El silencio se instaló entre ellos, lleno del olor a agua estancada y granos tostados. Lorenzo observó cómo los dedos de Ferri arañaban la superficie de la mesa, dejando marcas tenues en la humedad condensada.

—¿Conservó esos papeles? ¿Las fotocopias? —La pregunta de Claudia era un hilo tenso.

—No lo sé. No me lo dijo. Solo… —Ferri se interrumpió. Su mirada, que vagaba por la terraza, se fijó en un punto por encima del hombro de Lorenzo. Se congeló. El color se escurrió de su rostro, dejando una palidez de yeso.

Los músculos de su mandíbula se tensaron. Sin apartar los ojos de ese punto invisible, sus labios se movieron, formando palabras casi sin sonido.

—Él también está aquí.

Antes de que Lorenzo pudiera volverse, Ferri se levantó de un salto. La silla chirrió contra el suelo de piedra. Sin una explicación, sin mirar atrás, se abrió paso entre las mesas con movimientos bruscos, esquivando a un camarero, y desapareció por la puerta interior del café.

Sobre la mesa, su taza de espresso seguía humeando, medio llena. El vapor ya no temblaba. Se elevaba recto y quieto hacia el cielo gris, como una delgada columna de alarma.

El instinto pateó a Lorenzo antes que la razón. Se levantó de un tirón, un dolor agudo disparándose desde la rodilla hasta la cadera.

La articulación protestó con un chasquido seco que se perdió entre el murmullo de la terraza. Su mirada siguió la línea de fuga de Ferri, pero ya solo vio la puerta del café balanceándose.

—El otro lado del puente —masculló Claudia, ya en movimiento.

No esperaron. Se abrieron paso entre las mesas, esquivando paraguas y mochilas de turistas. La lluvia fina se había convertido en un velo persistente que empañaba el aire, mezclando el olor a café con el aroma húmedo de la piedra milenaria del Tíber.

En la acera, la multitud era un muro de colores. Lorenzo se apoyó en el pretil del puente Fabricio, los dedos encontrando la rugosidad fría de la travertina. Escudriñó la masa de gente que cruzaba hacia la Isla Tiberina.

—Allí —Claudia señaló con un leve movimiento de barbilla.

A mitad del puente, bajo el arco de uno de los cuatro hermes, Luca Ferri estaba detenido. No por la multitud, sino por la mano que agarraba su antebrazo con firmeza. El dueño de la mano era un hombre alto, envuelto en una gabardina beige demasiado ligera para la lluvia. La espalda ancha, la postura erguida. Hablaba cerca del oído de Ferri, los labios moviéndose con rapidez. El arqueólogo parecía haberse encogido, la cabeza gacha, los hombros curvados hacia dentro.

Lorenzo empujó hacia adelante, su cojera más pronunciada al apretar el paso sobre los adoquines resbaladizos. Diez metros. Cinco.

El hombre de la gabardina soltó a Ferri. Dio un paso atrás, su rostro permaneció en sombras bajo el ala de un sombrero de fieltro. Pero Lorenzo captó el perfil: mandíbula cuadrada, nariz recta. Una cara que no olvidaría.

El hombre giró sobre sus talones y se fundió con el flujo de peatones que se dirigían hacia Trastevere. Caminaba con la seguridad de quien conoce cada piedra.

Ferri se quedó pegado al hermes, temblando. Cuando Lorenzo y Claudia llegaron a su altura, levantó una mirada vidriosa. Sacó algo del bolsillo de su chaqueta: un trozo de papel arrugado, empapado por la humedad de su sudor. Lo apretó en la mano de Lorenzo.

—El Bar della Pace. En Vicolo del Cinque. Allí se veían —la voz de Ferri era un hilillo roto—. El contable… Belli. Pregunten por Sandro. Solo… no digan que fui yo.

Antes de que pudieran responder, Ferri se apartó del muro. Una última mirada cargada de pánico, y luego se lanzó en dirección contraria, hacia el Aventino, desapareciendo entre el dosel de paraguas negros.

Lorenzo desdobló el papel. La tinta azul se había corrido, pero se leían un número de teléfono móvil y una dirección garabateada. Claudia se inclinó para ver.

—¿Vamos ahora?

El inspector asintió, doblando el papel con cuidado para guardarlo en el bolsillo interior de su chaqueta. Al levantar la vista, su mirada se cruzó con la de su compañera. Ella no miraba hacia él, sino por encima de su hombro, hacia el extremo del puente por el que habían llegado. Sus ojos verdes se estrecharon.

—Lorenzo.

Siguió su mirada. Al otro lado del puente, estacionado junto a la iglesia de San Bartolomeo, había un Fiat Stilo plateado. No era el gris de antes. Este era más discreto, más común. El conductor había bajado la ventanilla. La lluvia fina salpicaba el borde del cristal. En su mano, sostenía un teléfono móvil. No lo miraba. Lo tenía levantado, la lente apuntando directamente hacia ellos, inmóvil, como el ojo de un arma.

CAPÍTULO 9: LA CÁMARA VACÍA

El aire del Tíber cargaba una humedad que se le clavaba en la articulación como una aguja fina. Lorenzo apretó los dientes, concentrándose en el ritmo de sus pasos sobre los adoquines irregulares del puente. La un resplandor cetrino de las farolas se quebraba en el agua negra, dibujando caminos líquidos que se retorcían y desaparecían.

—No podemos ir al bar —declaró, la voz más ronca de lo que pretendía. El frío le constreñía la garganta—. Es una trampa de manual. Nos están empujando hacia allí.

Claudia caminaba a su lado, su silueta alerta escaneando los arcos oscuros que conducían a la isla. El viento jugaba con unos mechones sueltos de su cabello castaño rojizo, iluminados fugazmente por los faros de un coche que pasaba.

—Ferri nos dio la dirección bajo coacción. El hombre de la gabardina lo sabía. Lo dejó ir para que nos llevara a nosotros.

—Entonces, ¿dónde? —preguntó ella, sin mirarlo, sus ojos verdes recorriendo la sombra de un portal cercano.

El dolor en su pierna era un latido sordo que marcaba el tiempo que les quedaba. Cada segundo bajo esta vigilancia abierta los hacía más vulnerables. Recordó las anotaciones del diario de Valli, las

coordenadas aproximadas, la mención al sótano A-7. La prueba física había sido extraída del tubo, pero el lugar… el lugar seguía allí.

—El yacimiento —dijo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro áspero—. Tenemos que verlo. Ahora. Antes de que decidan tapar el agujero de otra forma.

Ella se detuvo, volviéndose por fin hacia él. En la penumbra, sus ojos reflejaban una mezcla de cálculo y alarma.

—Es la zona más vigilada. Tienen guardias.

—Y un cambio de turno —recordó Lorenzo, apoyando una mano en la fría piedra del pretil para aliviar el peso de su cuerpo—. Lo revisaste hace dos días. A las diez de la noche. Nos quedan veinticinco minutos.

Claudia asintió, una vez, con la mente ya trabajando en logística. Sacó su teléfono, no para hacer una llamada, sino para consultar un mapa guardado en memoria. La pantalla iluminó brevemente sus facciones, tensas y concentradas.

—El acceso más discreto es desde la calle posterior, por la brecha en la valla que mencionó el guardia asustado. A quince minutos a pie desde aquí, si vamos rápido.

—No puedo ir rápido —admitió él, sin vergüenza, solo como un hecho táctico. La cicatriz era un nudo de fuego helado—. Tú vas delante. Yo te sigo. Si hay problemas, tú continúas.

Ella lo miró, y por un instante pareció que iba a discutir. Pero era una profesional. Comprendía los recursos, las limitaciones. Asintió de nuevo.

—Protocolo Delta. Calles secundarias, sin comunicación salvo emergencia. Perdamos primero a nuestro amigo del Stilo.

Se fundieron con un grupo de turistas que salía de la iglesia de San Bartolomeo, sus pasos confundiéndose con las risas y los idiomas extranjeros. Al doblar la esquina hacia el Teatro de Marcelo, Lorenzo

echó una mirada rápida por encima del hombro. El Fiat plateado avanzaba lentamente, deteniéndose al borde de la plaza iluminada. No podía seguirlos por el dédalo de callejones peatonales.

Claudia ya había acelerado el paso, dirigiéndose hacia donde había dejado su coche patrulla, estacionado de forma anónima en una fila de vehículos junto a una plaza menor. Lorenzo la siguió, cojeando, cada paso una pequeña victoria sobre la rigidez que quería anclarlo al suelo. El aire olía a tierra mojada y a la cena de algún restaurante cercano.

Alcanzó el Fiat gris justo cuando ella arrancaba el motor. Abrió la puerta y se dejó caer en el asiento del acompañante, un suspiro involuntario escapándosele al doblar la pierna. Claudia metió la marcha y salieron de la plaza con calma, mezclándose con el tráfico nocturno.

Mientras se alejaban, el detective giró la cabeza para mirar por la ventanilla lateral. En la esquina de la plaza, inmóvil como una estatua, una motocicleta negra sin luces estaba aparcada. Una figura con casco integral observaba la dirección que habían tomado. No hizo ningún movimiento para seguirles. Solo estaba allí.

¿Coincidencia? En Roma, después del anochecer, ya no existían las coincidencias.

La tierra húmeda del Aventino se pegaba a las palmas de las manos de Lorenzo. Se había arrastrado unos cinco metros por un canal de drenaje seco, entre la valla exterior de la obra y un muro de contención de toba antigua. Cada movimiento enviaba un latido sordo desde la articulación de la cadera hasta la rodilla, un dolor familiar que ahora se agudizaba con el frío nocturno que se filtraba a través del tejido de su pantalón.

A su izquierda, a unos veinte pasos de distancia, un foco montado en un poste proyectaba un cono de luz blanca y dura sobre el terreno desnudo. La sombra de la valla se alargaba como una prisión

dibujada en el suelo. El aire olía a hormigón fresco, a tierra removida y, debajo de todo, al polvo seco de la piedra antigua.

Claudia estaba agachada junto a la base del poste, una silueta compacta contra la luz. Sostenía un dispositivo negro del tamaño de un paquete de cigarrillos, sus dedos moviéndose con precisión sobre una pequeña pantalla táctil. Había explicado en el coche, con voz baja y técnica, que el aparato emitía una interferencia en la banda de frecuencia de los sensores de movimiento periféricos, creando un punto ciego temporal. Un préstamo de un antiguo profesor de la universidad, parte de un proyecto de investigación sobre vulnerabilidades en sistemas de seguridad privada. Lorenzo no había preguntado más.

Un chasquido metálico, lejano, hizo que ambos se inmovilizaran. Provenía de la zona de las casetas de obra. Lorenzo contuvo la respiración, el oído afinado, separando los sonidos de la noche: el zumbido lejano del tráfico en la Viale Aventino, el susurro del viento en los pinos, el latido de su propia sangre en los oídos.

Dos figuras salieron de detrás de un contenedor, iluminadas por otro foco. Guardias de seguridad privados, con chaquetas reflectantes y linternas colgando del cinturón. Caminaban con la lentitud aburrida de una ronda rutinaria. Uno de ellos se detuvo para encender un cigarrillo, la llama de su mechero iluminando brevemente un rostro joven y cansado. Hablaron en voz baja, palabras indistinguibles que se perdieron en la distancia.

—Cambio a las once —murmuró Claudia, deslizándose de vuelta hacia donde él estaba, moviéndose con la fluidez de un gato—. En diez minutos.

Lorenzo asintió, empujándose con esfuerzo para ponerse en cuclillas. La rodilla protestó con un chasquido seco. Siguió a su compañera, arrastrando la pierna izquierda, hacia el lugar que el diario de Valli había descrito con la precisión obsesiva del arquitecto: “junto al cimiento norte, donde la toba se encuentra con el muro moderno, bajo la maleza”.

Allí estaba. Una maraña de hiedra y zarzas crecía contra la base del muro antiguo, aprovechando un montón de escombros de ladrillo y fragmentos de teja. Claudia se arrodilló y apartó las ramas con cuidado. Bajo ellas, casi invisible en la penumbra, había una losa de metal oxidado, de aproximadamente un metro por sesenta centímetros, con una argolla de sujeción hundida en un lateral. No era parte de ninguna estructura moderna. Parecía la tapa de un viejo desagüe o de una cámara de registro, pero su ubicación, pegada al muro histórico, no tenía sentido para las canalizaciones actuales.

Lorenzo se acercó, apoyando una mano en la piedra fría para aliviar el peso de su cuerpo. El metal estaba frío y húmedo al tacto.

Desde la zona de las casetas, una voz levantó el tono, seguida de una risa breve. Los dos guardias se cruzaban con el relevo. Era el momento.

Claudia asió la argolla con ambas manos, tensando los músculos de los hombros. Hizo un gesto con la cabeza hacia Lorenzo, indicándole que vigilase. Él giró el torso, escudriñando la zona iluminada. Las figuras de los guardias se habían juntado, charlando, distraídas.

Un gemido metálico, bajo y renqueante, rompió el silencio justo detrás de él. Claudia había conseguido levantar un borde de la pesada trampilla. Un soplo de aire escapó de la abertura, cargado de un olor a humedad profunda, a piedra olvidada y a algo más: un débil aroma terroso, a incienso apagado y cera rancia.

La oscuridad bajo la losa era absoluta. Claudia forzó un poco más, levantando la tapa lo suficiente para revelar los primeros peldaños de una escalera de hierro, oxidados y estrechos, que desaparecían en la negrura.

Lorenzo se volvió hacia ella, listo para indicar que bajaría primero. En ese instante, un zumbido agudo y violento, como el de un insecto enfurecido, estalló en el bolsillo de la chaqueta de Claudia. La vibración era tan intensa que se podía ver el movimiento de la tela.

Ella se quedó helada, la trampilla sostenida a medio abrir, los ojos muy abiertos en la penumbra. El sonido provenía de su teléfono móvil. En la pantalla que asomaba del bolsillo, brillaba con una luz fantasmal una sola palabra: **OCULTO**.

El teléfono siguió vibrando, un zumbido insistente que se clavaba en el silencio. Los ojos verdes de la mujer se encontraron con los grises del hombre. Un movimiento casi imperceptible de su cabeza: no. Lorenzo asintió, un gesto seco. Ella dejó que el dispositivo se apagara solo, ahogado en la tela de su chaqueta, y concentró toda su fuerza en la argolla.

La losa de piedra se levantó con un último gemido, revelando una boca cuadrada de oscuridad. El aire que subía era denso, frío como el interior de una tumba, impregnado de olores a tierra compactada, piedra húmeda y una nota agria, casi dulce, de cera animal quemada hace siglos.

—Yo primero —murmuró él, la voz apenas un susurro ronco.

Bajó con cuidado, buscando los peldaños con la punta de la bota. El hierro crujió bajo su peso. El dolor en su rodilla izquierda era una punzada sorda y constante, un recordatorio que ignoró, apoyándose más en la pared de toba que en la escalera. Tras él, Claudia dejó caer la losa con un golpe sordo que resonó en el estrecho pasadizo. La oscuridad se volvió absoluta, rota solo por el haz tembloroso de su linterna.

El túnel descendía en una pendiente suave, tallado directamente en la roca de la colina. El aire se espesaba, cargado de un silencio que pesaba en los oídos. Después de unos veinte metros, el pasaje se abrió de golpe.

El haz de luz barrió la cámara, y Lorenzo contuvo una exhalación.

Era un espacio abovedado, más amplio de lo esperado. Los arcos de toba se alzaban como costillas de un animal petrificado. A lo lejos, contra el muro del fondo, se distinguía un altar de piedra desgastado, flanqueado por bancos corridos tallados en la roca. En

las paredes, desvaídos pero claramente visibles, los símbolos emergían de las sombras: el dios Mitra, tocado con su gorro frigio, hundiendo el cuchillo en el cuello de un toro. El tauroctonía.

—Dio santo —la voz de Claudia llegó desde atrás, llena de una reverencia instantánea que se quebró de inmediato—. Pero… mira el suelo.

El haz de su propia linterna se unió al de él. La tierra frente al altar estaba revuelta, marcada por surcos profundos y rectangulares, como si algo pesado hubiera sido arrastrado. Huellas de botas, nítidas y recientes, con un patrón de suela de tacos gruesos, se superponían en el polvo milenario. No eran de hace siglos. Eran de días, quizá horas.

Un nudo de decepción y rabia se le formó en la garganta a Lorenzo. Avanzó cojeando, la luz recorriendo las paredes saqueadas. Donde debían haber estado los nichos para ofrendas, solo quedaban marcas de palanca en la piedra, cicatrices frescas y pálidas contra la pátina oscura del tiempo.

Junto a la base del altar, medio enterrada en la tierra removida, algo brilló débilmente. Se agachó, un movimiento que le arrancó un jadeo silencioso de la rodilla, y desenterró el objeto con cuidado. Era una estatuilla de terracota, de unos veinte centímetros. Representaba a Mitra. La cabeza, separada limpiamente del cuerpo, yacía a un lado. Lorenzo la examinó bajo la luz. Los bordes de la rotura no estaban erosionados; eran afilados, con minúsculas esquirlas. Un daño reciente. Violento.

—No fue un accidente —susurró Claudia, acercándose. Su aliento formaba pequeños fantasmas en el aire helado—. La partieron a propósito. ¿Por qué dejar esto?

—Porque no era lo que buscaban —respondió él, la voz grave. Dejó la pieza rota con suavidad, como si fuera un resto mortuorio—. Buscaban algo específico. Algo que Valli encontró y documentó. Y lo consiguieron.

La luz de la linterna de la mujer se deslizó detrás del altar, escudriñando la zona más oscura. Se detuvo.

—Lorenzo.

Él se acercó, arrastrando los pies sobre la tierra suelta. Allí, parcialmente enterrado, había un guante. Negro, de nitrilo desechable, de talla grande. Uno de los dedos estaba rasgado.

Claudia ya tenía una bolsa de pruebas en la mano. Con movimientos precisos, recogió el guante sin tocarlo directamente. Dentro, pegado al material por el sudor y el polvo, había una etiqueta adhesiva impresa. La tinta estaba corrida y sucia, pero ella la frotó suavemente con el pulgar a través del plástico.

—Hay letras —murmuró, inclinándose—. «…SICUREZZA PRIVATA». Y un logo… una parte de un águila, o algo similar.

El aire pareció enfriarse otros diez grados. Lorenzo recordó al guardia joven en el sótano A-7, su uniforme azul marino con un emblema bordado en el pecho.

—Es de la empresa de seguridad de la obra —concluyó, la frase cayendo como una losa entre ellos—. La violación vino desde dentro. Los mismos que deberían vigilar…

Un sonido claro y metálico cortó sus palabras.

No vino de dentro de la cámara. Vino del pasadizo, de la escalera por la que habían bajado.

El chirrido inconfundible, agudo y final, de la pesada trampilla de piedra cerrándose de golpe.

CAPÍTULO 10: HUELLAS EN LA TIERRA SAGRADA

La oscuridad era absoluta, un manto de terciopelo húmedo que pesaba sobre los pulmones. El aire olía a tierra removida, a moho antiguo y al metal oxidado de la trampilla sellada sobre sus cabezas.

Valenti apretó los dientes. Un dolor sordo, familiar, se enroscaba en su rodilla izquierda, latiendo al compás de su pulso acelerado. Usó esa punzada para anclarse, para no ceder al primer impulso de golpear la losa. Alzó la linterna. El haz tembloroso cortó la negrura, iluminando primero el rostro de Claudia. Sus ojos verdes, amplios en la penumbra, reflejaban la misma alarma contenida.

Pasos. Amortiguados, procedentes del suelo de tierra sobre la bóveda. Dos, quizás tres personas. Una voz masculina, apagada, dijo algo ininteligible. Otro respondió con un gruñido.

—No forcejees —la advertencia de la mujer fue un soplo apenas audible.

Él asintió, una sombra en la oscuridad. Se arrastró hacia la losa, cada movimiento una puñalada en la articulación. Apoyó la palma contra el metal frío. No cedía ni un milímetro. Había sido asegurada desde fuera, con algo pesado.

El haz de luz se deslizó hacia el altar saqueado. Se fijó en la estatuilla rota de Mitra. Los bordes de la fractura en el cuello

brillaban, pálidos y afilados, en el círculo de luz. No estaban cubiertos de polvo. Valenti arrastró el torso hacia allí, ignorando el fuego en su pierna. Con los dedos, palpó la rotura. Piedra fresca. El polvo fino que debería haberse acumulado en días o semanas estaba ausente.

Los pasos se alejaron. El silencio regresó, más opresivo que antes.

—Dame luz aquí —murmuró.

Claudia se acuclilló a su lado, dirigiendo su propia linterna. Él examinó el suelo junto al nicho más profanado. La tierra estaba húmeda, compactada. Y allí, preservada en un parche de arcilla, la mitad posterior de una huella. Tacos gruesos, profundos, un patrón agresivo. Idéntico a los que habían visto esparcidos por la cámara.

Su compañera se movió hacia un montón de escombros al pie del banco de piedra. Extendió la mano, con un guante ya puesto, y extrajo algo de entre los fragmentos de toba.

—Otro —susurró, mostrando un segundo guante de nitrilo desechable. La misma etiqueta azul de la empresa de seguridad privada.

Valenti dejó escapar un suspiro cargado de comprensión amarga.

—Vinieron después —articuló, las palabras saliendo a rastras de su garganta—. Esto es reciente. Muy reciente.

Alguien con acceso, con conocimiento del lugar, había entrado tras la muerte de Valli. Tras el registro violento de su apartamento. Buscando algo que el arquitecto ya no podía darles.

—Tenemos que salir —dijo Claudia, su voz recuperando una urgencia práctica.

Él escudriñó los límites de la cámara. La luz se posó en un rincón, entre dos bloques de piedra desprendidos. Asomaba un extremo de hierro, oxidado y recto. Una barra de refuerzo, descartada en alguna obra anterior.

Moverse hasta allí fue una tortura. Cada centímetro arrastrado enviaba descargas eléctricas desde la rodilla hasta la base de su cráneo. Sudor frío le perlaba la frente. Agarró la barra. Pesada, rugosa al tacto.

—Ayúdame a colocarla.

Juntos, con esfuerzo silencioso, insertaron el extremo más delgado en el minúsculo espacio entre la losa y el marco de piedra. Valenti se apoyó con todo su peso, usando la barra como palanca. Los músculos de sus brazos se tensaron como cables. Un gemido, ahogado, le escapó de los labios. La rodilla protestó, cediendo por un instante. Claudia añadió su fuerza.

Con un chirrido áspero, de metal contra piedra y óxido desgarrándose, la losa se desplazó un centímetro. Luego otro. Un haz de luz grisácea, pálida y fría, se coló por la abertura. Aire fresco, cargado del olor húmedo del amanecer, les golpeó el rostro.

Empujaron hasta que la apertura fue suficiente. Valenti salió primero, una maniobra torpe y dolorosa que le dejó jadeando sobre la tierra húmeda, fuera ya de la trampilla. El cielo era una bóveda baja de nubes color plomo. Amanecía.

Claudia emergió tras él, manchada de barro. Se pusieron de pie, tambaleantes, justo cuando un motor diesel rompió el silencio matutino. Una furgoneta blanca giraba por el camino de acceso al solar.

Desde la cabina, dos hombres con cascos los observaban, inmóviles. El vehículo se detuvo a veinte metros de distancia. Las puertas se abrieron.

Horas más tarde, la luz del día, pálida y difusa, entraba por la trampilla abierta, iluminando el polvo que danzaba en el aire. El espacio abovedado ya no era una cripta secreta, sino una escena del crimen. Cintas amarillas de precaución cruzaban los arcos de toba. Los flashes de las cámaras forenses estallaban como relámpagos

silenciosos, congelando las marcas de palanca en la piedra, los surcos profundos en la tierra.

Lorenzo se apoyaba contra el altar, una estocada cortante en la rodilla que se sincronizaba con cada latido. Observaba al doctor Fazio, un hombre menudo con gafas de montura fina que parecía una lechuza absorta, arrodillado junto a uno de los nichos saqueados.

—Al menos tres pares de botas —declaró Fazio sin levantar la vista, su dedo enguantado de látex señalando las impresiones en el barro endurecido—. Patrón de tacos gruesos, marca profesional. No son de obrero corriente. Herramientas especializadas: palancas de pala, y aquí… —raspó suavemente el borde de una hendidura—, marcas de disco de corte. Un trabajo limpio, selectivo. No vinieron a destrozar, vinieron a extraer.

—¿Cuándo? —preguntó Valenti, su voz un poco ronca por el esfuerzo de la madrugada.

El forense se levantó con un quejido articular. Sacudió el polvo de sus rodilleras.

—La tierra removida empezó a secarse por los bordes, pero el núcleo aún está húmedo. La perturbación es reciente. Cuarenta y ocho horas, setenta y dos como mucho. No más.

Un bloque de hielo se formó en el estómago de Lorenzo. Valli llevaba casi cinco días muerto. El saqueo era posterior. Muy posterior. Alguien había venido después, con información precisa sobre qué buscar y dónde.

Fazio se acercó al altar, señalando el espacio central vacío, una losa rectangular más clara que el resto de la piedra desgastada.

—Aquí faltaba algo. Algo plano, delgado. Una placa, una tesera de iniciación. La extrajeron con cuidado, no la arrancaron. Vea las marcas de succión en los bordes, mínimas. Sabían lo que hacían.

Claudia se acercó, la luz de la tablet iluminando su rostro desde abajo, acentuando la sombra bajo sus pómulos. Pasó el dedo por la pantalla.

—He estado consultando los canales —murmuró, lo suficiente para que solo él la oyera—. Foros de coleccionistas, subastas privadas online. Hay rumores, muy sutiles, de una "pieza de culto mitraico excepcional" que aparecerá en el mercado en los próximos días. Se habla de una tesera de mármol con inscripciones.

—Es la prueba de iniciación —susurró Lorenzo, la conexión encajando con un clic siniestro—. Única, identificable. Si la venden…

—Se pierde para siempre —concluyó ella, sus ojos verdes fijos en los suyos—. Y quien la tiene es quien ordenó esto. O quien lo ejecutó.

El zumbido de los técnicos que tomaban moldes de silicona de las huellas, el olor agrio del yeso para impresiones, el murmullo profesional que llenaba la cámara… todo se desvaneció por un instante. Solo existía ese vacío rectangular en el altar, la evidencia física de un robo metódico que confirmaba su peor sospecha: el asesino no solo quería silenciar a Valli, sino apoderarse de lo que él había descubierto. Y lo había hecho con la frialdad de un profesional que limpiaba una escena.

La vibración en el bolsillo del pantalón de Lorenzo fue tan intensa que casi la sintió en los huesos. Sacó el teléfono. La pantalla mostraba un nombre: IODICE.

Al deslizar la aceptación, no hubo saludo.

—Valenti. En mi despacho. En una hora —la voz del comisario no tenía el tono cansado y paternal de antes. Era plana, cortante como el filo de un cuchillo—. Traiga a la inspectora. Y los objetos que han retirado de la escena sin autorización previa.

La llamada se cortó.

Lorenzo bajó el dispositivo, la mirada encontrándose con la de Claudia. Sin una palabra, ambos volvieron la cabeza hacia la bolsa de pruebas sellada que descansaba sobre un banco de piedra. Dentro, la estatuilla rota de Mitra, la cabeza separada del cuerpo, los bordes de la fractura afilados bajo el plástico transparente.

El aire en el despacho olía a tabaco rancio y a café frío. Rayas de luz de tarde, cortadas por las persianas venecianas, caían sobre el escritorio laminado del comisario Iodice. Sobre la superficie, impresas en papel mate, había fotografías. Borrosas, granulosas, pero inconfundibles: dos figuras saliendo de una abertura en el suelo entre zarzas, cubiertas de barro seco en la primera luz del alba.

Iodice no les había ofrecido sentarse. Permaneció tras el escritorio, las manos apoyadas en la madera, los nudillos pálidos.

—Entrada ilegal en propiedad privada —enumeró, su voz carecía de toda cadencia paternal—. Sustracción de material sin autorización. Desobediencia a una orden directa de un superior. Podría añadir obstrucción a la justicia, pero eso ya sería redundante.

Claudia permanecía inmóvil a su lado. Lorenzo sintió un dolor sordo, familiar, que le subía desde la rótula izquierda. Se había mantenido de pie demasiado tiempo.

—Las pruebas fueron preservadas —replicó el investigador, manteniendo la mirada en la del comisario—. De lo contrario, habrían desaparecido.

—No es su trabajo decidir qué desaparece y qué no. —Iodice cogió una de las fotos, la estudió con desdén antes de dejarla caer—. Su trabajo, si aún lo tiene después de esto, es seguir procedimientos. No jugar a detectives renegados.

El silencio que siguió fue pesado, cargado del zumbido lejano de la comisaría. Iodice se inclinó hacia adelante; la silla de cuero crujió.

—Hay una salida —dijo, bajando el tono a un susurro áspero—. Archivamos el incidente del sótano como vandalismo. Unos

gamberros. No se conecta con el caso Valli. A cambio, yo gestiono que ese… fragmento de terracota sea analizado de forma discreta. Los resultados, si son relevantes, se incorporan al expediente oficial del robo. Todo queda dentro de los cauces.

—El saqueo no fue vandalismo —cortó Lorenzo, sin alterar el volumen—. Fue metódico. Ocurrió *después* del asesinato. Valli escondió la prueba clave, el asesino lo mató sin obtenerla, y luego alguien con acceso a la información o al lugar fue a buscarla. Eso no es un robo. Es la limpieza de una escena.

Una palidez leve, apenas perceptible, recorrió el rostro curtido del comisario. Sus dedos se cerraron sobre el borde del escritorio.

—Está cavando su propia tumba, Lorenzo. Y está arrastrando a la inspectora con usted.

—Solo estoy siguiendo la evidencia. Como debe ser.

—La evidencia —espetó Iodice, levantando finalmente la voz— la interpreto yo. Y le digo que este caso se cierra. Tiene veinticuatro horas para reconsiderar su posición y aceptar la salida que le he ofrecido. Después, presentaré los cargos administrativos.

Los ojos grises de Valenti no se apartaron de los de su superior. No había desafío en ellos, solo una certeza fría y desoladora.

—No necesito veinticuatro horas.

Iodice sostuvo la mirada un instante más, luego apartó la vista con un gesto de desprecio final.

—Fuera de mi despacho.

En el pasillo desierto, iluminado por tubos fluorescentes, el aire parecía menos espeso. Claudia exhaló, un temblor apenas contenido en sus hombros. Sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta; la pantalla se iluminó con una notificación de una aplicación de mensajería cifrada.

Lo leyó. Sus dedos se tensaron alrededor del dispositivo.

—Es de mi contacto. El de prensa —musitó, alzando la vista hacia Lorenzo—. Dice: «Busquen al contable. No está en Roma. Intentó huir a Nápoles. Alguien lo interceptó antes.»

Valenti asimiló las palabras. La imagen de Marco Belli, asustado, intentando escapar, siendo cortado en el camino. El hombre de la gabardina beige en el puente.

—No tenemos veinticuatro horas —concluyó, su voz ahora un rumor grave—. Tenemos hasta que oscurezca. Si lo interceptaron, puede que aún esté vivo. Para interrogarlo.

Claudia asintió, una sola vez. El miedo en sus ojos verdes había sido reemplazado por una resolución nítida y peligrosa.

—Iodice nos vigilará.

—Ya lo hacía —recordó Lorenzo, empezando a caminar cojeando hacia la salida. El dolor en la pierna era un recordatorio constante, un latido sincronizado con el riesgo que acababan de asumir—. Ahora solo será más obvio. Tenemos que movernos antes de que bloquee nuestros vehículos o active algún protocolo de localización.

Se detuvieron ante la puerta principal. La luz del atardecer bañaba la calle, dorada y engañosa.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—A donde nos lleve el rastro del contable —respondió él, empujando la puerta—. Aunque sea directamente hacia quien lo interceptó.

CAPÍTULO 11: LA SOMBRA DEL CONTABLE

La puerta del tercer piso en Vicolo del Cinque estaba entreabierta, un par de centímetros de penumbra que olía a papel quemado y colonia barata. Lorenzo apoyó una mano en el marco, el peso de su cuerpo desplazado hacia la pierna derecha. Un dolor sordo, familiar, le recordaba cada latido en la articulación izquierda.

—No toques nada —murmuró, empujando la hoja con el codo.

El interior era un testimonio de pánico. Una maleta abierta y vacía yacía boca arriba en el centro de la sala, rodeada por camisas y pantalones esparcidos como si hubieran sido arrancados de un armario a manotazos. La luz de la tarde, filtrada por persianas venecianas rotas, cortaba el aire cargado de polvo en franjas diagonales.

Claudia pasó a su lado, sus zapatos produciendo un crujido fino sobre fragmentos de vidrio. Se detuvo junto a la cocina americana. El fregadino de acero estaba lleno de cenizas grises y trozos de papel carbonizado, empapados por un grifo que goteaba.

—Intentó destruir evidencias —observó, sin levantar la voz—. Pero tenía prisa. No quemó todo.

Lorenzo avanzó cojeando hacia el dormitorio. Una cómoda tenía los cajones abiertos, vacíos. En la mesilla de noche, un marco mostraba la foto descolorida de un hombre más joven, sonriendo junto a una

mujer, frente al Coliseo. La imagen le produjo un pellizco frío en el estómago. No era la escena de un secuestro violento; era la huida desesperada de alguien que sabía que el tiempo se le había acabado.

—Aquí —llamó la inspectora desde la salita.

Encontró a Claudia arrodillada junto al sofá, sosteniendo un billete de autobús arrugado. Lo alisó sobre la palma de su mano.

—Roma-Nápoles. Para el día después de que mataran a Valli. No fue usado.

—Alguien lo interceptó antes de que pudiera llegar a la estación —concluyó Lorenzo, apoyándose en el respaldo de un sillón. La frustración le sabía a metal en la boca—. O lo convencieron de que no se fuera.

—¿O lo obligaron?

Recorrieron el resto del apartamento con meticulosidad forense, moviéndose en un silencio tenso solo roto por el goteo constante del grifo y el lejano rumor del Trastevere. No había ordenadores, ni agendas, ni carpetas. Solo el rastro de una vida borrada con prisa.

Fue bajo la cama, en el espacio polvoriento entre una zapatilla vieja y una caja de cartón vacía, donde Claudia encontró el teléfono. Un modelo antiguo, de teclas físicas y carcasa negra barata. Un quemador.

Lo sostuvo en la luz. Lo encendió.

La pantalla iluminó su rostro con un brillo azulado. El dispositivo tardó un minuto en buscar red, emitiendo un pitido bajo. Luego, mostró el menú principal. La inspectora navegó hasta el registro de llamadas.

—Una sola llamada entrante —anunció, su tono plano—. Ayer, a las diecinueve cuarenta y tres.

Lorenzo se acercó, ignorando el dolor que le recorría la pierna. Se inclinó para ver la pantalla. El número era una secuencia que le resultó vagamente familiar, pero fue la extensión al final lo que encajó como un cerrojo.

—Es la línea directa del despacho principal —dijo, la voz ronca—. De la oficina de Alessandro Costa, en Via Veneto.

El aire en la habitación pareció volverse más denso. El goteo del grifo marcaba el compás de sus pensamientos. Costa había llamado al contable aterrorizado el día después de que interceptaran su huida. No para preguntar. Para dar órdenes. O para confirmar que ya estaba atrapado.

Claudia apagó el teléfono, envolviéndolo en un pañuelo de papel.

—Belli no huyó —murmuró, guardando la prueba en el bolsillo interior de su chaqueta—. Lo recogieron.

Desde la ventana rota, el sonido de una motocicleta acelerando en la callejuela les hizo girar la cabeza al unísono. Solo era el tráfico. Pero la sensación de estar expuestos, de llegar siempre un paso detrás, se cerró sobre ellos como un puño.

El aire acondicionado zumbaba con un tono agudo en el vacío del séptimo piso. El olor a limpiacristales impregnaba cada superficie, demasiado intenso, como si hubieran fregado las mesas de acero pulido minutos antes de su llegada. Habían pasado menos de una hora desde el apartamento de Belli, pero el cambio de escenario era absoluto. Lorenzo se apoyó contra el marco de la puerta, la rodilla izquierda rígida por el frío artificial que se filtraba por el pantalón.

El despacho de Marco Belli era un caparazón.

Estanterías de vidrio vacías. Escritorio desnudo, sin ordenador, sin teléfono. Los cajones, entreabiertos, mostraban forros de fieltro gris sin un solo papel. Claudia recorrió el perímetro con movimientos precisos, sus zapatos silenciosos sobre la moqueta gris. Se detuvo

frente a la ventana que daba a la Piazza Barberini; abajo, el tráfico nocturno tejía líneas de luz roja y blanca.

—Lo han desmontado pieza a pieza —observó el hombre, la voz baja pero resonando en el espacio vacío.

—Profesionalmente —añadió ella, sin volverse—. No un apuro. Un protocolo.

Se acuclilló junto al escritorio, ignorando el frío del suelo. Sacó una linterna pequeña de su bolsillo, pero no la encendió aún. Su mirada recorrió los bordes del mueble, la unión con la pared. Luego se inclinó, metiendo medio cuerpo bajo la mesa.

El sonido de cartón raspando contra metal. Emergió con una papelera de reciclaje de malla metálica, ligera y vacía salvo por un puñado de confeti blanco en el fondo. Fragmentos de papel triturado, cortados en tiras uniformes de menos de un centímetro de ancho.

Lorenzo soltó un suspiro que era casi un gruñido.

—Una trituradora de corte cruzado. Nivel tres de seguridad. No se reconstruye eso ni con paciencia de monje.

—No toda —replicó Claudia.

Volcó el contenido sobre la superficie lisa del escritorio. El confeti formó un pequeño montículo. Con dedos delicados, comenzó a esparcirlo, separando las tiras más largas, buscando patrones. Su concentración era absoluta; el mundo se reducía a esos jirones de papel bajo la resplandor glacial de los fluorescentes del techo.

El comisario observó, el dolor en la articulación convirtiéndose en un latido sordo y constante. Cada minuto aquí era un riesgo calculado. Su coartada —una verificación de seguridad tras la intrusión en el sótano A-7— era frágil. Si el guardia de turno decidía comprobar con su superior, o si Costa tenía a alguien avisado…

—Aquí —dijo Claudia de pronto.

Había apartado un pequeño grupo de pedazos que, por su grosor y color ligeramente amarillento, diferían del resto. Papel de mayor calidad. No habían pasado completamente por las cuchillas; algunos bordes estaban rasgados, no cortados con limpieza.

Sacó otro objeto de su bolso: una linterna ultravioleta delgada, de plástico negro, que siempre llevaba consigo desde sus prácticas forenses en la universidad. Apagó la linterna principal, sumiendo la esquina del despacho en una penumbra azulada.

Clic.

Un haz de luz violeta barrió los fragmentos seleccionados.

Y allí, como fantasmagorías químicas, aparecieron los trazos.

Tinta de bolígrafo, invisible a plena luz, brillaba con un resplandor verde fantasma bajo la radiación UV. Claudia contuvo la respiración. Con la punta de un lápiz, fue alineando los pedazos sobre el acero del escritorio. No era una página completa; era una esquina, un triángulo irregular de papel que había escapado a la destrucción total.

Lorenzo se acercó cojeando, inclinándose con una mano apoyada en el borde frío del mueble.

Los caracteres emergían, escritos con letra apretada y nerviosa:

…-CH82 0022 5222 5511…

Un IBAN suizo.

Debajo, dos líneas, la tinta corrida en un punto como si una gota de sudor o agua hubiera caído sobre ella:

Costa - trasf. urgente Fondazione Aurelia per l'Arte

El nombre de la fundación estaba subrayado dos veces.

—Una fundación pantalla —murmuró Claudia, la luz UV tiñendo sus facciones de un color espectral—. Para lavar. Para mover dinero sin

preguntas.

Lorenzo asintió, pero su atención ya no estaba en el papel. Un movimiento en el pasillo, más allá de la pared de cristal esmerilado que separaba el despacho del área común. Una luz barriendo el suelo, proyectando la sombra alargada de un hombre que avanzaba con paso lento y regular.

El haz de la linterna del guardia de seguridad.

Pasaba frente a cada oficina, comprobando pomos. Se acercaba.

—Recoge —ordenó Lorenzo, su voz un hilo de sonido.

Claudia apagó la luz ultravioleta. Con un barrido rápido de la mano, reunió los fragmentos brillantes y los deslizó en una bolsa de plástico transparente que guardó dentro de su chaqueta. El resto del confeti lo volvió a echar en la papelera, que devolvió bajo el escritorio.

La luz del guardia se detuvo frente a su puerta.

La manija giró, pero la puerta no se abrió. Lorenzo había echado el pestillo al entrar. Un golpe seco, nudillos contra el vidrio.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz masculina, joven, con un deje de tensión.

El comisario se enderezó, haciendo un esfuerzo visible para que su postura no delatara el dolor. Tomó aire. Cuando respondió, su tono fue seco, autoritario, el de un superior molestado por una interrupción.

—Policía. Verificación de seguridad. ¿Tiene algún problema?

El guardia titubeó al otro lado de la puerta. Se oyó un susurro de radio, una pregunta inaudita.

—No, no hay problema —respondió finalmente la voz, más débil—. Solo comprobaba. Buenas noches.

La luz se alejó, barriendo el pasillo hacia la siguiente oficina. Lorenzo no soltó el aire que tenía retenido hasta que el resplandor desapareció por completo. El dolor en la articulación era ahora una brasa encendida, pero la adrenalina lo mantenía erguido.

—Vamos —indicó, y su tono no admitía discusión.

Salieron del despacho con la misma cautela con que habían entrado, dejando el pestillo echado. El pasillo estaba vacío, iluminado solo por las luces de emergencia verdosas. Bajaron por la escalera de servicio, sus pasos amortiguados por la moqueta gastada, y salieron a la fría penumbra del aparcamiento subterráneo. El aire olía a gasóleo y humedad de hormigón.

No hablaron hasta estar dentro del Fiat Stilo, con las puertas cerradas y el motor en marcha, alejándose de la plaza Barberini por una callejuela lateral. El crepúsculo había teñido el cielo de un azul profundo, y las primeras luces de los escaparates se reflejaban en los adoquines húmedos.

Claudia sacó la bolsa de plástico. Los fragmentos de papel, ahora bajo la tenue luz del cuadro de instrumentos, parecían insignificantes.

—Costa. Transferencia urgente. Fundación pantalla —recapituló, su voz baja en el espacio reducido del coche, que olía a tapicería vieja y a café derramado—. Es el hilo. El que conecta la presión con el pago.

Lorenzo ajustó el calefactor. El frío de la piedra subterránea se le había metido en los huesos.

—Solicitar una orden para rastrear esas cuentas —dijo, mirando por el retrovisor—. Iodice la enterraría antes de que llegara a un juez. Y si por milagro llegara, tomaría semanas. Para entonces, el dinero y Belli habrán desaparecido.

—Tengo un contacto en la unidad de delitos financieros —ofreció Claudia, pero sin convicción—. Matteo. Es limpio. Pero si le pido esto

sin cobertura…

—Lo destruirían a él también —cortó Lorenzo. Giró el volante, tomando una curva cerrada que los alejaba del tráfico principal. Su perfil, iluminado por el resplandor naranja de una farola, parecía tallado en piedra—. No podemos usar los canales oficiales. El sistema no está roto, Claudia. Está podrido. Y nosotros acabamos de convertirnos en un cuerpo extraño que hay que expulsar.

Ella guardó silencio, frotándose los dedos como si aún sintiera el frío del papel. El motor ronroneaba, un sonido monótono bajo el murmullo lejano de la ciudad.

—¿Qué hacemos entonces?

La pregunta flotó en el aire viciado. Lorenzo la observó de reojo. La joven inspectora tenía la mandíbula apretada, pero su mirada, aquellos ojos verdes que captaban la escasa luz, no se apartaban de él. No había pánico. Había una evaluación fría, la misma que él estaba haciendo.

—Activar la vigilancia de la fundación —declaró, y las palabras sonaron a sentencia en la quietud—. Movimientos de capital, socios, conexiones con las empresas pantalla de Costa. Usando canales no oficiales. Tu contacto en prensa, el de la libreta. Él puede hacer preguntas que nosotros no podemos, rastrear registros públicos, buscar discrepancias.

—Es ilegal —murmuró Claudia, no como una objeción, sino como la constatación de un hecho.

—Es saltarse la cadena de mando. Es desobediencia deliberada. Es exactamente lo que Iodice espera que hagamos para poder procesarnos —asintió Lorenzo. Un camión pasó rugiendo junto a ellos, sacudiendo la carrocería del pequeño coche—. La opción es obedecer, archivar el caso, y dejar que un hombre sea borrado y un templo milenario sea saqueado para construir apartamentos de lujo. O actuar, y probablemente ser destruidos en el proceso.

Claudia desvió la vista, mirando por la ventanilla a las fachadas oscuras que desfilaban. Luego, con un movimiento decidido, sacó su teléfono personal, lo apagó y lo guardó en la guantera. De su bolso extrajo un móvil sencillo, de esos que se compran con tarjeta prepago.

—Las pruebas —dijo, su voz recuperando un tono práctico—. Las copias digitales están seguras. Pero necesitamos un depósito físico fuera de nuestro control. Algo que sobreviva si nos detienen.

—El profesor —sugirió Lorenzo—. Tu antiguo mentor de criminología. Es neutral, tiene credibilidad.

Ella asintió, y sus dedos comenzaron a moverse sobre la pequeña pantalla, escribiendo un mensaje cifrado. La el resplandor cian le iluminaba la cara, revelando la fina línea de concentración entre sus cejas.

El teléfono de Lorenzo vibró en su bolsillo.

No fue el personal. Fue el otro, el que solo usaba para casos sensibles. Un número desconocido brillaba en la pantalla.

Lo miró. Claudia detuvo sus dedos en el aire, alertada por su inmovilidad.

Contestó. No dijo nada.

Durante un segundo, solo hubo un silencio cargado, el zumbido eléctrico de una línea vacía. Luego, una voz. No humana. Distorsionada por un filtro mecánico, plana, sin cadencia.

—Ha estado en la oficina.

Lorenzo no respondió. Los nudillos de su mano libre se pusieron blancos sobre el volante.

—Belli ya no puede hablar.

El aire dentro del coche pareció solidificarse.

—Deje de cavar su propia tumba, comisario. La próxima vez no será una advertencia.

Un clic seco. La llamada se cortó.

Bajó el teléfono lentamente. El zumbido del motor llenó el vacío que había dejado la voz. Claudia lo observaba, la bolsa con los fragmentos de papel apretada contra su pecho.

No los habían seguido.

Los estaban esperando.

CAPÍTULO 12: EL RASTRO FRÍO

La luz del atardecer se colaba oblicua entre los edificios del Trastevere, proyectando franjas de un naranja intenso sobre el parabrisas sucio del Fiat. Lorenzo ajustó el espejo retrovisor, la articulación de su pierna izquierda rígida como madera vieja. Cada cambio de marcha era un recordatorio agudo.

—Via della Scala, número quince —dijo la mujer a su lado sin levantar la vista de la tablet. Sus dedos se deslizaban por la pantalla táctil con una precisión que contrastaba con la tensión en su mandíbula—. Es un edificio de apartamentos. Registro de residencia de Elena Belli, separada hace dos años.

El motor protestó al subir una pendiente empedrada. El olor a cuero calentado por el sol de la tarde se mezclaba con el aroma a polvo levantado por las ventanillas entreabiertas.

—¿Alguna alerta? —preguntó él, los ojos escudriñando cada coche estacionado, cada portal oscuro.

—Nada en las bases oficiales. Pero eso no significa nada.

—Significa que si hay una trampa, será discreta.

Claudia dejó el dispositivo sobre sus rodillas. En el reflejo del cristal, sus facciones parecían talladas en piedra.

—Ella no nos va a recibir con los brazos abiertos. Si Belli fue interceptado, es probable que también la hayan presionado. O vigilado.

Lorenzo asintió, la mano derecha apretando el volante. El eco metálico de la voz distorsionada aún resonaba en sus oídos. *'Ya recogimos a tu contable. No puede hablar.'* No era solo una advertencia. Era un informe de situación.

—No tenemos alternativa —murmuró, más para sí mismo—. Es la única hebra que no han cortado del todo.

Giró por una callejuela tan estrecha que los retrovisores rozaron la piedra de las fachadas. La penumbra era casi completa aquí, solo rota por algún farol que aún no se había encendido. Al final de la vía, un edificio de cuatro plantas con la fachada descascarillada. El número quince.

Redujo la velocidad hasta casi detenerse. El Fiat rodó unos metros más antes de pararse junto a una hilera de contenedores de basura.

—Allí —Claudia inclinó la cabeza, apenas un gesto—. Tercer coche. Fiat gris.

Lorenzo siguió su mirada. Un vehículo del mismo modelo que el que los había seguido días atrás en el Aventino. Estacionado, motor apagado. En el interior, un punto rojo brilló durante un instante, se apagó, volvió a brillar. El ritmo pausado de alguien fumando.

—No están escondidos —observó la mujer, su tono plano, analítico —. Quieren que los veamos.

—O quieren que pensemos que los vemos.

Apretó el freno de mano. Un dolor sordo, familiar, se expandió desde la rótula hacia el muslo. Respiró hondo, el aire cargado de humedad y el dulzón olor a basura orgánica.

—Protocolo —dijo, girándose hacia ella—. Tú entras, yo cubro la entrada. Si algo suena mal, sales por donde sea. Nos reencontramos

en el punto delta.

Claudia asintió, ya guardando la tablet en su mochila. Sus ojos, en la semioscuridad del coche, captaron un destello de la última luz.

—Y si ella no quiere hablar?

—Entonces le mostramos la foto del billete de autobús a Nápoles. El que su exmarido no llegó a usar.

Bajaron del coche casi al mismo tiempo. El aire de la tarde era más fresco aquí, cargado con el rumor lejano de la ciudad y el gorjeo de los gorriones que se refugiaban en los aleros. Lorenzo se apoyó un momento en la portezuela, distribuyendo el peso sobre la pierna sana antes de cerrarla con un clic apenas audible.

Caminaron separados, Claudia unos pasos por delante, él rezagado, la mirada barriendo ventanas, balcones, las sombras profundas de los portales vecinos. En una ventana del primer piso del número quince, una cortina de encaje se movió. Solo un temblor, como si alguien la hubiera apartado con un dedo y la hubiera soltado de inmediato.

Se detuvieron frente a la puerta de madera maciza. Claudia pulsó el timbre. Un zumbido eléctrico, antiguo, resonó en el interior.

Desde donde estaba, Lorenzo podía ver el punto rojo en el Fiat gris. Brilló una vez más, largo, antes de extinguirse.

La puerta se abrió apenas lo suficiente para mostrar un rostro cansado, surcado por líneas finas alrededor de los ojos y la boca. Una mujer de unos cuarenta años, con el pelo castaño recogido en un moño deshilachado. Su mirada pasó de Claudia a Lorenzo, que se mantenía un paso atrás, y se posó en el vacío del pasillo.

—Sí?

—Buenas tardes —dijo la joven policía, con un tono neutro, profesional—. Buscamos a Silvia. ¿Es usted?

—¿Quiénes son?

—Tenemos que hablar sobre Marco.

El gesto de la mujer se endureció de inmediato. Un olor a guiso de col y limpiacristales barato salía del interior.

—No tengo nada que decir sobre ese hombre. Hace meses que no hablamos.

Intentó cerrar la puerta, pero el pie de Lorenzo ya estaba en el umbral, un bloque de cuero gastado que impedía el movimiento. No hizo fuerza, solo se mantuvo allí. La mujer miró su zapato, luego su rostro. Algo en la expresión del hombre mayor, en la quietud de sus ojos grises, la hizo desistir. Abrió la puerta con un suspiro resignado.

El salón era pequeño, abarrotado de muebles de imitación de roble y estanterías llenas de figuritas de porcelana y fotos enmarcadas. En una de ellas, un niño de unos doce años sonreía con uniforme escolar. El televisor, encendido en otra habitación, emitía el murmullo monocorde de un programa de tarde. La luz del atardecer entraba por la ventana, teñida de naranja por una cortina de encaje sucia.

Silvia no les ofreció sentarse. Se cruzó de brazos, apretando los codos contra el cuerpo.

—Ya les he dicho que no sé nada.

—Las deudas sí las conoce —intervino Lorenzo, sin moverse del centro de la habitación. El dolor en su articulación era un latido sordo, constante. Se apoyó levemente en el respaldo de un sillón—. Las que él tiene. Y las que le dejó a usted.

La mujer palideció. Sus dedos se hundieron en la tela de su jersey.

—Eso no es asunto suyo.

—Se convierte en nuestro asunto cuando esas deudas atraen a gente peligrosa —continuó él, manteniendo la voz baja, plana—. Gente que no llama a la puerta. Gente que ya ha hecho daño.

Claudia se acercó un paso, su presencia más cercana, menos amenazante. La luz del ocaso iluminaba su perfil.

—No queremos causarle problemas, signora. Queremos evitar que los tenga. Marco está metido en algo muy grave. Alguien ha muerto.

Silvia desvió la mirada hacia la ventana. Un rápido vistazo, casi involuntario, hacia la calle. Lorenzo lo captó.

—¿Lo están vigilando? —preguntó.

—No —respondió ella, demasiado rápido—. No sé de qué hablan.

—Su hijo —dijo Claudia, suavemente, siguiendo la dirección de su mirada hacia la foto—. Se llama Andrea, ¿verdad? Va al instituto Torquato Tasso.

El efecto fue instantáneo. El cuerpo de Silvia se tensó como un alambre. El miedo, hasta entonces contenido, le inundó los ojos.

—No lo toquen —susurró, la voz quebrada—. Por favor, no se acerquen a él.

—Nadie va a acercarse a él —aseguró la joven—. Pero para protegerlo, necesitamos saber dónde puede estar Marco. O qué planeaba.

—¡No lo sé! —La voz subió de tono, cargada de una desesperación agria—. Vino aquí hace dos semanas, pálido, temblando. Quería dinero. Dijo que tenía que irse, que había metido la pata en el trabajo. Le di lo que tenía, que eran migajas, y se fue. No he vuelto a verlo. No he querido verlo.

Lorenzo observaba el temblor de sus manos. No era teatro.

—¿Dijo adónde iba?

—Nápoles. Que tenía un contacto allí. Pero… —Hizo una pausa, mordiéndose el labio inferior—. Pero no parecía creérselo ni él mismo. Como si supiera que no llegaría.

Claudia intercambió una mirada con su compañero. El billete de autobús no usado encajaba.

—Signora —dijo Lorenzo, enderezándose y notando un pinchazo en la rodilla—. Si Marco contacta, aunque sea una llamada, díganoslo. Es la mejor forma de ayudarle. Y de alejar el peligro de su puerta.

Silvia asintió, pero su mirada estaba perdida, fija en la cortina que daba a la calle. Parecía agotada más allá del cansancio.

—Necesito un vaso de agua —murmuró Claudia de pronto—. ¿Podría usar su baño?

La distracción funcionó. Silvia, casi por automatismo, señaló un pasillo. —Al fondo, a la izquierda.

Mientras la joven se alejaba, Lorenzo se acercó a la puerta. Silvia lo siguió, moviéndose como sonámbula. Cuando él puso la mano en el pomo, ella extendió la suya con rapidez felina. Sus dedos, fríos y ásperos, se cerraron alrededor de su muñeca.

—Tome —respiró, casi sin voz. Algo pequeño y metálico se deslizó desde su palma a la suya—. Sótano cuatro. Garaje de la calle Venti Settembre. No fui yo. No me llame más.

La puerta se cerró frente a su rostro con un golpe seco. Lorenzo cerró la mano, sintiendo los dientes afilados de la llave contra su piel. En el silencio del rellano, solo se oía el zumbido tenue del televisor desde el otro lado de la madera, y el latir acelerado de su propia sangre.

El trayecto hasta el garaje de Venti Settembre fue corto y tenso. Cuando llegaron, el lugar olía a humedad profunda y aceite de motor rancio. Una hilera de trasteros con puertas metálicas verdes, desconchadas, se perdía en la penumbra. Un fluorescente en el pasillo parpadeaba con un zumbido agónico, proyectando sombras que temblaban sobre el hormigón sucio.

Claudia encendió la linterna de su teléfono. El haz recorrió los números oxidados hasta detenerse en el cuatro. Lorenzo introdujo la llave, un frío metal que aún guardaba el calor del pánico de Silvia. La cerradura cedió con un chasquido seco que resonó como un disparo amortiguado.

El chirrido de las bisagras oxidadas desgarró el silencio.

El aire que salió era espeso, cargado de naftalina y polvo antiguo. El espacio era estrecho, apenas un metro cuadrado. En el suelo, apilada de cualquier manera, había ropa de hombre: pantalones vaqueros, camisas de algodón, jerséis doblados con torpeza. No era un equipaje preparado; era el contenido de un cajón volcado en una bolsa de lona.

—No huyó —murmuró la joven agente, arrodillándose. Su voz era un susurro ronco—. Empaquetó a toda prisa.

El inspector se apoyó en el marco de la puerta, la rodilla izquierda protestando con un dolor sordo y punzante. Observó cómo sus dedos, enfundados en guantes de látex, rebuscaban entre la ropa. Encontraron una caja de zapatos de cartón. Dentro, un fajo de billetes de euro, atado con una goma elástica. No mucho. Lo suficiente para desaparecer unos días.

Luego, Claudia sacó un rectángulo de papel arrugado.

Lo alisó sobre su muslo. El haz de luz tembló un instante. Era un billete de autobús. Roma-Nápoles. La fecha impresa era el día después de que encontraran a Edoardo Valli con el cráneo fracturado.

No estaba picado. No había sido validado.

—Lo compró —concluyó ella, alzando la mirada. Sus ojos verdes reflejaban la el resplandor glacial de la pantalla del teléfono—. Hizo la maleta, tomó el dinero, tenía el billete. Pero nunca subió a ese autobús.

Lorenzo extendió la mano. Tomó el billete. El papel era áspero, la tinta ligeramente corrida por la humedad o el sudor. Lo sostuvo como si pesara más que el fajo de euros.

—Lo esperaban —dijo, la voz grave y plana—. La llamada de Costa a su teléfono quemador fue a las siete cuarenta y tres de la tarde. Él ya estaba empacando, asustado. Alguien lo recogió antes de que llegara a la estación. Quizás con la promesa de un coche más rápido, una ruta más segura.

—O con una pistola en las costillas —añadió Claudia, incorporándose. El polvo había dejado marcas oscuras en sus rodillas.

El fluorescente del pasillo parpadeó una última vez, con un crepitar eléctrico, y se apagó.

No fue un fallo lento, un fade out. Fue un corte seco, limpio, como el chasquido de un interruptor accionado a distancia.

La oscuridad fue absoluta, un manto de tinta que borró el mundo. Solo el tenue resplandor de la pantalla del móvil de Claudia pintaba un círculo fantasmagórico en su rostro.

Ambos contuvieron la respiración.

En el silencio espeso que siguió, un sonido emergió desde el extremo del garaje, donde la oscuridad era más profunda. No eran pasos apresurados, furtivos. Eran metódicos, deliberados. La suela de un zapato golpeando el hormigón con un ritmo constante, pausado. Acercándose.

Uno.

Dos.

Tres.

Lorenzo cerró el puño alrededor del billete de autobús, el papel crujiendo en su palma. Con la otra mano, buscó a tientas el pomo de

la puerta metálica del trastero, preparándose para cerrarla, para convertir el nicho en una trampa.

CAPÍTULO 13: EL ECO DE UNA DEUDA

La oscuridad fue absoluta, un manto de tinta que borró los contornos del trastero. El aire se espesó con el olor a humedad y aceite rancio. Lorenzo contuvo la respiración, la rodilla izquierda latiendo con un dolor sordo y agudo que le subía por el muslo. Un punto de anclaje en el vacío.

Los pasos resonaron de nuevo en el hormigón del garaje. Metódicos. Sin prisa.

Claudia se movió a su lado, un roce de tela. La pantalla de su teléfono se encendió, bañando su rostro en una resplandor gélido y fantasmal. Sus ojos, reflejando ese brillo, se clavaron en la puerta de metal. Levantó el dispositivo, preparando el flash.

El detective se apoyó contra la pared fría, distribuyendo el peso para aliviar la pierna. Sacó la Beretta del cinturón. El metal era familiar, pesado. No un gesto de ataque, sino de último recurso. Asintió hacia la ispettore, un movimiento apenas perceptible.

Los pasos cesaron justo al otro lado de la puerta.

Un silencio cargado, más aterrador que el sonido. Luego, el crujido metálico de la cerradura bajo presión. Alguien probaba el pomo, luego empujaba. La puerta tembló en su marco, pero la cerradura de Silvia aguantó.

Lorenzo apretó el puño de la pistola. El sudor le enfriaba la nuca.

Un golpe seco, un hombro o una herramienta contra la chapa. Otro. La puerta cedió un milímetro con un chirrido. Claudia tensó los músculos, el brazo extendido con el teléfono listo para cegar.

De repente, la presión cesó.

Solo el zumbido lejano de un transformador, o quizás la sangre en sus propios oídos. Los pasos comenzaron de nuevo, pero esta vez se alejaban. Ecoicos, decrecientes, hasta fundirse con el silencio del sótano.

Pasó un minuto. Dos.

—Se fue —susurró Claudia, la voz ronca.

—O espera —murmuró él, sin apartar la mirada de la rendija bajo la puerta. No había sombras.

Esperaron cinco minutos que se extendieron como horas. Finalmente, la ispettore bajó el teléfono. Encendió la linterna de la aplicación, barriendo el espacio reducido. La bolsa de lona de Belli seguía abierta en el suelo, su contenido desparramado como las entrañas de una huida.

—Revisémoslo todo otra vez —dijo Lorenzo, bajando el arma pero sin guardarla—. Con calma.

Se arrodilló con dificultad, un gemido ahogado al flexionar la rodilla. Revisó los dobladillos de los pantalones vaqueros, las costuras de los jerséis. Nada.

Claudia tomó una de las camisas de algodón, doblada torpemente. La desplegó sobre sus rodillas. La tela olía a naftalina y a miedo. Al pasar los dedos por el pecho, notó una aspereza en el bolsillo.

—Aquí.

Introdujo dos dedos y extrajo un trozo de papel doblado en cuatro, rugoso y frío. Lo abrió bajo la bajo el resplandor cerúleo.

No era un billete. Era un recibo de farmacia. La cabecera desvaída mostraba un nombre: "Farmacia del Ponte", con una dirección en el Trastevere. La fecha, sellada con tinta púrpura, le detuvo el pulso.

El día del asesinato de Valli.

El artículo comprado era un nombre comercial de quimioterapia oral. El importe total, pagado en efectivo según la anotación a mano, hacía que Lorenzo frunciera el cejo: cuatrocientos cincuenta euros.

—Un medicamento oncológico —dijo Claudia, alzando la vista—. Carísimo. Y pagado en efectivo el mismo día que mataron a Valli.

Lorenzo tomó el recibo. El papel era áspero, la tinta ligeramente corrida por la humedad o el sudor de una mano temblorosa. No era una prueba de un delito. Era la prueba de un punto de presión. De una vulnerabilidad explotable.

—No eran deudas de juego —concluyó, la voz grave—. Era esto. Alguien en su familia estaba enfermo. Muy enfermo.

Claudia se puso de pie, guardando el recibo en una bolsa de plástico de evidencias que sacó de su chaqueta. Su mirada se encontró con la del detective en la penumbra.

—Esto nos lleva directo a quien lo apretaba —dijo—. Y a por qué Belli tenía tanto miedo que prefirió callar para siempre.

Lorenzo asintió, guardando la Beretta. El dolor en la rodilla era ahora un recordatorio constante, un latido sincronizado con la urgencia que crecía en su pecho. Sabían dónde mirar. Y sabían que quienquiera que hubiera estado al otro lado de la puerta, también lo sabría.

El aire dentro de la farmacia olía a alcohol quirúrgico y jabón neutro, un olor limpio y anodino que contrastaba con la suciedad del garaje. Los estantes de fórmacos brillaban bajo luces fluorescentes. La farmacéutica, una mujer de mediana edad con el pelo recogido en un moño y gafas de montura fina, observó la fotografía de Belli que Claudia deslizó sobre el mostrador de formica.

—Ah, sí —dijo de inmediato, sin necesidad de pensarlo. Su dedo, con una uña corta y sin pintar, tocó la imagen—. El señor Belli. Venía por un medicamento muy específico, muy caro. Lo recuerdo porque no es algo que se pida todos los días.

Lorenzo apoyó el peso sobre la pierna buena, sintiendo el hormigueo persistente en la otra. La rodilla protestaba contra el suelo de linóleo frío.

—¿Solo venía él?

La mujer, cuyo nombre en la chapa era Rita, se ajustó las gafas. Una sombra pasó por sus ojos, una reticencia momentánea.

—No. Venía con un hombre. Más grande que él, ancho de hombros. Llevaba una chaqueta de cuero negra, aunque no hacía tanto frío. —Hizo una pausa, bajando la voz aunque no había nadie más en la tienda salvo el rumor amortiguado del tráfico en la Via Marmorata—. Tenía un acento marcado, del sur. Napolitano, tal vez. Fue él quien pagó. Con billetes nuevos, doblados en una funda.

—¿Y Belli? —preguntó Claudia, su tono era suave pero implacable.

Rita miró hacia la puerta de cristal, como si comprobara algo.

—El señor Belli estaba… blanco como la pared. No dijo una palabra en todo el tiempo. Solo miraba al frente. El otro, en cambio… —tragó saliva—. El otro sonreía. Pero era una sonrisa rara, ¿sabe? No le llegaba a los ojos. Los ojos estaban quietos, como de piedra.

Lorenzo intercambió una mirada con su compañera. La descripción era nítida, un retrato de la coerción. No era un socio; era un carcelero.

—¿Algo más que recuerde? Algún detalle, por pequeño que sea.

La farmacéutica negó con la cabeza, pero sus dedos jugueteaban con el borde de su bata blanca.

—Solo que el hombre del acento… cuando tomó el cambio, sus manos. Eran grandes, con nudillos cicatrizados. Como de alguien que ha trabajado mucho con ellas.

Al salir a la acera, la luz grisácea del día nublado los recibió. Lorenzo respiró hondo, el aire frío le limpió los pulmones del olor a desinfectante. El avance era tangible, un hilo que ahora tenía textura y acento.

—Un matón a sueldo —murmuró Claudia, caminando a su lado—. Conecta a Belli directamente con quien contrata ese tipo de servicios.

Ella se detuvo junto al capó de su Fiat, haciendo el gesto de buscar las llaves en su bolsillo. Su movimiento fue natural, pero su mirada se desvió hacia la calle.

—Lorenzo —dijo, sin alterar el tono—. A media calle. Fiat gris, tres coches atrás.

El detective giró la cabeza lo justo. El mismo modelo, el mismo color ceniza. Detenido, motor al ralentí. Detrás del parabrisas, la silueta del conductor era una mancha oscura con un punto pálido donde estaría la cara. Llevaba gafas de sol a pesar de la nubosidad.

Mientras los observaba, la figura alzó lentamente un teléfono móvil, apuntándolo en su dirección no para hacer una foto, sino con la deliberación de un saludo. Un recordatorio en tiempo real.

No era vigilancia. Era un mensaje.

El motor del Stilo ronroneaba en ralentí, un contrapunto bajo al repiqueteo irregular de la llovizna sobre el techo de chapa. Dentro, el aire olía a café amargo del termo abierto y a la humedad que se les había pegado a la ropa. La luz del día, filtrada por el parabrisas sucio y la capa de nubes, era una claridad grisácea que no iluminaba, solo matizaba la penumbra.

Claudia ya tenía la tablet sobre sus rodillas, los dedos deslizándose por la pantalla con una urgencia contenida. La el resplandor cian le recortaba el perfil, endureciendo la línea de su mandíbula.

—Credenciales —dijo, sin mirarlo.

El detective recitó su número de placa y el código de acceso personal, una cadena de números que sabía de memoria pero que ahora sentía como una llave girando en una cerradura prohibida. El sonido del tecleo virtual, rápido y preciso, llenó el espacio entre el ruido de la lluvia.

—Marco Belli —murmuró ella, los ojos escaneando líneas de texto que se desplazaban—. Denuncias por deudas de juego. Tres, hace año y medio. Prestamistas con apellidos napolitanos: Esposito, Russo. Casos archivados por falta de colaboración del denunciante… hace exactamente seis meses.

Lorenzo miró por la ventanilla. El Fiat gris no los había seguido hasta la plaza desierta, pero su presencia colgaba en el aire, un humo que no se disipaba.

—Y lo del hijo —añadió Claudia, su voz más baja.

En la pantalla apareció un resumen clínico, acceso que ninguna normativa de protección de datos justificaba. Leucemia mieloide aguda. Tratamiento experimental en un hospital privado de Milán. Coste aproximado por ciclo: cifras que hicieron que al detective se le cerrara el estómago.

—El Seguro Nacional no cubre eso —dijo, más para sí mismo.

—No. Y las deudas de juego de Belli… desaparecieron del registro hace dos meses. Saldadas en una sola transacción.

—¿Fuente?

—Un amigo en Económicos. Prefiere no dar nombres. La transferencia vino de una sociedad en Panamá, ‘Horizon Holdings’. Rastreó el camino hasta un banco en Lugano. Se detuvo ahí.

—Sabio por su parte —rezongó Lorenzo. Encendió el teléfono, marcó un número memorizado. Lo puso en altavoz sobre la consola.

Contestó al tercer tono una voz áspera, con el fondo de un bar.

—Dígame.

—Soy Valenti. Necesito un favor fuera de libro.

Un suspiro cargado de estática. —Ya he hecho suficiente favores fuera de libro, Lorenzo. Mi pensión está a la vuelta de la esquina.

—Es sobre Belli. Marco. Las deudas.

Un silencio. Solo se oía el murmullo de voces y el tintineo de una taza. —¿Qué quieres saber?

—Que confirmes lo que ya sé. Que fueron pagadas desde fuera. Que alguien le compró el silencio usando la enfermedad de su hijo como palanca.

La voz al otro lado bajó aún más. —No fue un pago, Lorenzo. Fue un intercambio. Liquidaron lo que debía a los napolitanos. A cambio, él dejó de ser un problema. Y los napolitanos… son gente que cumple contratos. El tipo que describió la farmacéutica, el del acento y las manos de obrero… ese es el cobrador.

La línea se cortó. Lorenzo dejó el teléfono sobre la consola, mirando cómo las gotas de lluvia se unían y descendían por el cristal. No era corrupción de salón, de sobres bajo la mesa. Era esto: la explotación metódica del miedo, de la deuda, de un amor desesperado. Habían convertido a un padre asustado en un eslabón mudo y luego lo habían descartado.

El teléfono vibró de nuevo, contra el plástico de la consola. No era una llamada. Una notificación de mensaje. Número desconocido.

Claudia lo miró. Él deslizó el dedo para desbloquear la pantalla.

Un texto, sin saludo, sin firma. Letras negras sobre fondo blanco:

‘Il contabile ha già saldato il suo debito. Il prossimo è il vostro.’

El contable ya ha pagado su deuda. La próxima es la vuestra.

El aire dentro del coche pareció volverse más denso, más frío. Lorenzo leyó el mensaje dos veces, luego alzó la vista. Los ojos verdes de su compañera ya lo esperaban, sin rastro de sorpresa, solo una aceptación lúcida y amarga.

—No vamos a parar —declaró él. No era una pregunta.

Ella negó con un leve movimiento de cabeza, el pelo castaño rojizo rozando la piel de su cuello. —Pero no podemos seguir corriendo de un sitio a otro, reaccionando. Son más rápidos. Tienen más recursos. Necesitamos una palanca. Algo que les duela.

Lorenzo giró la llave de contacto. El motor respondió con un gruñido. La aguja del cuentarrevoluciones se estremeció.

—Ya la tenemos —dijo, metiendo la marcha atrás. El Stilo se deslizó hacia atrás sobre el adoquín mojado—. Conti. El Superintendente asustado. Sabe que Costa lo llamó después del crimen. Sabe que está atrapado. Y ahora nosotros sabemos que su miedo es más grande que su lealtad.

Pisó el freno, cambió a primera. El coche avanzó, saliendo de la plaza hacia la red de callejuelas que bajaban hacia el río.

—Vamos a darle una salida —añadió, y su tono no dejaba lugar a dudas sobre qué tipo de salida sería—. Una que pase por encima de Alessandro Costa.

CAPÍTULO 14: EL FLUJO DEL DINERO SUCIO

El Stilo avanzaba a través de la lluvia fina que convertía Roma en un borrón de luces amarillas y reflejos húmedos sobre el asfalto. Claudia sostenía la tablet, la luz de la pantalla iluminando su rostro concentrado desde abajo. El tecleo de sus dedos era rápido, seco.

—Estoy dentro —murmuró sin levantar la vista—. El protocolo de Stefano es sólido. Accediendo al registro de movimientos desde Económicos.

Valenti observaba la calle a través del parabrisas empañado. La rodilla le latía con un dolor sordo y persistente, un recordatorio físico de cada paso en falso que no podían permitirse.

—El IBAN suizo —continuó ella, sus ojos verdes escaneando líneas de datos—. CH82 0022 5222 5511. La transferencia entrante se originó hace cuarenta y tres días. De 'Horizon Holdings', Panamá.

—La misma que saldó las deudas de Belli —concluyó el comisario, la voz ronca.

—Exacto. Pero aquí está el desvío. 'Horizon' canalizó el dinero a través de un banco en Vaduz. Luego a Zúrich.

Inclinó la tablet hacia él. En la pantalla, un diagrama de flujo: Panamá → Vaduz → Zúrich. Y una flecha final saliendo de la

‘Fondazione Aurelia per l’Arte’.

—La fundación hizo una única transferencia saliente ese mismo día —dijo, y su tono adquirió una nitidez cortante—. Medio millón de euros. A una cuenta personal en la Banca di Roma. Titular: Massimo Conti.

El nombre quedó suspendido en el aire viciado del coche. Medio millón. Por ocultar un informe, por firmar un papel. Valenti sintió un gusto metálico en la boca, una mezcla de asco y de una vindicación amarga. Era un número. Una prueba.

—Tenemos la transacción —afirmó Claudia, cerrando la conexión—. Tenemos la fecha, que coincide con el estancamiento del informe de Valli. Tenemos el vínculo Costa-Conti. Es el soborno.

El comisario apoyó la nuca en el reposacabezas. Fuera, la lluvia trazaba hilos plateados bajo las farolas.

—No podemos llevarlo a un juez —reflexionó en voz alta—. Iodice lo enterraría antes de que llegara a Fiscalía. Conti negaría, alegaría un préstamo.

La inspectora guardó la tablet en su bolso, con movimientos precisos. —Entonces no lo usamos como prueba para un tribunal. Lo usamos como palanca. Para que Conti hable. Para que nos lleve hasta quien firmó ese cheque.

Valenti asintió lentamente. El dolor en la articulación era un recordatorio constante de sus limitaciones. Pero esto era algo que podía hacer. Encendió el motor.

—Vamos a pagarle una visita al superintendente —dijo, metiendo la marcha atrás—. Ahora. Antes de que alguien le avise.

El Stilo se abrió paso por el tráfico vespertino. Valenti cambiaba de marcha con movimientos tensos, cada presión sobre el embrague enviaba un pinchazo sordo desde la rodilla hasta la cadera.

—No podemos amenazarlo directamente —dijo, esquivando un autobús—. Si se asusta demasiado, llamará a Costa.

Claudia observaba el flujo de peatones bajo los toldos. —Hay que ofrecerle una salida. Una que parezca mejor que la que le ofrece Costa.

—¿Qué salida? —preguntó él, virando hacia Via Arenula—. No tenemos autoridad para ofrecerle inmunidad.

—Protección. Le decimos que Costa ya está acabado, que la investigación avanza. Que si colabora, su nombre puede quedar en un segundo plano.

Valenti apretó la mandíbula. El método le repugnaba. Era el juego sucio de Iodice, de Costa.

—Estamos mintiendo.

—Estamos usando la verdad que tenemos —replicó ella, volviéndose hacia él. Sus ojos verdes captaron la luz de un semáforo—. Costa *está* acabado si conseguimos que Conti hable. Solo le estamos adelantando el final.

Un autobús les cerró el paso. Valenti frenó, sintiendo cómo el dolor se anclaba en la articulación. Respiró hondo.

—Él también tiene miedo —murmuró—. Ese miedo es más viejo que el nuestro.

—Y más profundo —asintió Claudia—. Por eso puede romperse.

Atravesaron el Corso Vittorio Emanuele. La fachada de la iglesia del Gesù emergió, iluminada, entre la llovizna.

—Entramos juntos —dijo, decidiendo—. Tú llevas la tablet, muestras la transferencia. Yo me ocupo de la presión. Si se derrumba, le soltamos el nombre de la fundación en Liechtenstein.

Claudia asintió, guardando el dispositivo. Al doblar hacia la plaza de la Superintendencia, se inclinó hacia adelante.

—Ahí —señaló con un movimiento discreto.

Estacionado junto a una hilera de scooters, un Fiat negro, modelo reciente. En el asiento del conductor, una silueta.

—El mismo de ayer —murmuró.

Valenti redujo la velocidad, pasó de largo sin mirar directamente. Encontró un hueco cincuenta metros más adelante, bajo la sombra de un plátano. Apagó el motor. Solo el golpeteo irregular de la lluvia sobre el techo.

—No han impedido que lleguemos —observó ella.

—No —convino él, desabrochándose el cinturón. Una estocada fulminante le recorrió la pierna—. Solo quieren saber qué hacemos aquí. Vamos a darles un espectáculo.

Antes de salir, comprobó la presencia de la Beretta bajo la chaqueta. El metal frío contra las costillas era un recordatorio inútil: esta batalla no se ganaría a tiros.

Abrió la puerta. El aire húmedo de la noche romana lo recibió.

El pasillo de la Superintendencia olía a cera de pisos y humedad antigua. La secretaria, una mujer de pelo teñido de un rubio apagado, los había mirado con fastidio antes de indicarles la puerta al fondo. No hubo anuncio.

Valenti empujó la puerta sin llamar.

La oficina era un cubículo de sombras, iluminado únicamente por el cono amarillento de una lámpara de escritorio. Massimo Conti estaba sentado tras un escritorio de caoba abarrotado, la cabeza entre las manos. Se irguió de golpe al verlos. Su rostro, bajo la luz cenital, era una máscara de grasa y cansancio.

—¿Quién…? ¿Cómo han entrado?

—Comisario Valenti. Ispettore Rossi —dijo Lorenzo, cerrando la puerta a sus espaldas con un clic suave. El tic-tac de un reloj de

péndulo en un rincón marcaba el tiempo—. Tenemos que hablar del informe de Edoardo Valli. Del que usted recibió hace treinta y siete días.

Conti parpadeó. Su mano derecha buscó instintivamente un pisapapeles de bronce.

—Ese expediente está en evaluación. Los procedimientos…

—Los procedimientos —lo interrumpió Claudia. Su voz era clara, cortante en el aire cargado de tabaco y polvo—. Incluyen la transferencia bancaria recibida en una cuenta a su nombre. Medio millón de euros. Procedentes de la Fondazione Aurelia per l'Arte.

El hombre palideció. Literalmente. La sangre pareció abandonar su cara. Su boca se abrió, pero no salió sonido.

Valenti avanzó un paso, apoyando las yemas de los dedos en el borde del escritorio. La madera pulida estaba fría.

—No estamos aquí por la burocracia, dottore. Estamos aquí por la corrupción de funcionario público y la complicidad en el encubrimiento de un hallazgo arqueológico de primer orden. Que, por cierto, ya ha sido saqueado.

—No sé de qué me hablan —logró articular Conti. La voz le salió estrangada—. Esas acusaciones son… infundadas.

—Tenga lo que tenga —replicó Lorenzo, sin apartar la mirada de aquellos ojos vidriosos—. Nosotros tenemos el extracto bancario. Tenemos el rastro desde la cuenta de Costa, pasando por la fundación pantalla, hasta la suya. Tenemos la fecha: una semana después de que Valli le entregara el informe.

Claudia sacó la tablet de su bolso. La pantalla, encendida en la penumbra, proyectó un brillo azulado sobre los tomos de las estanterías. Acercó el dispositivo. Conti apartó la vista.

—Mire el número. CH82 0022 5222 5511. Reconózcalo.

El superintendente respiró hondo. Un temblor le recorrió los hombros. Cuando alzó la vista, solo había el pánico crudo de un animal acorralado.

—Él me llamó —susurró—. Costa. El día después de… de lo del arquitecto. Dijo que era para ponerse al día. Luego me habló del proyecto, de lo que significaría paralizarlo. Dijo… dijo que un hombre con dos hijas en la universidad debería pensar en su futuro.

—Y le ofreció el dinero —concluyó Valenti.

—¡No tuve elección! —estalló Conti, levantándose de un salto. La silla chirrió—. ¡Usted no lo conoce! Si ese mithraeum sale a la luz, el proyecto se hunde. Y Costa hunde a quien se interponga. ¿Saben lo que le ha pasado a Belli? ¡Lo han hecho desaparecer!

—Nosotros no somos Belli —dijo Claudia, bajando la tablet—. Y usted tiene una opción ahora.

Conti se dejó caer de nuevo en la silla. El sonido fue seco, derrotado.

—¿Qué quieren?

—Una grabación —especificó el comisario—. Usted llama a Costa. Le dice que la policía está haciendo preguntas sobre el informe, que está nervioso. Que necesita garantías. Nosotros hacemos el resto.

—¡Es una sentencia de muerte!

—Lo que tiene encima ahora ya lo es —replicó Valenti, y notó el desprecio, ácido, en su propia garganta—. Medio millón de euros en sobornos. Cárcel segura. Con esto, al menos puede negociar una reducción. Cooperación con la justicia.

El silencio que siguió solo fue roto por el tic-tac del péndulo y la respiración entrecortada de Conti. Este miró la fotografía de su escritorio: dos chicas jóvenes, sonriendo bajo el sol. Sus dedos cerraron el marco de plata con fuerza.

—Está bien —cedió, la voz apenas un hilillo de aire—. Lo haré. Pero… él ya sabe que ustedes están aquí. El coche de fuera… es suyo. Y cuando salgan, les seguirán. A mí me ha comprado. A ustedes… les va a eliminar.

Valenti intercambió una mirada con Claudia. En sus ojos verdes, bajo la luz tenue, no había sorpresa, solo una aceptación lúcida y peligrosa.

—Eso ya lo veremos —dijo el comisario, enderezándose. Una punzada sorda le recordó la rodilla—. Prepare la llamada para mañana a primera hora. Nosotros le daremos instrucciones.

Al salir al pasillo oscuro, Claudia revisó su teléfono móvil. Se detuvo en seco.

—Lorenzo.

Él se volvió. La pantalla del dispositivo iluminaba su rostro desde abajo. Mostraba un mensaje de texto de un número no registrado.

Una dirección en Via Ostiense. Y debajo, tres palabras:

Belli parlerà. Vieni solo.

CAPÍTULO 15: LA TRAMPA DEL GARAJE

La pantalla del móvil de la mujer emitía un brillo azulado que iluminaba su rostro desde abajo, acentuando la tensión en su mandíbula. Lorenzo observó cómo sus dedos, un temblor apenas perceptible en las yemas, sostenían el dispositivo. El aire nocturno olía a asfalto húmedo tras un chubasco reciente y a tierra húmeda de los jardines cercanos.

—Mira —murmuró ella, alargando el brazo.

El texto era escueto, sin remitente. Una dirección en Via Ostiense, una zona de almacenes semiabandonados junto a las vías del tren. Y debajo: *'Belli parlerà. Vieni solo.'*

Un dolor sordo, familiar, despertó en la articulación izquierda del hombre. No era el frío, sino la anticipación. La rodilla le advirtió antes que su mente.

—Un cebo —articuló, la voz más áspera de lo habitual—. Demasiado obvio.

—Sí —asintió su compañera, bajando el teléfono—. Pero si existe la más mínima posibilidad de que esté allí… que siga con vida…

—No lo está. O si lo está, es parte del señuelo. Costa quiere sacarnos del tablero. Conti nos delató en cuanto salimos por esa puerta, o incluso antes. Lo sabían.

Ella tragó saliva. El nudo en su estómago se tensó, una sensación física de vacío y alerta. Las farolas de la plaza proyectaban sombras alargadas y distorsionadas sobre los adoquines.

—Entonces, ¿no vamos?

—Iremos —corrigió él, sacando su propia arma del soporte en la cintura. Comprobó el cargador con un chasquido seco, metálico, antes de volver a encajarlo—. Pero no como corderos al matadero. Ellos esperan a uno, asustado y apresurado. Recibirán a dos, con tiempo de sobra para prepararse.

Se frotó la rodilla con la base de la palma, un gesto breve. El dolor era un recordatorio constante, un límite físico que ahora debía calcular en la ecuación.

—Llamaremos a Iodice —continuó, metiendo la Beretta de nuevo en su sitio—. Un aviso formal. Dirección, hora, sospecha de actividad ilegal. Que quede registro. No vendrá, pero si desaparecemos, habrá un punto de partida.

—¿Y luego?

—Luego, nosotros decidimos el terreno. Tu coche patrulla es demasiado visible. Usaremos el mío. Estacionaremos a dos manzanas, llegaremos a pie por calles paralelas. Tú cubres la entrada trasera si la hay, yo la frontal. Observamos primero. Si vemos movimiento, llamamos a refuerzos de verdad, aunque sea para que recojan los pedazos.

La determinación en sus ojos grises era fría, calculadora. No era bravata, sino el reconocimiento táctico de una trampa que podía, con suerte, volverse contra quien la tendió.

Ella asintió, un movimiento firme. El miedo no desapareció, pero se transformó en una concentración aguda, en la sensación de la tablet pesando en su mochila, en el contorno del teléfono quemador de Belli dentro de una bolsa de plástico en su bolsillo interior. Pruebas. Eso era lo que tenían.

Subieron al Fiat Stilo. El motor tosió una vez antes de rugir. El inspector ajustó el espejo retrovisor, sus dedos pasando por encima de una fina capa de polvo. El resplandor anaranjado del cuadro de instrumentos bañaba el interior.

—Haz la llamada —indicó, sin apartar la vista de la plaza desierta, de la silueta oscura del Fiat negro que ya no estaba estacionado frente a la Superintendencia.

Mientras ella marcaba el número de la comisaría, él puso primera y soltó el freno de mano. El coche se deslizó hacia la noche, alejándose de la isla de luz de la plaza para fundirse con el flujo de tráfico escaso. La rodilla le protestó al pisar el embrague, un pinchazo agudo que contuvo con un apretón de mandíbula. Iban a pescar, sí. Pero con red propia.

La llovizna fina comenzó a manchar el parabrisas veinte minutos después, mientras el Fiat Stilo avanzaba por la Via Ostiense. Las farolas de sodio proyectaban una el resplandor ámbar de las farolas de sodio y enfermiza sobre la calzada mojada, transformando los charcos en espejos distorsionados. Valenti conducía con las dos manos en el volante, los nudillos pálidos, cambiando de marcha con movimientos precisos que no lograban disimular el espasmo en su pierna izquierda cada vez que pisaba el embrague.

—No lo veo —murmuró Claudia desde el asiento del copiloto, sus ojos recorriendo los espejos laterales por décima vez.

—No importa. Saben que estamos aquí.

El inspector tomó una calle lateral, estrecha y flanqueada por almacenes con persianas metálicas bajadas. El olor a óxido y aceite quemado se filtraba por las rejillas de ventilación. Al final de la manzana, la silueta de una nave industrial se recortaba contra el cielo nocturno, más oscura que la oscuridad misma. Una de las puertas de garaje, una losa de metal corrugado, estaba entreabierta, dejando ver una franja de negrura absoluta en su interior.

Valenti estacionó en un callejón a una manzana de distancia, apagando el motor. El silencio que siguió fue roto solo por el goteo constante del agua de un canalón roto y el latido de su propia sangre en los oídos. Sacó la Beretta del cinturón, comprobó el cargador con un chasquido seco y la mantuvo junto al muslo.

—Por la izquierda —indicó en un susurro ronco—. Usa las sombras.

Bajaron del coche. El aire húmedo se pegó a la piel. Valenti avanzó cojeando ligeramente, apoyándose un instante en la pared de ladrillo desnudo cuando un dolor agudo le recorrió la articulación desde la rodilla hasta la cadera. Claudia iba a su lado, su respiración controlada pero audible, una nubecilla blanca en el aire frío.

Se detuvieron junto a la esquina del edificio contiguo. Desde allí, la entrada del garaje parecía la boca de una cueva. No había movimiento. No había sonido aparte del goteo. Sobre el suelo de cemento, justo dentro del umbral, un barril de aceite oxidado captaba un tenue reflejo de la luz de la calle. Y sobre él, un pequeño objeto rectangular brillaba con un destello metálico.

—Allí —la voz de Claudia era apenas un aliento.

—Es un teléfono.

Ella asintió, los dedos ya cerrados alrededor del dispositivo de interferencia en su bolsillo. Valenti hizo un gesto con la mano: tú cubres, yo entro.

Cruzó los últimos metros con la pistola en una mano y una linterna pequeña en la otra, el haz apuntando al suelo. Cada paso resonaba demasiado alto en el silencio. Al pasar el umbral, el olor cambió: humedad profunda, moho, y algo dulzón y químico que le recordó a disolvente.

El haz de luz barrió el interior. Polvo flotando en el aire como nieve sucia. Restos de maquinaria abandonada. Y el barril. Sobre él, colocado con deliberada precisión, había un teléfono móvil de

carcasa negra barata, con teclas físicas. Idéntico al que tenían en custodia. El quemador de Belli.

Valenti se acercó, extendiendo la mano izquierda mientras la derecha mantenía la Beretta apuntando a la oscuridad más allá del círculo de luz. Sus dedos estaban a centímetros del plástico cuando el teléfono comenzó a vibrar sobre el metal, un zumbido sordo que hizo eco en la nave vacía.

El zumbido del aparato sobre el barril se cortó de golpe. El mundo se apagó. No fue gradual. Las luces de la calle, el tenue resplandor que filtraba por la boca del garaje, se extinguieron al unísono. Una negrura absoluta, espesa como alquitrán, los envolvió. Valenti parpadeó, ciego. El aire se volvió frío y quieto.

—¡Lorenzo!

El grito de Claudia fue seguido por un chasquido metálico, seco, que venía de las profundidades del local. El sonido de un interruptor pesado.

Un rugido llenó el espacio. El estruendo de un motor diésel arrancando, amplificado por la reverberación de las paredes de hormigón. Luego, un estallido de luz blanca, cegadora, que le atravesó los párpados como un cuchillo.

Valenti se encogió, llevándose el antebrazo a los ojos. El haz era ancho, brutal, proveniente de un punto elevado al fondo. Iluminaba todo el perímetro central, convirtiendo a él y al barril en el centro de un escenario. Su silueta se proyectó enorme y distorsionada contra la pared trasera. No podía ver nada más allá del resplandor.

Un crujido de grava a su derecha. Alguien se movía.

Instinto puro. Se tiró hacia un lado, olvidando la rodilla. El dolor fue un relámpago blanco que le subió por el muslo, pero la adrenalina lo anuló antes de que llegara al cerebro. Cayó de costado sobre el cemento frío y húmedo, rodando torpemente.

El disparo retumbó antes de que su oído lo registrara. Un estampido seco y enorme que llenó la nave y le hizo vibrar los dientes. Algo golpeó el barril con un *clang* metálico, a medio metro de donde su cabeza había estado un segundo antes. El olor acre de la pólvora quemada se mezcló con el del moho.

—¡Cubierta! —rugió, arrastrándose hacia atrás. Su voz sonó extraña, ahogada por el eco.

Desde su izquierda, otro disparo. Más agudo. El de Claudia. El fogonazo de su pistola iluminó por una fracción de segundo su figura agachada detrás de una pila de neumáticos viejos. Luego, la oscuridad relativa tras el velo de luz.

—¡Hay dos! —gritó ella, la voz tensa pero clara—. ¡A la derecha de la luz, entre las máquinas!

Valenti buscó un blanco con la Beretta, escaneando la penumbra más allá del círculo de agonía luminosa. Solo veía sombras danzantes, contornos de maquinaria oxidada. La luz principal, fija, le quemaba la retina. Eran blancos fáciles en una galería de tiro.

Otro movimiento. Una silueta baja y ancha que cruzaba de un montón de chatarra a otro. Valenti apretó el gatillo. Dos veces. El estruendo fue ensordecedor. Los proyectiles rebotaron en metal, con un chirrido prolongado.

Un jadeo de esfuerzo a su espalda. Se giró, el corazón golpeándole las costillas.

Claudia ya no estaba tras los neumáticos. Forcejeaba con una figura que había surgido de la oscuridad absoluta junto a la pared, aprovechando que su atención estaba fija al frente. El atacante, una masa oscura y sin rostro, le había agarrado el brazo del arma, torciéndolo. La linterna de ella cayó al suelo, rodando, su haz loco iluminando piernas y botas.

Valenti apuntó. No tenía ángulo. Claudia y el hombre eran una sola sombra convulsa.

—¡Suéltala!

Un nuevo fogonazo estalló desde la posición original, a la derecha de la luz. La bala pasó rozando la oreja de Valenti con un zumbido furioso. Sintió la onda de presión, el aire desplazado. Instintivamente, se aplastó contra el suelo, la mejilla contra el cemento helado.

Desde allí, vio. La salida, el rectángulo de noche apenas más oscuro que el interior, estaba a quince metros. Quince metros de espacio abierto, iluminado como el mediodía. Cruzarlos era una sentencia.

Claudia soltó un grito ahogado, de esfuerzo y tal vez de dolor. El forcejeo se inclinaba. La figura oscura la tenía contra la pared.

Valenti cerró los dedos alrededor del cañón caliente de su pistola. Respiró hondo, ignorando el dolor punzante que ahora le recorría toda la pierna izquierda. No había cobertura. No había ángulo.

Solo quedaba moverse.

CAPÍTULO 16: PERSECUCIÓN ENTRE SOMBRAS

El dolor en su rodilla era un cuchillo al rojo vivo clavado en la articulación. Lorenzo se arrastró sobre el codo izquierdo, la Beretta apuntando hacia la fuente de luz cegadora. El aire olía a pólvora fresca y al óxido húmedo del suelo. Desde la oscuridad a su derecha llegó un sonido seco, un golpe de carne contra carne, seguido de un gruñido ahogado.

Claudia.

Había usado la rodilla. El hombre que la tenía inmovilizada contra la pared de ladrillo se dobló por la mitad, soltando un jadeo. Ella se torció, liberando un brazo, y su mano buscó algo en el cinturón. No era el arma, que yacía a dos metros. Era el dispositivo negro, el de la interferencia.

Lorenzo no esperó. Apretó el gatillo.

El estallido fue ensordecedor en el espacio cerrado. La bala no iba dirigida a una silueta, sino a la luz. El proyectil impactó en el reflector con un chasquido de cristal y metal destrozado. La luz explotó en una lluvia de fragmentos brillantes que se apagaron al caer, sumiendo el lado izquierdo de la nave en una penumbra agitada.

—¡Aquí! —gritó él, la voz ronca.

Claudia se liberó del hombre que jadeaba, empujándolo hacia un lado. Corrió en cuclillas, recogiendo su arma del suelo. Llegó junto a Lorenzo, su respiración era un fuelle rápido. Una mancha oscura se extendía en su manga, cerca del hombro.

—¿Herida?

—Rasguño. La salida.

Él asintió, apretando los dientes. Para levantarse tuvo que apoyar la mano libre en el suelo, empujando con la pierna sana. La izquierda protestó con una descarga eléctrica que le nubló la vista por un instante. Se puso de pie cojeando, el peso sobre el lado derecho.

El camino hacia la puerta del garaje, ahora un rectángulo de luz grisácea de calle, estaba despejado pero completamente expuesto. Quince metros de nada.

—El dispositivo —jadeó ella, sosteniendo el aparato—. Da unos segundos.

Lo activó. Un zumbido agudo, casi imperceptible, llenó el aire. No pasó nada visible.

—Ahora.

Avanzaron. Lorenzo corrió, o lo que se parecía a correr: un movimiento desigual, arrastrando la pierna mala, cada impacto contra el suelo de cemento enviando ondas de náusea hasta su estómago. Claudia iba a su lado, mirando hacia atrás, el arma en alto.

De las sombras a su izquierda surgió un movimiento. Una figura se levantó detrás de un barril, levantando un brazo. Pero vaciló, mirando alrededor como si no pudiera localizarlos con precisión. El dispositivo funcionaba. El hombre disparó a ciegas. La bala rebotó en una viga metálica sobre sus cabezas con un chillido metálico.

Llegaron a la puerta. El aire exterior los golpeó: frío, húmedo, cargado con el olor a llovizna sobre asfalto y tren. La calle industrial estaba desierta, iluminada por farolas con parpadeos nerviosos. A cincuenta metros, el Fiat Stilo plateado esperaba junto a la acera.

—¡Vamos!

La carrera fue una agonía. Cada paso era una puñalada. Lorenzo clavó las uñas en la palma de su mano libre, usando el dolor para mantenerse consciente. Escuchó a Claudia detrás, sus pasos seguros, cubriendo la retirada.

Llegaron al coche. Él se desplomó contra el conductor, buscando las llaves en el bolsillo con dedos entumecidos. Ella saltó al asiento del pasajero.

La llave giró. El motor tosió, una protesta perezosa.

—Por favor, no ahora —murmuró Lorenzo, golpeando el volante con la base de la mano.

El motor arrancó con un gruñido.

En ese instante, de la sombra profunda de un arco a veinte metros, surgió una motocicleta negra. No llevaba luces. Dos figuras encapuchadas, una conduciendo, la otra en la parte trasera. La moto giró hacia ellos con un rugido sordo, acelerando.

El Fiat se lanzó hacia delante con un chirrido de neumáticos sobre el asfalto húmedo. Lorenzo apretó el volante hasta que los nudillos le dolieron, la rodilla izquierda convertida en un foco de fuego blanco cada vez que hundía el embrague. El espejo retrovisor, un triángulo de cristal astillado, le devolvió la imagen de la moto negra recortándose contra la resplandor áureo de las farolas de sodio.

—¡Agáchate!

El estallido fue seco, un chasquido seguido de una lluvia de cristal. La luna trasera se desintegró. Fragmentos diminutos cayeron sobre

el asiento trasero como granizo. Claudia se encogió en su sitio, el rostro contra el respaldo.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió ella, la voz tensa pero clara—. Sigue conduciendo.

Giró a la derecha, metiendo el coche en un callejón apenas más ancho que el vehículo. Contenedores de basura oxidados se alineaban como tumbas metálicas. El parachoques trasero golpeó uno, un impacto sordo que sacudió la carrocería. En el espejo, la moto se inclinó, esquivando el obstáculo con una fluidez inquietante. El pasajero, una silueta encapuchada, apuntaba de nuevo.

Lorenzo zigzagueó, buscando el ritmo errático. El dolor en la articulación era una bruma roja que nublaba los bordes de su visión. Respiró por la nariz, el aire frío cargado del olor a goma quemada y lluvia sucia. A su lado, Claudia se incorporó un poco, apoyando el cañón de su arma en el marco de la ventana rota.

—No —gruñió él—. Matrícula. Necesitamos la matrícula.

Ella asintió, bajando el arma. Sus ojos, marrones e intensos a la luz intermitente, escudriñaron el retrovisor lateral.

—Es una… no puedo… la luz es una mierda.

—Inténtalo.

Otro giro, esta vez a la izquierda, saliendo a una avenida más amplia pero desierta. Vías de tren elevadas cruzaban sobre sus cabezas como costillas de un animal muerto. La moto aceleró, acortando distancia. El pasajero disparó de nuevo. La bala impactó en el guardabarros trasero con un golpe metálico.

Lorenzo pisó el acelerador. El motor del Stilo protestó, pero respondió. Vio la señal medio desprendida de una obra más adelante: un desvío hacia una zona de almacenes en demolición. Lo tomó.

El pavimento se volvió irregular, lleno de baches y cascotes. El coche saltó, cada sacudida le retorcía la pierna. Apretó los dientes, sabiendo que el suelo de la moto era aún peor. Entró en un patio abierto, rodeado por andamios y montones de tuberías de PVC de color naranja apiladas contra una valla.

—¿Qué haces? —preguntó Claudia, agarrándose al asiento.

—Un recordatorio —masculló.

Frenó bruscamente, giró el volante y metió la marcha atrás. El parachoques trasero, ya dañado, embistió la pila de tubos con un crujido plástico y hueco. Las tuberías rodaron como gigantescos espaguetis, desparramándose por el suelo justo cuando la moto entraba en el patio.

El conductor intentó esquivar. La rueda delantera patinó sobre un tubo. La moto se ladeó de forma violenta. Las dos figuras salieron despedidas. El choque contra el andamio de metal fue un estruendo de aluminio retorcido y un grito ahogado.

Lorenzo no esperó. Metió primera y salió del patio por el otro extremo, tomando tres callejones más al azar, cada curva un suplicio calculado. Finalmente, se metió en un pasaje oscuro junto a un muro de ladrillos desconchados y apagó las luces. El motor, al ralentí, emitía un tictac cansado. El silencio descendió, roto solo por el sonido de su propia respiración, entrecortada y dolorida, y el latido furioso de su sangre en los oídos.

Claudia se volvió hacia él, el rostro pálido a la tenue luz que filtraba una farola lejana.

—Vi una R —dijo, la voz un susurro ronco—. Y un siete. Tal vez un ocho. No pudo ser más.

Él asintió, sin aliento para hablar. El dolor en la pierna era ahora una presencia constante y pulsátil. Afuera, en la noche húmeda de Ostiense, no se oía más que el lejano rumor de la ciudad. Pero la moto, y lo que representaba, había quedado atrás. Por ahora.

El aire dentro del coche olía a miedo seco y a polvo levantado. Lorenzo dejó que el silencio se asentara, que el zumbido en sus oídos cediera paso al goteo constante del agua que perdía el radiador, golpeando el asfalto con un ritmo irregular. Su pierna izquierda era un Su extremidad inferior ardía como un pilar fundido..

Claudia se movió primero, un suspiro contenido mientras sus manos palmeaban su torso, sus brazos, buscando la humedad caliente de una herida que no encontró.

—Moretones —declaró, la voz baja pero firme—. Tú.

Él asintió, sin mirar. Sabía lo que encontraría: la hinchazón bajo el pantalón ya deformaba la tela, una presión sorda que latía al compás de su corazón. No era sangre. Era peor.

La mujer sacó su libreta, la pequeña Moleskine negra que siempre llevaba. La el resplandor cerúleo de su pantalla de su teléfono se encendió, pintando sombras duras en su rostro. Escribió con rapidez, los números garabateándose en la página.

—'RM 7J' —leyó en voz baja—. Luego… un ocho, o quizás un cero. La moto pasó demasiado rápido.

—Una Vespa vieja —apuntó él, frotándose la rodilla con la palma, un gesto inútil—. No una máquina cara. Robada, probablemente. O alquilada con dinero en efectivo.

—Profesionales que usan herramientas baratas.

—Exacto.

Claudia cerró la libreta. La luz del teléfono se apagó, sumiéndolos de nuevo en la penumbra azul del callejón. En la distancia, el chirrido metálico de un tren de mercancías arañaba la noche.

—Iodice sabía la dirección —dijo ella, sin inflexión, como quien constata un hecho meteorológico.

Lorenzo cerró los ojos. El dolor en la pierna se entrelazaba con esa verdad, formando un nudo perfecto. Habían llamado al comisario antes de ir, un protocolo básico de cobertura. Un registro. Y esa información había filtrado, directa y letal, hacia los hombres de la moto.

—Ya no es solo corrupción —murmuró, más para sí mismo—. Es una red. Con brazos que llegan a la comisaría, con brazos que saben empuñar un arma. Costa ha dejado de negociar.

El asiento de cuero crujió cuando Claudia se volvió completamente hacia él. En la oscuridad, sus ojos verdes captaban un tenue reflejo, dos puntos de intensidad concentrada.

—Entonces no podemos volver. No para pedir refuerzos, no para presentar la matrícula parcial. Es su sistema.

Él sacó su teléfono móvil, el personal, no el oficial de servicio. La pantalla iluminó sus propias manos, los nudillos blancos por la fuerza con que había aferrado el volante. Desbloqueó el dispositivo, pasó los contactos hasta encontrar uno: un nombre, un número de móvil. No era de la policía.

—Mañana grabamos a Conti llamando a Costa —dijo, la voz ronca por la tensión—. Es nuestra única prueba limpia. Y después… —Alzó ligeramente el teléfono—. Si nos vuelven a encontrar en un almacén, esto no se queda enterrado. Se envía.

Claudia lo observó, y en su silencio Lorenzo percibió la misma aceptación sombría que pesaba en su propio pecho. Habían cruzado una línea. No eran policías fuera de servicio; eran elementos hostiles dentro de un territorio controlado por el enemigo.

Encendió el contacto. El motor del Stilo tosió, protestó, y arrancó con un temblor que recorrió todo el chasis. Justo cuando colocaba la mano sobre la palanca de cambios, el teléfono que aún sostenía vibró con un zumbido sordo.

Una notificación. Un número desconocido, sin nombre.

Su pulgar se detuvo un centímetro sobre la pantalla. Luego, lo pulsó.

Un solo renglón de texto, blanco sobre fondo negro:

La próxima vez no habrá aviso.

Lorenzo no mostró nada. No hubo cambio en su respiración, ningún gesto en su rostro endurecido. Simplemente apagó la pantalla y dejó el dispositivo en el salpicadero.

—¿Qué era? —preguntó Claudia, aunque por su tono parecía ya saberlo.

Él no respondió. Metió primera, y el coche salió del vientre oscuro del callejón para fundirse de nuevo con las sombras vivas de la ciudad.

CAPÍTULO 17: IDENTIFICANDO A LOS SABUESOS

El olor a aceite caliente y humedad densa llenaba el Fiat. El radiador goteaba sobre el asfalto con un ritmo lento y constante, un tictac que marcaba el tiempo que les quedaba antes de que el motor se fundiera. Lorenzo apretó los dientes, la mandíbula tensa como un cable de acero. La pierna izquierda era un un ladrillo al rojo vivo, la hinchazón palpitante bajo el pantalón de traje.

Claudia inclinó la tablet hacia la luz de una farola lejana. La pantalla proyectaba un brillo azulado sobre sus rasgos concentrados. Sus dedos se deslizaban por la superficie táctil con una precisión mecánica.

—La base de datos del instituto de criminología aún me da acceso — dijo, su voz un hilo bajo en la penumbra—. Es un repositorio de artefactos robados en el Mediterráneo, no oficial. Busco coincidencias con el patrón de la matrícula.

Lorenzo asintió, un movimiento corto que le disparó una punzada desde el cuello. Sacó su móvil personal, lo apagó y lo dejó caer en la guantera. Abrió la puerta. El aire nocturno, frío y cargado de olor a pescado y verduras del mercado cerrado, le golpeó la cara.

—Necesito un teléfono que no sea rastreable —dijo, apoyándose en el marco de la puerta. El peso sobre la pierna buena era una agonía distinta.

—¿A quién vas a llamar?

—A un viejo fantasma. Queda uno en la unidad de vehículos que aún debe favores. Espera aquí.

Se impulsó hacia fuera, agarrándose al techo del coche. Cada paso hacia la cabina telefónica al final del callejón fue una conquista. El vidrio de la cabina estaba sucio, rayado. Introdujo monedas que le quemaban los dedos. Marcó un número de memoria, uno que no estaba en ningún registro.

La línea sonó dos veces antes de que una voz áspera, cargada de sueño, contestara.

—¿Eh?

—Soy yo —dijo Lorenzo, sin identificarse—. Necesito que corras una placa. Motocicleta, negra. Matrícula parcial: Romeo-Milano siete Julieta. Posible ocho o cero después.

Un silencio. Se oía el runrún de un televisor al fondo.

—Estás jodiendo mi descanso, Lorenzo.

—Y tú me debes una. Del caso de los Lamborghinis de Tor Bella Monaca. Corre la placa.

Un suspiro largo. El sonido de teclas de ordenador, lentas.

—Dame un minuto. No prometo nada.

Lorenzo apoyó la frente contra el vidrio frío. El dolor en la articulación era una marea que subía, nublando los bordes de su visión. Contó las gotas que caían del radiador del Fiat: una, dos, tres…

Dentro del coche, Claudia dejó escapar un sonido seco, casi un golpe.

—Aquí —dijo, cuando él se arrastró de vuelta al asiento, sudando frío—. Mira.

En la pantalla de la tablet aparecía una lista de vehículos robados filtrada por zona y fecha. Una línea resaltada: una Vespa PK 125, negra, matriculada RM 7J80. Robada hace cuatro días en San Basilio. El informe de la policía local la daba por desguazada.

—San Basilio —masculló Lorenzo, saboreando la amarga geografía del dato—. Territorio de los Greco. Calabreses.

—No termina ahí —Claudia deslizó la pantalla—. Esta misma moto, con esta matrícula, aparece mencionada en un anexo de un informe de la Guardia di Finanza. Uno de mis antiguos profesores colaboró en él. Fue un vehículo de vigilancia observado cerca de un almacén en el EUR, allanado hace ocho meses por tráfico de antigüedades. El almacén estaba a nombre de una sociedad pantalla, pero el operativo identificó al gestor: un tal Salvatore Greco. Intermediario.

El teléfono público sonó, un timbre estridente en el silencio del callejón. Lorenzo se volvió a mirarlo, luego a Claudia. Se levantó de nuevo, cada movimiento una batalla.

La voz al otro lado era más clara ahora, despierta.

—La moto que pediste. Aparece en una alerta cruzada con Hacienda. No es solo un robo. Estuvo vinculada a un almacén de arte incautado en la Vía Cristoforo Colombo. El tipo que lo gestionaba es un conocido de los calabreses, un tal Greco. Se dedica a mover cosas antiguas, del subsuelo. ¿En qué lío te has metido, Lorenzo?

—En el de siempre. Gracias.

Colgó. El camino de vuelta al coche pareció más largo. Al deslizarse en el asiento, la respiración le silbaba entre los dientes.

Claudia lo miró, sus ojos oscuros captando la tenue luz. Ya lo sabía.

—No son solo matones a sueldo —dijo él, la voz ronca por el esfuerzo y la revelación—. Costa no contrata a cualquiera para que nos dispare. Contrata a especialistas. Greco mueve antigüedades robadas. Arte sacado de yacimientos como el nuestro.

—Entonces el mithraeum… —empezó Claudia.

—No es solo un problema de permisos. Es una mercancía. Y nosotros estamos estorbando el negocio.

El goteo del radiador marcó el compás de su nueva realidad. No luchaban contra la corrupción de despacho. Luchaban contra una red que enterraba secretos con una pala, y a personas con una llave inglesa.

El café amargo dejaba una película grisácea en el paladar, mezclada con el persistente olor a gasolina que se filtraba desde la gasolinera donde habían parado. La luz fluorescente de la cafetería de autoservicio parpadeaba con un zumbido agudo, proyectando sombras temblorosas sobre la mesa de formica. Lorenzo apretó el vaso de plástico entre sus manos; el material crujió bajo la presión.

Claudia tenía la tablet apoyada contra un dispensador de servilletas. Sus dedos se movían con rapidez silenciosa sobre la pantalla táctil, accediendo a un portal cifrado con credenciales prestadas. La El resplandor cobalto le iluminaba la cara desde abajo, acentuando la tensión en su mandíbula.

—Salvatore Greco —leyó en voz baja, los ojos escaneando líneas de texto—. Apodo ‘U Sardu’. Cuarenta y siete años. Antecedentes por extorsión, agresión, posesión de armas… y aquí: receptación de bienes culturales robados. Condena de dos años, suspendida.

La imagen que cargó mostraba a un hombre de complexión ancha, cuello corto y mirada plana. Lorenzo estudió los rasgos: la nariz achatada, la cicatriz apenas visible en el párpado izquierdo. Un rostro diseñado para el anonimato y la violencia utilitaria.

—El otro es Domenico Ferraro, ‘Mimmo’ —continuó Claudia, deslizando otra foto—. Veintinueve. Más joven, más impulsivo. Los mismos antecedentes, más un cargo por allanamiento en una villa en Frascati donde desaparecieron varios bustos romanos.

—¿El vínculo con el almacén de arte?

—El mismo. La incautación fue hace tres años. Greco era el gestor nominal. Las piezas procedían de excavaciones no autorizadas en Lacio y Campania. El caso se cerró por… falta de pruebas concluyentes.

El silencio que siguió fue ocupado por el rugido constante de la autopista cercana. Lorenzo dejó el vaso sobre la mesa. El líquido oscuro se agitó, formando ondas concéntricas.

—Greco no solo mueve antigüedades robadas; las limpia, las introduce en el mercado. Tiene una red.

Claudia asintió, sin apartar la vista de la pantalla.

—Hay menciones a una galería de Milán que actuaba como fachada. Y a una constructora panameña que financiaba algunas… adquisiciones. —Hizo una pausa, su índice se detuvo sobre un párrafo—. El nombre de la constructora es ‘Horizon Holdings’.

El aire en la pequeña sala pareció enfriarse varios grados. Lorenzo cerró los ojos por un instante. Vio los fragmentos de papel con el IBAN suizo, la mención a la Fondazione Aurelia, la transferencia a Conti. Las piezas giraban, buscando encaje.

—‘Horizon Holdings’ es la pantalla que usó Costa para pagar las deudas de Belli —dijo, abriendo los ojos—. El mismo conducto. No es una coincidencia.

—Es una línea de suministro —concluyó Claudia, alzando por fin la mirada. Sus pupilas verdes reflejaban la el titilar de las lámparas—. Costa necesita el terreno limpio: Valli muerto. Las pruebas desaparecidas: el saqueo del mithraeum. Los testigos silenciados:

Belli, nosotros. Y para cada tarea, contrata al especialista adecuado. A los calabreses para la violencia. A Greco para el robo de arte.

—Y a alguien dentro de nuestra casa para vigilarnos y filtrar nuestros movimientos —añadió Lorenzo.

En ese preciso momento, la tablet emitió un suave pitido, distinto al sonido de la navegación. Una ventana de notificación emergió en la esquina superior derecha. Claudia la tocó, y su expresión se congeló.

—Es una alerta del sistema interno —dijo, la voz ahora un hilo—. Mis credenciales… acaban de ser usadas para una consulta de localización. Alguien está tratando de rastrear este dispositivo.

Lorenzo no necesitó preguntar quién tenía la autoridad para ordenar esa búsqueda, o quién tendría interés en encontrarlos antes del amanecer.

—Iodice —susurró Claudia, confirmando lo que ambos ya sabían—. O alguien por encima de él.

Apagó la tablet de un golpe seco. La oscuridad repentina los envolvió, dejando solo el parpadeo enfermizo de la luz del techo y el resplandor anaranjado de las farolas de la autopista en los cristales sucios. El café, ahora frío, esperaba en el vaso aplastado. Ya no era hora de beber. Era hora de moverse.

El motor del Stilo tosía con un ritmo irregular, como si cada cilindro protestara por separado. Lorenzo mantenía la pierna izquierda extendida, rígida, cambiando de marcha con movimientos cortos y precisos que le arrancaban un parpadeo involuntario cada vez que el pie descendía sobre el embrague. El vapor de su aliento empañaba el cristal a su izquierda; con el dorso de la mano lo limpió, dejando una mancha grasienta.

—El plan sigue en pie —dijo, sin apartar la vista de la carretera iluminada por los faros amarillentos—. Conti llama a Costa mañana. Es la única prueba que no pueden manipular desde dentro.

Claudia, sentada a su lado, observaba el tráfico nocturno por la ventanilla. Los faros de los coches que pasaban en dirección contraria iluminaban su perfil en ráfagas breves, revelando la tensión en la mandíbula.

—Necesitamos un lugar donde pasar la noche. Fuera de registros.

—No podemos arrastrar a nadie más a esto.

—Lo sé.

Ella giró la cabeza hacia él. En la penumbra del habitáculo, sus ojos verdes parecían más oscuros, casi negros.

—Entonces, ¿dónde? No podemos volver a nuestras casas. No podemos ir a un hotel con nuestros nombres. El departamento está usando nuestras credenciales para localizarnos.

Lorenzo tomó la salida hacia el centro, reduciendo la velocidad. La rodilla le latía con un dolor sordo y constante, como un martilleo metálico en el hueso.

—Hay un garaje —dijo al fin—. Pertenece a un viejo contacto. Pagado en efectivo, sin cámaras. Lo usé una vez, hace años, para un testigo que no podía entrar en protección oficial.

—¿Confías en él?

—Confío en que prefiere el dinero a las preguntas.

Un camión de reparto pasó junto a ellos, sacudiendo el coche con su estela. Lorenzo ajustó el volante, notando cómo la dirección respondía con una leve holgura. El Stilo estaba dando sus últimos coletazos.

—Hay algo más —continuó, bajando la voz aunque solo estaban ellos dos en el coche—. Si mañana sale mal, si no salimos de esa llamada, tienes que enviar todo. El diario, las fotos de la transferencia, la matrícula parcial, los nombres de los calabreses. Todo al contacto de prensa.

Claudia no respondió de inmediato. Sus dedos jugueteaban con el borde de la funda de la tablet, ahora apagada y muerta en su regazo.

—Es nuestro seguro de vida —añadió él—. La única moneda que les queda por tomar. La luz pública.

—Entiendo.

Su tono era plano, profesional, pero Lorenzo percibió el leve temblor en la última sílaba. No era miedo. Era la aceptación de un umbral cruzado. Ya no seguían un protocolo; estaban trazando su propia línea en la arena, sabiendo que el otro lado estaba lleno de hombres que no tenían líneas.

Mientras se incorporaban al carril de la izquierda, un par de faros blancos se reflejaron en el espejo retrovisor y se mantuvieron allí. Un Fiat gris, modelo reciente. No era el negro que conocían. Este mantenía una distancia de dos coches, sin adelantar, sin cambiar de carril.

Claudia inclinó la cabeza hacia el espejo lateral. Su cuerpo se inmovilizó.

—Lorenzo.

—Lo veo.

—No es el mismo de antes.

El hombre al volante del Fiat gris era solo una silueta oscura contra el resplandor de los faros que venían detrás. No fumaba. No hablaba por teléfono. Solo conducía, manteniendo el ritmo, siguiendo el patrón del tráfico pero sin perderlos de vista.

Lorenzo apretó el volante. La rodilla protestó con una estocada fulminante cuando presionó ligeramente el acelerador. El Stilo respondió con un gruñido.

—Cambiamos de ruta —dijo, y tomó la siguiente salida de forma brusca, cortando entre dos coches que pitieron indignados.

Los faros del Fiat gris hicieron lo mismo, fluidos, profesionales, sin prisa pero sin pausa.

CAPÍTULO 18: EL PRECIO DEL SILENCIO

El volante vibraba bajo sus manos, transmitiendo cada irregularidad del asfalto directamente a la rodilla izquierda. Un latido sordo y profundo, como un tambor apagado dentro de la carne, marcaba el ritmo de su huida. Lorenzo apretó la mandíbula, los nudillos blancos sobre el cuero gastado. Por el espejo retrovisor, dos pares de faros mantenían distancia, pero no se perdían.

—Toma la siguiente a la derecha —murmuró Claudia a su lado, los dedos navegando por la pantalla de su tablet.

Él asintió, un movimiento corto. Al girar, la pierna respondió con una estocada fulminante que le nubló la visión por un instante. El aire dentro del coche olía a aceite caliente y al sudor frío que le pegaba la camisa a la espalda.

La radio policial, sintonizada en un canal de escucha que ella había configurado horas antes, escupió estática. Luego, una voz recortada y metálica.

«…atención todas las unidades… avistamiento de cuerpo sin vida… aguas del Tíber, altura del Ponte Sublicio… masculino, probablemente cuarenta a cincuenta años… signos de violencia en el cuello…»

El silencio que siguió al mensaje fue más denso que la oscuridad exterior. Los faros de las calles pasaban sobre el parabrisas,

barriendo sombras sobre sus rostros.

Claudia bajó la tablet. Su perfil, iluminado de forma intermitente, estaba inmóvil.

—Estrangulamiento —dijo, las palabras saliendo planas, como si las midiera antes de soltarlas.

Lorenzo no respondió. Sintió un vacío repentino en el estómago, una sensación de caída interna. No era sorpresa, sino confirmación. El reconocimiento de una lógica implacable. Otro cabo suelto, anudado para siempre.

—Belli —susurró la inspectora, más para sí misma.

El Fiat gris seguía ahí, tres coches atrás. Un espectro profesional.

—No podemos acercarnos —afirmó Lorenzo, la voz ronca por la tensión y el dolor—. Es un cebo. Tendrán gente mirando la escena.

Claudia asintió, una mano frotándose el hombro donde la tela de su chaqueta mostraba una mancha oscura y rígida. Sus ojos verdes, atrapados en la luz de un semáforo, reflejaban una comprensión amarga. No estaban solo contra la corrupción. Estaban contra una maquinaria que limpiaba sus propias fugas con eficiencia mortal.

—Entonces el plan…

—Se fue al agua con él —cortó Lorenzo.

Un cartel azul indicaba la salida hacia el Grande Raccordo Anulare. El garaje seguro, pagado en efectivo, quedaba en la dirección opuesta. Un refugio que ahora olía a trampa, a previsibilidad.

La rodilla protestó con un dolor cegador cuando pisó el embrague para reducir la marcha. Un sonido gutural, mitad gemido mitad blasfemia, le escapó de los labios. Con un movimiento brusco que le retorció el torso, giró el volante hacia la izquierda, cruzando dos carriles vacíos y tomando una rampa de salida estrecha y mal iluminada.

El coche se inclinó, los neumáticos chirriando contra el bordillo. Por el retrovisor, vio los faros del Fiat gris pasar de largo, continuando por la autopista durante unos segundos antes de frenar de forma abrupta. Demasiado tarde.

—¿Adónde vamos? —preguntó Claudia, agarrándose al asiento.

El motor tosió, el radiador gimiendo. Avanzaron por un callejón flanqueado por naves industriales cerradas, la oscuridad casi completa.

—A cambiar las reglas —respondió Lorenzo, buscando un hueco entre sombras donde detenerse—. Nos han quitado al testigo. Nos queda la prueba. Y mañana, Conti hará esa llamada o se irá al Tíber detrás de su cómplice.

Detuvo el Stilo detrás de un contenedor de basura volcado. El motor se apagó con un temblor. En el silencio repentino, solo se oía el goteo lento del líquido del radiador sobre el asfalto y la respiración entrecortada de ambos.

Fuera, en la distancia, la ciudad seguía su ritmo, ajena al cuerpo que el río arrastraba contra los pilares de un puente antiguo.

La única bombilla desnuda colgaba de un cable pelado, parpadeando con un zumbido eléctrico que vibraba en los dientes. El garaje olía a gasóleo derramado y al moho penetrante de las paredes de hormigón sin revocar. Una humedad gélida, distinta al frío seco de la calle, se colaba desde el suelo, un manto que se aferraba a los tobillos.

Valenti se apoyó contra el capó frío del Stilo. La rodilla era un bloque de dolor sordo, pero ahora la ignoraba. Su mirada recorrió el espacio vacío: cajas de herramientas oxidadas, un montón de neumáticos viejos, sombras que se retorcían con cada parpadeo de la luz.

—Han eliminado al eslabón débil —dijo, su voz resonando contra el hormigón—. Belli era el único que podía testificar que las amenazas a Valli vinieron directamente de Costa. Sin él, la cadena es de papel.

Claudia se frotó los brazos. La mancha oscura en su hombro había crecido. No parecía profunda, pero el tejido de la chaqueta estaba rígido y pegajoso.

—Entonces la llamada de mañana… —empezó.

—Es todo lo que nos queda. Conti admite el soborno, menciona a Costa, confirma que el mithraeum era un problema que había que hacer desaparecer. Es una confesión grabada. Es la única moneda que no pueden robarnos.

—A menos que Conti también termine flotando en el Tíber antes del amanecer.

Valenti asintió, un movimiento lento y pesado.

—Por eso no podemos esperar. Lo sacamos de su oficina a primera hora. Lo llevamos a un lugar seguro. Y le ponemos el teléfono en la mano.

Claudia dejó escapar un suspiro que se convirtió en un temblor. El agotamiento le nublaba la mirada, pero sus puños estaban apretados a los lados del cuerpo.

—Estamos quemados, Lorenzo. Iodice nos rastrea. Nos han disparado. Ahora nos llaman para decirnos que han matado a nuestro testigo. ¿Cómo llegamos a mañana?

El hombre apartó la vista, observando el charco oscuro que se extendía bajo el coche. El goteo del radiador marcaba un ritmo lento y funerario.

—No tenemos que llegar muy lejos —murmuró—. Solo tenemos que asegurarnos de que, si nos paran, la verdad siga su camino. Tu contacto en la prensa. Esa es nuestra última bala.

—¿Y si nos detienen antes? ¿O si…?

No terminó la pregunta. La dejó suspendida en el aire frío, más elocuente que cualquier palabra.

Valenti se enderezó, un gesto que le arrancó una mueca. Caminó, cojeando visiblemente, hasta una caja de herramientas y dejó su teléfono personal sobre la tapa de metal oxidada.

—Entonces habremos perdido —admitió, sin mirarla—. Pero habremos perdido intentándolo, no escondiéndonos. Eso ya es algo.

El silencio que siguió fue cortado por un zumbido agudo y metálico.

El teléfono sobre la caja vibró, bailando sobre la superficie metálica. La pantalla se iluminó con un brillo fantasmagórico en la penumbra.

NÚMERO OCULTO.

Se miraron. La paranoia del último medio hora se materializó en ese rectángulo de luz y sonido. El timbre sonó de nuevo, insistente, estridente contra el zumbido de la bombilla.

Valenti no se movió. Sus ojos grises, fijos en el dispositivo, reflejaban el parpadeo intermitente de la luz.

El timbre sonó por tercera vez, un chirrido eléctrico que rasgó el aire quieto.

Valenti extendió la mano. Los dedos, fríos y entumecidos, cerraron el teléfono. La vibración palpitaba contra su palma como un corazón ajeno. Levantó el dispositivo a la oreja sin apretar el botón de respuesta, dejando que el zumbido pasara a través del cristal.

—Diga.

No hubo saludo. Solo un silbido de estática, luego una voz. No era humana, o al menos no lo parecía: un tono metálico, plano, procesado por un distorsionador digital que eliminaba cualquier rastro de edad, acento, emoción.

—El contable ha saldado su deuda.

Las palabras, frías y precisas, flotaron en el aire cargado de aceite y humedad. Claudia, inmóvil a dos metros, contuvo el aliento. Valenti no apartó la vista del charco negro bajo el coche.

—La próxima es la vuestra —continuó la voz, cada sílaba recortada con nitidez quirúrgica—. Archiva el caso.

Un clic seco. La línea murió.

El silencio que la siguió fue absoluto, más denso que antes. El goteo del radiador había cesado, o quizás el sonido fue absorbido por la quietud repentina. La bombilla parpadeó una vez, proyectando sombras que saltaron por las paredes de cemento y volvieron a su lugar.

Valenti bajó el teléfono. Lo observó, la pantalla ya oscura, como si el objeto mismo pudiera contener una explicación. No la había. No había negociación, ni exigencia, ni plazo. Solo una declaración de hecho. Un pronóstico.

Los nudillos de su mano libre, apoyada en el borde de la caja de herramientas, se tornaron blancos. La presión recorrió su antebrazo, tensando los músculos hasta la antigua cicatriz del hombro. No era miedo lo que sentía ahora. El miedo se había quemado, dejando un residuo cristalino y afilado en el fondo del estómago. Ira. Pero no la ira caliente del momento, sino una cosa fría, pesada, que se asentaba en los huesos.

Claudia exhaló. El sonido fue áspero, un susurro forzado a través de una garganta seca.

—¿Era…?

—Sí.

—¿Qué… qué dijo?

Valenti giró la cabeza hacia ella. La El parpadeo iluminaba su perfil iluminaba su perfil: la línea tensa de la mandíbula, la sombra bajo sus ojos verdes. Había una mancha oscura en la manga de su chaqueta, donde el rasguño del almacén había rezumado. La vio, y la cosa fría en su interior se afiló un grado más.

—Que Belli ha pagado. Que nosotros somos los siguientes. Que debemos archivar el caso.

Pronunció las palabras con la misma neutralidad con que las había recibido, pero cada una cayó como una losa en el suelo de cemento.

La joven inspectora parpadeó. Un temblor casi imperceptible recorrió sus manos, que apretó contra los muslos.

—Entonces es verdad. Lo han matado.

—O lo harán pronto. El mensaje es lo de menos. El contenido es el aviso.

—¿Y ahora?

Valenti dejó el teléfono sobre la caja con un golpe seco. Se enderezó, y esta vez el dolor de la rodilla fue una simple nota a pie de página, un recordatorio lejano. Caminó, cojeando pero sin vacilar, hasta quedar frente a ella. La distancia entre ellos era de menos de un metro. Podía ver las motas de polvo en sus pestañas, la fina línea de sudor en su sien.

—Ahora —dijo, y su voz era baja, pero cada palabra llevaba el peso del acero— cruzan una línea. No es mi carrera. No es una investigación. Es una amenaza directa. A ti. A mí. A cualquiera que se interponga.

Sus ojos grises, en la penumbra intermitente, no reflejaban duda.

—Llama a tu contacto de prensa. Ahora. Envía todo. El diario, las fotos de la transferencia, los nombres de los calabreses, el vínculo con Costa y Greco. Todo. Cada fotografía, cada nota, cada número de cuenta.

Claudia lo miró, buscando en su rostro un atisbo de vacilación. No lo encontró.

—¿Estás seguro? Si lo hacemos, no hay vuelta atrás. Quemamos todo. La investigación, nuestra posición…

—Nuestra posición ya es humo —cortó él—. Iodice nos rastrea. Nos han emboscado. Nos amenazan por teléfono. ¿Qué posición queda? Solo la de elegir cómo caer.

Ella asintió, una vez, un movimiento lento y grave. Sacó su teléfono del bolsillo. La pantalla se encendió, bañando sus dedos en un brillo azulado. Buscó en los contactos, encontró el número garabateado por Valenti horas antes. Su pulgar se cernió sobre la pantalla.

—¿Con qué mensaje?

—Sin mensaje. Solo los archivos. Que los datos hablen.

Claudia inhaló profundamente. El aire frío del garaje le quemó los pulmones. Luego, sus dedos comenzaron a moverse sobre la pantalla, rápidos, seguros. Seleccionando, adjuntando, escribiendo la dirección de correo cifrada. Cada toque era un clavo en el ataúd de su carrera, y en el de la red que se extendía desde Costa hasta los calabreses, desde el mithraeum saqueado hasta el despacho de Iodice.

Valenti observó, sin mover un músculo. Había cruzado la línea. No con un gesto dramático, sino con una orden en un garaje anónimo. Si iban a caer, no serían en silencio. Arrastrarían consigo toda la podredumbre, exponiéndola a la luz cruda del día. Era un acto de desesperación. Y de guerra.

CAPÍTULO 19: LA LÍNEA ROJA

El zumbido eléctrico de la bombilla desnuda marcaba el tiempo. Un parpadeo, un silbido agudo, otro parpadeo. Lorenzo apoyaba la espalda contra el flanco frío del Fiat, la rodilla izquierda convertida en un un nódulo de lava solidificada que le nublaba la visión periférica. No apartaba la mirada de Claudia.

Ella estaba encorvada junto a un montón de neumáticos viejos, la pantalla del móvil iluminando su rostro desde abajo con una luz fantasmal. Sus dedos se movían rápido, táctil, pero una tensión rígida le atenazaba los hombros. El aire olía a gasóleo rancio y a la humedad penetrante que se filtraba por las grietas del hormigón.

—¿Está? —preguntó él, la voz más áspera de lo que pretendía.

Claudia alzó la vista. Sus ojos verdes captaron la el titilar de la lámpara, brillantes y enormes.

—El correo está listo. Adjunté todo. Las fotos del diario, los fragmentos del papel con el IBAN, la captura de la transferencia a Conti, los nombres de Greco y Ferraro, la vinculación con Costa y el proyecto. Todo.

—Y el texto.

—Un resumen cronológico. El asesinato de Valli, el soborno al superintendente, la muerte de Belli como consecuencia, la red de

tráfico de antigüedades. La filtración interna. —Hizo una pausa, tragó saliva—. He puesto que somos nosotros quienes lo enviamos. Que estamos bajo amenaza.

Lorenzo asintió, una sola vez. El gesto le provocó un latigazo de dolor desde la nuca. Ese era el punto. Quemar el puente hasta los cimientos. Si alguien dentro del sistema intentaba enterrar el caso ahora, tendría que enterrarlos a ellos también, con la evidencia ya flotando en la red, fuera de su alcance.

—Bien. Ahora pulsa enviar.

El dedo de Claudia se cernió sobre la pantalla. Lo hizo. La expresión de su rostro no cambió, pero Lorenzo vio cómo los músculos de su mandíbula se destensaban un milímetro, como si hubiera soltado un peso que llevaba cargando entre los omóplatos. Un alivio amargo, el de quien ha prendido fuego a su propia casa.

—Hecho —susurró.

El silencio que siguió solo fue roto por el zumbido intermitente. Un minuto. Dos. Lorenzo esperaba una confirmación, un pitido, cualquier cosa. Claudia miraba fijamente el dispositivo.

—¿Y? —preguntó él.

Ella frunció el ceño. Tocó la pantalla, deslizó el dedo hacia abajo. Su expresión se endureció.

—No hay señal. —Alzó el teléfono, caminó dos pasos hacia el centro del garaje, donde la bombilla colgaba—. Nada. Cero barras.

Lorenzo cerró los ojos un instante. La humedad del aire se le clavó en los pulmones.

—El correo está en la bandeja de salida —continuó ella, la voz ahora un hilo tenso—. No se ha enviado. Necesita cobertura.

Maldijo en voz baja, sin fuerza. El garaje era una tumba de hormigón, enterrada entre naves industriales desiertas. Habían

buscado anonimato, no conectividad.

—Tenemos que salir —dijo Claudia, mirando hacia la puerta metálica corredera—. Buscar un punto con red. Una calle, una plaza…

—Y exponernos. —Lorenzo empujó su cuerpo alejándose del coche. La rodilla protestó con una punzada tan aguda que le hizo contener la respiración. Se apoyó con la mano en el capó, los nudillos blancos —. En el momento en que ese teléfono pille una antena, el correo saldrá. Y si alguien está rastreando nuestros dispositivos…

—Sabrán exactamente dónde estamos en ese instante —completó ella.

Asintió. Era una trampa de su propia creación. Para asegurar la verdad, tenían que arriesgarse a ser encontrados. Y después de la llamada, después de la muerte de Belli, encontrarles solo podía significar una cosa.

Claudia metió el teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta. Se acercó. En la penumbra, su herida en el hombro era una mancha oscura y rígida sobre la tela.

—No podemos quedarnos aquí —afirmó, y no había miedo en su tono, solo una certeza práctica—. El informe es inútil si no sale de estas cuatro paredes.

Lorenzo miró hacia la puerta. Más allá, la noche de la zona industrial se extendía como un desierto de asfalto y farolas rotas. Un territorio perfecto para una emboscada. Respiró hondo, el aire cargado de moho.

—Vamos —dijo, y dio el primer paso cojeando hacia el Fiat, hacia las llaves que aún colgaban del contacto. Cada movimiento era una negociación con el dolor. Pero la decisión ya estaba tomada. Había que llevar la antorcha hasta la boca del túnel, aunque el fuego los alcanzara.

El motor del Fiat Stilo tosió dos veces antes de arrancar, un sonido húmedo y enfermizo. Lorenzo mantuvo el pie en el embrague, la pierna lesionada convertida en un nudo de fuego que le hacía apretar los dientes. El vehículo avanzó renqueando desde el garaje hacia el callejón, los neumáticos crujiendo sobre grava y cristales rotos.

Claudia sujetaba el teléfono contra el parabrisas, los ojos fijos en la esquina superior izquierda de la pantalla. La el resplandor cerúleo le iluminaba la cara, acentuando la sombra bajo sus pómulos.

—Nada —anunció, la voz tensa—. Sigue sin red.

Recorrieron la primera calle a velocidad de tortuga, entre naves industriales cerradas con rejas oxidadas. La única iluminación eran farolas con bombillas fundidas o parpadeantes. Lorenzo escaneaba cada bocacalle, cada portal oscuro, mientras su pierna herida palpitaba al ritmo del motor. El olor a aceite quemado se colaba por las rejillas de ventilación.

—Ahí —señaló Claudia de pronto, inclinándose hacia delante—. Más adelante, a la derecha. Parece una avenida.

Era un bulevar más ancho, flanqueado por edificios bajos de los años sesenta: algún bar cerrado, una tienda de pinturas con la persiana baja. A medio bloque, una antena de telefonía se recortaba contra el cielo nocturno, una silueta esquelética.

Lorenzo detuvo el coche junto a la acera, bajo la sombra de un plátano. Apagó las luces pero dejó el motor al ralentí, una vibración sorda bajo sus pies.

—Ahora.

Claudia desbloqueó el dispositivo. Los iconos de la aplicación de correo cifrado aparecieron en la pantalla. Sus dedos se movieron con rapidez precisa: seleccionó los archivos, el destinatario memorizado, añadió la línea de asunto acordada. Una barra de progreso apareció, verde y lenta.

El comisario observaba por los espejos retrovisores. El bulevar estaba desierto. A lo lejos, el semáforo de una intersección cambiaba de rojo a verde para nadie. El zumbido del motor se mezclaba con el latido sordo en su sien.

—Se está enviando —murmuró ella.

La barra avanzó. Setenta por ciento. Ochenta. Noventa.

Un par de faros aparecieron al final de la avenida, acercándose. Lorenzo tensó los músculos, la mano derecha descendiendo hacia la pistola en el asiento. El vehículo pasó de largo, un utilitario blanco con un repartidor somnoliento al volante.

Cien por ciento. *Mensaje enviado.*

Claudia exhaló un suspiro que no supo que contenía. La pantalla mostró un tick verde.

—Fuera —ordenó Lorenzo—. Ya está hecho aquí.

Bajaron del coche. El aire de la noche era más frío aquí, cargado con el olor lejano a panadería industrial. A veinte metros, junto a una cabina telefónica pública de metal amarillo descolorido, una farola funcionaba.

—Monedas —dijo él, rebuscando en el bolsillo del pantalón. Le entregó un puñado de sueltos—. Lo que acordamos. Nada más.

Ella asintió. Se acercó a la cabina, levantó el aurón. El plástico estaba frío y pegajoso. Marcó el número que Valenti le había dictado antes, uno que no estaba en ningún registro oficial.

Sonó tres veces. Una voz femenina, profesional y cansada, contestó: «*Despacho del Juez Malipiero.*»

—Tengo un mensaje urgente para el juez —dijo Claudia, manteniendo la voz baja pero clara—. De parte de un contacto común. La entrega será mañana a primera hora en el lugar habitual. Es material sensible sobre el caso Aventino. Repito: caso Aventino.

Una pausa. Se oyó el roce de papel.

«¿Nombre?»

—No es necesario. Él sabrá de qué se trata. Gracia.

Colgó antes de que pudieran preguntar más. Al salir de la cabina, la luz de la farola la bañó por completo durante un instante. Claudia contuvo el aliento, sintiéndose desnuda, expuesta.

Volvieron al coche corriendo, sus pasos resonando en el silencio de la acera. Lorenzo ya tenía el motor en marcha.

—Ahora, la copia física —dijo mientras ella se abrochaba el cinturón —. Tenemos que…

Se detuvo.

En el extremo opuesto del bulevar, donde antes solo había oscuridad, un par de faros se encendieron de repente. No eran los del utilitario. Eran blancos, amplios, de xenón. Brillaron como dos ojos fríos en la noche, apuntando directamente hacia ellos.

No se movieron. Solo observaban.

Lorenzo no respiró. Su mano cerró el puño alrededor de la llave de contacto.

—Lorenzo —susurró Claudia, helada.

Los faros comenzaron a avanzar. Despacio al principio, luego con una aceleración suave y decidida, tragándose el asfalto que los separaba.

El motor rugió con un quejido metálico cuando Lorenzo pisó el acelerador a fondo. El Fiat se lanzó hacia adelante, esquivando el coche que avanzaba por puro instinto, el parachoques trasero rozando el guardabarzos del vehículo perseguidor con un chirrido de metal desgarrado. Giro a la izquierda, luego a la derecha, callejones cada vez más estrechos. Con cada cambio de marcha, el dolor en la pierna le nublaba la visión, una punzada incandescente que ascendía

desde la rodilla. Claudia se aferraba al asidero, los nudillos blancos. Finalmente, tras diez minutos de maniobras erráticas, el espejo retrovisor permaneció vacío, oscuro.

La oficina del abogado retirado olía a polvo de madera vieja y papel amarillento. Una lámpara de escritorio de latón, con pantalla de tela verdosa, proyectaba un círculo de el resplandor ámbar de una farola sobre el escritorio vacío, dejando el resto de la habitación en penumbra. Las estanterías, desnudas, mostraban el fantasma de los libros que una vez contuvieron. Lorenzo se dejó caer en la silla giratoria, que crujió bajo su peso. Sacó una libreta de espiral y un bolígrafo barato de la chaqueta.

—Dame los folios —ordenó, la voz ronca.

Claudia colocó ante él un paquete de papel blanco, rugoso al tacto. Luego se apartó, buscando sobres en un cajón. El sonido del bolígrafo rasgando la superficie seca llenó el silencio sepulcral. Era un ruido áspero, urgente. Lorenzo escribía con una caligrafía apretada y angulosa, inclinado sobre la mesa, la sombra de su cabeza deformándose sobre la pared.

Edoardo Valli. Asesinato. Llave inglesa. Informe del mithraeum presentado a Massimo Conti, Superintendencia Arqueológica. Estancamiento deliberado. Transferencia bancaria: medio millón de euros desde Fondazione Aurelia per l'Arte a cuenta personal de Conti. Alessandro Costa, línea directa. Marco Belli, contable. Coacción mediante enfermedad del hijo. Pago de deudas a través de Horizon Holdings, Panamá. Salvatore Greco, alias 'U Sardu', y Domenico Ferraro. Tráfico de antigüedades. Saqueo del mithraeum. Emboscada en Via Ostiense. Persecución armada. Muerte de Belli, estrangulamiento, cuerpo en el Tíber. Comisario Iodice, filtración de ubicación y rastreo de credenciales. Amenazas telefónicas directas.

No era un informe policial. Era una acusación. Cada palabra era un clavo en el ataúd de su propia carrera.

Claudia observaba desde la sombra, los brazos cruzados sobre el pecho. La mancha oscura en su hombro había endurecido la tela de la chaqueta. Veía la tensión en la mandíbula del hombre, la forma en que su mano izquierda se apretaba contra el muslo, cerca de la rodilla lesionada, como si intentara contener el dolor que emanaba de allí.

—¿Dónde la esconderás? —preguntó al fin, su voz un susurro en la habitación polvorienta.

Lorenzo no dejó de escribir.

—Hay un hueco detrás de una losa suelta en el columbario de Santa Maria in Cosmedin. Donde está la *Bocca della Verità*. Nadie mira allí. Solo los turistas hacen cola para la foto.

Ella asintió lentamente. Era un lugar público, transitado, pero el escondite era íntimo. Un sitio que solo alguien que conociera cada piedra de esa ciudad podría saber. Una confianza total.

Terminó la última página. Firmó con su nombre completo y rango al pie, añadiendo la fecha y la hora. Un gesto absurdo y definitivo. Separó los folios en dos pilas idénticas. Claudia se acercó, colocando dos sobres marrones de cartulina gruesa sobre el escritorio. Metió una copia en cada uno. Selló el primero con cinta adhesiva.

—Este va al juez Malipiero por mensajero certificado a las ocho —dijo, su tono era el de un ritual.

—El otro —indicó Lorenzo, extendiendo la mano.

Ella se lo pasó. Él lo sostuvo un momento, sintiendo el peso del papel a través del cartón. Luego, con movimientos precisos, lo introdujo dentro de una bolsa de plástico transparente, la selló con una banda elástica y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta, contra el pecho.

En ese instante, un zumbido sordo vibró en el silencio. No era el teléfono quemador. Era su móvil personal, el que todavía tenía

registrado en el sistema.

La pantalla iluminó su rostro desde abajo, acentuando las bolsas bajo sus ojos grises, las arrugas de cansancio. El nombre que aparecía hizo que el aire se espesara: **COM. IODICE**.

Claudia contuvo el aliento.

Lorenzo deslizó el dedo por la pantalla y se llevó el aparato a la oreja. No dijo nada.

La voz al otro lado no tenía el tono cansado y paternal de siempre. Era plana, cortante, como un cuchillo frío.

—Valenti. Preséntate en mi despacho a las 8:00. Ven solo.

Una pausa cargada de electricidad estática.

—Y tráete la placa.

La llamada se cortó.

El comisario bajó el teléfono lentamente, dejándolo sobre el escritorio con un golpe seco. El ruido resonó en la habitación vacía. Alzó la mirada hacia su compañera. En los ojos verdes de ella, amplios en la penumbra, vio reflejada la misma comprensión lúgubre que ardía en sus propias entrañas.

La purga había comenzado.

CAPÍTULO 20: LOS HILOS DEL PODER

El aire en el despacho del comisario Iodice olía a café recalentado y al limpiacristales agresivo que usaba la señora de la limpieza. La luz de los tubos fluorescentes vibraba con un zumbido sordo, blanqueando las arrugas de la cara de Iodice y las pilas de expedientes que cubrían su escritorio metálico.

Valenti permanecía de pie, la pierna izquierda rígida como un poste de hormigón. El dolor, sordo y persistente desde el garaje, se había anclado en la articulación. A su lado, Claudia mantenía una postura impecable, pero el detective notaba la tensión en su mandíbula, apenas perceptible.

Iodice no los miró al principio. Hojeaba un informe con dedos gruesos, dejando que el silencio se extendiera. El tictac de un reloj de pared marcaba los segundos.

—Así que —comenzó finalmente, sin levantar la vista—, el caso Valli. Robo con allanamiento. Cerrado.

La palabra cayó como un sello de plomo. Valenti sintió un calor repentino en la nuca.

—Cerrado, comisario —repitió, manteniendo la voz plana.

—Sí. El juez de instrucción ha aceptado la propuesta. Falta de pruebas para sostener otra línea. —Iodice alzó por fin los ojos. Eran

pequeños, de un gris turbio. —A usted, Valenti, se le asigna la redacción del informe final. Completo. Con todas las deposiciones, las pruebas forenses, el análisis de la escena. La versión oficial.

Deslizó una carpeta manila abultada hacia el borde del escritorio. El golpe seco resonó en la habitación.

—Y a usted, agente Esposito —continuó, dirigiendo la mirada hacia ella—, se le encarga la revisión y digitalización de todo el material asociado. Cada foto, cada nota, cada registro de entrada en el libro de novedades. Quiero un archivo impecable para la fiscalía.

Claudia dio un paso al frente y tomó la carpeta. Su peso era considerable.

—¿Hay algún plazo, comisario?

—Para ayer —espetó Iodice. Se reclinó en su silla, que chirrió. —Y quiero ser absolutamente claro. Esto termina aquí. No hay más "indicios", no hay más "hilos sueltos" que perseguir. Cualquier consulta, cualquier gestión que implique a la empresa Edilizia Romana, a su personal, o al proyecto inmobiliario de la zona, requerirá mi autorización expresa por escrito. ¿Queda entendido?

Era una jaula de papel. Una celda burocrática diseñada para consumir sus horas, sus días, mientras los rastreaban dentro del propio sistema.

—Queda entendido —murmuró Valenti.

—Bien. Pueden irse.

Salieron al pasillo iluminado con la misma luz mortecina. La puerta se cerró a sus espaldas con un clic definitivo. Valenti caminó unos pasos, apoyándose levemente en la pared, hasta quedar fuera del ángulo de visión desde el despacho. El aire olía a desinfectante y polvo.

Claudia apretaba la carpeta contra su pecho. Los nudillos de sus manos estaban blancos.

—Esto es…

—Una orden de confinamiento —cortó Valenti, su voz un susurro áspero. Miró hacia ambos extremos del pasillo, vacío. —Tenemos que mover la copia física ahora. Antes de que registren nuestras taquillas o nuestro coche. Y necesitamos un nombre. El concejal de urbanismo que firmó los permisos del Aventino. Hoy.

Claudia asintió, una sola vez. En sus ojos verdes, la resignación había dado paso a una fría determinación. La jaula estaba cerrada, pero ellos ya habían empezado a roer los barrotes.

El motor del Fiat tosía, un ruido seco que vibraba en la caja torácica de Valenti. Conducía con la pierna izquierda extendida, rígida, cambiando de marcha con movimientos cortos que le arrancaban un espasmo cada vez. La luz de la mañana entraba por el parabrisas agrietado, proyectando una telaraña de sombras sobre el volante. Habían dejado la comisaría hacía veinte minutos, dando vueltas por callejuelas estrechas antes de aparcar en una sombra junto a Piazza Navona.

Claudia desplegó la tablet sobre sus rodillas. La pantalla iluminó su rostro con una un resplandor gélido y azulada. Había insertado una tarjeta SIM prepago, comprada con efectivo semanas atrás para un caso que nunca llegó. Sus dedos volaban sobre el cristal táctil, un ritmo rápido y seco.

—Base de datos del registro de la propiedad —murmuró, más para sí misma que para él. —Acceso público, pero hay que saber dónde buscar.

Valenti observaba por el retrovisor. Una furgoneta de reparto pasó lentamente. Nadie más. El aire dentro del coche olía a plástico caliente, sudor seco y el aroma metálico del miedo.

—El concejal es Alfredo Manetti —dijo Claudia, sin levantar la vista. —Urbanismo, comisión de licencias del cuarto municipio. Cuarenta y ocho años, tres legislaturas. Vive en un apartamento en Prati, valor declarado de setecientos mil.

—Demasiado bajo para un concejal de urbanismo en Roma —gruñó Valenti. Apretó el volante para distraer el dolor punzante que subía desde la rodilla.

—Exacto.

Los dedos de Claudia danzaron. Abrió una nueva pestaña, cruzando datos. El ventilador del motor de la tablet zumbó, un sonido agudo en el silencio.

—Aquí —su voz se tensó. —Transacción de hace dieciocho meses. Una villa en Sirmione, lago de Garda. Quinientos metros cuadrados, jardín privado con acceso al lago. Precio de venta: dos millones trescientos mil euros.

Valenti giró lentamente la cabeza. El cuello le crujió. —¿Comprador?

—Una sociedad limitada. «SLI Immobiliare di Investimento». —Claudia amplió la pantalla. Su respiración se hizo más superficial. —Los administradores son un bufete de abogados de Lugano. Pero el capital inicial… —Hizo scroll. —Provino de un préstamo de la «Banca di Credito Comerciale di Milano».

—Que a su vez —aventuró Valenti, el sabor amargo de la certeza en la boca— es el mismo banco que gestiona las cuentas de la «Fondazione Aurelia per l'Arte».

Claudia asintió, una mueca tensa en los labios. —Es la misma cadena. —Claudia hizo una pausa, ordenando mentalmente los eslabones. —El dinero sale de la fundación, pasa por el banco milanés como un préstamo ficticio a la sociedad suiza, y esta compra la villa. Manetti aparece como «usufructuario» en un anexo notarial. No es el dueño legal, pero puede usarla cuando quiera.

—Un soborno con factura —resopló Valenti. Un sudor frío le recorrió la espalda, ajeno al calor del coche. Era elegante. Era italiano.

—Espera —Claudia inclinó la tablet, su expresión concentrada. Abrió el portal de transparencia del ayuntamiento, buscó resoluciones. Los

segundos se estiraron, marcados solo por el tictac del indicador de dirección, aún encendido. —El permiso final de obra para las «Residenze del Aventino»… fue firmado por la comisión presidida por Manetti.

—¿Fecha?

Claudia alzó la vista. Sus ojos verdes, iluminados por la pantalla, parecían de cristal.

—La semana después de que se registrara la compra de la villa.

Un silencio espeso llenó el habitáculo. Fuera, el rumor de la ciudad era un zumbido lejano. Valenti miró el sobre marrón grueso en el asiento trasero, la copia física del informe. Dentro estaba todo: los nombres, las transferencias, el mecanismo completo. Ahora tenían el eslabón político.

—Tenemos el hilo —dijo, su voz ronca por la tensión. —Ahora hay que tirar de él. Pero primero, escondemos esto.

Claudia cerró la tablet. La el resplandor cian se apagó, dejando solo la claridad matinal que filtraba por los cristales sucios.

—¿El columbario?

—Sí. Es hora.

La cola de turistas avanzaba a paso de procesión hacia la boca de mármol. Valenti se movía entre ellos, disimulando la cojera con el ritmo lento del grupo, el sobre marrón grueso presionado contra su costado bajo la chaqueta. El aire olía a piedra antigua calentada por el sol y al perfume dulzón de los helados. El murmullo de idiomas diversos era un zumbido constante.

Claudia se había quedado junto a la fuente, fingiendo consultar su teléfono. Desde allí, su mirada barría el pórtico, las columnas, los rostros anónimos. Sus dedos, sobre la pantalla, estaban inmóviles.

El detective se deslizó hacia el lateral del columbario, donde la sombra era más profunda. La losa que buscaba —la tercera desde el arco, con una grieta diagonal apenas visible— estaba allí, como la recordaba. Se apoyó con disimulo contra el muro, la rodilla izquierda protestando con un dolor sordo y profundo que le hizo apretar los dientes. Con un movimiento rápido, introdujo el sobre en el hueco tras la piedra. El papel rozó la toba áspera. Empujó hasta que desapareció.

Al enderezarse, un destello en el mármol pulido de una columna cercana le hizo parpadear. No era el sol. Era un reflejo oblicuo, un movimiento capturado en la superficie lustrosa.

Su cuerpo se tensó antes de que su mente procesara la imagen. Entre las columnas del pórtico opuesto, a unos cincuenta metros, una figura inmóvil. Chaqueta oscura con capucha levantada a pesar del calor. Brazos cruzados. La postura era familiar: la misma quietud vigilante, la misma silueta escurridiza que se había desvanecido entre los pilares del aparcamiento subterráneo.

Un frío repentino, ajeno al bochorno matinal, le recorrió la nuca. No era solo vigilancia. Era un mensaje. Conocían este lugar. Conocían sus protocolos.

Sus dedos buscaron el pequeño micrófono oculto en el cuello de la camisa. La voz le salió como un susurro seco.

—¿Lo ves?

El auricular en su oído transmitió la respuesta inmediata de Claudia, igual de baja, igual de tensa.

—Sí. No se mueve.

La figura encapuchada seguía allí, como una estatua añadida al pórtico. Los turistas pasaban a su lado sin mirarla, absortos en sus guías y sus fotos. Valenti no apartó la vista. El tiempo se estiró, marcado solo por el latir doloroso en su articulación y el zumbido lejano de la ciudad.

Entonces, la figura se movió.

Con una lentitud deliberada, casi teatral, desplegó los brazos. Alzó una mano. Dos dedos extendidos. Primero los llevó a la altura de donde estarían sus ojos, bajo la capucha. Luego, giró la mano lentamente y apuntó esos mismos dos dedos directamente hacia Valenti, a través del espacio soleado que los separaba.

Te estamos mirando.

El gesto duró apenas tres segundos. Después, la mano bajó. La figura dio media vuelta y se fundió entre las sombras de las columnas, desapareciendo como un fantasma.

Valenti exhaló un aire que no sabía que retenía. El sudor se le enfriaba en la espalda. Se alejó del muro, reincorporándose al flujo de turistas, y caminó hacia Claudia sin prisa, forzando cada paso a pesar de la protesta aguda en la pierna.

La agente lo miró al acercarse. No hizo preguntas. Lo vio en su rostro: la comprensión plena, la rabia fría.

—¿Se fue? —preguntó, guardando el teléfono.

—Se fue —confirmó él. Su voz era plana, metálica. Los ojos grises escudriñaban el pórtico vacío, como si pudieran extraer la imagen de la silueta de la piedra misma. —No era una advertencia. Era un recordatorio. Saben dónde nos escondemos. Saben cómo pensamos.

Claudia asintió, una mueca breve y amarga torciendo sus labios. Su mano se fue instintivamente al hombro, donde la tela de la chaqueta estaba rígida y oscura.

Valenti miró hacia el columbario, hacia la losa que guardaba su última copia de seguridad. Luego, hacia la plaza, hacia el tráfico, hacia la ciudad que de repente parecía un tablero cuyas casillas todas estaban vigiladas.

—Ahora tenemos el mapa completo —dijo, y esta vez su tono tenía un filo letal, una decisión tomada en el silencio de esos segundos de

mirada cruzada. —Desde el matón hasta el concejal, pasando por nuestro jefe… y los que nos vigilan desde las sombras. La cadena está completa.

Claudia lo observó, esperando. El viento trajo un eco de risas desde la cola de la Bocca della Verità.

—Entonces —dijo ella, su voz más firme—, ¿ahora qué?

Valenti se volvió hacia ella. En sus ojos ya no había duda, solo el cálculo frío de un hombre que ha visto los límites del tablero y decide romperlo.

—Ahora elegimos a quién derribamos primero. Y no será el más débil.

CAPÍTULO 21: EL ATAQUE DESDE DENTRO

El aire de la mañana aún conservaba el frescor nocturno cuando Lorenzo Valenti empujó la puerta de vidrio de la comisaría. El olor habitual —café rancio mezclado con el limpiacristales agresivo que usaba la señora de la limpieza— le golpeó como una pared. El linóleo del vestíbulo brillaba bajo la luz fluorescente, reflejando su propia figura cojeante.

No llegó a dar tres pasos.

Dos hombres, con trajes oscuros de corte demasiado formal para ser agentes de calle, se separaron de la sombra junto a la conserjería. Sus movimientos fueron sincronizados, fluidos, bloqueando su camino hacia el ascensor. El de la izquierda, más alto, tenía el rostro de una estatua funeraria. El otro, más bajo y ancho de espaldas, sostenía una carpeta de color beige contra el pecho.

—Inspector Valenti —dijo el alto, sin inflexión. No era un saludo.

Una punzada de frío, distinta al dolor sordo de su rodilla, se clavó bajo el esternón de Lorenzo. Conoció el uniforme invisible de Asuntos Internos: la postura rígida, la mirada que escrutaba sin ver a la persona, solo el expediente.

—¿En qué puedo ayudarles? —Su propia voz sonó más serena de lo que sentía. Notó cómo el peso de su cuerpo se inclinaba involuntariamente hacia la pierna buena.

El agente más bajo abrió la carpeta. El papel crujió con un sonido seco.

—Por orden superior, queda citado para una declaración inmediata en relación con una denuncia por malversación de fondos públicos —leyó, como si recitara la previsión del tiempo—. Incidente número 447/B, investigación sobre el incendio en el almacén de Via Portuense, hace dieciocho meses. El aire se le espesó en los pulmones. Conocía ese caso. Cerrado, archivado, una tristeza más entre docenas. *Una fabricación burda, pero con el sello adecuado.* Una fabricación burda, pero con el sello adecuado.

—Necesito pasar por mi despacho —intentó Lorenzo, midiendo la distancia hasta la puerta batiente que llevaba a los pasillos—. Y avisar a mi superior.

—Su superior está informado —cortó el agente alto. Hizo un gesto mínimo con la cabeza hacia el pasillo lateral, el que conducía a las salas de interrogatorios, lejos de las oficinas—. Le acompañaremos.

No era una invitación. Los dos hombres se cerraron a su alrededor, formando un corredor humano de tela oscura. El olor a colonia barata y sudor nervioso le llegó desde el más cercano. No había espacio para discutir, ni testigos; el vestíbulo, a esa hora, estaba desierto de forma poco habitual.

Cada paso sobre el linóleo resonó como un latigazo. Su rodilla protestó con una quemazón familiar al forzar el ritmo que ellos marcaban. Pasaron frente a la puerta del ascensor; la luz del botón de llamada parpadeaba, inalcanzable. El eco de sus pisas se ahogó en la moqueta gastada del pasillo lateral, donde la luz era más tenue y el aire olía a polvo y a encierro.

Una puerta de color verde opaco, sin identificación, les esperaba al fondo. El agente con la carpeta la abrió. Dentro, una mesa metálica, dos sillas de plástico y el zumbido bajo de un extractor de aire.

—Su placa y su arma, inspector —dijo el alto, extendiendo la mano. La palma estaba vacía, expectante.

Lorenzo contuvo el impulso de mirar hacia atrás, hacia el corazón de la comisaría donde Claudia estaría llegando a su escritorio. Sintió el frío del metal de la Beretta a través de la chaqueta. Exhaló lentamente, el sabor amargo de la derrota burocrática ya en la lengua, y asintió una vez. La puerta se cerró a sus espaldas con un clic sordo y definitivo.

El oficial de Asuntos Internos se sentó al otro lado de la mesa metálica. Su rostro carecía de relieve, como modelado en cera. Colocó una carpeta delgada sobre la superficie fría. El zumbido del extractor llenaba el espacio entre ellos, un sonido de insecto atrapado.

—Inspector Valenti —comenzó, abriendo la carpeta. Su voz era plana, sin modulación—. Se le imputa malversación de fondos públicos asignados a la investigación del caso 'Armeria del Trastevere', archivo número 4517/2020. La suma es de seis mil doscientos euros.

Lorenzo sintió una risa seca y amarga subiéndole por la garganta. La sofocó. Aquello era de hace tres años. Un caso de tráfico de armas de caza que se había cerrado sin detenciones por falta de pruebas concluyentes. Recordaba el informe, la frustración, la sensación de que alguien con influencia había movido hilos para desbaratarlo.

—Es absurdo —respondió, manteniendo las manos sobre la mesa, visibles—. Los fondos de esa investigación se justificaron con recibos de gastos de vigilancia y fuentes confidenciales. Todo está en el expediente.

El oficial no levantó la mirada de los papeles. Pasó una hoja hacia él. Era una fotocopia de una factura de un hotel en Ostia, fechada en octubre de 2020, por un importe de ochocientos euros. Al lado, una hoja de gastos con una firma que pretendía ser la suya. La caligrafía era una imitación torpe, con el trazo final de la 'V' demasiado largo, un rasgo que él nunca usaba.

—La factura es falsa —señaló Lorenzo, el dedo índice apoyado junto a la firma—. Nunca me alojé allí. Y esa firma no es mía. Cualquier perito calígrafo del laboratorio lo confirmaría en media hora.

—La denuncia es anónima, pero los documentos adjuntos han pasado una revisión preliminar —recitó el hombre, como si leyera un manual—. Se ha determinado la apertura de una investigación interna. En consecuencia, y conforme al artículo 14 del reglamento disciplinario, queda usted suspendido de sus funciones de forma cautelar, a partir de este momento.

El aire acondicionado vertía una corriente gélida sobre su nuca. No era rabia lo que sentía ahora, sino una claridad glacial, como el filo de un cristal. Reconocía la mecánica del engranaje. No necesitaban una acusación creíble, solo el papeleo correcto, la cita reglamentaria adecuada. El tiempo que le robarían mientras la verdadera maquinaria, la de Costa y Bellini, seguía girando sin obstáculos.

—Quiero conocer al denunciante. Tengo derecho a enfrentar la acusación.

—La identidad del informante está protegida por razones de seguridad —respondió el oficial, cerrando la carpeta con un golpe seco—. Puede presentar sus alegaciones por escrito ante la comisión disciplinaria. El proceso puede tardar varias semanas.

Varias semanas. Tiempo más que suficiente. Se preguntó si Claudia ya habría sentido el vacío a su alrededor en la oficina, los murmullos cesando a su paso.

El hombre se puso de pie. La silla chirrió sobre el linóleo.

—El comisario Iodice ha sido informado de la medida. Procederemos ahora a la retirada de su placa y arma de servicio.

La puerta se abrió antes de que terminara la frase. Entró el segundo agente, el más joven, llevando una bandeja de plástico azul. Sobre ella, un sobre manila marrón y un paño de fieltro gris.

Sin una palabra, Lorenzo se levantó. La rodilla izquierda emitió un chasquido sordo, una protesta ahogada. Se desabrochó la chaqueta, sintiendo el peso familiar de la Beretta en su sobaquera. La extrajo con dos dedos, seguro del seguro, y la depositó sobre el paño de fieltro. El metal negro brilló bajo la bajo el resplandor gélido. Luego, buscó en el bolsillo interior de la chaqueta. La placa de metal, fría al tacto, con el escudo de la República y su número de identificación. La colocó junto al arma.

El agente joven cogió la bandeja como si contuviera algo contaminante. El oficial principal le tendió el sobre.

—Su suspensión es efectiva inmediatamente. Debe abandonar el recinto policial. Queda prohibido acceder a sistemas internos, contactar con fuentes relacionadas con casos activos o identificarse como miembro de la Policía de Estado. Cualquier violación agravará su situación.

Lorenzo asintió, una sola vez. No había nada más que decir. El engranaje había cumplido su ciclo. Recogió el sobre vacío, un gesto absurdo, y sintió el vacío tangible en el costado donde el peso del arma había descansado durante quince años.

El oficial señaló la puerta abierta.

—Le acompañaremos a la salida.

El pasillo de linóleo verde oliva parecía más largo que nunca, su zumbido fluorescente un eco del vacío que ahora llevaba en el costado. El agente de Asuntos Internos, el mayor, caminaba un paso por delante; el más joven, con la bandeja azul, seguía a un lado, como escoltando un féretro. Las puertas de las oficinas, algunas entreabiertas, se cerraban con suavidad a su paso. El silencio era una sustancia tangible, densa y cargada de vergüenza ajena.

La oficina de Valenti estaba a veinte metros. La rodilla protestó con una estocada fulminante que le nubló la visión por un instante. Se apoyó en la pared, fingiendo ajustar el sobre manila vacío bajo el brazo. El agente principal se detuvo, impaciente.

—Aquí dentro. Cinco minutos.

El espacio olía a café rancio y papel polvoriento. La torre de carpetas sobre el escritorio parecía una acusación muda. Sin sentarse, abrió el cajón superior. Dentro, el desorden habitual: bolígrafos, un paquete de aspirinas a medio usar, un cargador de teléfono viejo. Nada personal. Nada que quisiera llevarse.

En el segundo cajón, bajo un manual de procedimientos, estaba la funda de cuero gastada de los auriculares que usaba para las escuchas. La cogió. Su mirada se desvió hacia el pasillo a través de la puerta abierta.

Allí, al final del corredor, junto a la máquina de café, estaba Claudia.

No se había movido. Permanecía erguida, una mano apoyada en la pared, la otra pegada al costado. La luz cruda de los tubos acentuaba la palidez de su rostro. Sus ojos verdes, fijos en él, no parpadeaban. No había lágrimas, solo una comprensión glacial, una furia contenida que tensaba la línea de su mandíbula. Vio cómo su mirada bajaba hasta el vacío en su sobaquera, donde la chaqueta colgaba sin el peso familiar, y luego volvía a encontrarse con la suya.

El agente joven carraspeó.

Valenti desvió la vista. Sacó los auriculares, los cables enredados, y los dejó sobre el escritorio. No eran suyos; eran del departamento. Cerró el cajón con un golpe seco. No había nada más que recoger.

Al salir, pasó a menos de tres metros de ella. El aire entre ellos vibraba. No disminuyó el paso, pero giró la cabeza lo justo. Un movimiento casi imperceptible: un leve descenso de sus párpados, una exhalación controlada. No era un saludo. Era una transferencia. Un pase de testigo en medio del desierto.

Ella no asintió. Solo mantuvo la mirada, y en sus ojos vio reflejada la misma decisión que había tomado en el garaje: la guerra continuaría, pero en otro frente.

La escolta lo condujo hacia la salida principal. Las voces del despacho de guardia cesaron cuando aparecieron. Un agente que salía del baño se quedó paralizado, mirando la bandeja azul, luego apartó la vista con rapidez. La puerta de cristal se abrió con un suspiro mecánico.

Afuera, el cielo había descargado una llovizna fina y fría. Las gotas se posaban en sus hombros, empapando la tela de la camisa donde antes estaba la insignia. Se detuvo en la acera, bajo la fachada de piedra de la comisaría, y respiró el aire húmedo de Roma. El vacío físico era una presencia extraña, un miembro fantasma.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón. El teléfono personal vibraba contra sus dedos.

Lo sacó. La pantalla se encendió, iluminada por una notificación. Un mensaje de texto, de un número que no estaba en sus contactos. No decía 'desconocido'; mostraba una secuencia aleatoria de dígitos.

Lo abrió.

La partida no ha terminado. Solo ha cambiado de tablero.

Las gotas de lluvia impactaron en el cristal, distorsionando las letras. No hubo segundo mensaje. No había nada más que hacer allí. Metió el teléfono de nuevo en el bolsillo, sintiendo el frío del plástico a través de la tela, y se adentró en la cortina gris de la lluvia sin mirar atrás.

CAPÍTULO 22: LA ÚLTIMA ALIADA

La lluvia fina trazaba hilos plateados bajo la farola parpadeante. Lorenzo permanecía inmóvil en la sombra de un portal, el hombro derecho apoyado contra la piedra fría. El peso de su ausencia era físico: el costado izquierdo de su cinturón, donde solía descansar la funda de la Beretta, se hundía vacío contra su cadera. Cada vehículo que pasaba por el bulevar desierto hacía que sus músculos se tensaran, una reacción instintiva que ya no servía para nada.

Los faros de un utilitario gris se apagaron a veinte metros. La silueta que bajó era compacta, familiar. Claudia cruzó la calle con paso rápido, la capucha de una chaqueta oscura levantada. No llevaba el uniforme. Abrió la portezuela del copiloto del Fiat y se deslizó dentro, trayendo consigo el aroma húmedo de la noche y un tenue rastro a café.

—Apaga las luces —murmuró Lorenzo, arrancando el motor. El limpiaparabrisas barrió un semicírculo en el cristal empañado.

Ella dejó un vaso de cartón en el portavasos. —Iodice reasignó el expediente Valli al equipo de patrimonial esta tarde. Oficialmente, es un robo. Mi terminal está bloqueada para consultas externas; hay un registro de actividad. —Su voz era un susurro tenso, cargado de una furia contenida que no necesitaba volumen.

—Recibí un mensaje al salir —comentó él, sin apartar la vista del espejo retrovisor. La farola defectuosa parpadeó una vez, sumiéndolos en una oscuridad momentánea—. "La partida no ha terminado. Solo ha cambiado de tablero."

Claudia exhaló un sonido corto, casi un bufido. —Son elegantes, al menos.

—Estoy fuera. Tú sigues dentro. Eres mis ojos ahora.

—Ya lo sé. —Ella giró ligeramente en el asiento. El reflejo de la luz de un semáforo le iluminó brevemente los pómulos, la línea tensa de la mandíbula—. Tenemos que mover a Conti. Es el eslabón que puede llevarnos a Costa.

—Es un hombre asustado. Si presionamos demasiado, se derrumbará o huirá.

—No. —Claudia sacó de su bolso un dispositivo negro, pequeño y rectangular, con una pantalla táctil apagada—. No vamos a presionarlo. Vamos a escucharlo. Su correo corporativo en la Superintendencia. La cuenta administrativa la gestiona un técnico externo, un becario. Ese becario es compañero de piso de un amigo mío de la universidad. Está de baja por mononucleosis desde la semana pasada.

Lorenzo por fin la miró. El dolor sordo en su rodilla pareció intensificarse, un recordatorio punzante de su nueva vulnerabilidad. —No. Es demasiado arriesgado. Si te pillan, es inhabilitación segura. Y algo peor.

—No me pillarán. —Encendió el dispositivo. Una luz azul parpadeó—. Esto es un encriptador de canal. Me lo prestó el profesor Manzoni, el de sistemas forenses. Crea un túnel fantasma, imita el tráfico de una consola de administración legítima. La sesión parecerá que viene desde la IP del becario, desde su casa. Necesito sus credenciales, que mi amigo ya tiene. Y una ubicación limpia desde la que conectarme.

—Claudia…

—¿Tienes un plan mejor? —preguntó, y en su tono no había desafío, sólo una fría evaluación—. Sin placa, sin arma, con una orden de búsqueda probablemente ya circulando por los canales internos. Tú eres la mente. Yo soy las manos. Así funciona ahora.

El motor ronroneaba en ralentí. La lluvia golpeaba el techo con un ritmo constante. Lorenzo observó el dispositivo en las manos de su compañera, las uñas cortas y limpias. Recordó la mancha oscura y rígida en su hombro, la herida que ella nunca mencionaba. Asintió, una vez.

—Necesitarás un teléfono limpio. —Rebuscó en la guantera y sacó un móvil barato, de carcasa negra—. Prepago. Minutos justos. Lo usas solo para esto. Una vez.

Ella lo cogió, lo pesó en la palma. —Voy a hacerlo esta noche. Desde un cibercafé de Trionfale, uno que no tiene cámaras. Si Conti se pone en contacto con Costa, o con alguien de su círculo, lo sabremos. Y tendremos un registro.

—Si obtienes algo, cualquier cosa, no vengas aquí. Usa el protocolo delta. El jardín botánico, al amanecer.

Claudia asintió, guardando el teléfono y el encriptador. Su mano se posó un instante en la manija de la puerta. —Ten cuidado —dijo, y la simpleza de la frase sonó a despedida.

Él no respondió. La vio salir del coche, cerrar la portezuela con un golpe sordo, y desaparecer de nuevo en la sombra hacia su vehículo. Un momento después, los faros del utilitario gris se encendieron, pintaron de blanco la calle mojada, y se alejaron hacia el norte.

Lorenzo permaneció en la penumbra, las manos aún aferradas al volante. El vacío en su costado pesaba más que nunca. Acababa de enviar a su única aliada a cruzar una línea de la que quizá no hubiera retorno, y todo lo que podía hacer era esperar bajo una farola parpadeante, inútil como un arma descargada.

La tarjeta de acceso aún chirrió al deslizarse por la ranura, un sonido agudo que cortó el silencio del vestíbulo. Claudia aguantó la respiración, contando los segundos hasta que el mecanismo cedió con un clic seco. La puerta se abrió hacia un pasillo lateral, la ruta que él le había enseñado: el camino de servicio que evitaba las cámaras del corredor principal. El aire olía a lejía rancia y a humedad antigua, a las entrañas de un edificio que dormía.

Sus zapatos de suela blanda apenas susurraron sobre el linóleo desgastado. Cada sombra parecía moverse a su paso, cada zumbido lejano de un fluorescente, un latido de advertencia. La oficina compartida estaba oscura, la puerta entreabierta. Empujó con el hombro, sintiendo la tensión punzante en la herida bajo la tela de su chaqueta. Un dolor sordo, familiar ya.

La mesa de Esposito —su mesa— estaba vacía, el ordenador apagado. Pero en la estación de al lado, la de Ricci, que estaba de vacaciones en Cerdeña, el monitor emitía un tenue resplandor de espera. Debajo del teclado, la esquina de un post-it amarillo asomaba. Lo despegó con cuidado. La contraseña, garabateada en letra descuidada: «Milan2023!». La estupidez rutinaria era su única ventaja.

Encendió la máquina. La el resplandor azulado de la pantalla bañó sus manos, que no temblaban. Notaba el pulso en las yemas de los dedos, un martilleo rápido y constante. Conectó el pequeño dispositivo negro —el encriptador— al puerto USB. Un led verde parpadeó una vez, aceptando la conexión. En la pantalla, una ventana de terminal negra se abrió sola, líneas de código desplazándose en un flujo silencioso. Había ensayado esto en su cabeza docenas de veces desde el curso de ciberseguridad del año pasado, la vulnerabilidad en el servidor de correo de la Superintendencia que nunca habían parcheado.

Mientras el script trabajaba, abrió otra ventana. Accedió al feed en tiempo real de las cámaras de seguridad del vestíbulo. La imagen

granulada mostraba al conserje nocturno, Barbieri, cabeceando tras su mostrador. Luego, la puerta principal se abrió.

Entró un hombre con traje oscuro, no un uniforme. Habló con Barbieri, demasiado rápido para ser un saludo casual. El conserje señaló hacia los pasillos, hacia las oficinas. El hombre del traje asintió y empezó a caminar, desapareciendo del encuadre de esa cámara.

Claudia cambió rápidamente a la vista del corredor principal. Vacío. Por ahora.

Su mirada volvió a la ventana de terminal. El cursor parpadeaba, inmóvil. «Accediendo a mail.soprintendenzaroma.gov.it… Autenticazione in corso…»

Un ruido metálico, lejano. El sonido del ascensor llegando a la planta.

No. Demasiado pronto.

Sus dedos volaron sobre el teclado, forzando una consulta paralela. Necesitaba ver la bandeja de entrada de Conti, los correos enviados en las últimas cuarenta y ocho horas. Cualquier comunicación con direcciones externas, con dominios corporativos, con…

La pantalla parpadeó. Texto verde inundó la negrura.

«Accesso consentito. Mailbox: m.conti@soprintendenzaroma.gov.it. Ultimi 50 messaggi.»

Allí estaba. Una línea destacaba entre las notificaciones burocráticas: un correo enviado hoy, a las 18:47. Destinatario: un dominio genérico, «consulting-ec.ch». Suizo. El asunto: «Urgente: nuestra conversación».

No había tiempo para abrirlo, para leerlo. En la ventana de las cámaras, la silueta del hombre del traje apareció al final del corredor principal. Se detuvo, mirando hacia las puertas de las oficinas. Luego, empezó a caminar en su dirección.

Claudia desconectó el encriptador de un tirón. El led verde se apagó. Su mano, húmeda de sudor, cerró la ventana de terminal, borrando las pruebas del acceso. Pero el script había dejado un registro, una huella digital en el servidor remoto. Si alguien revisaba los logs…

El hombre del traje estaba a veinte metros. Quince.

Con un movimiento brusco, arrancó el post-it con la contraseña, lo hizo un ovillo y se lo metió en el bolsillo. Apagó el monitor. La habitación se sumió en una oscuridad casi total, solo rota por la luz de la farola que se filtraba por la persiana veneciana.

Se deslizó hacia la puerta, espiando por la rendija. La silueta se detuvo frente a la oficina de Iodice, probó el pomo. Cerrado. Luego, sus ojos se desplazaron hacia la puerta entreabierta de la sala compartida.

Claudia retrocedió, buscando a ciegas la salida alternativa. La pequeña puerta que daba al cuarto de archivos, y de ahí a la escalera de incendios. La encontró, el picaporte frío bajo sus dedos.

Al otro lado de la puerta principal, oyó los pasos detenerse. El leve crujido del linóleo bajo el peso de alguien que espera.

Giró el picaporte, empujó. La puerta del archivo cedió con un gemido que le pareció ensordecedor. Se coló dentro y la cerró tras de sí, sin hacer ruido, quedándose en la oscuridad absoluta, conteniendo el aliento, mientras al otro lado de la pared, la puerta de la oficina se abría por fin.

El viento en la azotea olía a lluvia pasada y a los gases de los autobuses que subían por la Vía Marmorata. Claudia se acuclilló junto a la barandilla de cemento, la espalda contra el frío de la pared, y encendió el teléfono quemador. La pantalla iluminó su rostro con una un resplandor cerúleo y enfermiza. Marcó el único número guardado.

El tono sonó una vez, dos. Al tercero, se cortó.

—¿Estás limpia? —La voz de Lorenzo era un susurro metálico, filtrado por capas de cifrado, pero reconocible.

—Creo que sí. Salí por la escalera de incendios, bajé por el patio de mantenimiento. Nadie me siguió.

—¿Qué tienes?

Ella respiró hondo. El aire frío le quemó los pulmones.

—Los metadatos de los correos de Conti de las últimas cuarenta y ocho horas. Hay un patrón. Tres llamadas perdidas a un móvil privado. Minutos después, un correo saliente a una dirección de Gmail genérica. La IP no es de su oficina. Es de un cibercafé en Trastevere, en Vicolo del Moro.

Un silencio en la línea, solo el leve zumbido digital.

—Continúa.

—Lo importante es lo que recibió. Hace dos horas, justo después de que supieran de tu suspensión. Un correo entrante. Remitente anónimo, pero el servidor de envío… es de un proveedor de hosting que usan empresas de seguridad privada. De esas que hacen protección ejecutiva, escoltas.

—¿El asunto?

—'Coordinación logística'. El adjunto era un PDF con contraseña. No pude abrirlo, pero el nombre del archivo… —Claudia apretó el teléfono contra su oreja, como si el viento pudiera robar las palabras —. 'Protocolo_Contención_72h.pdf'.

Al otro lado, no hubo respuesta. Solo una respiración controlada, demasiado lenta. Luego, un sonido seco, como el roce de una mano contra la tela de un pantalón.

—Un manual de procedimientos —articuló Lorenzo, y su tono ya no era el de un policía suspendido analizando pruebas. Era otra cosa—. Para neutralizar una fuga. Sellarla. Limpiarla.

—Costa ya lo está activando. Y Conti está recibiendo las instrucciones.

—Sí.

—Lorenzo… ¿qué hacemos ahora?

La pregunta flotó en la línea, devorada por el silencio. Desde la azotea, Claudia veía el perfil dentado del Aventino, las luces amarillas de las ventanas como ojos que no parpadeaban. Abajo, el rumor de la ciudad era un zumbido constante, indiferente.

Cuando él habló de nuevo, la voz era tan fría que le provocó un estremecimiento físico, una contracción en el estómago.

—Ahora le devolvemos la llamada.

—¿A quién?

—A Conti. A todos.

—¿Cómo? No tenemos autorización, no tenemos… —Se interrumpió. Él ya no tenía placa. Las reglas habían dejado de aplicarse hacía veinte minutos, en un pasillo con olor a café rancio.

—Prepárate —dijo Lorenzo, y las palabras sonaron a sentencia—. Voy a por él.

—¿Ahora? ¿Adónde? ¿A su casa?

—A donde esté. Tiene miedo. Y la gente asustada hace tonterías, o llama a quien no debe. Mantén este canal abierto. No vayas a la comisaría. No confíes en nadie.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer exactamente?

Otro silencio, más largo. Luego, un clic seco. La línea murió.

Claudia bajó el teléfono. La pantalla se oscureció, reflejando el cielo nocturno y su propia imagen, pálida y con los ojos demasiado abiertos. El viento arremolinó un papel de caramelo en el suelo de cemento. El sonido era áspero, insignificante.

Él no había dicho “investigar”. Había dicho “ir a por él”. Era una declaración, no un plan. Y en la oscuridad de esa azotea, con el nombre del archivo PDF resonando en su cabeza como una campana de alarma, Claudia supo que la partida, como decía el mensaje anónimo, no solo había cambiado de tablero. Habían volcado el tablero por completo.

CAPÍTULO 23: LA CUENTA EN LAS SOMBRAS

El aire nocturno en la azotea cortaba como un cuchillo húmedo. Claudia se agachó junto a la salida de ventilación, el plástico blanco y frío contra su espalda. Su respiración formaba nubecillas fantasmales en la oscuridad. Sacó el teléfono quemador, las manos temblorosas por la adrenalina y el frío.

La pantalla se encendió con una un resplandor cerúleo que le lavó el rostro. Abrió el archivo descargado, el PDF protegido con una contraseña ridículamente simple que había deducido del historial de Conti: la fecha de nacimiento de su hija. El documento cargó.

PROTOCOLO DE CONTENCIÓN – 72 HORAS. Directrices operativas. Vigilancia activa de sujetos identificados. Interceptación de comunicaciones en tres niveles. Neutralización de activos financieros. El lenguaje era seco, burocrático, pero el significado era claro: un manual para hacer desaparecer a alguien. Su pulso se aceleró al pasar las páginas digitales.

Llegó a los anexos. Listados de cuentas. Transferencias internacionales con códigos de referencia opacos. Su mirada se detuvo en una línea destacada en amarillo.

Remitente: Fondazione Aurelia per l'Arte (CH) Destinatario: Banco Privado de George Town, Islas Caimán Beneficiario: A. Costa Monto:

850.000 EUR Fecha: Hace 4 días Concepto: Servicios de consultoría – Proyecto AR-07

El aire se le atascó en la garganta. Ochocientos cincuenta mil. Cuatro días atrás. Dos días después del asesinato de Valli. Un día después de que saquearan el mithraeum.

Era el pago. La prueba.

Levantó el teléfono, encuadró la pantalla con la evidencia. El flash electrónico parpadeó una vez, cegándola por un instante. Guardó la imagen. Su mente ya trabajaba, conectando los puntos: la fundación pantalla, la transferencia a Conti por medio millón para el silencio, esta otra, mucho mayor, directa a Costa por el "servicio". El saqueo tenía un precio de mercado. Y Valli había muerto por intentar impedir esta transacción.

Un ruido metálico y sordo la hizo girar.

Venía de la puerta de acceso a la azotea, la misma por la que ella había subido. El cerrojo oxidado crujió bajo presión. Alguien estaba al otro lado, intentando forzarlo.

No había tiempo.

Apagó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. El hombro protestó con un pinchazo agudo al moverse. Se incorporó, las piernas tensas. Miró hacia el borde de la azotea, hacia el vacío negro salpicado por las luces de Vía Marmorata.

El edificio contiguo era un palazzo más bajo, su tejado de tejas a un metro y medio por debajo, a casi dos metros de distancia. Un salto factible. Peligroso.

La puerta detrás de ella emitió un quejido más agudo. El metal cedía.

Sin pensar, sin respirar, corrió hacia el borde. Tres pasos rápidos sobre el hormigón áspero. El vacío se abrió ante ella, un pozo de

sombras y antenas de televisión. Impulsó con la pierna buena, lanzándose al aire frío con los brazos extendidos.

Por un instante eterno, solo hubo caída.

El aire dentro del Stilo olía a plástico recalentado y al sudor seco de su palma sobre el volante. El intermitente izquierdo, olvidado, marcaba un tictac sordo contra el silencio. Valenti apretó el teléfono contra la oreja, la mirada fija en el retrovisor. La callejuela junto al Teatro Marcello estaba desierta, salvo por los charcos que brillaban bajo la resplandor ámbar de una farola.

La línea sonó cuatro veces antes de que alguien descolgara. No hubo saludo.

—Necesito una confirmación —dijo Valenti, la voz más baja que un susurro—. Una transferencia. De la Fondazione Aurelia. A una cuenta en George Town, Caimán. A nombre de ‘A. Costa’. De hace diez días.

Al otro lado, solo respiración. Luego, la voz de Franco, granulada por la distancia y el miedo.

—Lorenzo… Ya no estás en nómina. Esto huele a quemado.

—Solo el número de confirmación. Y el importe exacto.

—¿Y yo qué gano?

—Un favor. De esos que no se pagan con dinero.

Otro silencio. Valenti vio un movimiento en el espejo. A cien metros, en la boca de la calle, un Fiat negro se detuvo. Luces apagadas. Motor al ralentí.

—Ochocientos cincuenta mil euros —murmuró Franco al fin—. Referencia: 'Serv. Especial – Log. A7'. Confirmación BCCM-7749. Lorenzo, esa cuenta está protegida por abogados con bufetes en Lugano. Tocarla es tocar un nido de avispas.

—¿Y?

—Y te están mirando.

La línea se cortó.

Valenti bajó el teléfono. Ochocientos cincuenta mil. El precio del saqueo. La prueba que convertía un asesinato en un contrato. Una certeza gélida se extendió por su pecho.

En el retrovisor, el Fiat negro permanecía inmóvil. Una mancha de tinta sobre el asfalto húmedo.

Encendió el motor. El Stilo tosió, protestando. En lugar de girar hacia la vía principal, soltó el freno y rodó lentamente hacia adelante, en dirección al otro vehículo. La rodilla izquierda comenzó a palpitar, un latido sordo que subía por el muslo. Apretó la mandíbula.

A cincuenta metros. Treinta.

Encendió las largas.

El haz de luz barrió el parabrisas del Fiat, iluminando el interior por una fracción de segundo. Dos figuras. Siluetas oscuras, inmóviles. El del pasajero volvió ligeramente la cabeza, el rostro perdido en la sombra del ala de una gorra.

Valenti pasó de largo. No aceleró. Mantuvo la velocidad de paseo, los dedos relajados sobre el volante. En el espejo, vio que el Fiat no se movía.

Al doblar la esquina, encendió el teléfono quemador. Una notificación parpadeó. Un mensaje de Claudia, cifrado, descifrado al instante por la aplicación.

Tengo la foto. Es él. Caimán. Encuentro en 30, lugar seguro.

Respondió tecleando con el pulgar, sin apartar la vista de la calle.

Fuente Barcaccia. Plaza de España.

Puso primera. El embrague cedió con un chirrido metálico que le hizo cerrar los ojos un instante por el dolor. Al mirar de nuevo el

retrovisor, vio los faros del Fiat negro encenderse al fondo de la calle. No seguían su ritmo. Giraban con lentitud deliberada, tomando la misma dirección.

El murmullo de la plaza envolvía la fuente. Turistas con cámaras, parejas paseando, el aroma dulzón de castañas asadas mezclándose con el perfume frío del agua. Claudia estaba junto a la balaustrada, la gabardina oscura contra la piedra pálida, observando el remanso de la Barcaccia como si buscara algo en el reflejo de las luces de las tiendas.

Valenti se acercó, arrastrando la pierna izquierda. Un dolor sordo, persistente, que le recordaba cada paso. Se detuvo a su lado, sin mirarla, apoyando las manos en la piedra húmeda.

—Treinta y dos minutos —murmuró ella, los labios apenas moviéndose.

—Tuve compañía.

Ella asintió, casi imperceptible. Su mano derecha, dentro del bolsillo de la gabardina, se movió. Un objeto rectangular, negro, pasó de su bolsillo al suyo en un roce fugaz. La carcasa de plástico estaba fría, casi helada.

Valenti metió la mano en su abrigo, encendió la pantalla. Una imagen llenó el cristal: un extracto bancario. Números, códigos SWIFT, un nombre: *George Town, Caimán*. El beneficiario: *Alessandro Costa*. La cantidad: 850.000 euros. El concepto de la transferencia, en inglés: *Serv. consultoría logística - Proyecto AR*.

El agua de la fuente caía con un rumor constante. Un niño rió a su espalda.

—Es el pago —dijo él, apagando la pantalla y guardando el aparato —. Por robar lo que Valli encontró. El motivo económico, directo.

—Conti está aterrado —respondió Claudia, girando lentamente hacia él, como si comentaran la arquitectura—. Recibió el manual de

contención. Costa está limpiando el rastro. Esto… esto es la orden de pago por un saqueo.

Un triunfo agrio, metálico, le subió por la garganta. Lo tenían. La pistola humeante, no en una mano, sino en una transferencia a una isla.

Claudia miró por encima de su hombro, hacia los escalones que ascendían hacia la iglesia de Trinità dei Monti. Su respiración se cortó. Los músculos de su cuello se tensaron, tirando de la piel pálida.

—No te gires —susurró, pero la voz le salió rígida, como vidrio—. A los cincuenta metros. Junto al puesto de flores.

Valenti ya había seguido su mirada en el reflejo del agua. Entre el flujo de gente, inmóvil como un poste en medio de la corriente, estaba el hombre del traje oscuro. El mismo de la Superintendencia. Alto, erguido, las manos en los bolsillos. Los miraba directamente. No se escondía.

El frío del teléfono en su bolsillo se transformó en un bloque de hielo contra el pecho. Estaban expuestos. Aquí, en medio de cientos de personas, estaban señalados.

Su instinto gritó: *huye*. Pero huir era confirmar la alarma. Era mostrar el miedo.

Forzó una sonrisa torcida, como si Claudia le hubiera hecho un chiste. Se inclinó un poco hacia ella.

—Ve a casa. Activa el protocolo delta. Yo lo entretendré.

—No puedes —protestó ella, los ojos verdes clavados en los suyos, llenos de una urgencia silenciosa—. Estás…

—Ya lo sé —la interrumpió.

Se dio la vuelta, apoyando el peso en la pierna buena, y comenzó a caminar. No hacia las sombras, no hacia su coche. Directamente a

través de la plaza, cojeando con una determinación visible, en línea recta hacia la figura inmóvil.

El hombre del traje oscuro pareció dudar. Dio un paso atrás, luego otro, girando sobre sus talones. Se fundió entre un grupo de turistas que bajaban los escalones.

Valenti apretó el paso, ignorando la puñalada de fuego que le subía desde la rodilla hasta la cadera. La multitud se abría ante él. Vio un destello de tela oscura doblando hacia Via Condotti. Aceleró, la respiración convertida en un silbido corto entre los dientes apretados.

CAPÍTULO 24: LA CONFESIÓN DEL CÓMPLICE

La rodilla era un una losa de cemento al rojo vivo clavado en su pierna. Valenti se detuvo, jadeando, en la boca de un callejón que olía a orina y lluvia reciente. La silueta del hombre del traje oscuro se había desvanecido entre las sombras de Via Condotti, tragada por el laberinto de pasajes entre las boutiques cerradas. El latido en su articulación herida se sincronizaba con el parpadeo irregular de una farola cercana, cada destello una puñalada de un resplandor ámbar.

Se apoyó contra el dintel de madera podrida de un portal. El sudor frío le corría por la nuca, mezclándose con la humedad nocturna. Respiró hondo, el aire frío quemándole los pulmones. Sacó el teléfono quemador de su bolsillo. La pantalla se encendió con un brillo azulado que le hizo entrecerrar los ojos.

Ahí estaba. La fotografía de la transferencia bancaria. Ochocientos cincuenta mil euros. De la fundación pantalla a la cuenta de Alessandro Costa en las Islas Caimán. El concepto, una burla burocrática: *Serv. consultoría logística - Proyecto AR*. El pago por el saqueo. El precio de un mithraeum y, probablemente, de una vida.

Su mente, nublada por el dolor, intentó ordenar los pasos. El protocolo de contención que Claudia había visto. Conti, asustado,

comunicándose con los suizos. El hombre del traje, vigilándolos abiertamente en la plaza. Ya no eran investigadores. Eran objetivos marcados.

—Tienes que moverte —murmuró para sí mismo, la voz ronca por el esfuerzo—. Antes de que él mueva la siguiente pieza.

Cerró los ojos un instante. Las opciones legales se habían evaporado con su placa. Los canales oficiales estaban podridos. Solo quedaba la presión directa, el juego sucio. El tipo de juego en el que un hombre suspendido, sin arma y cojeando, no debería tener ninguna posibilidad.

Pero tenía esto. La prueba en la pantalla. Y tenía a Conti, el eslabón débil, atrapado entre Costa y su propia conciencia.

Sacó su teléfono personal. Los dedos, entumecidos por el frío, buscaron en los contactos. No marcó el número de Claudia. Buscó otro, uno que había guardado semanas atrás, después de su primera visita a la Superintendencia. El número directo del despacho de Massimo Conti.

Lo miró. La hora en la esquina de la pantalla marcaba las diez y cuarenta y tres de la noche. Un horario absurdo para una llamada oficial. Perfecto.

Inspiró otra vez, conteniendo el dolor que le subía por la pierna como una corriente eléctrica. Luego pulsó la tecla de llamada.

El tono sonó, lejano y mecánico, en el auricular. Una, dos veces. En la tercera, se cortó.

Una voz masculina, tensa, contestó al otro lado.

—¿Sí?

No era la voz cansada de Conti. Era más joven, vigilante.

Valenti no dudó.

—Necesito hablar con el doctor Conti. Es urgente.

—El doctor Conti no está disponible —respondió la voz, con un deje de formalidad forzada—. Puedo tomar un mensaje.

—Dígale que es Lorenzo Valenti. Y que tengo una fotografía de una transferencia bancaria que le va a interesar. Mucho.

Hizo una pausa deliberada, dejando que las palabras se asentaran en el silencio que siguió. Se podía escuchar, muy débilmente, el zumbido de la línea.

—Espere —dijo finalmente la voz, ahora con un tono diferente.

Hubo un clic, luego el sonido apagado de la mano sobre el micrófono. Valenti se mantuvo inmóvil, apoyado en el portal, escuchando el latido de su propia sangre en los oídos y el goteo lejano de una bajante en el callejón. El aire frío le mordía las mejillas.

Al otro lado de la línea, se oyeron pasos. Luego, un crujido, como si el auricular cambiara de manos.

Una nueva voz llegó, temblorosa, cargada de una fatiga que traspasaba la distancia.

—¿Valenti? ¿Cómo… cómo ha conseguido este número?

Era Conti. Y sonaba como un hombre al borde del precipicio.

El café estaba vacío a esa hora, salvo por el dueño somnoliento tras la barra. El aire olía a café tostado rancio y leche quemada que se había secado en la máquina de espresso. Valenti había elegido la mesa del fondo, con la espalda contra la pared y una vista clara de la puerta y la calle iluminada por una farola amarillenta.

Massimo Conti entró como un hombre que huía de un incendio. Su abrigo estaba desabrochado, el pelo entrecano revuelto por el viento. Sus ojos, hundidos y con ojeras violáceas, escanearon el local hasta encontrar a Valenti. Se acercó tambaleándose, arrastrando los pies sobre las baldosas de terracota.

—¿Qué clase de juego es este? —su voz era un hilillo de aire, ronca —. Me llamó diciendo que mi hija… que había un accidente…

—Siéntese —ordenó Valenti, sin levantarse. Señaló la silla de madera frente a él, que chirrió al desplazarla Conti.

El hombre se dejó caer. Sus manos, enguantadas en piel fina, temblaban sobre la mesa de mármol frío.

Valenti deslizó el teléfono quemador por la superficie. La pantalla mostraba la fotografía nítida del extracto bancario: la transferencia de ochocientos cincuenta mil euros, la referencia del proyecto AR, el nombre de Costa.

Conti miró la imagen. Su respiración se volvió un jadeo superficial. El color se le fue de la cara, dejando una palidez de cera.

—¿Sabe lo que es esto? —preguntó Valenti, su tono plano, casi clínico.

—No… no puedo…

—Es el pago. Por el saqueo del mithraeum. Dos días después de que mataran a Valli. —Hizo una pausa, dejando que cada palabra se clavara—. Usted firmó la recepción de su informe. Usted lo enterró. Y luego recibió medio millón de la misma fundación. La cadena es completa, doctor. Y usted es el eslabón débil.

Conti cerró los ojos. Un temblor le recorrió los hombros. Cuando los abrió, había un brillo húmedo en ellos.

—Ellos… ellos tienen a mi hija en ese internado suizo. La matrícula, todo… es un regalo envenenado. Si hablo…

—Si no habla, caerá por cómplice de homicidio y malversación de fondos públicos. —Valenti inclinó el torso hacia adelante, ignorando el dolor punzante en su rodilla—. Costa ya está limpiando la casa. El protocolo de contención que le enviaron no es para protegerle. Es el manual para hacerle desaparecer.

El dueño del café encendió la máquina de espresso. El silbido agudo del vapor cortó el aire como un grito.

Conti se llevó una mano a la boca. Un sollozo seco, ahogado, le escapó de la garganta. Miró hacia la ventana empañada, como buscando una salida que no existía.

—No tengo opción —murmuró, más para sí mismo.

—Sí la tiene. Una sola. —Valenti deslizó el dedo por la pantalla, mostrando ahora la página del protocolo que detallaba la "neutralización de activos financieros"—. Dígame dónde y cuándo será el próximo movimiento. El último envío de lo que robaron.

Los labios de Conti se movieron sin sonido. El sudor le perlaba las sienes.

—Es… es muy vigilado. Costa estará allí personalmente. Para asegurarse.

—¿Dónde?

Un largo silencio. El reloj de pared marcó la una de la madrugada con un tictac metálico.

—Muelle tres —susurró finalmente Conti, las palabras saliendo en un hilo roto—. Puerto de Civitavecchia. Mañana, a última hora de la tarde. Un contenedor refrigerado, logística de pescado. Es la tapadera. Dentro… dentro irá lo que queda del altar.

Valenti lo observó, sin piedad, sin asentir. Tomó el teléfono y lo guardó en el bolsillo interior de su gabardina.

—Si me miente, o si hay una trampa, esta fotografía irá a la fiscalía y a tres periódicos antes de que Costa pueda parpadear.

Conti dejó caer la cabeza entre las manos. Los hombros le convulsionaron en un llanto silencioso y desesperado. No era el llanto de un hombre arrepentido, sino el de uno que veía derrumbarse el castillo de naipes de su vida.

Valenti se levantó, apoyándose en la mesa para no cojear demasiado visiblemente. Dejó un billete de diez euros junto a la taza de café intacta de Conti.

—Váyase a casa. Y rece para que esto funcione.

Salió al frío de la noche, dejando atrás el olor a derrota y café amargo. La información pesaba en su mente, dura y afilada como un cuchillo. Podía ser su única oportunidad. O la trampa perfecta.

El viento del Tíber arrancaba jirones de niebla del agua negra y los lanzaba contra los pilares del puente. Valenti se apoyó en la barandilla de hierro, sintiendo el metal frío a través de la gabardina. La rodilla era un bloque de dolor sordo que latía al compás de su pulso. Veinte minutos desde el café, veinte minutos de calles desiertas y la certeza de que lo seguían.

Los pasos llegaron desde la orilla de Trastevere, rápidos y ligeros. Claudia emergió de la sombra de un arco, el pelo castaño rojizo agitado por la ventolera. Se detuvo a su lado, sin mirarlo, observando el reflejo anaranjado de las farolas en el agua.

—¿Y? —preguntó, la voz baja pero tensa como un cable.

—Civitavecchia. Muelle tres. Mañana al anochecer.

Ella giró lentamente la cabeza. Sus ojos marrones captaron la luz de la ciudad.

—Un contenedor refrigerado, logística de pescado. Costa estará allí.

—Es una trampa.

—Probablemente.

Claudia cruzó los brazos, protegiéndose del frío que subía del río. El hombro herido le hizo torcer ligeramente la boca.

—Conti está roto. Pero eso no significa que no lo hayan obligado a soltar un cebo.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué ir?

Valenti apartó la vista del agua. Un barco de carga avanzaba río abajo, luces rojas parpadeando en la oscuridad.

—Porque es la única manera de atraparlo con las manos en la masa. Con las piezas del altar en un contenedor. Es la prueba física que nos falta.

—No tenemos recursos. Iodice bloqueó mis credenciales esta tarde. Acceso al sistema, vehículos asignados, incluso la consulta de bases de datos. Estoy fuera.

La noticia no lo sorprendió. Asintió una vez, un movimiento seco.

—Yo no tengo placa. Ni arma.

—Somos dos civiles —murmuró ella, y en su voz no había miedo, sino una evaluación fría—. Uno cojeando. Contra la seguridad privada de Costa y probablemente la gente de Greco.

El viento arreció, llevando el olor a algas y combustible. Valenti se enderezó, conteniendo una mueca cuando el peso se trasladó a la pierna izquierda.

—Necesitamos un equipo. Gente que no esté en la nómina de Iodice ni de Costa.

Claudia guardó silencio. Sus dedos golpearon un ritmo inconsciente contra el brazo opuesto.

—Conozco a alguien —dijo al fin—. De la Guardia di Finanza. Un capitán. Es… íntegro. O lo era.

—Demasiado riesgo. Si falla, nos entierran.

—Ya estamos enterrados, Lorenzo.

Ella sacó el teléfono del bolsillo. La pantalla iluminó su rostro con una el resplandor cian de la pantalla y dura.

—Es jugárnosla a una carta o rendirnos. Y nosotros no nos rendimos, ¿verdad?

Valenti no respondió. Observó el perfil de ella contra el cielo nocturno, la determinación en la línea de su mandíbula. Era más joven que él, menos cansada, pero el mismo tipo de obstinación. La misma incapacidad para dar un paso atrás cuando sabían que tenían razón.

Claudia desbloqueó el dispositivo. Sus dedos se cernieron sobre la pantalla.

—¿Lo llamo?

El río fluía bajo sus pies, oscuro e indiferente. A lo lejos, las luces del puerto de Civitavecchia serían apenas un brillo en el horizonte. Un contenedor refrigerado. Un altar saqueado. Un hombre que creía estar por encima de todo.

—Llama —dijo Valenti.

Ella asintió. Buscó el contacto y pulsó la pantalla. El tono de llamada sonó, agudo y solitario en la vasta quietud de la madrugada sobre el Tíber. Sonó una vez. Dos veces.

Valenti apartó la mirada, escudriñando las sombras del puente. Esperando el movimiento que sabía que llegaría. La partida había cambiado de tablero, sí. Y ahora ellos eran las piezas expuestas.

CAPÍTULO 25: EL PLAN DE LA REDADA

El motor del Fiat Punto se enfriaba con tics metálicos. Claudia, sentada al volante, apretaba el dispositivo de interferencia entre sus manos como un rosario de plástico. El olor a gasóleo y humedad de la zona industrial se colaba por las rendijas, mezclado con el aroma seco de su propio sudor.

En el asiento del pasajero, el capitán Stefano Russo de la Guardia di Finanza mantenía las manos sobre sus rodillas. Era un hombre de complexión ancha, con el cuello de la camisa demasiado apretado y una mirada que escrutaba la oscuridad del callejón más que a ella.

—Me estás pidiendo que cometa un delito, Esposito —dijo, sin mirarla—. Una operación sin orden judicial, sin cobertura, en territorio portuario que no es nuestra jurisdicción primaria.

—Le estoy pidiendo que impida un delito mayor —Claudia deslizó el teléfono quemador por el salpicadero—. Tráfico de antigüedades robadas. Blanqueo. Homicidio encubierto. Todo está ahí.

Russo tomó el aparato. La un resplandor cian de la pantalla iluminó sus facciones desde abajo, acentuando las bolsas bajo sus ojos. Pasó las fotos con un dedo grueso: la captura del protocolo de contención, la transferencia a las Caimán, las notas que ella había tomado de la confesión de Conti. Su respiración se hizo más audible, un silbido leve por la nariz.

—Conti —masculló—. Un hombre roto. Su testimonio no valdría nada ante un juez.

—Pero el contenedor en el muelle tres sí. Si Costa está allí, supervisando la carga…

—Si.

Dejó el teléfono sobre el salpicadero como si quemara. Claudia notó cómo su hombro herido pulsaba con un dolor sordo y constante, una puntada de aguja que le recordaba cada límite de su cuerpo.

—Tu superior —continuó Russo—, Iodice. Ha hecho consultas discretas sobre los movimientos de mis unidades en el área de Civitavecchia en los últimos dos días. Preguntas muy genéricas, de esas que no dejan rastro pero que huelen a advertencia.

El aire dentro del coche pareció volverse más denso.

—¿Cree que está advertido?

—Creo que alguien con poder está cerrando compuertas. —Russo giró por fin la cabeza hacia ella. Sus ojos eran de un verdes, sin brillo—. Esto que me traes… es una bomba. La clase de bomba que destruye carreras. Y a veces, vidas.

Desde la sombra profunda de un portal cerrado, a veinte metros de distancia, Lorenzo observaba. La rodilla le latía con un dolor profundo y radiactivo, obligándole a apoyar el peso contra la jamba de piedra. Veía los perfiles borrosos tras el parabrisas, el gesto rígido de Russo, la línea tensa de la espalda de Claudia. No podía oír las palabras, pero leía la negativa en la inclinación del cuerpo del capitán: hombros echados hacia atrás, cabeza ladeada en un ángulo de escepticismo.

Era extraño, esta impotencia. Estar acostumbrado a llevar la placa como un escudo, por corrupto que estuviera el sistema, y ahora ser solo un espectador en la sombra. Un civil con una lesión debilitante y una cuenta pendiente.

Dentro del coche, Russo suspiró. Un sonido largo, cargado de fatiga.

—Necesito una garantía —dijo, la voz más baja—. Si esto sale mal, si hay tiros, si el contenedor está vacío o lleno de merluza congelada… yo no los conozco. Nunca he tenido esta conversación. Tus fuentes son anónimas, tu investigación es personal y no autorizada. La Guardia di Finanza intervino por una denuncia anónima sobre evasión fiscal en una operación portuaria. ¿Está claro?

Claudia contuvo el alivio que quería expandirse en su pecho. Asintió, una sola vez.

—Claro.

—Y necesito a Valenti —añadió Russo, clavándole la mirada—. Lo sé, está ahí fuera. Lo he sentido desde que llegué. Si vamos a hacer esto, necesito verle la cara. Necesito saber hasta dónde está dispuesto a llegar un hombre suspendido y sin placa.

Claudia bajó la ventanilla. El aire frío de la noche entró como una bofetada. Hizo una seña breve hacia la oscuridad.

Lorenzo, desde su escondrijo, apretó la mandíbula. El movimiento para separarse de la pared le provocó una punzada tan aguda que vio estrellas verdes. Caminó hacia el coche cojeando de forma marcada, cada paso una concesión al dolor. La farola parpadeante al final del callejón proyectó su sombra larga y deforme sobre el asfalto.

Al llegar al coche, Russo lo examinó sin disimulo: la postura compensatoria, la palidez de su rostro, los ojos grises fijos en los suyos sin pedir permiso.

—Valenti —dijo el capitán.

—Russo.

—Ella me ha contado el plan. Es una locura.

—Lo sé.

—¿Qué haces si Costa no aparece? ¿Si todo es una trampa?

Lorenzo apoyó una mano en el techo del coche, sintiendo el metal frío.

—Entonces habré quemado el último puente que me quedaba. Pero Conti tenía demasiado miedo en los ojos para estar mintiendo. Ese miedo es real. Y mañana al anochecer, en el muelle tres, se acaba. De una forma u otra.

Russo lo estudió unos segundos más. Luego, asintió para sí mismo, como si hubiera encontrado la respuesta a una pregunta no formulada.

—Mañana. Diecinueve treinta horas. Te enviaré los detalles del punto de encuentro por un canal seguro. Vendré con tres hombres. Los justos. Si hay más, alguien hablará.

Se abrió la puerta y salió del coche. Antes de cerrarla, se inclinó.

—Una cosa más —su voz era casi un susurro—. Los rumores en mi comando dicen que hay una orden de vigilancia interna sobre cualquier operación no programada en Civitavecchia. No sé quién la pidió. Solo sé que existe. Mañana, cuando nos movamos, asuman que alguien más estará mirando.

Cerró la puerta. Su figura se perdió en la oscuridad del callejón, hacia donde había dejado su coche sin distintivos.

Claudia miró a Lorenzo a través de la ventanilla abierta. La el destello intermitente jugaba en sus facciones, revelando la tensión en su mandíbula, la sombra de duda que por un instante cruzó sus ojos grises.

—¿Crees que será suficiente? —preguntó, su voz apenas audible.

Lorenzo no respondió de inmediato. Observó el punto donde Russo había desaparecido, luego el cielo nocturno, manchado de nubes bajas que reflejaban el resplandor anaranjado de la ciudad.

—No —dijo al fin—. Pero es lo único que tenemos.

El viento que ascendía desde el mar sacudía el Fiat con ráfagas húmedas. Cada pocos segundos, un haz blanco y cegador del faro del puerto barría el interior, congelando por un instante sus rostros en una fotografía fantasma, para luego sumergirlos de nuevo en la penumbra salobre.

Lorenzo extendió la pierna izquierda con una mueca. La rodilla era un nudo de dolor sordo, latiendo al compás del viento.

—Tres hombres —masculló, mirando las luces titilantes del muelle lejano—. Contra lo que sea que Costa tenga preparado.

—Russo no vendría si no creyera que es suficiente —Claudia frotó su hombro, donde la tela de la chaqueta se había vuelto rígida y pegajosa—. Pero esa orden de vigilancia interna… Iodice ya nos tiene en la mira. Si moviliza a sus hombres…

—No lo hará. No directamente. Mandaría a alguien más, alguien sin identificación. Como el hombre del traje.

El haz de luz pasó de nuevo. En su resplandor, Claudia vio la tensión en el cuello de Lorenzo, las venas marcadas bajo la piel.

—Conti —dijo ella—. Es el punto débil. Si nos traiciona, caminamos directos a una celada.

—Ya nos traicionó. Hace cuarenta días, cuando firmó la recepción del informe de Valli y lo enterró. Lo que hizo hoy fue elegir el bando que menos daño le cause.

—¿Y si Costa le ofrece más? ¿O le amenaza con algo peor?

Lorenzo giró la cabeza hacia ella. Sus ojos grises captaron la luz del faro, brillando con una frialdad que le hizo pensar en el acero.

—Entonces moriremos en ese muelle. Pero Conti no es un jugador. Es un hombre asustado que intenta salvar los muebles. Apostó a que nosotros somos el mal menor. Ahora tiene que seguir apostando.

Claudia sacó su dispositivo móvil. La pantalla iluminó su rostro con un tono azulado. Deslizó los dedos, abriendo un mapa satelital del puerto de Civitavecchia.

—Muelle tres —señaló—. Zona de carga perecedera. Contenedores refrigerados, tráfico constante de camiones. Es un buen lugar para esconder algo. Demasiado movimiento para llamar la atención.

Lorenzo se inclinó, estudiando la imagen. El dolor en la pierna le arrancó un jadeo contenido.

—Necesito verlo. Antes. Un reconocimiento al amanecer, cuando el turno nocturno termina y el diurno no ha empezado. Menos ojos.

—Estás suspendido. Si te paran…

—No me pararán. —Tomó el teléfono de Claudia, acercando la imagen—. Voy como un pescador con su coche viejo. Un hombre con una pierna mala, mirando el mar. Nada interesante.

Claudia guardó un silencio. El viento aulló en las juntas de las puertas, trayendo el olor penetrante de algas y combustible.

—Yo monitoreo a Conti —dijo al fin, la voz baja pero firme—. Tengo acceso a los registros de la Superintendencia. Puedo ver si hace llamadas extrañas, si manda correos. Es ilegal. Pero…

—Pero ya estamos al otro lado —terminó Lorenzo, devolviéndole el aparato—. Así que hazlo. Y si salta alguna alerta, cualquier cosa, me llamas al quemador. No importa la hora.

Asintió. Sus dedos volvieron a deslizarse por la pantalla, configurando algo. La luz parpadeante del faro seguía su ritmo hipnótico, como un metrónomo contando los segundos que les quedaban.

—¿Y si es una trampa perfecta? —la pregunta salió en un susurro, casi ahogada por el viento—. ¿Si Costa sabe que Conti hablaría, y nos está llevando justo donde quiere?

Lorenzo apoyó la frente en el cristal frío de la ventanilla. El vidrio temblaba con cada ráfaga.

—Entonces al menos lo enfrentaremos de frente. No desde un despacho, con papeles y órdenes que nunca llegarán.

Un tono agudo, estridente, cortó el aire.

Claudia miró la pantalla. Sus dedos se inmovilizaron. El resplandor azul iluminó una expresión que se tensó, los párpados entrecerrándose.

—Es el sistema de alerta —murmuró—. Lo configuré para el teléfono de Conti.

Lorenzo se enderezó, ignorando la puñalada en la rodilla.

—¿Qué?

—Una llamada saliente —Claudia alzó la mirada, sus ojos verdes reflejando el destello del faro—. Hace dos minutos. Duró cuarenta y siete segundos.

—¿A quién?

Ella deslizó el dedo, ampliando un registro de números.

—Prefijo suizo. —Una pausa. El viento pareció aquietarse—. El mismo número al que envió el correo. Consulting-ec.ch.

La llovizna fina había empañado el parabrisas del Fiat Stilo, convirtiendo las luces de la calle en manchas borrosas de color ámbar. Lorenzo apagó el limpiaparabrisas. Prefería la distorsión. Desde su posición, estacionado frente a una hilera de contenedores de basura a media manzana del edificio de Conti, la fachada de ladrillo visto parecía una acuarela desdibujada.

Llevaba allí cuarenta minutos. El termo de café barato, ya frío, dejaba un regusto a quemado en el fondo de su garganta. La rodilla era una presencia constante, un núcleo de dolor sordo que latía al compás de su pulso. No había venido a confrontar. Solo a observar. A

confirmar lo que la alerta de Claudia ya le gritaba al oído interno: la pieza se había movido en el tablero.

El edificio era modesto, de los años sesenta, con balcones estrechos donde colgaba ropa olvidada bajo la lluvia. La puerta de entrada, de madera pintada de verde, se abrió.

No salió Conti.

Salieron dos hombres.

Lorenzo se inclinó hacia delante, el cuero del asiento crujiendo. Los observó descender los tres escalones de la entrada. Trajes oscuros, bien cortados pero no ostentosos. Zapatos negros que no brillaban bajo la lluvia, prácticos. Caminaban con una sincronía militar, sin prisa pero sin pausa, los hombros ligeramente echados hacia atrás. No miraban a su alrededor como policías, con esa curiosidad profesional. Su mirada era directa, funcional: del portal al coche, un Fiat gris estacionado justo enfrente.

No intercambiaron palabra. Uno abrió la puerta del conductor, el otro se deslizó en el asiento del pasajero. El motor arrancó con un ronroneo suave, casi inaudible. Los faros se encendieron, cortando la penumbra grisácea del amanecer. El coche se alejó despacio, doblando la esquina y desapareciendo.

No eran policía. No eran matones a sueldo. Eran otra cosa. Profesionales.

El vacío que dejaron en la calle pareció expandirse, llenándose de un silencio más denso. Lorenzo no movió un músculo. La respiración se le había hecho superficial, como si el aire mismo fuera delgado. Contempló la puerta verde, cerrada de nuevo.

Cuatro minutos después, se abrió otra vez.

Massimo Conti emergió, solo. Iba sin abrigo, con una camisa beige arrugada y los pantalones del día anterior. Su rostro, iluminado por la luz grisácea, era una máscara de cera pálida. Los ojos parecían

hundidos, oscuros. Pero no caminaba como un hombre roto. No arrastraba los pies, no miraba al suelo con esa postura encogida de la derrota. Avanzó hacia su coche, un Renault gris polvo, con una determinación rígida, antinatural. Como un sonámbulo siguiendo un programa.

Abró la puerta. Se sentó. Arrancó.

Lorenzo lo observó alejarse en la misma dirección que el Fiat gris. No lo siguió. No hizo ningún movimiento. Permaneció inmóvil mientras el Renault desaparecía y la calle volvía a su quietud húmeda, solo rota por el golpeteo manso de la llovizna sobre el techo.

Una certeza fría, más sólida que el dolor de su rodilla, se instaló en su pecho. No era miedo. Era reconocimiento. Conti ya no era un aliado inestable, un eslabón débil que podía quebrarse bajo presión. Era un activo controlado. Hablaban con él. Le daban instrucciones. Lo habían visitado al amanecer para asegurarse de que su programa funcionaba.

La operación en Civitavecchia estaba comprometida. Podía ser una trampa, una celada perfecta como Claudia había intuido. O podría ser real, pero con Costa advertido, preparado, listo para recibirlos con algo peor que guardias de seguridad.

El termo de café cayó al suelo del pasajero con un golpe sordo. Lorenzo no lo miró. Sacó el dispositivo del bolsillo interior de su gabardina. La pantalla se encendió, iluminando sus manos, que no temblaban.

Podía llamar a Claudia. Podía decirle que abortaran. Era lo sensato. Lo único que un policía suspendido, sin recursos, sin respaldo, debería hacer.

Sus dedos pasaron por encima del contacto de ella. Siguieron adelante.

Encontró el número que ella le había leído en el puente. El del capitán de la Guardia di Finanza. Russo.

Lo marcó.

La llamada sonó dos veces antes de ser contestada. No hubo saludo, solo un silencio expectante al otro lado.

—La operación sigue en pie —dijo Lorenzo, su voz rasposa por el desuso y el café frío—. Pero cambiamos el objetivo principal.

Una pausa. Luego, la voz de Russo, grave y cansada:

—¿A cuál?

—No atrapar a Costa en el muelle —respondió Lorenzo, mirando a través del parabrisas empañado hacia la puerta verde, ahora vacía—. Sino seguirlo desde allí. Ver con quién se encuentra después. A dónde va cuando crea que ha ganado.

—Eso no estaba en el acuerdo.

—El acuerdo se hizo antes de que supiera que nos están vigilando los movimientos. Costa sabe lo de Civitavecchia. Quiere que vayamos. Yo quiero ver qué hace él cuando la redada termine, vacía o no.

Russo no respondió de inmediato. Se oía el leve zumbido de fondo de una oficina.

—Es una orden ilegal. Vigilancia no autorizada sobre un civil, sin pruebas suficientes para un juez.

—Sí —asintió Lorenzo, aunque el otro no podía verlo—. Lo es.

Otro silencio, más largo. Luego, un suspiro casi inaudible.

—Necesito los detalles del cambio. Horarios, puntos de observación. Todo.

—Te los daré. Hoy.

Cortó la comunicación.

Dejó el aparato sobre el salpicadero y encendió el motor. El sonido le pareció estridente en el silencio de la calle. Al cambiar de marcha, la rodilla protestó con una estocada cortante que le hizo contener el aliento. La ignoró.

Sabía, con una claridad absoluta y desprovista de emoción, que acababa de cruzar una línea de la que no había regreso. No era solo operar fuera de la ley. Era usar la ley, lo que quedaba de ella en Russo y sus hombres, como carnada para un juego más grande y más sucio. Estaba apostando su libertad, la de Claudia, la carrera de Russo, a poder ver un paso más allá en la sombra.

Puso el coche en marcha y se alejó de la calle residencial, dejando atrás la puerta verde y el aroma a tierra mojada. La lluvia, por fin, empezaba a caer con más fuerza.

CAPÍTULO 26: LA EMBOSCADA EN EL PUERTO

El motor del Fiat Punto emitió un último tic metálico al apagarse. Lorenzo apretó los dientes, el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda convertido en una aguja incandescente clavada en la rótula. A través del parabrisas empañado, la silueta del muelle tres se recortaba contra un cielo de plomo, iluminada por farolas de vapor de sodio que parpadeaban con un zumbido enfermizo.

Claudia, a su lado, mantenía los dedos entrelazados sobre su regazo. La mancha oscura en el hombro de su chaqueta parecía haberse expandido.

—Equipo Alfa en posición —la voz de Stefano Russo salió del teléfono móvil de ella, apoyado sobre el salpicadero. Era seca, profesional, sin rastro de la duda de horas antes—. Avanzamos hacia el contenedor blanco, código RFR-4491. Mantengan cobertura.

Lorenzo asintió, una mueca. Observó cómo tres figuras oscuras, indistinguibles en la penumbra, se deslizaban desde detrás de una pila de palés vacíos. El aire que entraba por la ventanilla entreabierta traía una mezcla penetrante: salitre, gasóleo y el dulzón hedor a pescado en descomposición que emanaba de los bloques de hielo derretidos junto a los muelles.

El silencio era lo más inquietante. Solo el golpeteo lejano de un cabo contra un mástil, el grito solitario de una gaviota. Nada de actividad portuaria, ningún camión refrigerado, ningún guardia.

—Alfa a punto de ingresar —susurró Russo por el canal.

Lorenzo sintió un nudo de hielo formarse en el estómago. Demasiado fácil. Demasiado desierto. Los dedos de Claudia se crisparon, las articulaciones blanquearon.

Los segundos se estiraron como goma. La radio permaneció en silencio. Luego, la respiración de Russo, más audible.

—Interior… vacío.

No era una declaración. Era una maldición ahogada.

—Repito, contenedor vacío. Salvo… —una pausa, el roce de una suela contra el suelo de metal—. Unas cajas de cartón. Contenido… fragmentos de cerámica. Roja. Barniz burdo. Réplicas de mierda del mercado de Porta Portese.

El nudo en el estómago de Lorenzo se deshizo en un chorro de ácido que le subió por la garganta. No era una decepción; era la comprensión física, brutal, de la celada. Conti no había sido presionado. Había sido un señuelo. Y ellos habían mordido el anzuelo con la boca abierta.

—Salgan —logró gruñir Lorenzo, inclinándose hacia el aparato—. Salgan ahora, Russo.

Pero ya era tarde.

Desde la boca del muelle, una luz blanca y cegadora, fría como el acero quirúrgico, los bañó a todos. No eran los faros amarillentos de un vehículo civil. Eran proyectores de xenón, de esos que montaban las patrullas de carretera.

Un motor diesel gruñó, seguido por otro. Siluetas de furgonetas se materializaron detrás del muro de luz.

—Policía Portuaria —escupió Claudia, su voz un hilo tenso—. No son los de Costa.

Russo maldijo por la radio, una sarta de palabras cortantes y ahogadas. Se oyeron pasos apresurados, el crujido de la grava.

La luz blanca se desplazó, barriendo el muelle, y por un instante iluminó de lleno el Fiat Punto. Lorenzo levantó una mano para protegerse los ojos, la rodilla protestando con un dolor agudo y sordo. En el destello, vio las letras azules en el costado de las furgonetas. No era una intervención casual. Estaban esperando.

—Arranca —le ordenó a Claudia, su propia voz sonando extraña, distante.

Ella ya tenía la llave en la mano. El motor tosió, falló una vez, y rugió.

El motor del Fiat arrancó con un gruñido seco. Claudia pisó el acelerador, pero el vehículo solo avanzó unos metros antes de tener que frenar en seco.

Otra furgoneta, idéntica a la primera, emergió de una bocacalle lateral, sellando la única salida del muelle que no estaba bloqueada por el contenedor. Quedaron atrapados en un triángulo de acero y luz cegadora.

—¡Mierda! —La voz de Russo por la radio era un susurro áspero, cargado de pánico contenido—. Estamos rodeados. Tres agentes frente a la puerta. Armas desenfundadas.

Lorenzo apretó los dientes. El dolor en su pierna era una un hierro candente, pero la rabia era más fría, más cortante. Observó a través del parabrisas. Los agentes portuarios no se acercaban con la cautela de una intervención rutinaria. Avanzaban en formación, movimientos sincronizados, linternas tácticas sujetas bajo los cañones de sus pistolas. El olor a gasóleo quemado de los motores diésel se colaba por las rendijas del coche, mezclado con la sal marina y el moho de las maderas del muelle.

Una voz amplificada por un megáfono retumbó contra las paredes metálicas de los almacenes, haciendo eco.

—¡Salgan del vehículo con las manos visibles! ¡Ahora!

—No son los de Costa —repitió Claudia, sus dedos blancos alrededor del volante. Su mirada verde, reflejada en el retrovisor, buscaba una salida que no existía—. Esto es una respuesta coordinada. Nos tendieron una trampa desde dentro.

La radio crepitó de nuevo.

—Valenti, no podemos salir por la fuerza —la voz de Russo temblaba levemente—. Son seis, quizá siete. Estamos en un contenedor de metal. Una ratonera. Si resistimos, esto se convierte en un baño de sangre y mis hombres… mis hombres no firmaron para eso.

Lorenzo cerró los ojos un instante. La imagen de Conti partiendo de su casa con aquella determinación falsa, teatral, le quemaba las entrañas. No había sido presionado. Había sido instruido. Cada palabra, cada gesto de miedo, calculado para conducirlos aquí, a este callejón sin salida frente al mar negro.

—Entonces ríndanse —logró decir, la garganta seca—. Pero no digan nada. Absolutamente nada. Ustedes estaban haciendo una inspección de rutina por un aviso anónimo. No conocen a nadie llamado Valenti.

—¿Y tú?

Un haz de luz blanca barrió el interior del Fiat, deteniéndose en sus caras. Un agente, más alto que los demás, señaló directamente hacia ellos con su linterna. Hizo un gesto claro, imperativo, con la mano libre: bajen.

—A nosotros nos toca otra cosa —murmuró Lorenzo, y su mano derecha se deslizó hacia la palanca de cambios, colocándola en primera.

Claudia entendió al instante. Sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor del volante, los nudillos blanqueando aún más. No apagó el motor. Mantuvo el pie izquierdo presionando el embrague, el derecho rozando el acelerador.

—¿Plan? —preguntó, sin mirarlo, la voz apenas un susurro.

El ex policía respiró hondo, el aire viciado del coche llenándole los pulmones. Su placa estaba en un cajón de la comisaría. Su arma, custodiada por Asuntos Internos. Solo tenía su nombre, su dolor y la certeza amarga de la traición.

—Improvisar —respondió, y abrió la portezuela.

El aire frío de la noche lo golpeó, cargado de humedad salina. La luz de los proyectores le hacía entrecerrar los ojos grises. Vio a los hombres de Russo saliendo del contenedor con las manos en la nuca, siendo empujados contra la pared de chapa. Los agentes portuarios eran eficientes, profesionales. No gritaban. Solo daban órdenes secas.

El agente alto se acercó. Llevaba la gorra de la Policía Portuaria calada hasta los ojos, pero la boca era una línea delgada y dura.

—Documentación —exigió, extendiendo una mano enguantada.

Lorenzo empezó a sacar su cartera, los movimientos lentos para no provocar. A su lado, Claudia permanecía inmóvil, la mirada fija en algún punto del horizonte marino, donde las luces de un carguero lejano titilaban como estrellas falsas.

En ese instante, un estruendo metálico retumbó desde el otro extremo del muelle. Lorenzo apenas tuvo tiempo de ver cómo una de las furgonetas se desplazaba bruscamente, empujada por algo—o alguien—desde dentro del contenedor. El agente alto giró la cabeza, distraído por el movimiento.

—¡Ahora! —silbó Claudia.

Su pie golpeó el acelerador antes de que Lorenzo terminara de entender. El Fiat Punto saltó hacia adelante, no hacia la salida bloqueada, sino hacia la barrera metálica que separaba el muelle de una zona de carga abandonada. El impacto fue seco, brutal. La barrera cedió con un chirrido de metal retorcido. El coche se tambaleó, los neumáticos patinando sobre el asfalto húmedo, y salió disparado hacia un callejón lateral.

Detrás, las voces amplificadas se convirtieron en gritos confusos. Un haz de luz los persiguió, barriendo las paredes de ladrillo a ambos lados, pero ya estaban girando, desapareciendo en el laberinto de almacenes.

Cinco minutos después, el Fiat Punto rugía por una carretera costera sin alumbrado, los faros arañando la niebla que se levantaba del mar. El olor a goma quemada del embrague forzado se mezclaba con el salitre. Claudia apretaba el volante con tal fuerza que los nudillos brillaban pálidos bajo el tenue salpicadero.

Lorenzo buscó el teléfono quemador en el bolsillo de su gabardina. Los dedos le temblaban, no por el miedo, sino por la rabia contenida que le tensaba cada músculo. Marcó el número de Conti. Un tono plano, monótono, y luego la grabación automatizada: *Il numero chiamato non è al momento raggiungibile.*

—Fuera de servicio —masculló, dejando caer el aparato sobre el asiento.

—Prueba con el fijo —indicó ella, la voz ronca.

Lo intentó. La llamada sonó en el vacío, una docena de veces, antes de cortarse sola. No había nadie. O no quería contestar. O ya no podía.

Claudia respiró hondo, un sonido áspero. Con la mano izquierda, manteniendo la derecha firme en el volante, sacó su propio dispositivo. La pantalla iluminó su rostro con un resplandor fantasmal. Deslizó el dedo, accediendo al registro de alertas que había configurado para el arqueólogo.

—La llamada a Suiza —dijo, leyendo los datos en voz baja, como si le costara formar las palabras—. Duró cuarenta y siete segundos. Se inició desde una cabina pública a tres calles de su casa. A las diecinueve veintidós.

—Después de que los hombres de traje se fueran.

—Sí. Y justo antes de que él saliera, con esa… determinación de cordero al matadero que viste.

Lorenzo cerró los ojos. El dolor en la rodilla era una fuego devorador, pero era nada comparado con la quemazón en el pecho. Habían bailado al son que les tocaron. Conti los había guiado hacia la trampa con la precisión de un maestro de ceremonias, obligado por una amenaza mayor: su hija. Costa no solo los había anticipado; les había tendido la mano y ellos la habían estrechado.

—Russo —logró decir el nombre.

—Están detenidos. Operación ilegal, sin orden, en zona portuaria restringida. —Claudia apretó los labios—. Iodice tendrá la excusa perfecta para enterrarlos. Y a nosotros.

El vehículo tomó una curva cerrada. Los neumáticos chirriaron ligeramente sobre el asfalto húmedo. A lo lejos, las luces amarillas del puerto se fundían en una mancha difusa, como una herida en la noche.

—Lo sabía —musitó Lorenzo, mirando por la ventanilla lateral empañada—. Sabía que había una orden de vigilancia interna. Y aún así…

—¿Y aún así fuimos? —Ella terminó la frase por él, sin acritud, solo con un cansancio profundo—. No había otra opción. Era la única jugada en el tablero.

—Es una mala excusa.

—Es la verdad.

Un silencio espeso llenó el habitáculo, roto solo por el zumbido del motor y el golpeteo rítmico de los amortiguadores en un bache. Lorenzo sintió el peso de cada error, de cada confianza mal depositada. Había arrastrado a Russo, a sus hombres, a esta mujer a su lado, hacia un precipicio que él mismo no había sabido ver.

El teléfono personal, en el bolsillo interior de su chaqueta, vibró.

Una sacudida sorda, insistente. Lo sacó. Una notificación de mensaje en pantalla. Número desconocido, una secuencia aleatoria de dígitos.

Abrió el texto. Tres líneas, sin firma:

La partada ha terminado. El tablero se limpia.

Ustedes son las piezas sobrantes.

El aire se le heló en los pulmones. Antes de que pudiera reaccionar, la pantalla cambió. La vibración se transformó en el timbre estridente de una llamada entrante. No era el mismo número. Esta vez, el identificador mostraba un nombre, claro y nítido en la oscuridad:

COM. IODICE.

CAPÍTULO 27:
SUSPENSIÓN DEFINITIVA

El teléfono vibraba en la palma de Lorenzo con la persistencia de una picadura de avispa. La pantalla iluminaba su rostro en el oscuro habitáculo: el nombre de Iodice. El motor del Punto emitía un ronroneo forzado, un sonido a metal cansado que se fundía con el zumbido de los neumáticos sobre el asfalto húmedo.

Claudia tensó los dedos sobre el volante. La luz intermitente de las farolas le cruzaba los ojos, dejando destellos de ámbar en su mirada intensa.

—No lo cojas.

Él ya había deslizado el dedo por la pantalla. La llevó a la oreja. No dijo nada.

La voz del comisario llegó sin saludo, seca y plana como un dictamen. —Valenti. Presentación inmediata en la Jefatura Superior. Via San Vitale. Ahora.

—¿Con qué motivo?

—La suspensión es cautelar, no unas vacaciones. Tienes que firmar el acta de notificación oficial y entregar todo el material del caso. Es procedimiento.

El procedimiento. La palabra sonó a trampilla que se abría bajo sus pies.

—Media hora —dijo Iodice, y cortó.

Lorenzo bajó el teléfono. El dolor en la rodilla había mutado de aguja incandescente a un bloque sordo y pesado, un lastre de hormigón que le anclaba al asiento. Lo notaba incluso en la respiración, un latido profundo que coincidía con el del motor.

—Es una celada —la voz de Claudia era un susurro áspero—. Firmar papeles a esta hora, en la Jefatura… No te van a dejar salir por la puerta principal.

—Lo sé.

—Entonces no vayas. Desaparecemos. Ahora mismo. Giramos y nos perdemos.

Él miró por la ventanilla. La carretera costera serpenteaba entre la oscuridad del mar y los cerros. Roma era un resplandor lejano, una mancha de luz enfermiza en el horizonte. Desaparecer. La idea tenía el sabor dulzón y falso de una pastilla para dormir.

—Si no voy, me declaran en rebeldía. Emiten una orden de búsqueda. Me convierto en un fugitivo antes de que anochezca mañana. —Giró la cabeza hacia ella. En la penumbra, la mancha oscura en su hombro parecía haberse extendido, una sombra pegada a la tela—. Así no podemos hacer nada. Ni siquiera escondernos.

Ella golpeó el volante con la base de la mano. Un sonido seco, frustrado. —¡Y así, yendo como un cordero, tampoco! Te van a sepultar en algún despacho. O algo peor.

—Puede ser. —Su propia calma le resultaba ajena, como si observara a otro hombre desde lejos—. Pero es la única jugada que me queda dentro del tablero. Si salgo del tablero, pierdo por defecto.

Claudia frenó bruscamente en un arcén desierto. El coche se balanceó sobre los amortiguadores cansados. El aire dentro olía a sudor seco, a gasóleo y al miedo metálico que ambos exhalaban.

—No es una jugada. Es un suicidio.

—Es un riesgo calculado. —Él abrió la puerta. La noche fría entró de golpe, limpiando un poco la pesadez del aire—. Ellos quieren limpiar el caso, no crear otro mártir. Mi desaparición sería más problemática que mi… mi jubilación anticipada.

Se apoyó en el marco de la puerta para levantarse. La rodilla protestó con un chasquido seco, un dolor que le nubló la visión por un segundo. Agarró el techo del vehículo, los nudillos blancos.

Ella lo miró, y en su expresión vio algo que se quebraba: la certeza de su alianza, la fe en que podían seguir avanzando juntos. Ahora solo había una rendija por donde se colaba el frío de la realidad.

—¿Dónde te dejo? —preguntó, y la resignación en su voz era lo más doloroso que había escuchado en horas.

—A dos calles de la Jefatura. En la plaza del Quirinale. Allí hay tráfico a todas horas.

Asintió, sin mirarlo. Arrancó de nuevo.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Lorenzo observaba las calles que se volvían más céntricas, los edificios que crecían en altura y solemnidad. La ciudad se cerraba a su alrededor como una concha.

Cuando el Punto se detuvo junto a una fuente iluminada, él ya tenía la mano en la manija.

—Espérame una hora —dijo—. Si no salgo, o si sale alguien tras mí que no sea yo, te vas. Usa el material. Lo que enviaste y lo que guardamos.

Claudia no respondió. Solo asintió, la mirada fija en el retrovisor, escrutando la calle vacía a sus espaldas.

Él bajó. El impacto del suelo en su pierna mala le arrancó un jadeo. Cerró la puerta. A través del cristal sucio, sus miradas se

encontraron por un instante. Luego ella aceleró y el coche se fundió con la noche.

Lorenzo se volvió y comenzó a caminar, cojeando, hacia el edificio de piedra clara que se alzaba al fondo de la calle. La Jefatura Superior. Luces encendidas en varias ventanas, como ojos vigilantes. Avanzó hacia ellas, cada paso una condena que se firmaba a sí misma.

El aire del despacho olía a limpiacristales agresivo y al tabaco frío de un cenicero de cristal vacío. La luz de los tubos fluorescentes vibraba con un zumbido sordo, bañando la mesa de roble oscuro y las fotografías desplegadas sobre ella. Lorenzo las contemplaba, la rodilla izquierda convertida en un peso muerto ardiente que le nublaba la visión periférica.

El hombre sentado al otro lado no era Iodice. Era mayor, con el pelo plateado peinado hacia atrás con precisión militar y un traje gris perla que parecía recién planchado. Sus manos, cruzadas sobre el expediente abierto, tenían las uñas cortadas al ras. No había anillos.

—Las imágenes son claras, Valenti —dijo la voz, neutra, sin reproche, como leyendo un informe meteorológico—. Interferencia en una operación de la Policía Portuaria. Contacto no autorizado con elementos de la Guardia di Finanza en misión encubierta. Presencia en una zona restringida del puerto comercial mientras se desarrollaba una detención.

Lorenzo no respondió. Su mirada se posó en una de las fotografías: él, de espaldas, junto al contenedor blanco RFR-4491. La toma era nítida, profesional. No una captura de una cámara de seguridad portuaria. Alguien había estado allí, esperando.

—El comisario Iodice ha presentado un informe detallado —continuó el jefe, deslizando una hoja con membrete oficial hacia él—. Incluye la denuncia por malversación, tu historial de insubordinación reciente y ahora esto. La suspensión cautelar se convierte en definitiva. Se abre proceso disciplinario que podría derivar en cargos penales por obstrucción a la justicia y asociación ilícita.

El sonido del tictac de un reloj de pared marcaba el compás en el silencio. Lorenzo notó el peso ausente de la placa en su bolsillo, el vacío donde debía estar la culata de la Beretta. Respiró hondo, y el aire le quemó los pulmones.

—¿Russo? —logró articular, la garganta seca.

—El capitán Stefano Russo ha sido suspendido también. Sus hombres están siendo interrogados. La operación ilegal en Civitavecchia se desarticuló gracias a información oportuna.

—Información de Iodice.

El jefe de policía inclinó levemente la cabeza, un gesto que no era un asentimiento ni una negación. Era un punto final.

—Te estamos haciendo un favor, Valenti. Si la Fiscalía toma el caso, no será solo la carrera lo que pierdas. Es por tu propio bien. Firma la aceptación de la suspensión y el compromiso de no acercarte a instalaciones policiales ni contactar con personal en servicio. Así se queda en una cuestión interna.

Extendió un bolígrafo. El metal relució bajo la luz blanca.

Lorenzo miró la firma al pie de la hoja, la rúbrica del comisario Iodice ya estampada. Un hormigueo frío le subió por la nuca. No era corrupción, comprendió de pronto. Era higiene. Él era el cuerpo extraño, la infección a extirpar para que el organismo siguiera funcionando. El sistema se protegía a sí mismo, limpio e implacable.

Tomó el bolígrafo. La presión de los dedos le hizo notar el temblor que llevaba reprimiendo desde el muelle. Firmó. El trazo fue ilegible, una cicatriz de tinta azul sobre el papel.

—Tu placa y tu arma ya están custodiadas por Asuntos Internos —dijo el jefe, recogiendo el documento—. Tienes diez minutos para desalojar tu taquilla. Un agente te acompañará.

Se levantó. El movimiento fue puro protocolo, la entrevista había terminado. Lorenzo se incorporó a su vez, el dolor en la pierna

disparándose en un relámpago blanco que le hizo agarrarse al borde de la mesa. El hombre no ofreció ayuda. Solo observó, con la paciencia de un geólogo ante una roca a punto de desprenderse.

El pasillo fuera del despacho estaba desierto, iluminado por las mismas luces mortecinas. Caminó cojeando hacia el vestíbulo principal, cada paso resonando en el linóleo desgastado. Al pasar frente a una ventana alta, vio el reflejo de la ciudad nocturna y, abajo, estacionado junto a una farola, un Fiat gris. En el asiento del conductor, la brasa naranja de un cigarrillo.

Bajó las escaleras lentamente, agarrándose al pasamanos. En el vestíbulo, el conserje nocturno apartó la mirada de inmediato, fingiendo concentración en un formulario.

Al salir a la noche, el aire frío le golpeó el rostro. Su teléfono personal vibró en el bolsillo. Lo sacó. Un mensaje de Claudia, sin saludo: 'TE VIGILAN. NO VENGAS AL CAFÉ.'

Levantó la vista. En el Fiat gris, la brasa del cigarrillo se agitó en la oscuridad, describiendo un lento arco antes de ser arrojada a la calle. El motor arrancó con un ronroneo suave.

El banco de piedra estaba frío, un bloque de hielo que le atravesaba el pantalón. Lorenzo no se movió. Observaba la plaza vacía, donde el viento arrancaba papeles de un contenedor volcado y los hacía danzar bajo la farola que parpadeaba como un corazón agonizante. El olor a tierra mojada y restos de comida podrida se mezclaba con el aire nocturno.

Claudia llegó desde la sombra de un portal, sin ruido. Se sentó a su lado, dejando un espacio de medio metro entre ellos. No se miraron.

—Tu terminal está bloqueada —dijo él, voz ronca por el frío y el desuso—. Tu código de acceso, revocado. La consulta que hiciste sobre la matrícula del Fiat gris fue registrada como intento no autorizado a las 21:47.

Ella asintió, una sola vez. Sacó su teléfono personal, lo encendió. La pantalla iluminó su rostro cansado, los ojos verdes apagados.

—Iodice activó un protocolo de monitorización remota en todos mis dispositivos asignados. Recibí una notificación automática del sistema de seguridad interna hace una hora. No es una suspensión, todavía. Es un aislamiento preventivo. No puedo acceder a bases de datos, a registros de llamadas, ni siquiera al archivo digital del caso Valli.

—Russo —preguntó Lorenzo.

—Sigue detenido. Lo trasladaron a los calabozos de la jefatura de la Policía Portuaria en Civitavecchia. Sus hombres también. La acusación preliminar es intrusión en instalación portuaria de seguridad crítica y resistencia a la autoridad. —Hizo una pausa, tragó saliva—. No hubo abogado. No hubo llamada.

El silencio que siguió fue distinto. No era la ausencia de sonido, sino la confirmación de un vacío. El sistema no solo los había expulsado; los había sellado fuera.

Lorenzo apoyó las manos en las rodillas y se inclinó hacia delante. La articulación izquierda protestó con un dolor sordo y profundo, como un diente podrido en la encía.

—Voy a la sede de Edilizia Romana. A la oficina de Costa.

Claudia giró la cabeza hacia él por primera vez. Su expresión no era de sorpresa, sino de un reconocimiento lúgubre.

—Es un suicidio. No tienes placa. No tienes autorización. No tienes pruebas que presentar. Solo tienes una historia y una cojera.

—Ya no soy policía —replicó él, levantándose del banco. El movimiento fue torpe, forzado. Se apoyó en el respaldo de piedra, la respiración entrecortada—. Un ciudadano enfadado tiene ciertas libertades. Puede hacer una denuncia. Puede exigir una explicación. Puede causar un escándalo en el vestíbulo de un edificio de oficinas.

—Te detendrán antes de cruzar la puerta. O algo peor.

—Probablemente.

Ella se puso en pie de un salto. El gesto hizo que se llevara una mano al hombro, una mueca de dolor le cruzó el rostro.

—Entonces es una tontería. Es rendirse.

—No —la voz de Lorenzo era plana, metálica—. Es elegir el campo de batalla. Hasta ahora, hemos jugado en el suyo. Con sus reglas, sus tribunales, sus códigos. He perdido. —Miró hacia la oscuridad de la callejuela que se abría al otro lado de la plaza—. Ahora voy al mío. El de un hombre con nada que perder y una sola pregunta que hacer.

Claudia lo observó, su pecho subiendo y bajando con rapidez. En su mano, el teléfono vibró suavemente. Bajó la mirada. La pantalla mostraba un mensaje del contacto de prensa, aquel número que Valenti le había dado en el garaje. Dos palabras: 'Material recibido. ¿Disparamos?'.

Sus dedos se cerraron alrededor del dispositivo. La luz se apagó, sumiéndola de nuevo en la penumbra.

Lorenzo ya se alejaba, arrastrando la pierna rígida, fundiéndose en la boca oscura de la callejuela que llevaba hacia el centro.

Ella no respondió al mensaje. Guardó el teléfono en el bolsillo, dio un paso hacia delante, luego otro. Y empezó a correr, un trote corto y doloroso, para alcanzar la silueta que desaparecía en las sombras.

CAPÍTULO 28: SIN PLACA, SIN LEY

El viento arrancaba papeles de un contenedor volcado y los arrastraba por el pavimento mojado del callejón. La luz de una farola parpadeaba en intervalos irregulares, proyectando sombras que se estiraban y encogían sobre los muros de ladrillo desconchado. El aire olía a basura húmeda y al amoníaco penetrante de la orina de gato.

Lorenzo se apoyó contra la pared fría, la rodilla izquierda convertida en un nudo de fuego y hierro. Cada latido enviaba una descarga eléctrica desde la cadera hasta el tobillo. Respiró por la boca, el vaho formando nubecillas efímeras.

Los pasos de Claudia resonaron en el silencio. Apareció desde la boca oscura del pasadizo, la gabardina oscura pegada al cuerpo por el viento. Su rostro estaba tenso bajo la luz intermitente.

—Mi terminal está bloqueada —dijo sin preámbulos, la voz ronca por la fatiga—. Iodice activó un protocolo de monitorización remota. No puedo acceder a nada. Si intento consultar una base de datos, saltará una alerta.

El hombre asintió, el gesto apenas un movimiento de cabeza. El dolor nublaba los bordes de su visión.

—Russo sigue en los calabozos de la policía portuaria —continuó ella —. Sin abogado, sin llamada. Es una detención preventiva. Iodice

presentó un informe detallado sobre Civitavecchia. Incluye fotografías.

—Lo sé —murmuró Lorenzo—. Las vi.

Claudia se acercó. En la luz amarillenta, la mancha oscura en su hombro parecía haberse expandido, un círculo de tela rígida y pegajosa.

—No puedes ir —dijo, los ojos verdes fijos en los suyos—. Es una trampa obvia. Costa estará esperándote.

—Ya no soy policía, Claudia.

—Eso no te hace inmune. Te matará.

—Quizás. —Lorenzo empujó el cuerpo lejos de la pared, forzando la pierna a soportar su peso. Una punzada le hizo cerrar los párpados por un instante—. Pero ahora soy una pieza sobrante. Y las piezas sobrantes solo sirven para moverlas hasta la casilla de salida o sacarlas del tablero. Él lo decidirá.

Ella negó con la cabeza, un gesto rápido de frustración.

—Hay otras opciones. El juez Malipiero…

—No hay tiempo. —Cortó él, la voz más firme de lo que esperaba—. Conti mintió sobre la fecha y el lugar, pero no sobre el hecho. El envío es inminente. Si no es por el puerto, será por otra vía. Costa lo moverá ahora, antes de que alguien más hable. Es nuestra última oportunidad de verlo, de seguirlo.

—¿Y si no está? ¿Y si solo hay guardias?

—Entonces registro su despacho. Busco lo que no pudo llevarse.

Claudia soltó un sonido entrecortado, mitad risa, mitad exasperación. Se llevó una mano al hombro, presionando la herida a través de la tela.

—Estás cojo, desarmado y suspendido. Yo estoy vigilada y herida. Es un suicidio.

—Sí.

La simpleza de la respuesta la dejó en silencio. El viento silbó entre los edificios, levantando una espiral de papeles rotos. En la distancia, el rumor del tráfico nocturno de Via del Tritone era un zumbido constante, ajeno.

—Está bien —dijo finalmente, la voz baja—. Pero entro contigo.

—No.

—Lorenzo…

—Tú sigues siendo policía. —La miró directamente—. Es tu coartada. Si algo sale mal, dices que me seguías por orden de Iodice, que intentabas impedir que un civil suspendido cometiera un delito. Conservas tu puesto. Conservas el acceso.

Sacó el teléfono quemador del bolsillo interior de la gabardina. El plástico negro estaba tibio.

—Toma. Tiene todo: las fotos del protocolo, la transferencia, el extracto. La contraseña es la fecha del informe de Valli, al revés.

Ella no extendió la mano.

—Si no salgo en una hora —continuó él, sosteniendo el aparato en el espacio entre ellos—, activas el plan con el contacto de prensa. Lo publican todo. Aunque yo desaparezca, la partida no habrá terminado.

Claudia tragó saliva. Sus dedos, finalmente, se cerraron alrededor del teléfono. El objeto parecía pesar más de lo que era.

—Una hora —repitió, como sellando un pacto.

—Una hora.

Lorenzo dio media vuelta, arrastrando la pierna rígida. El dolor era ahora una presencia constante, un compañero familiar. Al llegar a la esquina del callejón, se detuvo sin volverse.

—El jardín botánico —dijo—. Al amanecer. Si no estoy, no esperes.

Oyó su respiración, un sonido corto y entrecortado, antes de que el viento se llevara cualquier otra palabra. Empujó el cuerpo hacia la luz de la Piazza Barberini, dejando atrás la oscuridad y el olor a orina, caminando hacia la silueta iluminada del palazzo que albergaba Edilizia Romana.

El vestíbulo era un cubo de mármol pulido que reflejaba las luces empotradas en el techo como estrellas en un lago negro. Un aire acondicionado frío bajaba desde las rejillas, cargado de un olor químico a limpiacristales que le rasgó la garganta. En el centro, un mostrador de roble vacío. A la derecha, un joven con uniforme de seguridad privada —chaqueta azul marino demasiado grande— se levantó de una silla plegable. Tenía la cara redonda, lampiña, y los ojos se le abrieron como platos al ver la figura que se acercaba cojeando.

Valenti apoyó una mano en el mármol frío para aliviar el peso de la pierna. El dolor era un taladro constante en la rótula.

—Buenas noches —dijo, con una voz que intentó sonar cansada, de rutina—. Tengo una entrega urgente para el señor Costa. Asunto del proyecto A7.

El guardia parpadeó. Su mirada bajó a las manos vacías del hombre, luego a su ropa arrugada, a la cojera evidente.

—No… no hay nadie a estas horas. Las oficinas están cerradas.

—Él me espera. —Valenti hizo un gesto vago con la cabeza hacia los ascensores—. Es logística especial. Ya sabe.

—Debo llamar.

—Llame.

El muchacho retrocedió hacia el teléfono fijo tras el mostrador. Marcó un número interno. El zumbido de la línea esperando resonó en el silencio marmóreo. Una vez. Dos. Tres veces. Nadie contestó.

—No responde —balbuceó el guardia, colgando—. Lo siento, pero no puedo…

—Mire. —Valenti se inclinó hacia adelante, bajando la voz a un tono confidencial y duro—. El envío del A7 no se retrasa. El señor Costa es muy claro con eso. Si quiere, le doy mi nombre y usted anota que me negó el acceso. Luego le explica a él por qué su material especial no llegó a tiempo.

Sudor perló la frente del joven. Sus dedos tamborilearon sobre el mostrador.

—No tengo instrucciones…

—¿Y cree que las tendría? Esto es discreto. —Valenti dio un paso hacia los ascensores, arrastrando la pierna—. Subo, dejo el material, bajo. En cinco minutos. Usted no ha visto nada.

El guardia tragó. Su mirada se desvió hacia las pantallas de seguridad a su izquierda, cuatro ángulos muertos de pasillos vacíos. Luego asintió, una sacudida rápida de la cabeza.

—El ascensor de la derecha. Piso siete. La recepción estará a oscuras.

Valenti asintió, sin dar las gracias. Cada paso hacia la cabina de metal pulido fue una concesión al dolor. Al entrar, el olor a ozono y aceite rancio le golpeó. Pulsó el siete. Las puertas se cerraron con un suspiro suave.

El ascensor ascendió con una lentitud deliberada. El rumor del motor era un ronroneo bajo en los huesos. Valenti levantó la vista. En la esquina superior, una cámara de domo con un LED rojo. Parpadeaba. Una vez. Una pausa larga. Dos veces rápido. Otra

pausa. No era el ritmo constante de una grabación automática. Era un código. Alguien estaba mirando.

El número siete se iluminó. Un suave *ding*. Las puertas se separaron.

La oscuridad era casi total. Un pasillo estrecho, alfombrado, se perdía hacia delante. A la izquierda, puertas cerradas con placas de latón. A la derecha, sólo sombras. Pero al fondo, a unos quince metros, una línea de luz amarillenta brillaba bajo el umbral de una puerta.

Valenti salió. Las puertas del ascensor se cerraron a su espalda con un chasquido definitivo, aislando el zumbido. El silencio que quedó era absoluto, espeso, cargado de la quietud de un lugar que ha sido abandonado a propósito.

Avanzó un paso. La alfombra ahogó el sonido de sus zapatos. Otro paso. El hombro rozó la pared.

Un movimiento a su derecha, en la penumbra. Sólo un cambio en la densidad de la oscuridad, como si algo hubiera retrocedido.

Se detuvo. Contuvo la respiración. Escuchó.

Nada.

Miró hacia la línea de luz al fondo del pasillo. En ese preciso instante, se apagó.

La línea de luz bajo la puerta había desaparecido, pero el umbral permanecía entreabierto, un espacio negro más denso en la pared. Valenti avanzó hacia ella, arrastrando la pierna izquierda como un lastre. La alfombra absorbía el sonido de su cojera, convirtiéndola en un espectro silencioso. El aire olía a cuero encerado y a la quietud de un museo después del horario de cierre.

Empujó la puerta con la punta de los dedos. Cedió sin ruido.

El despacho era una caja de cristal y sombras. Las ventanas de suelo a techo mostraban a Roma extendida como un tapiz de luces

anaranjadas y azules, un panorama que compraba poder, no belleza. En el centro, un escritorio de acero pulido, una isla en la oscuridad. Detrás, la silueta de un hombre en un sillón de diseño, recortada contra la ciudad.

—Comisario Valenti —dijo la voz, clara, sin sorpresa—. O debería decir, excomisario.

Valenti entró. El dolor en la rodilla era un un yunque al rojo vivo, pero lo ignoró, apoyándose ligeramente en el marco de la puerta.

—Alessandro Costa.

—Tenga la bondad de cerrar la puerta. El aire acondicionado es caro.

El policía empujó el panel hasta que el pestillo encajó con un clic suave. El sonido le selló dentro.

Costa no se movió. Su rostro quedaba en penumbra, pero la luz de la ciudad iluminaba sus manos, cruzadas sobre el vientre. Manos limpias, con las uñas recortadas con precisión.

—Supongo que no ha venido a pedirme un empleo.

—He venido a escuchar cómo lo niega todo —dijo Valenti, su voz más ronca de lo que esperaba—. El asesinato de Valli. El saqueo del mithraeum. La compra de un concejal. La trampa en Civitavecchia. Todo.

Costa inclinó la cabeza, un gesto casi de curiosidad académica.

—¿Para qué? Usted ya no tiene autoridad para acusar. Yo no tengo interés en actuar en un teatro. Lo que usted llama crimen, yo lo llamo gestión de un contratiempo. Roma está construida sobre contratiempos enterrados. Siempre lo ha estado.

—Valli no era un contratiempo. Era un hombre.

—Era un idealista —rectificó Costa, con un dejo de cansancio—. Los idealistas son luxaciones en la máquina. Duelen, y hay que

recolocarlos o extirparlos. Se eligió lo segundo. Es una cuestión de eficiencia, no de maldad.

Valenti sintió un frío que no provenía del aire acondicionado. No había negación, ni justificación ampulosa. Sólo el reconocimiento frío de una ecuación.

—Usted quiere justicia —continuó Costa—. Un concepto bonito. Yo ofrezco soluciones. Usted ya no es policía. Su compañera está siendo apartada. Sus aliados, detenidos. Es una pizarra limpia. Podría desaparecer. Con una suma que le permitiría vivir sin esa cojera que le está nublando la vista en este mismo instante.

La oferta flotó en el aire oscuro, obscena en su simpleza. Valenti miró hacia las ventanas, hacia la ciudad que Costa creía poseer.

—¿Cuánto vale el altar de Mitra en el mercado negro? ¿La tesera de mármol?

Un leve parpadeo en la silueta. La primera fisura.

—No soy coleccionista —dijo Costa.

—Pero sabe que el envío es inminente. Que lo que no pudo salir por el puerto saldrá por otro lado. El Tíber, tal vez. Mañana.

Esta vez, el silencio fue más largo. Costa separó las manos y apoyó las yemas de los dedos sobre el acero del escritorio.

—Lamento que piense en términos tan… lineales. Y lamento más que haya rechazado mi solución.

Su mano derecha se deslizó por debajo del borde del escritorio. No hubo sonido, pero una tensión nueva electrizó la habitación.

Valenti se giró hacia la puerta. Antes de que su mano alcanzara el pomo, ésta se abrió desde fuera.

Los dos hombres con traje oscuro llenaron el marco. Los mismos que había visto salir de casa de Conti. Rostros anónimos, expresiones profesionales y vacías. No dijeron nada.

Costa se levantó por primera vez, erguido contra el telón de luces de Roma.

—Lamento que haya elegido ser una pieza sobrante, Valenti.

Uno de los hombres entró. Su mano salió del bolsillo de la chaqueta. No era el cañón negro de una pistola lo que reflejó la luz de la ciudad, sino el metal cromado y mate de una herramienta. Una llave inglesa, pesada, de uso industrial.

La sostuvo con naturalidad, como un cirujano su bisturí. El otro hombre cerró la puerta a sus espaldas. El clic del pestillo sonó como el golpe de un martillo sobre un yunque.

CAPÍTULO 29: EL MERCADER DE HOMBRES

La lluvia azotaba los cristales de la oficina de Costa, difuminando las luces de Milán en un paisaje de manchas doradas y plateadas. Valenti, empapado y con el corazón latiéndole en la garganta, observaba desde el umbral. No estaba allí para el arresto. No todavía. La evidencia que Claudia había extraído de los servidores de Zephyr era poderosa, pero insuficiente. Necesitaban la confesión. Necesitaban escuchar la orden de su boca. Y para eso, necesitaban que Costa se sintiera intocable, seguro en su fortaleza.

Esta noche no era la confrontación. Era el reconocimiento.

Alessandro Costa, de espaldas a la puerta, contemplaba la tormenta. "Pensé que no vendrías, inspector. La noche no invita a visitas de cortesía."

"No es una visita de cortesía." Valenti avanzó, dejando un reguero de agua sobre el mármol pulido. Su mirada escudriñó la estancia: la posición del escritorio, las puertas laterales que, según los planos, conducían a una sala de servidores privada y a un pequeño gabinete. Calculó distancias, posibles puntos ciegos. "Es una advertencia."

Costa se giró, una sonrisa fría en los labios. "¿De parte de quién? ¿De la Comisaría? ¿O de esa fiscal obstinada que cree que puede cambiar las reglas del juego?"

“Las reglas son las mismas para todos, Costa. Incluso para los que creen haber escrito el manual.” Valenti se detuvo frente al escritorio, sin sentarse. Su presencia era un desafío, una prueba. Quería ver la reacción de los guardias, quería cronometrar su respuesta. “El caso Zephyr no se va a desvanecer. Cada hilo que tiramos nos lleva más cerca del centro de la telaraña.”

Un destello de irritación cruzó el rostro impecable del empresario. “Eres un mosquito persistente, Valenti. Y los mosquitos son aplastados.” Hizo un gesto casi imperceptible con la mano.

Como si hubieran estado esperando esa señal, las dos puertas laterales se abrieron al unísono. Por cada una emergió un guardia de seguridad, de constitución masiva y traje oscuro. No llevaban armas a la vista, pero sus chaquetas abultadas bajo el brazo izquierdo delataban la presencia de pistolas. Valenti no se inmutó. Los había visto llegar. Había contado los segundos desde la señal: tres. Demasiado lentos para una verdadera emergencia. Buena información.

“¿Esto es lo que haces con las advertencias, Costa? ¿Mandarlas callar?” Valenti no apartó la vista del empresario, aunque era consciente de que los dos hombres se colocaban a sus espaldas, bloqueando la retirada hacia la puerta principal.

“Esto es lo que hago con las invasiones de propiedad privada y las amenazas veladas.” Costa se sirvió un brandy, despreocupado. “Podrías salir por la puerta, inspector. O podrían sacarte. La elección es tuya.”

Valenti sonrió, un gesto sin humor. Había obtenido lo que necesitaba: un mapa mental de la seguridad inmediata, la confirmación de la arrogancia de Costa, el terreno. No era el momento de forzar la jugada. Forzarla ahora lo dejaría tendido en el suelo o, peor, detenido por alterar el orden. Y Claudia necesitaba que estuviera libre para el movimiento final.

“No me sacarán esta noche.” Valenti se volvió, enfrentando directamente a los dos guardias. Los evaluó: profesionales, pero con la confianza excesiva de quien solo ha enfrentado oposición débil. “Pero recuerda mis palabras, Costa. Tu fortaleza tiene grietas. Y yo sé exactamente por dónde se filtra el agua.”

Sin esperar respuesta, caminó con firmeza hacia la salida. Los guardias, sorprendidos por su decisión, se hicieron a un lado casi por inercia. Valenti sintió sus miradas clavadas en su espalda hasta que cruzó el umbral y se perdió en el pasillo alfombrado.

En el descenso en el ascensor, su tensión no cedía. Al salir al aparcamiento subterráneo, la humedad y el olor a gasolina sustituyeron a la lluvia. Su Fiat estaba solo, bajo una luz parpadeante. Al acercarse, su pie golpeó algo metálico que rodó con un sonido sordo sobre el hormigón. Se detuvo. Allí, junto a la rueda trasera, yacía una llave inglesa, larga y pesada. No era de su coche. La recogió, sintiendo el frío del acero en su palma. Algún mecánico despistado, pensó. O quizás un descuido de los mismos guardias de Costa que merodeaban por aquí. Sin darle más importancia, pero movido por un instinto de aprovechar cualquier ventaja, la arrojó al asiento del copiloto. Un simple trozo de metal, pero en sus manos podría ser algo más. Un recordatorio, tal vez, de que en esta guerra, hasta las herramientas más mundanas podían tener su utilidad.

Afuera, en la lluvia que ahora amainaba, respiró hondo. El aire frío limpió la tensión de sus pulmones. No había sido una retirada. Había sido un sondeo. Ahora conocía el campo de batalla. Sabía que la próxima vez que cruzara esa puerta, con Claudia y el escuadrón de la GdF listos para intervenir, nada lo tomaría por sorpresa.

La confrontación final estaba cerca. Pero esta noche solo había sido el primer acto de una obra cuidadosamente coreografiada. Y Costa, en su arrogancia, ni siquiera se había dado cuenta de que acababa de entregarle a Valenti el plano de su propia caída.

Capítulo 29: El Mercader de Hombres

La orden de Costa fue un suspiro seco, apenas audible sobre el zumbido del aire acondicionado.

—Acabad con esto.

El hombre de la derecha, el que sostenía la llave inglesa, avanzó. Su compañero, más corpulento, se deslizó hacia la izquierda para cortar la ruta hacia la puerta. La resplandor cerúleo de la ciudad, entrando por los ventanales, pintaba sus siluetas de un color frío y metálico.

Valenti no pensó. Su cuerpo ya estaba en movimiento, un mecanismo oxidado que respondía al instinto más antiguo. Giró hacia el hombre de la llave, pero su pierna izquierda falló. Un relámpago de dolor blanco le atravesó la articulación, tan intenso que le veló la vista por un instante. Se desplomó hacia adelante, una caída torpe que parecía un derrumbe.

El hombre con la herramienta bajó el brazo para el golpe, confiado.

Fue entonces cuando Valenti usó la caída. En lugar de resistirla, la canalizó. Su hombro derecho impactó contra las costillas del matón, justo debajo del brazo alzado. El aire salió de los pulmones del hombre con un sonido sordo. La llave inglesa, aún en su puño, se desvió y golpeó el suelo de acero pulido con un *clang* estridente que resonó en la habitación.

El dolor en la rodilla era un un horno de piedra fundida. Valenti lo ignoró. Sus dedos encontraron la muñeca del hombre, la apretaron con una fuerza que no sabía que le quedaba. Giró. Hubo un crujido de nudillos forzados al límite. Un gruñido de sorpresa y dolor. La llave se soltó.

La mano de Valenti se cerró alrededor del metal frío y pesado.

El segundo hombre ya estaba sobre él. Una mano grande se abalanzó para agarrarle por la nuca. Valenti se dejó llevar por el impulso, rodando sobre su hombro sano, arrastrando la pierna inútil. La llave inglesa salió disparada de su agarre, deslizándose por el suelo brillante hasta chocar contra la pata del escritorio de Costa.

No había tiempo para recuperarla.

Se arrastró hacia atrás, jadeando. El primer hombre, recuperándose, tosía apoyado en una rodilla. El segundo lo rodeaba, moviéndose con la paciencia de un depredador que sabe que la presa está herida. El olor a cuero nuevo del sillón cercano se mezclaba ahora con el acre del sudor frío.

Valenti alcanzó el borde del escritorio. Se aferró a él, los dedos resbalando sobre el acero pulido. Tiró de sí mismo, poniéndose de pie. La rodilla cedió de nuevo; un gemido escapó de sus labios apretados. Se apoyó completamente en el mueble, su peso haciendo crujir la estructura.

El hombre corpulento sonrió, un destello de dientes en la penumbra.

—No vas a ninguna parte, polizón.

Valenti no miró al hombre. Miró a Costa, que seguía sentado tras el escritorio, observando el espectáculo con la misma expresión con la que se contempla una obra de teatro mediocre. Luego, su mirada bajó. A la silla de diseño, de cuero negro y aluminio. A las ruedas. La llave inglesa, olvidada en el suelo junto a la pata del escritorio, brilló débilmente a la luz azulada.

Con un movimiento brusco, empujó la silla con toda la fuerza que le quedaba en el torso. Rodó directamente hacia las piernas del matón que avanzaba.

El hombre tropezó. No cayó, pero el equilibrio se quebró por un segundo. Un segundo era todo.

Valenti se impulsó del escritorio y se lanzó, cojeando de forma grotesca, hacia la puerta entreabierta. El pasillo oscuro estaba a tres metros. Sintió el aire moverse a su espalda, el fallido intento de agarre que rozó su chaqueta.

Cruzó el umbral. La penumbra del pasillo, solo rota por las luces de emergencia verdes, lo engulló. No miró atrás. Su mano encontró el

pomo de la puerta de la oficina contigua, probó. Cerrada. Siguió arrastrándose, cada paso una puñalada en la pierna, hacia el hueco de las escaleras que recordaba al subir.

Detrás, en el despacho, oyó la voz de Costa, clara y exasperada.

—¡Idiotas! ¡No salgáis de aquí!

Pero ya era tarde. Los pasos pesados resonaban en el pasillo de linóleo. Valenti alcanzó la puerta metálica de las escaleras de servicio, la empujó con el hombro. El chirrido del metal al abrirse fue un grito en el silencio.

Una última mirada atrás. Los dos hombres emergían de la oficina, recortados contra la luz azul. El primero, el de la llave, sostenía ahora su herramienta de nuevo.

Valenti se dejó caer en la oscuridad de la escalera, agarrando la barandilla fría para no desplomarse del todo. La puerta se cerró tras él con un golpe sordo. Arriba, empezaron a forcejear con el picaporte.

Había ganado unos minutos. Nada más. Y había dejado atrás el arma.

Pero seguía vivo. Y ahora, ya no había reglas.

El motor del Fiat Punto emitía un tic metálico irregular, como un corazón de hojalata. El aire dentro olía a gasóleo, humedad de ropa empapada y el aroma dulzón y metálico de la sangre que le manchaba la frente a Valenti.

Claudia lo había arrastrado al asiento del copiloto veinte minutos antes, en un callejón donde una farola rota parpadeaba con luz de neón moribunda. Mientras lo ayudaba a subir, Valenti había recogido torpemente la llave inglesa que yacía junto a la rueda trasera del Fiat - la misma que había dejado caer al salir del edificio de Costa. Ahora, con las manos crispadas sobre el volante, miraba alternativamente por el retrovisor y hacia el hombre a su lado. Su

propio hombro era un bloque de dolor rígido, pero la mancha en la chaqueta de él, oscura y pegajosa, le robaba toda la atención.

—¿Puedes ver bien? —Su voz sonaba rasposa, forzando una calma que no sentía.

El ex comisario no respondió de inmediato. Respiraba por la boca, con los ojos entornados mientras examinaba el objeto que había arrebatado de las manos del matón: una llave inglesa pesada, de acero cromado ya empañado por el sudor de su palma. La luz de un escaparate cerrado bañó la herramienta de blanco frío. Su pulgar encontró una rugosidad en el mango. No era solo metal ni suciedad acumulada. Bajo una capa de grasa y sudor, una etiqueta adhesiva, medio arrancada y descolorida por el tiempo, dejaba ver fragmentos de letras impresas y un logo desvaído. Se inclinó, con un gemido ahogado que escapó de sus labios al mover la pierna, y acercó el mango a la tenue claridad del cuadro de instrumentos.

—Un taller —masculló, su voz un rumor áspero. Frotó el adhesivo con el dedo. El papel se deshizo un poco más, revelando un número de teléfono parcial y las últimas letras de un nombre: "…enzo". Y debajo, apenas legible, un barrio: "S. Lorenzo".

Claudia apretó los dientes. Conocía esa zona. Un territorio de naves industriales reconvertidas, garajes clandestinos y silencios comprados. El territorio de Salvatore Greco, 'U Sardu', y su red de antigüedades. La pieza del rompecabezas encajó con un golpe seco en su estómago.

—Es de Greco —afirmó, pisando el acelerador. El Fiat salió del callejón y se fundió con el escaso tráfico nocturno de la Via Nazionale. —O de alguien que trabaja para él. Ese taller es una fachada, un punto de recogida o de reparaciones para sus furgonetas.

Valenti asintió, una mueca breve. El dolor en la articulación era una ascua ardiente, pero la rabia y la urgencia lo mantenían a flote.

Aquello era tangible. Una pista física, no un correo cifrado o una amenaza anónima. Un lugar.

—Uno de ellos es mecánico. O tiene contacto allí. Es donde mantienen las herramientas. —Giró la llave en sus manos. El peso era familiar, mortal. La misma que había destrozado el cráneo de Edoardo Valli. —Podría ser donde…

No terminó la frase. Claudia ya estaba cambiando de dirección, torciendo hacia el este, hacia el laberinto de calles que rodeaban la estación de Termini y se adentraban en San Lorenzo. El riesgo era monumental. Iban sin placa, sin respaldo, heridos y marcados. Iodice podría estar rastreando cualquier movimiento extraño de su terminal, si es que no lo estaba haciendo ya.

—Es una ratonera —dijo ella, como leyéndole el pensamiento. Sus nudillos estaban blancos sobre el volante.

—Ya estamos dentro de la ratonera —replicó él, apoyando la nuca contra el reposacabezas. El mundo fuera del parabrisas se desdibujaba en un borrón de luces y sombras. —Solo estamos eligiendo en qué esquina mor…

La vibración fue un zumbido sordo contra su muslo. No era su teléfono personal, confiscado. Era el quemador, el que le había dado a ella y que ahora llevaba él, guardado en el bolsillo interior de la chaqueta. Un aparato que solo contenía un número: el del contacto de prensa.

Se lo sacó con movimientos torpes. La pantalla iluminó su rostro cansado con una luz azulada. No era un mensaje de texto. Era una imagen, pixelada, como tomada desde lejos y con poca luz.

Mostraba una puerta de garaje metálica, verde desconchada, en un callejón sucio. Un contenedor de basura volcado a un lado. Y aparcado justo enfrente, borroso pero reconocible, el Fiat Punto plateado en el que iban.

Claudia vio la expresión en su rostro y siguió su mirada hacia el espejo retrovisor. La calle tras ellos estaba aparentemente vacía.

—¿Qué es?

Valenti giró la pantalla hacia ella. Un segundo bastó. Sus ojos verdes, ampliados por la tensión, captaron la imagen y luego volvieron a la carretera. Pisó el freno, no de golpe, sino con una presión suave y letal, y desvió el coche hacia un hueco junto a una fachada de andamios.

El motor se calmó. Un silencio espeso, cargado del latido de la sangre en los oídos de ambos, llenó el habitáculo.

La foto tenía una marca de tiempo. Hacía cuatro minutos.

Y debajo, una línea de texto, sin remitente:

La próxima esquina es la última.

El aire dentro del garito era espeso, una sopa de humo de tabaco rancio, aceite de motor y el agrio dulzor de cerveza barata derramada sobre madera podrida. Habían tardado treinta minutos en localizar el lugar tras interrogar a un vendedor ambulante cerca de la estación Termini, que recordaba a un hombre con cabestrillo frecuentar ese antro. Una lámpara de araña con bombillas desnudas y sucias colgaba sobre la mesa de billar, proyectando sombras movedizas que bailaban al ritmo del chasquido seco de las bolas. Valenti se apoyó contra el marco de la puerta, dejando que sus ojos se adaptaran a la penumbra. La rodilla izquierda protestaba con cada movimiento, una brasa viva que le nublaba los bordes del pensamiento.

Allí, inclinado sobre el verde desgastado con un taco en la mano buena, estaba el hombre. Más joven de lo recordado, el rostro pálido y sudoroso bajo la luz amarillenta. El brazo derecho iba envuelto en un cabestrillo tosco de tela gris, y apoyaba el peso en la pierna izquierda con torpeza evidente. Uno de los de la moto. El que sobrevivió al choque.

Claudia se deslizó a su lado, el hombro rozando la pared fría y húmeda. Su respiración era un hilo tenso. Con un movimiento casi imperceptible de la cabeza, indicó la salida trasera, una cortina de cuentas de plástico junto a los baños. Valenti asintió una vez. Se separaron.

Avanzó cojeando entre las mesas, ignorando las miradas suspicaces de un par de hombres que bebían grappa en silencio. El dolor le nublaba los bordes de la visión, pero mantuvo la mirada fija en su objetivo. Cuando estuvo a un metro de la mesa de billar, el hombre alzó la vista. Sus ojos, vidriosos por el alcohol y el dolor, se enfocaron. El reconocimiento llegó un segundo después, seguido de un destello de pánico puro.

—Termina la partida —dijo Valenti, sin levantar la voz. El tono era plano, de una fatiga absoluta que sonaba más peligrosa que cualquier grito.

El hombre se enderezó, soltando el taco. Sus amigos, dos tipos con chaquetas de cuero gastado, miraron alternativamente a Valenti y a su compañero.

—No te conozco —masculló el herido, pero la voz le tembló.

Valenti sacó algo del bolsillo de su chaqueta. No era el arma que ya no tenía. Era la llave inglesa, la que había recogido del suelo del despacho de Costa. La dejó caer sobre el fieltro verde con un golpe sordo y metálico. Las bolas se estremecieron.

—Esto sí te conoce. Y conoce a tu jefe. Alessandro Costa tiene la costumbre de limpiar los restos. Los testigos que fallan son un riesgo. Como tú, ahora.

El ambiente se congeló. Los dos amigos retrocedieron un paso, las manos vacías pero la intención clara: no era su pelea. El herido tragó, la nuez de su garganta subiendo y bajando convulsivamente. Miró hacia la entrada, buscando una salida que ya no estaba. Claudia se había plantado allí, inmóvil, una silueta recortada contra la luz de la calle.

—Yo… yo sólo hago lo que dice el intermediario —balbuceó el hombre, el acento napolitano espesándose con el miedo—. El sardo. Greco. El jefe paga, nosotros movemos la mercancía.

—¿Qué mercancía? —La pregunta salió como un latigazo.

—Las… las piedras viejas. Del agujero aquel. Las que valen.

—¿Cuándo?

El hombre vaciló. Valenti apoyó las dos manos en el borde de la mesa, inclinándose hacia delante. El movimiento le provocó una punzada tan aguda en la articulación que vio estrellas blancas, pero no apartó la mirada.

—¡Mañana! —escupió el napolitano, derrotado—. Mañana de noche. Por el río, es más discreto. Una barcaza desde un embarcadero privado, bajo el Ponte Marconi. La carga sale a las once.

Un chasquido seco. No fue una bola de billar. Fue el interruptor de la luz principal, desde algún lugar cerca de la barra.

La oscuridad fue instantánea y absoluta, rota solo por el tenue resplandor rojo de una máquina expendedora de tabaco. Se oyeron portazos, uno, dos, desde la entrada principal y la trasera. Voces ásperas, hablando en napolitano rápido y gutural, llenaron el silencio súbito.

El herido se encogió, susurrando hacia la oscuridad donde estaba Valenti, un hilo de voz aterrorizada:

—Os han encontrado.

Siluetas, al menos cuatro o cinco, bloquearon los únicos dos pasos hacia la calle. El aire se cargó con el olor a sudor frío y metal. Claudia, pegada a la pared, sintió el latido de su herida sincronizarse con el pulso acelerado en sus sienes. En la negrura, solo se distinguían los blancos de los ojos y el brillo tenue de la llave inglesa sobre el paño verde.

CAPÍTULO 30: PERSECUCIÓN FLUVIAL

El aire del Tíber olía a gasóleo derramado y agua estancada, una mezcla agria que se pegaba al paladar. Lorenzo apoyaba la espalda contra el frío húmedo de un pilar de hormigón, los prismáticos apretados contra los ojos. El dolor en la rodilla era un bloque de plomo incandescente, pero lo mantenía a raya apretando los dientes hasta que le crujían las mandíbulas.

A cincuenta metros río abajo, bajo la masa oscura del Ponte Marconi, la barcaza de trabajo estaba amarrada al embarcadero privado. Una lancha auxiliar con motor fuera de borda ronroneaba junto a ella. Tres figuras cargaban cajas de madera selladas desde un furgón blanco sin logotipos. La luz de una única farola en el muelle los bañaba en un cono amarillento.

—El de la izquierda —susurró Claudia, agachada a su lado. Su aliento formaba nubecillas en el aire gélido—. El que cojea.

Lorenzo ajustó el enfoque. El hombre sujetaba una esquina de una caja con su brazo sano, el otro aprisionado en un cabestrillo sucio. Era el mismo del garito, el motociclista sobreviviente. La confirmación le golpeó el pecho con un latido seco. No era una trampa. Era el cargamento.

El ronroneo del motor diésel de la barcaza cambió de tono, un gruñido más profundo que hizo vibrar el aire húmedo. Una cuarta

figura, encorvada y con gorra de marinero, apareció en la proa y comenzó a soltar las amarras de popa.

—Se van —Claudia se enderezó, una mano presionándose el hombro donde la tela de la chaqueta estaba rígida y oscura.

Lorenzo bajó los prismáticos. El movimiento hizo que una punzada afilada le atravesara la pierna desde la rodilla hasta la ingle. Contuvo un jadeo. Su frente, bajo el vendaje improvisado, palpitaba con un ritmo propio.

—No podemos dejarlos zarpar —dijo, y su voz sonó ronca, como si llevara horas sin usarla.

—¿Cómo lo hacemos? Tú no puedes correr. Yo no puedo pelear como debería.

Miró el agua negra, los reflejos anaranjados de las farolas temblando en la superficie como llamas ahogadas. Entre su posición y el embarcadero había un trecho de muelle abandonado, pilotes rotos y maleza. Cincuenta metros de terreno irregular.

—No hay que correr —articuló, forzando las palabras—. Hay que pensar.

—No hay tiempo para pensar.

La barcaza emitió un bufido de humo negro. El hombre de la gorra saltó desde el muelle a cubierta. Las dos figuras restantes subieron a la lancha auxiliar. El motociclista cojo fue el último, lanzando una mirada nerviosa hacia la oscuridad antes de dejarse caer en la embarcación más pequeña.

El motor de la lancha arrancó con un chirrido.

Claudia lo miró, sus ojos verdes captando la tenue luz. Había urgencia allí, pero también una pregunta. Confiaba en él para tomar la decisión. Eso le quemó más que cualquier herida.

Lorenzo empujó su cuerpo contra el pilar, usando las manos para impulsarse y ponerse de pie. La rodilla cedió por un instante; la agarró con ambas manos, respirando entrecortadamente, hasta que la pierna aceptó sostenerlo. No podía correr. Pero podía caminar. Podía arrastrarse si era necesario.

—Distráelos —dijo, clavando la mirada en la lancha que empezaba a separarse del muelle—. La lancha. Yo voy a la barcaza.

—¿Cómo?

—Tú eres más rápida. Haz ruido. Atraelos. Yo subiré por el otro lado mientras atienden a ti.

Claudia evaluó la distancia, luego su rostro. Asintió, una sola vez. No hubo más discusión.

La barcaza comenzó a separarse lentamente del embarcadero, su prova rompiendo el agua quieta.

Lorenzo salió cojeando de detrás del pilar hacia la franja de sombras del muelle abandonado, cada paso una apuñalada calculada. El frío húmedo le calaba los huesos, pero el sudor le corría por la sien.

—Ahora o nunca —gruñó, y se lanzó hacia la franja de oscuridad que bordeaba el muelle, arrastrando su pierna como un lastre.

El grito de Claudia fue un hacha que cortó la noche.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Parad!

Su voz, aguda y cargada de autoridad que ya no poseía, resonó contra el casco de la barcaza. La figura más cercana en el muelle, un hombre fornido con chaqueta oscura, se volvió. La luz de un farol le iluminó la mitad de la cara, mostrando una boca que se abría en una mueca de sorpresa.

La lancha auxiliar, con el motociclista y los otros dos a bordo, viró bruscamente. El chirrido del motor se elevó.

Lorenzo no miró. Su mundo se había reducido a diez metros de pavimento húmedo y la masa oscura de la embarcación que empezaba a deslizarse. Cada zancada era un pacto con el dolor: aceptar la puñalada en la articulación a cambio de un avance. El aire frío le quemaba los pulmones. Oyó el chapoteo de unos pasos rápidos a su espalda —Claudia corriendo hacia la lancha—, y luego la voz ronca del guardia.

—¡Alto!

El hombre se interpuso en su camino, levantando las manos. Lorenzo no aminoró la marcha. Se lanzó contra él, usando el impulso de su cojera para cambiar el ángulo, y se estrelló contra su costado. El impacto le retorció la rodilla; un relámpago blanco le nubló la visión. El guardia gruñó, perdiendo el equilibrio, y ambos cayeron contra el borde del muelle de madera. La madera crujió.

Un olor a sudor y tabaco barato llenó sus fosas nasales. Debajo de él, el hombre forcejeaba, intentando liberar un brazo. Lorenzo lo aferró por la muñeca, clavando los dedos hasta encontrar hueso. Con la otra mano, buscó a tientas la pierna del guardia, encontró la rodilla, y aplicó todo su peso en un movimiento lateral y descendente.

Un chasquido seco, como el de una rama verde al quebrarse. El guardia lanzó un alarido ahogado.

Lorenzo rodó a un lado, jadeando. La pierna herida temblaba incontrolablemente. A unos metros, Claudia se enfrentaba al segundo hombre. Él blandía algo corto y metálico —una llave, una barra— que describió un arco hacia su cabeza. Ella se agachó, pero no lo suficiente. El golpe resbaló y golpeó su hombro izquierdo con un ruido sordo.

Ella no gritó. Soltó un jadeo corto, como si se le hubiera escapado el aire, y retrocedió un paso. Su rostro se crispó. Luego, con una furia repentina, se abalanzó hacia adelante antes de que el hombre

recuperara el equilibrio. Le empujó con ambas manos en el pecho, usando el peso de su propio cuerpo como ariete.

El guardia tropezó con el borde, los brazos agitándose en el aire vacío por un instante eterno. Cayó de espaldas al Tíber con un chapoteo enorme y frío.

—¡Lorenzo! —La voz de Claudia era un cable tenso.

La barcaza ya tenía un metro de agua negra entre su casco y el muelle. El motor roncaba más fuerte. En la cabina de popa, la silueta del barquero se movía contra el cristal.

Lorenzo se arrastró de rodillas hacia el borde, ignorando el fuego que le consumía la articulación. Agarró un cabo suelto que colgaba de la borda. Tiró. El dolor fue tan intenso que le provocó náuseas. Los músculos de sus brazos temblaron, pero el cuerpo obedeció, levantándose en un último esfuerzo. Cayó de bruces sobre la cubierta de madera, áspera y húmeda.

Un segundo después, un cuerpo más ligero aterrizó junto a él. Claudia se incorporó de un salto, girándose para mirar hacia atrás. La lancha auxiliar se acercaba a toda velocidad, levantando una estela blanca en el agua oscura. El motociclista cojo gritaba algo, señalándolos.

Desde la cabina, el barquero gritó:

—¡Largamos! ¡Agarraos!

El motor de la barcaza rugió. La embarcación dio un bandazo, acelerando hacia la corriente central. El muelle, las luces amarillentas, la figura del guardia herido retorciéndose en el suelo, todo se alejó, fundiéndose en la oscuridad de la orilla.

Lorenzo se puso de pie apoyándose en la borda. El Tíber se abría ante ellos, un camino negro flanqueado por las sombras de los puentes. La brisa del río, repentinamente fría, le azotó la cara sudorosa.

Entonces, la puerta de la cabina se abrió de golpe.

Dos nuevas siluetas emergieron a la cubierta iluminada por la luz del interior. No eran guardias de paisano. Llevaban monos de trabajo oscuros y, en sus manos, barras de hierro que reflejaban un brillo mortecino. El barquero, tras el cristal, giró el timón. La proa de la barcaza se dirigió hacia el arco de sombra profunda que formaba el siguiente puente río abajo, tragándose la poca luz que quedaba.

La barcaza cabeceó al entrar en la corriente más rápida bajo el puente. La oscuridad los envolvió por un instante, el rugido del motor amplificado por el eco de la bóveda de piedra. Lorenzo se agarró a un cable oxidado, el dolor en su pierna izquierda convertido en un latido sordo que le nublaba los bordes de la visión.

Los dos hombres con monos oscuros avanzaron separándose. El más grande, con la barra levantada, se dirigió hacia él. El otro, más ágil, rodeó hacia Claudia.

—¡Cabina! —gritó Lorenzo, la voz ronca por el esfuerzo.

Claudia asintió, retrocediendo hacia la borda de estribor para atraer a su perseguidor. El viento del río, frío y cargado de humedad, arrancaba jirones de vapor de sus bocas.

El primer golpe de barra silbó junto a la oreja de Lorenzo. Él se dejó caer, no por agilidad, sino porque la rodilla cedió. El movimiento brusco del casco lo salvó. El guardia, desequilibrado, tropezó hacia delante. Lorenzo, desde el suelo, le enganchó el tobillo con su pierna sana y empujó. El hombre cayó de bruces contra una escotilla de hierro con un crujido seco. La barra rodó por la cubierta inclinada.

Desde el otro lado, Claudia esquivó una estocada. La barra de su atacante golpeó la borda, levantando astillas. Ella aprovechó el rebote para agarrar el brazo del hombre, girar sobre sí misma y usar su impulso para lanzarlo contra la carga. El hombre se estrelló contra una pila de cajas de madera selladas con gruesas bridas de plástico. Una de las cajas se movió, revelando un sonido a cerámica al rozar.

El barquero, tras el cristal empañado de la cabina, viró el timón de nuevo. La proa cortó el agua hacia la orilla opuesta en un giro brutal. La cubierta se inclinó como la cubierta de un barco a punto de zozobrar. Todos se deslizaron hacia la borda de babor.

Lorenzo se aferró a un gancho de amarre, los dedos entumecidos. A su lado, el guardia que había derribado intentaba levantarse, aturdido. Más allá, Claudia y su atacante rodaban juntos, enredados.

La cabina. Tenían que llegar a la cabina. Lorenzo empujó contra la madera, forzando la pierna herida a obedecer. Cada paso era una puñalada que le subía desde la rótula hasta la cadera. Avanzó cojeando, arrastrándose casi, hacia la puerta metálica entreabierta de donde salía el resplandor del cuadro de mandos.

A tres metros. Dos.

La puerta se abrió de par en par.

El barquero salió. No era un hombre grande, pero tenía la mirada fría y plana de quien ha visto demasiado. Y en su mano, no una barra, sino una pistola compacta, de cañón corto. La apuntó, no al aire, sino directamente al pecho de Lorenzo.

—Basta —dijo, con una voz ronca por el humo. El motor rugía a sus espaldas.

Lorenzo se detuvo, jadeando. El sudor le corría por la sien, mezclándose con la sangre seca de la frente. A su derecha, vio a Claudia congelarse, con el otro guardia ahora agarrando su brazo desde el suelo.

El barquero miró hacia la proa, luego hacia atrás, calculando. Su dedo se ajustó en el gatillo.

—Te equivocas de enemigo —logró articular Lorenzo, conteniendo la respiración entrecortada.

—No —replicó el barquero—. Vosotros sois el problema. Una mercancía que se estropea.

Apretó el gatillo.

El disparo no fue al aire. La bala pasó silbando junto a la cabeza de Lorenzo e impactó en una tubería de vapor que recorría la borda, a medio metro de distancia. El metal viejo cedió con un chasquido metálico, y un chorro de vapor a presión, silbante y abrasador, estalló en la cubierta, creando una cortina blanca y cegadora.

El calor fue una bofetada. Lorenzo retrocedió, levantando el brazo para proteger la cara. A través del vapor, vio la silueta del barquero retroceder hacia la cabina, tosiendo.

La barcaza, sin manos en el timón, giró bruscamente, impulsada por la corriente. El rugido del motor subió de tono, enloquecido. Más allá del velo de vapor que se disipaba rápidamente, emergieron los pilares masivos del siguiente puente, iluminados por una luz amarillenta. Eran bloques de hormigón gris, cubiertos de musgo hasta la línea de flotación, y se acercaban directamente a su rumbo.

La proa apuntaba, sin corrección, al espacio entre dos pilares. Un espacio demasiado estrecho.

El barquero gritó algo ininteligible desde la cabina, y se oyó el chirrido violento del timón girando a tope.

CAPÍTULO 31: CONFESIÓN ENTRE LAS OLAS

El vapor era una pared blanca que ardía. Valenti sintió la piel de su rostro apretarse, los ojos llorando de forma involuntaria. El siseo del escape perforado llenaba el universo, un rugido húmedo que ahogaba todo pensamiento.

—¡Izquierda! —El grito de Claudia llegó desde atrás, distorsionado.

A través de la neblina hirviente, la masa oscura de un pilar de hormigón emergió como un gigante dormido. Estaba a diez metros. Cinco.

El dolor en su pierna era un bloque de plomo fundido que lo anclaba a la cubierta. Se arrastró hacia adelante, los nudillos de sus manos arañando la madera áspera y húmeda. Cada movimiento enviaba una descarga eléctrica desde la cadera hasta el tobillo. La cabina de popa era una mancha borrosa más allá de la cortina de vapor.

Una mano se cerró sobre su brazo. Claudia, agachada, la cara enrojecida por el calor, los ojos verdes desorbitados por el esfuerzo.

—Juntos —jadeó.

Se impulsaron. El pilar se tragó la mitad del cielo nocturno. El aire se desplazó con un gemido profundo cuando la proa de la embarcación giró, no por su timón, sino por el capricho de la corriente empujada contra el obstáculo. La madera crujió, un quejido de bestia herida.

Pasaron a centímetros, el hormigón manchado de musgo y salitre rozando la borda con un sonido de uñas en una pizarra.

La cabina. La puerta de cristal empañado estaba entreabierta. Valenti se irguió contra el marco, la respiración convertida en una serie de jadeos cortos y afilados. Dentro, la silueta encorvada del barquero forcejeaba con la rueda del timón, intentando enderezar el rumbo.

El hombre giró la cabeza. Bajo la visera de la gorra de marinero, sus ojos eran dos puntos planos, sin miedo, sin sorpresa. Su mano derecha soltó el timón y se desplazó hacia la cintura.

Valenti se lanzó antes de que el pensamiento se completara. El impacto contra el cuerpo del barquero fue como chocar contra un mueble pesado. Cayeron contra los controles, un conjunto de palancas metálicas frías que se clavaron en sus costillas. Un olor a sudor rancio, a tabaco barato y a gasóleo le llenó la nariz.

La mano del barquero emergió empuñando la pistola compacta. Valenti atrapó la muñeca, desviando el cañón hacia el techo de la cabina. El disparo fue un estallido sordo, ensordecedor en el espacio reducido. El cristal de una ventana lateral estalló en una lluvia de diamantes opacos.

Claudia entró como un vendaval. Su pie conectó con el costado de la rodilla del barquero. Un chasquido seco, un gruñido de dolor. El arma se desprendió de los dedos entumecidos y resbaló por el suelo inclinado.

Valenti aprovechó el instante de desequilibrio. Aplicó presión con el antebrazo contra la garganta del hombre, empujándolo contra el tablero de instrumentos. Las luces parpadeaban, un dial marcaba revoluciones en rojo.

El barquero dejó de forcejear. Su respiración era un silbido entre dientes apretados, pero su mirada seguía siendo esa losa de hielo. Una sonrisa lenta, torcida, se dibujó en sus labios.

—Demasiado tarde —escupió, la voz ronca por la presión en el cuello.

Fuera, el siseo del vapor comenzaba a disminuir, revelando el rumor del río y el motor diésel tosiendo. La barcaza derivaba, girando lentamente sobre su eje, alejándose del puente pero llevándolos hacia la orilla oscura, hacia un amasijo de maleza y pilotes hundidos.

El hombre jadeó, una burbuja de saliva rosada en la comisura de sus labios. Valenti aflojó un milímetro la presión en su cuello, pero no apartó el antebrazo. La luz rojiza de los instrumentos bañaba el sudor en la sien del barquero.

—¿Demasiado tarde para qué? —La voz del excomisario era un susurro áspero, pegado al oído del hombre.

Claudia recogió la pistola del suelo. El metal estaba frío y aceitoso. Se colocó junto a la puerta destrozada, vigilando la oscuridad exterior. El ronroneo del motor era un latido irregular, como un corazón enfermo. A lo lejos, el zumbido de la lancha auxiliar se mantenía constante, una abeja persistente en la noche.

—Para salvarse —escupió el barquero. Un espasmo de dolor le retorció el rostro cuando intentó mover el hombro izquierdo, que colgaba en un ángulo antinatural—. Costa no perdona los fallos. Y ustedes… son un fallo que se mueve.

Valenti aplicó un leve giro de presión sobre la articulación dislocada. El grito del hombre se ahogó en un quejido estrangulado.

—Hablemos del yate —dijo Valenti, ignorando el dolor punzante que le atravesaba la rótula como un clavo al rojo—. Nombre. Muelle. Hora.

—¿Qué le importa? Está acabado. Sin placa, sin arma… —Una risa ronca, cortada por otro jadeo—. Usted es la mercancía estropeada ahora.

Claudia se acercó, moviendo con cuidado el hombro izquierdo. La luz del panel iluminó sus facciones tensas, la mancha oscura en su hombro que había crecido hasta el tamaño de un puño. Olía a sangre seca y adrenalina.

—Él tiene razón —murmuró, sin apartar la vista del río—. Pero nosotros sabemos lo que Costa hace con la mercancía defectuosa. La tira al agua. Como a Belli. —Se inclinó hacia el barquero—. ¿Usted quiere nadar? Con ese brazo, se hundirá como una piedra.

El hombre los miró, primero a uno, luego al otro. La arrogancia se resquebrajó. En sus ojos planos apareció algo nuevo: el cálculo frío del miedo. Midió la distancia a la puerta, la pistola en la mano de la mujer, la presión implacable del exagente sobre su cuello.

—El 'Auriga' —soltó de golpe, como si las palabras le quemaran—. Muelle dieciséis, Fiumicino. Llega a las dos y media.

Valenti intercambió una mirada con Claudia. Eran las… comprobó el reloj del panel. La una y diez. Ochenta minutos para las dos y media.

—¿Quién recibe? —presionó.

—Un intermediario. Un tipo que viene en lancha. No sé el nombre.

—Mentira —cortó Valenti, aumentando la presión en el hombro lesionado.

El barquero gritó, un sonido agudo y animal. —¡Es verdad! Solo sé que… que Costa estará allí. Para supervisar. Quiere ver la carga personalmente antes de que zarpe.

El aire en la cabina pareció espesarse. El motor tosió, escupió una nube de humo negro por el escape. La barcaza viró ligeramente, arrastrada por una corriente lateral.

—¿Zarpa hacia dónde? —preguntó Claudia.

—No lo sé. Un puerto privado en Cerdeña, luego… fuera. Siempre es fuera.

Valenti sintió un escalofrío que no tenía que ver con el frío de la noche. Allí estaba. La prueba final, el eslabón que conectaba a Costa directamente con el tráfico. Pero también una trampa perfecta: un muelle aislado, de noche, con el capo presente y sus hombres.

El zumbido de la lancha auxiliar cambió de tono. De persistente pasó a agresivo, un rugido que se acercaba rápidamente.

Claudia se volvió hacia la ventana rota. —Están acelerando.

—¡Es él! —gritó el barquero, con un destello de pánico triunfal en la mirada—. ¡El cojo! ¡Viene a terminar el trabajo!

Un fogonazo anaranjado iluminó la oscuridad del río, seguido del chasquido seco de un disparo. El cristal de la ventana frontal estalló a centímetros de la cabeza de Claudia.

El cristal llovió sobre el hombro de la mujer. Ella se agachó instintivamente, un movimiento brusco que le arrancó un jadeo de dolor. El proyectil impactó en la pared trasera de la cabina con un golpe sordo, dejando un cráter en la madera podrida.

El barquero soltó una risa ahogada, un sonido húmedo y triunfal.

Valenti lo empujó contra el panel de mandos. La rodilla izquierda era un un yunque al rojo vivo, pero la adrenalina mantenía su brazo firme. —¡Maniobra! ¡Ahora!

Claudia no lo pensó. Agarró la rueda del timón, aún caliente por la mano del barquero, y la giró con toda su fuerza hacia la izquierda. La embarcación respondió con lentitud, pesada por la carga. La proa comenzó a virar, apuntando directamente hacia la lancha auxiliar que se acercaba como un insecto furioso.

El motociclista cojo, de pie en la popa, recargó su arma. El fogonazo anaranjado iluminó su rostro contraído por el esfuerzo y el dolor del brazo en cabestrillo.

—¡Agáchate! —rugió Valenti.

El segundo disparo pasó rozando el marco de la ventana destrozada. El viento del río, ahora más frío y salado al acercarse a la desembocadura, arrastró el olor a pólvora quemada dentro de la cabina.

La barcaza, torpe y cargada, avanzó con determinación de ariete. La lancha auxiliar intentó esquivar en el último segundo, virando bruscamente. Demasiado tarde. La proa de madera reforzada de la barcaza golpeó la lancha por el costado, con un crujido de fibra de vidrio quebrando como un hueso. El motociclista perdió el equilibrio, su arma voló en un arco plateado, y él mismo fue catapultado al agua negra con un chapoteo sordo.

La lancha, con el casco partido, se escoró y comenzó a tragar agua. El motor se ahogó en un gemido.

Claudia enderezó el timón, jadeando. El hombro le latía con un dolor agudo y punzante. Miró hacia atrás, hacia la estela de espuma y los restos flotantes. No había movimiento.

Valenti soltó al barquero, que se deslizó al suelo, sollozando. El detective se apoyó en la consola, la respiración entrecortada. Un sabor a cobre y hierro le llenó la boca. Se tocó la frente; el vendaje improvisado estaba empapado y pegajoso.

Las luces de Fiumicino titilaban más cerca ahora, un collar de diamantes sucios sobre el lomo oscuro del agua. Entre ellas, más allá del último puente, distinguió las luces de posición, roja y verde, de un velero o un yate anclado.

—El *Auriga* —masculló, la voz ronca.

Claudia siguió su mirada. Su rostro, iluminado por el tenue resplandor del panel, estaba pálido, con manchas de suciedad y una línea de sangre seca en la sien. Los músculos de su mandíbula se tensaban y destensaban.

—Ochenta minutos —dijo ella, sin apartar la vista del puerto—. Con este trasto, quizás sesenta.

—Tenemos el lugar. La hora. El nombre del barco. Y la confirmación de que él estará allí.

—También tenemos esto —replicó ella, señalándolo a él, luego a sí misma—. No somos operativos, Lorenzo. Eres un civil suspendido, con una rodilla hecha trizas y una herida en la cabeza que necesita puntos. Yo tengo un hombro que no responde y mi placa es papel mojado. No tenemos armas. No tenemos refuerzos.

Valenti cerró los ojos un instante. El dolor en la pierna era una presencia constante, un animal roedor que mordía el hueso. Cada latido del corazón enviaba una onda de náusea desde la herida de la frente. La fatiga era un peso de plomo en cada músculo.

—Podríamos acercarnos —dijo, abriendo los ojos—. Observar. Grabar. Si él está allí, con las cajas…

—¿Y luego qué? —lo interrumpió Claudia. Su tono no era de derrota, sino de crudeza calculadora—. ¿Llamamos a Iodice? ¿A la policía portuaria, que probablemente está comprada? Aunque logremos una grabación, aunque lo veamos con nuestros ojos… sin una intervención *en flagrante*, con testigos oficiales, es nuestra palabra contra la suya. Y nuestra palabra vale menos que nada.

El barquero, en el suelo, emitió un ruido entre risa y llanto.

Valenti lo ignoró. Sabía que ella tenía razón. Lo había sabido desde el momento en que el barquero dijo el nombre del yate. Era una prueba, sí. Pero era una prueba para un tribunal que no existía, para una justicia que se había esfumado en la niebla del Tíber.

Miró las cajas apiladas en la cubierta. La mercancía estropeada. La evidencia física del saqueo. Luego miró el teléfono quemador en su bolsillo, el que contenía todas las fotos, los documentos, la transferencia a las Caimán.

—Entonces no vamos al yate —declaró, la voz más firme de lo que se sentía—. Vamos a tierra. Ahora.

Claudia asintió, un movimiento breve. —¿Y esto? —preguntó, con un gesto hacia la carga.

—Lo documentamos todo. Ahora. Fotos, vídeo. Luego llamamos a la única persona que quizás aún no esté contaminada.

—¿El juez Malipiero?

—Él tiene los contactos. En la Guardia di Finanza, en la Interpol. Podemos pasarle todo. El yate, la hora, el cargamento. Que sea él quien coordine una intervención limpia. Nosotros… —Una punzada en la rodilla le cortó la frase. Respiró hondo—. Nosotros nos escondemos. Y publicamos todo, en paralelo, para que no puedan enterrarlo.

Claudia mantuvo el timón con una mano mientras con la otra, torpe por el dolor, sacaba su teléfono personal. Comenzó a grabar un vídeo, barriendo lentamente la cubierta, las cajas selladas, la cabina destrozada, el barquero amontonado en un rincón.

Valenti sacó el teléfono quemador. Sus dedos estaban fríos y torpes. Abrió la aplicación de grabación de voz. El pequeño micrófono rojo parpadeó, esperando.

Afuera, más allá de la proa, las luces de navegación del *Auriga* brillaban fijas en la oscuridad, como los ojos de un depredador paciente a la espera de su presa.

—Empecemos —dijo, y pulsó el botón—. Soy el ex comisario Lorenzo Valenti. Esta es la inspectora Claudia Esposito. Son aproximadamente la una y veintidós de la madrugada. Estamos a bordo de una barcaza de carga en el Tíber, frente a Fiumicino. Lo que sigue es la declaración de un testigo y la evidencia de un cargamento ilegal de antigüedades robadas, destinado al yate *Auriga*, donde Alessandro Costa…

La grabación continuó, su voz un susurro ronco contra el ronroneo constante del motor y el susurro lejano del mar.

CAPÍTULO 32: EL DESENLACE EN LA TORRE DE CRISTAL

El motor diésel seguía tosiendo, un latido irregular bajo sus pies. La barcaza derivaba, arrastrada por la corriente hacia las luces del puerto. El aire olía a gasóleo derramado y al sudor agrio del hombre encorvado a sus pies.

Valenti apoyó una mano en el panel de instrumentos para no caer. La rodilla era un un ladrillo al rojo vivo, cada latido del corazón enviando una descarga eléctrica desde la cadera hasta el tobillo. Con la otra mano, mantuvo el teléfono quemador de Claudia, su pantalla iluminando su rostro pálido, la herida en la frente una mancha oscura y pegajosa.

—Envía todo —la voz de la mujer sonó ronca, tensa. Estaba junto a la puerta destrozada de la cabina, su mirada verde escaneando la oscuridad del río. Con el brazo izquierdo pegado al cuerpo, los dedos de la mano derecha danzaban sobre la pantalla de su propio dispositivo. Cada movimiento del hombro le arrancaba un parpadeo rápido, un pequeño espasmo en la comisura de la boca.

El teléfono en la mano de Valenti vibró. Un correo cifrado, dirigido a una dirección segura que solo el juez Malipiero conocía. Adjuntos: el vídeo de la confesión del barquero, las fotos de las cajas selladas en la cubierta, las coordenadas GPS, la hora estimada de llegada del

‘Auriga’. La evidencia completa, empaquetada en un paquete digital que ahora viajaba por canales fantasmas.

El hombre del suelo gimió. Tenía el brazo izquierdo colgando en un ángulo antinatural, la gorra de marinero perdida en algún lugar, revelando un pelo gris y ralo pegado al cráneo por el sudor.

—Ya lo tienen —masculló Valenti, apagando la pantalla. El alivio no llegó. Solo un vacío frío, la certeza de que habían apostado todo a una jugada a distancia.— Ahora, tú. Nos llevas a tierra. No al muelle dieciséis. A algún lugar desierto, antes de llegar.

—¿Y luego? —el barquero alzó la vista, sus ojos eran pozos de miedo calculador.

—Luego te atamos y llamamos a la Guardia Costera. Anónimamente. Con suerte, llegarán antes de que tus jefes decidan que eres un problema a eliminar.

Claudia asintió, un gesto breve de aprobación. Se acercó al timón, moviéndose con la rigidez cautelosa de quien lleva una herida profunda. Su mano derecha empujó la palanca de gases. El motor respondió con un gruñido, y la proa del pesado casco comenzó a virar lentamente, alejándose del brillo distante del yate blanco anclado.

Valenti observó las luces del ‘Auriga’ menguar, convertirse en un puñado de diamantes sobre el agua negra. Un objetivo tentador, una confrontación directa. Pero su cuerpo era un registro de fracasos: la rodilla, la cabeza que palpitaba, la fatiga que pesaba como plomo en los huesos. Atacar ahora sería un suicidio elegante. Y él no era un hombre de gestos vacíos.

La barcaza se deslizó hacia un muelle de servicio abandonado, una estructura de hormigón agrietado que se adentraba en la oscuridad como un dedo podrido. Claudia amarró torpemente, usando solo una mano. El roce de la cuerda áspera contra el metal oxidado fue el único sonido.

Ataron al barquero a un poste de hierro con bridas de plástico tomadas de una caja de herramientas. Valenti dejó caer el teléfono quemador del hombre, con la pantalla agrietada pero encendida, al lado de su pie. Una baliza para quien viniera a buscarlo.

Bajaron a tierra. El impacto del pavimento en la pierna de Valenti fue tan brutal que tuvo que agarrarse del hombro sano de Claudia para no desplomarse. Ella no protestó, pero un jadeo escapó de sus labios al recibir el peso.

Desde el muelle desierto, el 'Auriga' era solo un brillo difuso en la niebla portuaria. Valenti lo miró por última vez, los músculos de su mandíbula apretados.

—Ahora vamos a la fuente —dijo, y su voz sonó extrañamente clara en el silencio húmedo.— Directamente a su torre de cristal.

El motor del Fiat Punto emitía un tic-tac metálico constante, un latido irregular que acompañaba el zumbido de la autopista. Las farolas pasaban como estelas amarillas, iluminando por instantes el interior impregnado de sudor seco, hierro de sangre vieja y el frío nocturno que se colaba por las rendijas.

Valenti tenía el teléfono quemador apretado contra el oído. El dolor en la pierna era una presencia constante, una barra al rojo vivo que le nublaba los bordes de la visión. Escuchó el tono, una, dos veces.

—Capitán —dijo cuando la línea se abrió, sin saludo—. Necesito que esté listo en noventa minutos. Orden judicial en trámite, juez Malipiero. Intervención en el puerto de Fiumicino, muelle dieciséis. Un yate llamado 'Auriga'. Contrabando de antigüedades.

Una pausa al otro lado. Podía casi escuchar la evaluación, el cálculo de riesgo.

—¿Quién habla? —preguntó una voz grave, sin inflexión.

—Un fantasma con pruebas. Las tendrá en una hora. Solo necesita moverse cuando la orden llegue.

—Sin orden, no me muevo.

—La tendrá. —Valenti cerró los ojos un instante, concentrándose en no dejar que el dolor se filtrara en su voz—. Confirme que estará en posición.

Otro silencio, más largo. Luego, un suspiro casi imperceptible.

—En noventa minutos. No un segundo antes.

La llamada se cortó. Valenti dejó el aparato sobre el salpicadero. Claudia miraba la carretera, sus nudillos pálidos alrededor del volante. La mancha oscura en su hombro había crecido, una sombra pegajosa que deformaba la tela de la chaqueta.

—No confía en ti —observó ella.

—Confía en los procedimientos. Es lo único que tenemos.

—¿Y si Malipiero no firma?

—Firmará. Le envié las fotos del cargamento y la grabación del barquero. Es suficiente para una orden de registro urgente. —Se frotó la rodilla, un gesto inútil—. Costa estará en su oficina. Supervisando desde la distancia, creyéndose a salvo. Es el momento.

Claudia apretó los labios. Un espasmo de dolor le cruzó el rostro al ajustar el agarre.

—No puedes subir allí solo. Ni siquiera puedes caminar bien.

—Conozco el edificio. La seguridad es privada, no policial. Rutinas. Puntos ciegos. —Hizo una pausa, observando el perfil tenso de su compañera—. Necesito que cubras la salida. El garaje subterráneo. Si algo sale mal, tú eres la que lleva las pruebas a Malipiero.

—Eso no es un plan, es un deseo.

—Es lo que hay.

Sacó la pequeña grabadora digital de su bolsillo. La revisó: batería a la mitad. Luego el teléfono quemador, con las imágenes del

cargamento y la transferencia de Costa a las Caimanes. Todo cabía en un puño. Todo lo que tenían.

Las luces de Roma aparecieron en el horizonte, un manto anaranjado y punzante. Claudia tomó la salida hacia el centro, las calles cada vez más estrechas, los edificios más altos. El aire del coche se espesó con el olor a gasolina y comida tardía.

Al doblar hacia Via Veneto, el edificio de 'Edilizia Romana' se recortó contra el cielo, una torre de cristal y acero con varias ventanas aún iluminadas. Claudia detuvo el Fiat en una sombra, a media manzana de distancia.

Apagó el motor. El silencio fue abrupto.

—Toma —dijo, ofreciéndole la pistola compacta del barquero.

Valenti la miró, pero no la aceptó. Sacudió la cabeza, una negación lenta.

—No. Esto es diferente.

—¿Vas a enfrentarte a él sin nada?

—No voy a enfrentarme. Voy a hablar. —Abrió la puerta. El aire frío de la noche lo golpeó. Al apoyar el peso en la pierna mala, una punzada le cortó la respiración. Se agarró del marco de la puerta, los dientes apretados.

Claudia salió también, rodeando el coche. Sus miradas se encontraron sobre el capó.

—Noventa minutos —recordó Valenti—. Luego, llama al capitán. Pase lo que pase.

Ella asintió, una mueca que quería ser una sonrisa. No lo consiguió.

Valenti se dio la vuelta y comenzó a caminar, arrastrando la pierna sobre el pavimento. Cada paso era una concesión, un pacto con el dolor. No miró atrás. Se concentró en la torre de cristal, en las

ventanas iluminadas en lo alto, donde una silueta se movía tras los paneles.

El aire acondicionado del vestíbulo lo golpeó como una pared de aire helado. Luz fluorescente vibrando con un zumbido agudo que se clavaba en los oídos. El mármol del suelo brillaba bajo esa claridad quirúrgica, reflejando la figura solitaria tras el mostrador de recepción.

Era el mismo muchacho del turno de noche, el que había mirado hacia otro lado en el aparcamiento subterráneo. Ahora tenía los nudillos blancos agarrando el borde del mostrador. Reconoció al hombre que entraba arrastrando una pierna, la chaqueta manchada de barro y algo oscuro en la frente. Su mandíbula se tensó.

Valenti no se detuvo. Avanzó hacia el centro del espacio vacío, el eco de sus pasos desiguales rebotando en las paredes de cristal. El dolor en la articulación era un taladro constante, pero mantuvo la espalda recta. Se detuvo a tres metros del mostrador.

El guardia tragó saliva. Su mano derecha descendió hacia la cadera, donde un radio colgaba del cinturón.

—No —la voz de Valenti cortó el zumbido, plana, sin amenaza—. No lo hagas.

La mano del joven se quedó suspendida. Sus ojos, demasiado abiertos, iban del rostro del expolicía a las puertas de los ascensores, luego a las cámaras en los ángulos del techo.

—Está arriba —declaró Valenti, sin preguntar—. Lo sé. Y tú sabes por qué he venido.

—No puedo… tengo órdenes.

—Las órdenes cambian. Las consecuencias, no. —Valenti no se acercó más. Dejó que el silencio se expandiera, cargado con el olor químico a limpiacristales—. Tú no eres parte de esto todavía. Solo

eres el tipo que mira las pantallas. Mañana, cuando todo esto salga, podrás decir que no tuviste elección. Que yo te obligué.

—Me despedirán.

—O te implicarán. —Valenti inclinó ligeramente la cabeza, estudiando el miedo en los ojos del muchacho—. ¿Crees que Costa protegerá al vigilante nocturno? Cuando la Guardia di Finanza entre por esas puertas con las órdenes de registro, ¿quién crees que será el primero en la lista de testigos prescindibles?

El guardia parpadeó. Su respiración se hizo audible, un jadeo superficial. Miró hacia el panel de control de las cámaras, luego hacia el suelo.

—Los ascensores del ala este —masculló, casi inaudible—. La cámara del vestíbulo tiene un punto ciego junto a la planta de bambú. La del pasillo del ático… falla a veces. Se recalienta.

Valenti asintió, una sola vez. No dio las gracias. Agarrarse a la dignidad del muchacho era más importante que el agradecimiento.

Cruzó el vestíbulo, desviándose hacia la maceta de troncos altos. La lente de la cámara lo perdió durante tres pasos. Alcanzó los botones del ascensor. Pulsó el de subida.

Las puertas se abrieron con un suave silbido neumático. Antes de entrar, volvió la cabeza. El guardia ya no estaba mirando. Tenía la frente apoyada en una mano, el radio abandonado sobre el mostrador.

El ascensor ascendió en un susurro. Los números se iluminaron uno tras otro. El espejo del fondo devolvió la imagen de un hombre con la camisa pegada al torso, el pelo revuelto, una mancha de sudor y sangre seca en la sien. Los ojos grises no parpadeaban.

Un *ding* suave. Las puertas se deslizaron abriéndose sobre un pasillo alfombrado en tono beige, silencioso como una tumba. Aire enrarecido, a perfume caro y madera pulida. Al fondo, una única

puerta de roble oscuro. Un resquicio de luz cálida se filtraba por debajo.

Valenti salió. La alfombra amortiguó el arrastre de su pierna. Se dirigió hacia la luz.

La puerta cedió sin resistencia bajo su empuje.

Alessandro Costa estaba junto a la pared acristalada, una silueta recortada contra el tapiz de luces de Roma. No se volvió de inmediato. El teléfono que sostenía contra el oído bajó lentamente. Su voz, un susurro educado un instante antes, se cortó en seco.

—Tendremos que continuar luego —dijo al auricular, y lo dejó sobre el alféizar sin apretar ningún botón.

Solo entonces giró. La sorpresa cruzó su rostro como una sombra rápida, pulida por años de negociaciones de alto riesgo. No era miedo. Era el cálculo instantáneo de un hombre que reevalúa el tablero. Sus ojos recorrieron la figura de Valenti: la camisa empapada, la postura compensatoria, la costra oscura en la sien. Una fina arruga de desagrado, o quizás de lástima, apareció entre sus cejas.

—Comisario —la palabra sonó seca, sin calor—. Me habían informado de su… tenacidad. No de su capacidad para aparecer en mi despacho a medianoche.

El aire acondicionado zumbaba con un frio meticuloso. Olía a cuero de muebles nuevos, a pulimento de metales y al perfume discreto y caro que emanaba del propio Costa. Valenti no respondió. Avanzó cojeando hacia el escritorio de acero pulido, una isla fría en medio de la habitación. Con un movimiento que le hizo apretar los dientes por el esfuerzo de inclinarse, sacó la pequeña grabadora digital de su bolsillo. La colocó sobre la superficie lisa, justo bajo la luz tenue de una lámpara de diseño. Pulsó el botón de grabación. Un punto rojo parpadeó, diminuto y obstinado.

Costa observó el ritual sin moverse. Una sonrisa casi imperceptible curvó sus labios.

—¿Testimonio voluntario? No creo que mis abogados recomienden hablar sin su presencia.

—El 'Auriga' —la voz de Valenti rasgó el silencio artificial, cargada de fatiga y algo más: una certeza rocosa—. Muelle dieciséis, Fiumicino. Dos y media de la madrugada. Usted supervisando la transferencia de cerámica romana saqueada de un mithraeum del Aventino.

El promotor no parpadeó. Cruzó las manos a la espalda, adoptando la postura de un profesor ante un alumno especialmente lento.

—Un yate con ese nombre está registrado en una sociedad de Malta. Las transferencias de la Fondazione Aurelia —continuó Valenti, cada palabra un golpe medido—. Ochocientos cincuenta mil euros a una cuenta suya en Caimán. El concepto: servicios logísticos para el proyecto AR. El mismo proyecto que Massimo Conti paralizó con su informe, hasta que usted compró su silencio con medio millón y la matrícula de su hija en Suiza.

Costa dejó escapar un suspiro, un sonido de paciencia exasperada. Se acercó al escritorio, pero no miró la grabadora. Sus ojos se posaron en la ciudad extendida a sus pies.

—La gestión de riesgos, Valenti, es el arte de identificar obstáculos y eliminarlos. Valli era un obstáculo sentimental. Un soñador que prefería piedras muertas al progreso de una ciudad viva. Conti era un obstáculo burocrático, con un precio claro. Yo no construyo edificios; construyo realidades. Y las realidades requieren decisiones pragmáticas.

—Decisiones que incluyen el asesinato.

Por primera vez, Costa se volvió a mirarlo directamente. Su expresión era de genuino desdén.

—Yo no mancho mis manos. Contrato profesionales para la limpieza. La violencia es el recurso del incompetente; la mía es la del presupuesto y la influencia. Lo que usted llama crimen, yo lo llamo mantenimiento del ecosistema.

Valenti sintió el dolor en la rodilla como una barra al rojo vivo. Se apoyó con más peso en el borde del escritorio. El punto rojo seguía parpadeando.

—Su ecosistema se acaba. El barquero está detenido. Su testimonio, las fotos del cargamento, las transferencias… todo está fuera de este edificio. En manos de un juez que no come en sus restaurantes.

La sonrisa de Costa se congeló, transformándose en algo más afilado. Su mano derecha descendió lentamente, desapareciendo por un instante bajo el canto del escritorio. No hubo clic, ni sonido alguno. Solo un leve movimiento de su pulgar.

—Pero usted, comisario, sigue dentro de él —dijo, y su voz recuperó una calma aterradora—. Y esta conversación, por ilustrativa que sea, ha terminado.

Desde el pasillo, amortiguados por la gruesa alfombra, llegaron los primeros ecos de pasos apresurados. No eran dos. Eran varios. Se acercaban con una rapidez que no hablaba de recepcionistas nocturnos.

El punto rojo de la grabadora siguió latiendo en la penumbra, capturando el crujido de las suelas contra la lana, el ritmo acelerado de la respiración de Valenti, y el silencio deliberado del hombre que observaba cómo se cerraba la trampa.

CAPÍTULO 33: EL JUICIO PRIVADO

Los pasos resonaron en el pasillo de mármol, apresurados y pesados. Dos siluetas se recortaron en la puerta abierta. El guardia joven, pálido, y otro hombre más ancho, con la chaqueta del uniforme tensa sobre los hombros. Ambos llevaban porras telescópicas ya extendidas.

Valenti no se movió. El peso de su cuerpo se apoyaba en la pierna derecha, la izquierda era un nudo de dolor que le nublaba el borde de la visión. Con la mano en el bolsillo de la chaqueta, su índice encontró el botón de la grabadora digital. Una presión sorda, un clic casi imperceptible bajo la tela. La luz roja, invisible, comenzó a latir contra su muslo.

El guardia fornido avanzó, la porra en alto. —Fuera de aquí —gruñó, mirando a Valenti con desprecio.

—Alto.

La voz de Costa fue tranquila, un mando en el aire acondicionado. Se había vuelto desde el ventanal, las manos en los bolsillos de su pantalón de seda. Su expresión era de curiosidad distante, como observando un experimento.

—Cierren la puerta —ordenó—. Y quédense ahí.

El guardia dudó, confundido. Miró a su compañero, luego a Costa. —Señor, la alarma…

—La activé yo —cortó Costa—. Y ahora hago una pregunta. ¿Qué espera lograr, inspector? ¿Llegar hasta aquí, en ese estado, sin placa, sin autoridad? ¿Es esto su gran jugada?

Valenti respiró hondo. El aire olía a cuero nuevo y a limpiacristales agresivo. El zumbido del clima artificial se colaba en sus oídos. —Solo quería oírlo —dijo, manteniendo la voz plana—. Antes de que todo se derrumbe. Quería oír la verdad de su boca.

Costa sonrió. Era una sonrisa estrecha, de comisura a comisura, que no llegaba a sus ojos. Se acercó al ventanal de nuevo, contemplando el tapiz de luces azuladas de la ciudad. —La verdad —empezó, con tono casi pedagógico—. La verdad, inspector, es que su amigo el arquitecto era un soñador molesto. Un hombre que creía que las piedras muertas valían más que el futuro. Que un montón de escombros antiguos debían detener el progreso, el empleo, la riqueza.

Hizo una pausa, dejando que sus palabras flotaran en la habitación fría. —Los soñadores, en el mundo real, se estrellan. Es una ley física. Valli se estrelló contra una realidad más dura. Yo no puse esa realidad en su camino. Solo… gestioné las consecuencias.

Valenti sintió un escalofrío que no tenía que ver con la temperatura. Mantenía la mano en el bolsillo, la grabadora caliente contra su piel. —Gestionar —repitió—. ¿Es eso lo que llama a contratar a un hombre con una llave inglesa? ¿A saquear un yacimiento protegido? ¿A comprar silencios?

Costa se encogió de hombros, un movimiento elegante y despreocupado. —Las herramientas son lo de menos. Lo importante es el resultado. El proyecto sigue adelante. La inversión está protegida. Las piedras, al final, se las llevará alguien con más aprecio por el pasado muerto que por el presente. Todo el mundo gana.

—Excepto Valli —masculló Valenti—. Excepto Belli. Excepto Conti.

—Pequeños sacrificios —susurró Costa, volviéndose por fin a mirarlo —. En el altar del progreso. Usted lo sabe, inspector. Su propio sistema está construido sobre sacrificios. Sobre omisiones. Usted solo pretendía barrerlos bajo la alfombra, como todos. Pero se empeñó en mirar debajo.

Se acercó un paso, luego otro. Los guardias, junto a la puerta, seguían inmóviles, confundidos por la calma de su jefe. —Y ahora está aquí —continuó Costa—. Roto. Sin nada. Grabando, supongo. ¿Cree que eso importará? Mis abogados despedazarán cualquier cinta. Sus superiores ya lo han despedazado a usted. Es un hombre solo, en una habitación, con dos testigos que jurarán que entró por la fuerza y amenazó mi vida.

Valenti no apartó la mirada. El dolor en la rodilla era un martilleo sordo, un metrónomo que marcaba el tiempo que le quedaba. —No estoy solo —dijo, y su voz sonó más firme de lo que esperaba—. Y la habitación tiene más testigos de los que usted cree.

Por un instante, algo cruzo la mirada de Costa. Una sombra rápida, una reevaluación. Luego, la sonrisa volvió, más fría. —Ah. La joven inspectora. Esperando abajo. ¿Cree que ella cambiará algo?

—No —admitió Valenti—. Pero ella no es el testigo al que me refiero.

El silencio se extendió por el despacho, denso como el aire acondicionado. Costa observó a Valenti, como un coleccionista examinando una pieza defectuosa. Se acercó al mueble bar, donde una botella de whisky escocés de etiqueta dorada descansaba junto a dos vasos de cristal tallado. El sonido del líquido ámbar al caer fue un chasquido líquido y preciso.

—Valli —articuló el nombre mientras alzaba su vaso— era un romántico. Creía que la historia estaba viva, que esas piedras tenían voz. —Bebió un sorbo, sin apartar la vista de Valenti—. La historia es un peso muerto. Un lastre. Nosotros construimos sobre ella, la usamos como cimiento, pero no nos detenemos a llorar cada losa.

Valenti no se movió. La rodilla era un yunque de dolor que anclaba su cuerpo al suelo, pero su mente estaba fría, clara, grabando cada matiz, cada pausa. El leve olor a alcohol de malta se mezcló con el cuero del sillón.

—Usted lo presionó —dijo, sin inflexión interrogativa—. A través de Conti. Le ofreció dinero para que archivara el informe.

—Le ofrecí una solución —corrigió Costa, apoyándose contra el borde del escritorio—. Una compensación por el retraso que su descubrimiento causaría. Él podía haber escrito un informe menos… entusiasta. Hablar de 'hallazgos menores'. Habría recibido una suma considerable por su discreción. —Encogió los hombros—. Eligió la integridad. Un lujo caro.

—Y cuando la presión no funcionó, trajo a otra gente.

—Gente competente —asintió Costa, un destello de satisfacción profesional en los ojos—. Para gestionar el aspecto logístico. La recuperación de ciertos… activos culturales que, abandonados allí, se perderían para siempre. Una operación de salvamento, en cierto modo.

—Salvatore Greco.

El nombre flotó en el aire frío. Costa no parpadeó, pero un músculo junto a su mandíbula se tensó un instante.

—No conozco personalmente a todos mis subcontratistas, inspector. Las cadenas de suministro son complejas. —Bebió otro trago—. El caso es que el problema Valli requería una solución más definitiva. Su obstinación ponía en riesgo una inversión de decenas de millones, cientos de puestos de trabajo. El progreso de la ciudad.

—Así que ordenó que lo mataran.

—Yo ordené que se resolviera el problema —rectificó Costa, con una paciencia didáctica—. Los detalles operativos los dejo a profesionales. Si Valli se hubiera apartado, si hubiera aceptado la

realidad en lugar de aferrarse a sus piedras muertas… —Dejó la frase en el aire, terminándola con un gesto de la mano que sostenía el vaso. Un brillo de licor se reflejó en el ventanal, como una estrella fugaz sobre el perfil nocturno de Roma.

Valenti sintió la rabia entonces, no como un fuego, sino como un hielo que le recorría las venas. La grabadora en su bolsillo interior era un peso minúsculo y enorme. Cada palabra era un clavo en el ataúd de este hombre.

—Belli también era un problema —presionó, manteniendo la voz neutra.

—Belli era un contable con deudas —dijo Costa, y por primera vez hubo un dejo de fastidio en su tono—. Un hombre débil. Se le dio una oportunidad de saldar lo que debía, de asegurar el tratamiento de su hijo. A cambio de un poco de discreción contable. —Suspiró—. La debilidad atrae a los buitres. Los suyos propios, y los ajenos. Su desaparición fue… una consecuencia lamentable de sus elecciones.

Era todo. Una confesión tejida con medias verdades y omisiones, pero clara en su esencia: encubrimiento, soborno, tráfico de antigüedades, contratación de sicarios para "resolver" obstáculos. La filosofía de un hombre que veía personas como variables en una hoja de cálculo.

Costa terminó su whisky y colocó el vaso vacío sobre el acero pulido con un clic suave.

—Y ahora usted está aquí —concluyó—. Con su moralidad herida y su grabadora barata. ¿Sabe cuál es la diferencia fundamental entre nosotros, Valenti? Usted cree que la ley es un fin. Yo sé que es solo una herramienta. Una más. Y las herramientas las manejan quienes tienen la fuerza para usarlas.

Valenti asintió lentamente. Luego, con un movimiento deliberado que le hizo crujir los huesos de la cadera, introdujo la mano en el interior de su chaqueta. Sacó el pequeño dispositivo digital, de plástico negro desgastado. La luz roja de grabación parpadeaba con

una constancia serena. Lo colocó sobre la superficie del escritorio, frente a Costa.

El chasquido del plástico contra el metal resonó en el silencio.

—Gracias por su declaración, señor Costa —dijo Valenti, y su voz era solo un susurro ronco—. El juez Malipiero la encontrará muy esclarecedora.

La sonrisa se desvaneció de los labios del empresario. Su rostro se vació de expresión, como una máscara de cera. Sus ojos, clavados en el dispositivo parpadeante, se volvieron de un gris pétreo. Sin decir palabra, sin prisas, deslizó la mano derecha bajo el borde del escritorio, donde el acero se encontraba con la madera.

Un clic seco y metálico resonó en el marco de la puerta de roble, seguido de otro idéntico. El sonido era final, como el de una caja fuerte sellándose. El aire acondicionado zumbó un tono más alto, y una luz roja diminuta, apenas visible junto al picaporte, se encendió.

Los dos guardias, que hasta ese momento habían sido siluetas inmóviles junto a la entrada, se movieron al unísono. Las manos desaparecieron bajo las chaquetas y emergieron sosteniendo pistolas compactas de cañón corto. El metal mate absorbió la luz del despacho.

Costa no se había movido de su posición junto al escritorio. Su mano derecha seguía bajo el borde de acero.

—Ni usted ni ese cacharro de juguete salen de esta habitación —declaró. Su voz había perdido todo matiz de desprecio o filosofía. Era plana, operativa, como la de un cirujano anunciando una amputación—. Las cerraduras son electromagnéticas. La ventana es de vidrio laminado antibalas. El sistema de ventilación se cerrará en noventa segundos si no introduzco un código.

El dolor en la rodilla de Valenti era una esfera de plomo incandescente que le nublaba los bordes de la visión. Evaluó la distancia a la puerta, a los guardias, a Costa. Cada opción era un

callejón sin salida. Su mirada se posó en la grabadora, el pequeño led rojo parpadeando con obstinada regularidad sobre el escritorio pulido.

Entonces, un impacto sordo retumbó en la puerta, haciendo vibrar el pesado roble en su marco. Un golpe de hombro, contundente y decidido.

—¡Valenti!

La voz de Claudia llegó apagada por la madera, pero la urgencia en ella era un cuchillo que cortó la tensión estática del despacho. Los guardias giraron la cabeza hacia la entrada, una fracción de segundo de distracción instintiva.

Costa perdió la compostura. Su rostro de máscara se agrietó.

—¡Abre! —rugió, señalando la puerta con un dedo tembloroso—. ¡Abre y elimínala también!

Uno de los guardias se abalanzó hacia el panel de control junto al marco, su mano libre buscando un lector de huellas.

Valenti no pensó. El cuerpo actuó antes que la mente, impulsado por un instinto más antiguo que el miedo. Ignoró el dolor desgarrador que le recorrió la pierna desde la rodilla hasta la ingle. En lugar de retroceder o intentar cubrirse, se lanzó hacia adelante, no hacia los hombres armados, sino a través del espacio abierto entre ellos, directamente hacia Alessandro Costa.

Su movimiento fue torpe, arrastrado, el peso de su cuerpo lesionado proyectado hacia delante con la fuerza bruta de la desesperación. La mano derecha, la que no sostenía nada, se extendió como una garra, no hacia la garganta del empresario, sino hacia la muñeca que aún permanecía oculta bajo el escritorio, donde estaba el botón, el control, el punto débil de la jaula de acero.

Costa retrocedió, los ojos muy abiertos. El guardia más cercano comenzó a girar sobre sus talones, el cañón de su arma describiendo

un arco lento hacia la espalda de Valenti.

El tiempo se comprimió en el espacio entre un latido y el siguiente: el hombre de negocios retrocediendo, la mano de Valenti cruzando el último metro de aire frío, el arma alzándose, y el segundo impacto de Claudia contra la puerta, más fuerte, acompañado ahora del sonido metálico y áspero de algo forcejeando con la cerradura desde fuera.

CAPÍTULO 34: LA CAÍDA DEL TITÁN

El estampido del disparo le reventó los tímpanos, un latigazo seco que llenó el espacio acristalado. El proyectil impactó en el vidrio antibalas a un palmo de la cabeza de Costa, dejando una telaraña blanca y opaca. El magnate lanzó un grito ahogado, más de sorpresa que de dolor, mientras el policía suspendido se abalanzaba hacia adelante, no hacia un costado.

La rodilla izquierda de Valenti era una masa de dolor incandescente que amenazaba con quebrarse. Ignoró el dolor, convirtiéndolo en un impulso bruto. Agarró la muñeca de Costa con su mano libre y tiró hacia sí, usando el cuerpo del hombre como un escudo torpe y costoso. Se giró, colocando su espalda contra el pecho de Costa, apretando el brazo del magnate contra su propio torso como una barra de rehén. El perfume caro de Costa se mezcló con el acre olor a pólvora quemada.

—¡Suéltame! —escupió Costa, forcejeando. Su aliento era caliente y agitado contra la oreja de Valenti.

Los dos vigilantes, paralizados, mantenían sus armas en alto. El fornido tenía el rostro contraído, el cañón de su pistola apuntando ahora al espacio entre los omóplatos de su jefe.

—Bajen las armas —rugió Valenti, la voz rasgada por el esfuerzo y el dolor. Apretó más fuerte la muñeca de Costa, sintiendo los huesos

finos bajo la piel. El magnate gimió—. O le rompo el brazo antes de que puedan apretar el gatillo.

—¡No le hagan caso! —chilló Costa, los ojos inyectados en sangre mirando a sus empleados por encima del hombro de Valenti—. ¡Disparen! ¡La grabadora no puede salir de aquí!

El más joven de los guardias titubeó, bajando ligeramente el arma. El fornido no se movió. Su dedo seguía en el gatillo, blanco por la presión. La mirada que intercambió con Valenti no era de odio, sino de cálculo profesional, evaluando ángulos, riesgos.

Desde fuera, los golpes contra la puerta blindada redoblaron su intensidad. Un sonido metálico, agudo, como de algo tratando de forzar la cerradura electromagnética.

—No tienen salida —masculló el guardia fornido, por primera vez. Su voz era grave, tranquila, la de un hombre acostumbrado a contener crisis—. Suelte al señor Costa.

—La grabadora ya salió —replicó Valenti, jadeando. El sudor le corría por la sien y le picaba en el corte de la frente—. Se transmitió en vivo. Todo. Sus caras también. ¿Quieren ser cómples de asesinato a sueldo o prefieren ser testigos colaboradores?

Costa dejó de forcejear. Un temblor, apenas perceptible, le recorrió el cuerpo.

—Miente —susurró, pero el tono era hueco, la certeza quebrándose.

El fornido bajó el arma un centímetro más. Su compañero miró hacia la puerta, donde los golpes continuaban, insistentes, prometiendo una intrusión inminente.

—Señor Costa —dijo el guardia fornido, sin apartar la vista de Valenti —. Las órdenes eran neutralizar una amenaza. Esto ya es otra cosa.

Costa inspiró profundamente, como si el aire del despacho se hubiera vuelto de plomo. Cuando habló de nuevo, la voz era un hilillo de veneno puro, dirigido a su empleado.

—Atravíesalo. Atravíésame a mí si hace falta. Pero esa grabación no existe. ¿Entiendes? ¡No existe!

El guardia fornido cerró los ojos por un instante. Cuando los abrió, había tomado una decisión. Volvió a levantar el arma, apuntando con firmeza renovada. No al pecho de Valenti, sino a un punto más alto. A la cabeza.

—Lo siento —murmuró, y su dedo índice comenzó a cerrarse de nuevo sobre el gatillo.

El estampido, amortiguado por la puerta blindada, fue un golpe seco que resonó en los huesos de Claudia. Dejó de empujar contra el acero inerte. El hombro, donde la mancha oscura había endurecido la tela, lanzó una estocada cortante, como si un clavo oxidado girara dentro del músculo.

Sacó el teléfono quemador del bolsillo. La pantalla iluminó su rostro, sudoroso y tenso, en el pasillo desierto. Un mensaje, ya escrito, esperaba. Pulsó enviar. Tres palabras: AHORA. PUERTA SELLADA. DISPARO.

Treinta segundos. El tiempo se midió en el zumbido eléctrico, casi imperceptible, de la cerradura magnética, y en el latido sordo de su sangre en las sienes. Luego, pisadas. No las pesadas de los guardias de seguridad, sino un ritmo rápido, decidido, que ascendía por la escalera de emergencia. Más de un par.

Aparecieron primero dos hombres con chalecos antibalas negros, marcados con las siglas GdF en amarillo fosforescente. Portaban subfusiles compactos, cañones apuntando al suelo, ojos escaneando el pasillo detrás de viseras transparentes. Detrás de ellos, un hombre mayor, con traje gris oscuro y una carpeta de cuero bajo el brazo. El juez Malipiero. Su rostro era una máscara de severidad profesional, pero sus ojos, pequeños y penetrantes, captaron a Claudia, la herida, la puerta sellada, en un instante.

Un tercer agente, más joven, empujaba suavemente hacia adelante al guardia nocturno del vestíbulo. El joven estaba lívido, las manos

vacías y temblorosas.

—Inspectora —asintió Malipiero, sin preámbulos. Su voz era seca, con el eco cansado de mil despachos—. Confirmo recepción del paquete completo. Tenemos orden de registro y detención preventiva para Alessandro Costa por tráfico de antigüedades, corrupción de funcionario público y asociación ilícita. —Pasó la carpeta a uno de los agentes y señaló la puerta—. ¿Está dentro?

—Valenti también —Claudia tragó saliva, notando el sabor metálico del miedo—. Y hubo un disparo.

El capitán de la Guardia di Finanza, un hombre de mandíbula cuadrada y pelo corto casi al rape, se acercó a la puerta. Pasó los dedos enguantados por el marco, palpando. Un led rojo, casi oculto en la junta, parpadeaba.

—Cerrojo electromagnético de alta retención —masculló. Volvió la cabeza hacia su equipo—. Disruptor. Rápido.

El agente más joven se arrodilló, abriendo una mochila táctica. Sacó un dispositivo rectangular, negro, del tamaño de un libro pequeño, con cables que terminaban en ventosas de goma. Un olor a ozono y plástico nuevo se mezcló con el aire viciado del pasillo. Colocó las ventosas alrededor del marco, cerca del led. Un chasquido metálico al ajustarlas.

—¿Y Valenti? —preguntó el capitán, mirando a Claudia.

Ella intentó mantener la voz firme, pero salió rasgada.

—Herido. La rodilla izquierda, grave. Y Costa tiene a dos de sus hombres armados dentro.

El capitán asintió, una sola vez. Su expresión no cambió. Miró al juez, quien hizo un gesto casi imperceptible de asentimiento.

—Tres, dos, uno —contó el capitán en voz baja, levantando los dedos enguantados.

El agente accionó un interruptor en el dispositivo.

Un CLAC seco, potente, como el chasquido de un hueso gigante, sacudió la puerta. El led rojo se apagó de golpe. El zumbido eléctrico cesó, dejando un silencio repentino y cargado.

Desde el interior, a través del ahora delgado margen de la puerta que había cedido un centímetro, llegó una voz alterada, ahogada por el pánico que ya no podía contener.

—¡¿Qué demonios?!

El capitán desenfundó su pistola, un movimiento fluido y económico. Asintió al agente que estaba arrodillado. Este se incorporó, se hizo a un lado.

El hombre de delante, el más fornido de los dos agentes de la GdF, inspiró hondo. Luego, con un movimiento corto y brutal, lanzó una patada baja y lateral contra la puerta, justo al lado de la manija.

La hoja de acero, liberada de su imán, se abrió de golpe hacia dentro con un estruendo sordo que resonó en todo el pasillo y hizo vibrar el suelo de mármol. Una ráfaga de aire frío del pasillo entró, mezclándose con el olor a miedo y cuero del despacho.

Dos figuras uniformadas de la Guardia di Finanza irrumpieron primero, movimientos sincronizados y económicos. El más corpulento, el capitán, tenía la pistola desenfundada pero baja, los ojos escaneando la habitación en un instante. Detrás, un hombre mayor con traje oscuro y expresión de hielo tallado: el juez Malipiero.

Valenti no soltó a Costa. El brazo alrededor del cuello del magnate se mantuvo tenso, los músculos temblando de fatiga. El sudor le corría por las sienes, frío y salado. Desde su posición, vio cómo los dos guardias de Costa bajaban sus armas, lentamente, las manos abiertas. La autoridad en los uniformes los había paralizado.

—Manos a la cabeza —ordenó el capitán, voz plana como una hoja de acero—. Contra la pared. Ahora.

Los guardias obedecieron. El más joven tenía la mandíbula apretada. El fornido dejó su pistola en el suelo con un clic suave. Dos agentes más entraron, esposando sus muñecas con el crujido seco del metal. Los empujaron hacia el muro de cristal, donde sus reflejos pálidos se superpusieron a la vista nocturna de Roma.

Solo entonces Valenti aflojó el brazo. Costa se liberó con un jadeo, tambaleándose un paso hacia adelante. Se llevó una mano al cuello, donde la tela de la camisa estaba arrugada y húmeda. Con la otra, se enderezó la corbata de seda, un gesto automático y patético. Tosió, tratando de recuperar el aliento y la compostura.

Valenti se apoyó en el borde del escritorio. La rodilla izquierda cedió de repente, un dolor blanco y cegador que le nubló la visión por un segundo. Agarró el acero pulido, los nudillos blancos. La grabadora seguía allí, el pequeño led rojo parpadeando como un latido.

Malipiero avanzó. Sus zapatos negros no hicieron ruido sobre la alfombra. Miró a Costa con una expresión que no era ira, sino un desprecio profundo y cansado, como quien examina una cucaracha en un plato de porcelana.

—Alessandro Costa —dijo el juez, y su voz resonó con la cadencia seca de quien ha leído miles de acusaciones—. Queda usted detenido por los delitos de asociación para el tráfico ilícito de bienes culturales, corrupción de funcionario público, encubrimiento y cohecho. Tiene derecho a un abogado. Cualquier declaración que haga podrá ser utilizada en su contra.

Costa soltó una risa corta, forzada. Se pasó los dedos por el pelo plateado, recuperando algo de su aplomo. La arrogancia regresaba a sus ojos, una capa delgada sobre el pánico.

—Un malentendido, señor juez —dijo, la voz todavía un poco ronca —. Mis abogados aclararán esto en cuestión de horas. Hay documentos que explican cada transacción. Esto es una…

—Silencio —cortó Malipiero, sin alzar la voz.

El capitán se acercó a Valenti. Le tendió una mano, pero el comisario negó con la cabeza. Con un esfuerzo que le hizo crujir los dientes, se enderezó. Tomó la grabadora del escritorio. El plástico estaba tibio. La apagó, el led rojo se extinguió.

Se la entregó al juez. Malipiero la recibió, la examinó un momento, luego la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Un gesto simple, irrevocable.

Costa palideció. Solo un poco, un drenaje súbito del color bajo el bronceado artificial. Sus ojos siguieron el movimiento del dispositivo hasta el bolsillo del juez. La boca se le tensó en una línea fina.

El capitán se colocó detrás de él. Sacó unas esposas.

—Manos a la espalda, por favor.

Costa no se resistió. Extendió las muñecas con una dignidad forzada. El metal frío se cerró alrededor de su piel con un clic definitivo. Mientras el capitán lo guiaba hacia la puerta, Costa giró la cabeza. Sus ojos, ahora sin máscara, encontraron los de Valenti. Ya no había desprecio. Solo una evaluación fría, calculadora, como un ingeniero examinando un fallo estructural inesperado.

Se inclinó hacia adelante, lo suficiente para que sus palabras llegaran en un susurro áspero que solo Valenti pudo oír.

—Has arrancado una cabeza, comisario —murmuró, el aliento a menta y bilis—. Pero el monstruo tiene mil. Y tiene memoria.

El capitán lo empujó suavemente hacia adelante. Costa salió al pasillo, la espalda recta, la cabeza alta, como si liderara una procesión en lugar de ser conducido a ella.

En el umbral de la puerta, apareció Claudia. Cojeaba, una mano presionada contra el hombro donde la mancha oscura se había extendido. Su rostro estaba pálido, surcado de suciedad y tensión,

pero sus ojos verdes brillaban con un alivio agudo. Cruzó la mirada con Valenti. Un asentimiento casi imperceptible.

Valenti se dejó caer contra el escritorio, el cuerpo entero temblando ahora que la adrenalina se retiraba. El dolor en la pierna era una presencia sólida, un un yunque al rojo vivo que lo clavaba al suelo. que lo anclaba al suelo. Observó cómo la figura impecable de Costa desaparecía entre los uniformes azules, hacia el ascensor, hacia los tribunales, hacia una celda.

El aire del despacho olía a pólvora, sudor y el perfume caro que Costa usaba. La victoria, si eso era lo que acababa de ocurrir, tenía un aroma amargo y complejo. La grabadora estaba a salvo. Costa estaba esposado. Pero las palabras del magnate resonaban en el silencio que dejó atrás, más persistentes que el eco de la puerta al golpear la pared.

CAPÍTULO 35: SOMBRAS QUE PERMANECEN

La luz de la mañana entraba por la ventana del despacho, un rectángulo gris y sucio que iluminaba el polvo suspendido en el aire. Olía a limpiacristales agresivo y al poso rancio de una cafetera eléctrica olvidada en un rincón. El comisario Iodice estaba sentado detrás de su escritorio metálico, las manos cruzadas sobre una carpeta manila. Parecía haber encogido dentro de su uniforme en los últimos diez días.

Valenti permanecía de pie, aunque el peso de su cuerpo se apoyaba más en la pierna derecha. Un dolor sordo, familiar y persistente, latía en su rodilla izquierda, recordándole cada segundo del enfrentamiento en el despacho de Costa. No se sentó. La silla de visitas, de plástico duro, parecía una trampa.

Iodice abrió la carpeta sin prisa. El sonido del papel al deslizarse sobre el formica cortó el zumbido bajo de los tubos fluorescentes.

—Tu reintegro es efectivo desde hoy —dijo, sin levantar la vista. Su voz era la de siempre, cansada, casi paternal, pero ahora con un dejo de algo que podía ser resignación—. La denuncia por malversación fue archivada por falta de pruebas. Una investigación interna determinó que fue un montaje.

Deslizó un documento hacia el borde del escritorio. Valenti lo tomó. Era el acta oficial, firmada y sellada. Las palabras "procedimientos

no autorizados" y "nota disciplinaria en su expediente" destacaban en un párrafo aparte, justo encima de la firma del jefe de policía.

—Es lo mejor que pude conseguir —añadió Iodice, por fin alzando la mirada. Sus ojos, hundidos en bolsas de piel grisácea, no mostraban triunfo, ni siquiera alivio—. Costa está en Regina Coeli. Conti colabora a cambio de una reducción de condena. El proyecto 'Residenze del Aventino' está paralizado. La Superintendencia excavará el mithraeum.

Valenti asintió una vez, dejando el documento sobre el metal frío. La victoria tenía el sabor del papel oficial y la tinta barata.

—¿Y Manetti?

Iodice exhaló un suspiro que era más un silbido entre los dientes.

—Dimitió por problemas cardíacos. Ayer. Una carta muy sentida, preocupación por su salud, deseo de dedicar tiempo a la familia. No habrá cargos. Se fue a su casa en el lago, supongo.

El silencio que siguió fue denso, cargado con el tictac lento de un reloj de pared con números romanos. Valenti observó cómo una mota de polvo danzaba en el rayo de luz gris. Arrancaron una cabeza. Solo una. La que asomaba.

—A ti también te mueven —afirmó, no preguntó.

Una sombra, rápida, cruzó el rostro de Iodice. Asintió.

—La jefatura de la unidad de archivo y documentación histórica. En Rieti. Es una promoción lateral, dicen. Empezaré el mes que viene.

Un puesto administrativo en otra provincia. Un destierro elegante. No un castigo, una reubicación. El sistema se reacomodaba, expulsando suavemente el elemento incómodo, protegiendo a los demás.

Valenti sintió la rodilla protestar al ajustar ligeramente su postura. Un relámpago de calor le subió por el muslo. Apretó la mandíbula,

conteniendo un gesto.

—¿Algo más, comisario?

Iodice lo observó un momento largo. Sus dedos, manchados de nicotina, tamborilearon una vez sobre la carpeta cerrada.

—Solo esto —murmuró, y su voz bajó aún más, hasta casi confundirse con el tictac—. Al menos arrancaste una cabeza, Valenti. Pero el monstruo… el monstruo tiene mil cabezas. Y algunas están en este edificio.

Era la única verdad sin adornos que le había escuchado decir en años. Valenti asintió de nuevo, un movimiento seco. No había nada que añadir.

Giró sobre sus pies, sintiendo el tirón doloroso en la articulación, y caminó hacia la puerta cojeando ligeramente. El linóleo desgastado crujió bajo sus zapatos. Al salir al pasillo desierto, la luz fluorescente era aún más fría, más blanca. El documento de reintegro, doblado en el bolsillo interior de su chaqueta, pesaba como una losa.

La luz cálida de la lámpara de latón colgante dibujaba un círculo dorado sobre la mesa de mármol. El aroma a café recién hecho y a cornetto de almendra relleno de crema envolvía el espacio casi vacío del Antico Caffè. En la barra, el dueño limpiaba vasos con un trapo blanco, la televisión encendida con el volumen bajo emitía un murmullo de noticias.

Claudia Esposito estaba sentada frente a la ventana, su pelo castaño recogido en una cola baja que dejaba escapar algunos mechones. Tenía una mano apoyada en la taza de café, la otra reposaba en el regazo, cerca del hombro izquierdo. No se frotaba, pero Valenti notó la ligera rigidez en su postura, la forma en que evitaba apoyarse completamente en el respaldo.

Él se dejó caer en la silla opuesta con un suspiro contenido, un relámpago de calor ascendiendo desde la rodilla. Apoyó el bastón que había recogido de la farmacia contra la mesa.

—Regina Coeli, sección de alta seguridad —dijo ella sin preámbulos, sus ojos verdes fijos en los suyos—. Los cargos son corrupción, asociación ilícita y tráfico de antigüedades. La grabación es el eje. Malipiero lo tiene todo.

Valenti asintió, mirando el vapor que se elevaba de su taza. El azúcar sin disolver se acumulaba en el fondo.

—Conti habla —continuó Claudia—. Colabora a cambio de una reducción. Ha detallado todo el mecanismo: las transferencias, los sobres en efectivo, la presión sobre Manetti. El proyecto está paralizado. La Superintendencia excavará el mithraeum la próxima semana.

Era la victoria. La que habían perseguido a través del barro, la sangre y las amenazas. Valenti tomó un sorbo de café, amargo y fuerte. El sabor se mezcló con el regusto metálico de la fatiga.

—Greco —pronunció, no como pregunta.

Claudia apretó los labios. Un gesto minúsculo, casi imperceptible, de frustración.

—Nada. Se esfumó. Los hombres que capturamos en la barcaza no saben dónde está, o no quieren decirlo. La llave inglesa lo vincula al taller, pero sin él… —Hizo una pausa, su mirada se perdió un instante en el reflejo de la luz sobre el mármol—. Sin él, no hay caso por el asesinato de Valli. Costa dio órdenes ambiguas. 'Resuelve el problema'. Greco interpretó.

El silencio se instaló entre ellos, lleno del zumbido de la máquina de espresso y el lejano traqueteo de un tranvía en la Via Marmorata. Valenti observó cómo una mota de polvo danzaba en el rayo de luz que entraba por la ventana. Alguien había pagado por la muerte de un hombre y, probablemente, saldría impune. La justicia era selectiva, como un cirujano que opera solo donde la luz es buena.

Claudia dejó su taza con un clic suave.

—¿Y ahora?

Valenti la miró. El cansancio grabado en las sombras bajo sus ojos, la determinación obstinada que persistía a pesar de todo. Luego, su mirada se desvió hacia la ventana, hacia la dirección donde, más allá de los tejados, el Tíber fluía lento y oscuro.

—Ahora el mithraeum está a salvo —respondió, su voz ronca—. Valli ganó.

Ella sostuvo su mirada, esperando. Sabía que había un 'pero' flotando en el aire entre los aromas a café y pan dulce.

—Pero Greco está ahí fuera —añadió él, finalmente—. Y alguien le pagó. Alguien que no era Costa.

Se apoyó en el bastón, los nudillos blanqueando por la presión, y se levantó. La rodilla protestó con una estocada fulminante que le hizo contener el aliento un instante. Claudia se puso de pie con más fluidez, aunque una leve mueca traicionó el movimiento de su hombro.

—Vamos a dar un paseo —dijo él, mirando hacia la puerta.

Ella no preguntó adónde. Simplemente asintió, recogiendo su chaqueta del respaldo de la silla. El dueño de la barra les dedicó un gesto de despedida con la cabeza, sumergiéndose de nuevo en su tarea. Salieron al fresco de la tarde, donde la luz del atardecer empezaba a teñir de oro las piedras antiguas del Aventino.

El viento que ascendía del Tíber era un cuchillo de humedad y frío que se colaba por las costuras de la chaqueta. Valenti se detuvo a mitad del puente, apoyando las manos en la barandilla de hierro, fría y áspera bajo sus palmas. El río fluía abajo, negro y pesado, arrastrando reflejos de un cielo que se desangraba en naranjas y púrpuras sobre los tejados de Trastevere. El aire olía a agua estancada, a diesel lejano de las barcazas, a la ciudad misma.

Claudia se detuvo a su lado, dejando un espacio de medio metro entre ellos. No miró el río de inmediato; observó el perfil del hombre a su lado, la tensión en la mandíbula, la sombra de cansancio que parecía tallada en la piel alrededor de sus ojos grises.

El tráfico murmuraba a sus espaldas, un rumor constante y amortiguado. Un barco de turistas pasó lentamente bajo el arco del puente, las voces y las risas llegaron como ecos distorsionados por el agua.

—Aquí lo encontraron —dijo ella al fin, sin necesidad de especificar.

Valenti asintió, un movimiento casi imperceptible. Había sido aguas abajo, cerca de este mismo puente. Marco Belli había saldado su deuda en la oscuridad, su cuerpo convertido en un mensaje flotante. Ahora el agua seguía su curso, indiferente.

Apoyó más peso en el bastón, sintiendo el dolor sordo y persistente en la rodilla, un latido rítmico que marcaba el precio pagado. No era un triunfo lo que sentía, sino un vacío pesado, como el que queda tras una operación mayor: el tumor extirpado, pero la cicatriz profunda y la certeza de que alguna célula maligna podría haber escapado.

—Iodice fue transferido a la jefatura de la unidad de archivo y documentación histórica en Rieti —comentó Claudia, como si leyera el rumbo de sus pensamientos—. Oficialmente, un reajuste de personal. No habrá investigación interna.

—Por supuesto que no.

—Manetti dimitió por problemas cardíacos. Está en su villa del lago de Garda.

—Naturalmente.

—Costa está en Regina Coeli. Los cargos son sólidos. Conti colabora. El mithraeum será excavado por la Superintendencia la próxima semana.

Valenti dejó escapar un suspiro que se convirtió en un vaho pálido en el aire frío.

—Arrancamos una cabeza —masculló, su voz ronca por el viento y la fatiga—. Solo una.

Claudia se volvió hacia él, el viento arrancando mechas de su castaño rojizo de la cola de caballo. Sus ojos verdes captaron la última luz del día.

—Es más de lo que teníamos hace un mes.

—Sí. Es algo.

Era la verdad. No era suficiente, pero era algo. La justicia era así de imperfecta, de selectiva. Un bisturí que operaba a ciegas, extirpando lo que podía alcanzar y dejando el resto. Roma era así también: eterna en su fachada, bella en sus líneas, pero con sus entrañas de piedra y burocracia devorando su propia luz. Había luchado contra una sombra de la ciudad y la sombra había retrocedido, no desaparecido.

—Me han asignado permanentemente a tu equipo —dijo Claudia, mirando de nuevo el río—. Si quieres.

Valenti la observó de reojo. La postura firme, la leve rigidez en el hombro que todavía le dolía, la determinación obstinada que no se había quebrado. No era la compañera que había elegido, pero se había convertido en la única en la que podía confiar en aquel laberinto de mentiras institucionales.

—Está bien —respondió, un acuerdo simple.

Un silencio más largo se extendió, ocupado solo por el gemido del viento en los cables del puente y el rumor lejano de la ciudad que despertaba para la noche. Las primeras farolas se encendieron a lo largo del Lungotevere, sus reflejos temblorosos dibujando caminos de luz quebrada sobre el agua negra.

—¿Crees que Greco intentará algo? —preguntó ella, sin mirarlo.

Valenti consideró la pregunta. El sardo seguía fugado, un hilo suelto que conectaba el asesinato de Valli con la red de Costa. Pero Greco era un instrumento, un *tool*, como había dicho Costa. Peligroso, pero prescindible.

—No —concluyó—. Él es un tool. Pero quien lo contrató…

Dejó la frase en el aire, flotando sobre el agua oscura como una amenaza no dicha. Alguien había pagado por el silencio de Valli, alguien que no era Costa. Esa cabeza seguía oculta, protegida por las capas de la bestia.

Con un gruñido contenido, Valenti se separó de la barandilla. El movimiento tiró de la rodilla, una estocada cortante que le hizo apretar los dientes. Ajustó el agarre del bastón, clavando la punta de goma en el pavimento.

—Vamos —dijo, dando media vuelta.

Claudia lo siguió sin una palabra, sus pasos sincronizándose con el ritmo lento y cojo del suyo. Caminaron alejándose del centro del puente, dejando atrás la vista del río que serpenteaba hacia la oscuridad. Las sombras de la ciudad se alargaban, envolviendo calles y plazas, pero no los alcanzaron. No aún.

Al llegar al extremo del puente, Valenti se detuvo un instante, echando una última mirada hacia atrás. El Tíber fluía, imperturbable, llevándose los secretos de siglos en su corriente lenta. Él había recuperado uno. Había otros esperando. Respiró hondo, el aire frío llenándole los pulmones, y reanudó la marcha.

EPÍLOGO

El bastón de madera de olivo, pulido por el uso, transmitía un leve temblor desde la tierra removida hasta la palma de la mano. Lorenzo Valenti observaba desde el mirador, el viento de octubre arrancando hojas secas de los plátanos y arrastrándolas sobre el pavimento. Abajo, donde debían alzarse torres de hormigón y cristal, se extendía ahora un campo de batalla ordenado: una cuadrícula de zanjas rectilíneas bajo toldos blancos que ondeaban con la brisa.

El sonido llegaba amortiguado por la distancia y el aire fresco: el golpe metálico de una paleta contra la toba, el chirrido de un cepillo de cerdas duras, voces técnicas que intercambiaban indicaciones. Un olor a polvo antiguo, a tierra húmeda excavada, subía hasta él, mezclándose con el aroma de castañas asadas de un puesto callejero cercano. La luz del atardecer, dorada y oblicua, se filtraba entre los toldos, iluminando motas de polvo que danzaban como insectos diminutos.

Su rodilla izquierda protestaba con una sorda quemazón, un recordatorio constante bajo la ropa de abrigo. Se apoyó con más peso en el bastón. Dos meses. El tiempo suficiente para que las heridas cicatrizaran mal, para que los expedientes se archivaran, para que las dimisiones se consumaran en silencio. Costa seguía en Regina Coeli, a la espera de un juicio por corrupción y asociación ilícita. No por asesinato. Salvatore Greco, ‘U Sardu’, seguía siendo un fantasma entre Nápoles y Calabria. El sistema había expulsado a sus

células dañadas —Iodice, Manetti, Conti— para preservar el organismo.

Pero allí abajo, en las entrañas de la colina, el mitreo respiraba.

Un grupo de estudiantes, arrodillados en el borde de una zanja, extraía con brochas y espátulas algo que brillaba pálidamente bajo la luz artificial de un foco portátil. Valenti recordó la oscuridad opresiva del sótano A-7, el olor a cal viva y miedo. Ahora el lugar estaba bañado en luz blanca, cartografiado, protegido por la ley que Valli había invocado en vano. Una victoria póstuma. Amarga, como un café dejado demasiado tiempo sobre la hornilla, pero victoria al fin.

Cerca de una mesa de trabajo cubierta con fieltro verde, un arqueólogo de barba gris examinaba objetos dispuestos en hileras. Fragmentos de cerámica sigillata, clavos oxidados, losas con inscripciones borrosas. Entre ellos, apoyado con cuidado sobre un trozo de espuma, distinguió una forma curva de terracota roja. Un arco, quizás el contorno de un hombro o el borde de un tocado. El color era exacto al de la estatuilla decapitada que el doctor Fazio había encontrado meses atrás.

Un pedazo regresaba. No todo lo que se perdía en la oscuridad se quedaba allí.

El móvil vibró en el bolsillo de su chaqueta. No lo sacó de inmediato. Dejó que el sonido persistiera, mezclándose con los ruidos de la excavación, mientras su mirada recorría el paisaje urbano desplegado a sus pies: el Tíber como una cicatriz oscura, las cúpulas recortadas contra un cielo que palidecía hacia el índigo. La ciudad eterna, bella y corrupta, indiferente a sus pequeñas batallas.

Finalmente, tomó el teléfono. La pantalla mostraba un nombre: Claudia. Una comisura de su boca se tensó, no en una sonrisa completa, sino en algo más cansado y real. Apretó el bastón contra el suelo, giró sobre la pierna buena y comenzó a alejarse del mirador, dejando atrás el murmullo de los vivos que honraban, sin saberlo, el testamento de un hombre muerto.

La grava crujió bajo la punta del bastón y la suela de su zapato con un sonido seco, como de huesos molidos. Valenti descendió unos metros por el sendero que bordeaba la excavación hasta alcanzar la zona de trabajo. Se acercó a la mesa, un tablero portátil cubierto de fieltro verde desgastado. Una mujer joven, con el pelo recogido en un moño desordenado y guantes de látex azul hasta los codos, levantó la vista. Sus anteojos de montura fina reflejaron por un instante la luz del atardecer.

—¿Puedo ayudarla? —Su tono fue educado, profesional, con la curiosidad contenida de quien está acostumbrada a los curiosos.

Valenti señaló con el mentón el fragmento curvo de terracota roja.

—Ese. ¿Es parte del ajuar?

La mujer siguió su mirada. Un destello de interés cruzó su rostro.

—Sí. Mitraico. Lo recuperamos hace tres días de un almacén intervenido en la Cristoforo Colombo. —Tomó el fragmento con delicadeza, lo giró entre sus dedos enguantados. La arcota tenía el color de la sangre seca, la superficie áspera y porosa. —Es un hombro, probablemente de una figura de tamaño natural. El ángulo de la rotura coincide con la estatuilla que encontraron en el yacimiento. La que estaba… incompleta.

—¿La decapitada.

—Exacto.

Extendió el trozo hacia él. Valenti lo aceptó. A través del fino látex de sus propios dedos, la terracota estaba fría, áspera como la piel de un reptán. Pesaba más de lo que su tamaño sugería. Una densidad antigua.

—¿Cuánto se perdió? —La pregunta salió más áspera de lo que pretendía.

La arqueóloga se encogió de hombros, un gesto de resignación académica.

—Imposible saberlo. El saqueo fue selectivo. Se llevaron las piezas de mayor valor en el mercado: la tesera de mármol, algunas lucernas completas. Esto —señaló el fragmento en su mano— estaba en una caja con otras cerámicas rotas, como material de relleno. Para ellos, basura. Para nosotros… contexto.

Un aroma a café barato y humedad emanaba de un termo abierto sobre un cajón de herramientas. Voces masculinas discutían, más allá, sobre la estratigrafía de un muro. Un lenguaje técnico, lleno de certezas que a Valli le habían sido negadas.

—El yacimiento está en excelente estado —continuó ella, como si leyera el silencio de Valenti—. La bóveda se sostiene. Será musealizado *in situ*. Un centro de interpretación. Su colega… el arquitecto que lo descubrió. Habría aprobado el resultado.

Colega. La palabra resonó con una ironía amarga. Valli no había tenido colegas, solo amenazas.

—Sí —masculló Valenti, devolviéndole el fragmento—. Supongo que sí.

La vibración en el bolsillo de su chaqueta fue una sacudida sorda contra el costado. La segunda llamada. No era Claudia la que insistía; era la urgencia, tangible incluso a través del tejido.

Excuso con un gesto de la cabeza, apoyó el peso en el bastón y se alejó cojeando de la mesa, dejando atrás el murmullo de la ciencia aplicada a los muertos. Al sacar el teléfono, la pantalla ya mostraba el nombre, y antes de que pudiera llevarlo a la oreja, la voz de Claudia atravesó el auricular, tensa, sin preámbulos.

—Lorenzo. Necesito que vengas. Ahora.

No era una petición. Era un parte de novedades. El tono, plano y urgente, disolvió de un golpe la calma contemplativa del mirador. Algo se había roto. Algo nuevo, o algo viejo que resurgía de las sombras, reclamando su turno.

El frío de la piedra del banco se había filtrado a través del tejido del pantalón, un entumecimiento profundo que coincidía con el crepúsculo. Valenti apretó el auricular contra la oreja.

—Estoy aquí.

—Reviso los papeles de la fundación —la voz de Claudia sonaba clara, sin el eco de la comisaría; estaba concentrada, probablemente en un despacho vacío a esta hora—. La documentación incautada. Hay transferencias que no aparecían en el expediente de Costa. Más antiguas. De hace años.

Un viento súbito arrancó un puñado de hojas secas de un ciprés cercano. Crujieron sobre la grava como un susurro de advertencia.

—Nombres —continuó ella—. Iniciales. Sociedades en Luxemburgo. No solo sobornos por un permiso. Parece… un sistema de mantenimiento.

Valenti cerró los ojos. No era una sorpresa. Era la confirmación de una ley no escrita: nunca se corta una sola cabeza de la hidra. Solo se podaba una rama.

—¿Cuánto más profundo?

—No lo sé. Pero es anterior a Costa. Él era un nodo, un operador. No el arquitecto.

En la ciudad a sus pies, las primeras farolas se encendieron en cadena a lo largo del Corso, puntos de luz amarilla que marcaban las arterias del poder. El último resplandor anaranjado se aferraba a la cúpula de San Pietro.

—El juez Malipiero tiene lo de Costa —dijo Claudia, bajando el tono —. Es suficiente para la condena por corrupción y tráfico. Pero esto… esto es otra cosa. Más lento. Más difícil de probar.

Hizo una pausa. Valenti escuchó el roce de papeles al otro lado de la línea.

—Necesitaríamos tiempo. Recursos que no tenemos oficialmente. Y sería… provocador.

La pregunta no formulada flotó en el silencio entre las palabras, más pesada que el aire fresco del atardecer.

—¿Continuamos? —preguntó al fin, directa.

Valenti abrió los ojos. Miró hacia el solar excavado, donde las luces de trabajo empezaban a parpadear, proyectando sombras alargadas de los arqueólogos que empaquetaban sus hallazgos. Pensó en Valli, en su miedo solitario. En la llave inglesa. En la mirada de Costa al ser esposado: no de derrota, sino de fastidio.

La rodilla protestó con un dolor sordo y familiar cuando ajustó su postura. El bastón de madera de olivo, apoyado contra el banco, reflejó un destello de la última luz.

—Sí —respondió, la voz más ronca de lo que esperaba—. Continuamos.

Un suspiro breve, de alivio o de resignación, llegó por el teléfono.

—Mañana, temprano. Te enviaré lo que tengo.

La línea se cortó.

Permaneció sentado, el aparato aún en la mano, observando cómo la noche se instalaba definitivamente sobre Roma. Un manto azul oscuro que primero engullía los valles antes de trepar por las colinas. Desde la sombra de un portal profundo, a medio tramo de la callejuela que bajaba del mirador, una figura inmóvil observaba la silueta encorvada en el banco. No hubo movimiento amenazante, solo la quietud vigilante de quien registra hábitos y horarios. Una presencia que afirmaba, sin prisa, que el equilibrio de fuerzas era un mito, y la vigilancia, un estado permanente.

Valenti, con un gruñido contenido, se impulsó con el bastón y se puso de pie. El dolor en la pierna fue una llamada aguda a la realidad. No miró hacia el portal. Quizá intuyó la presencia en el

ángulo de su visión periférica, en el instinto antiguo que nunca se apagaba del todo. O quizá decidió que, en ese momento, darle importancia era concederle poder.

Se volvió y comenzó a descender la cuesta empedrada, el bastón marcando un ritmo lento y desigual sobre los adoquines. Un paso, una pausa, otro paso. Alejándose de la vista panorámica, de los muertos honrados y de los vivos que seguían jugando sus juegos en la penumbra. La ciudad eterna se extendía a sus espaldas, indiferente y bella, conteniendo en sus piedras mil historias como esta, todas inconclusas.

El puente sobre el Tíber sostenía el peso del crepúsculo. El agua, teñida de cobre por el sol poniente, fluía lenta bajo sus pies, arrastrando consigo el polvo de la ciudad. Valenti apoyó los codos en la barandilla de piedra, sintiendo la frialdad del granito a través de la manga de la chaqueta. A su lado, Claudia permanecía en silencio, observando el mismo tramo de río.

—Greco fue detenido esta mañana en el puerto de Civitavecchia —comentó ella al fin, sin mirarlo—. Intentaba embarcar en un carguero con destino a Túnez. Llevaba el arma.

Un peso que Valenti no sabía que cargaba se desprendió de sus hombros. No fue euforia, sino un alivio quieto y profundo, como el último ladrillo de un muro que por fin cedía. Asintió, una sola vez. El caso de Edoardo Valli podía cerrarse ahora. La justicia, al menos esa parte, estaba hecha.

—El mitreo —continuó Claudia—. La superintendencia arqueológica tomó posesión completa del terreno. Han encontrado más de lo esperado: un altar intacto, inscripciones. Será un museo de sitio. Nada de apartamentos de lujo.

Valenti imaginó el espacio subterráneo, ya no amenazado por el hormigón, iluminado por focos suaves que revelarían siglos de historia. Un final digno para aquel secreto de piedra.

—Las transferencias a Luxemburgo —dijo, volviéndose hacia ella—. ¿Algún nombre?

Claudia sacudió la cabeza, una mueca de frustración en la comisura de los labios. —Cadenas de sociedades pantalla. Llegan hasta un bufete de abogados que se niega a colaborar. El sistema se protege a sí mismo. Costa era un engranaje, no el motor.

Lo sabían. Habían derribado una parte de la estructura, pero los cimientos, profundos y anónimos, permanecían. No era una derrota, sino la comprensión lúcida del terreno en el que seguían parados. Valenti miró sus manos sobre la piedra. Las cicatrices en los nudillos, la rigidez persistente en la rodilla que el frío de la tarde hacía más presente. Eran marcas de un precio pagado.

—¿Y tú? —preguntó Claudia, su voz más suave.

Él respiró el aire fresco que ascendía del río. Había regresado al cuerpo policial, pero ya no era el mismo hombre que fue suspendido. Algo se había quebrado y rehecho de forma distinta, más frágil y a la vez más determinado. La sombra de la duda, la sospecha de ser observado, no se iría del todo. Se había convertido en parte de su paisaje interior.

—Sigo aquí —respondió, y fue suficiente.

Extendió la mano. Claudia depositó en su palma el fragmento de terracota roja que le mostrara la arqueóloga, el pedazo de la estatuilla decapitada. Lo sostuvo un momento, la arcota áspera y fría contra su piel, antes de dejarlo caer por encima de la barandilla. La pequeña pieza giró en el aire y se perdió con un leve chapuzón en las aguas oscuras del Tíber, devuelta al flujo del tiempo.

No era un final, comprendió. Solo un respiro. La ciudad se encendía frente a ellos, una constelación de luces que ocultaba tanto como revelaba. Juntos, en silencio, observaron cómo la noche se instalaba sobre Roma, preparándose para lo que vendría después.